

TÉRMINOS Y CONDICIONES

NATASHA CORREA

Términos y Condiciones

NATASHA CORREA

Título: Términos y Condiciones
© Natasha Correa, 2025

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos son imaginarios o se utilizan dentro de un marco ficticio. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía, el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público, sin la autorización previa y por escrito de la autora.

Diseño de cubierta: Nihal Zaairi (@nzgraphicsofficial)
Maquetación e ilustraciones interiores: Gabriela Rey (@madameardent)
ISBN: 978-84-09-76487-7

Sinopsis

Harper Blake sabía que conseguir un puesto como animadora profesional en la NFL no sería fácil. Pero estaba lista para el esfuerzo, las críticas de su familia y los sacrificios.

Liam Prescott lleva toda su vida corriendo hacia un único destino: ser el Running Back de los Redstone Cowboys. Tras una lesión que casi lo deja fuera, sabe que esta temporada es su última oportunidad para seguir en el equipo.

Cuando se cruzan, ninguno sabe quién es el otro. Y esa noche basta para encender algo que no deberían haber empezado. Porque pronto descubrirán que los une mucho más que la atracción: un contrato que prohíbe cualquier relación entre jugadores y animadoras.

El problema es que el deseo no entiende de contratos, ni de normas, ni de *términos y condiciones*.

Para todos los que alguna vez se han sentido perdidos.
Por no tener las respuestas, por no alcanzar metas «a tiempo», por no encajar.
Ojalá sepas perdonarte por no ser quien esperabas… y abraces con orgullo a quien estás llegando a ser.

Descubre más de la novela

Escanea el código QR para poder escuchar la playlist oficial creada por la autora, el tablero de inpiración de Pinterest y dónde encontrar a Natasha Correa en redes.



"Arender que hay personas que te ofrecen las estrellas y otras que te llevan a ellas. Esa es la diferencia entre quien quiere y quien ama"

-Mario Benedetti

Prólogo

Hay normas que no hace falta escribir. Son esas reglas no oficiales que todos conocemos, no porque alguien nos las haya enseñado, sino porque la vida —a base de golpes— ya se ha encargado de grabarlas a fuego. Como no enamorarte del hermano de tu mejor amiga, no enviar mensajes a tu ex cuando estás borracha, o no ponerte a ver una serie nueva el domingo a las once de la noche si madrugas al día siguiente

Y luego están las oficiales. Las que sí vienen por escrito, con cláusulas, con párrafos numerados y con la promesa implícita de que, si te las saltas, alguien vendrá a recordártelo.

Cuando firmé el contrato con las Redstone Cowboys Cheerleaders, lo hice con más ilusión que atención. Lo hojeé, leí lo justo para saber que no me pedían sangre ni órganos vitales, y asumí que el resto sería lo típico. Total, ¿qué tanto podía complicarse un trabajo como animadora en la NFL?

Leí la famosa cláusula de no fraternización como otra más. Estaba entre los puntos sobre imagen pública, conducta profesional y obligaciones internas, que decía que estaba «estrictamente prohibida cualquier relación personal entre una animadora y cualquier jugador o entrenador del equipo Redstone Cowboys o sus afiliados».

Recuerdo haber fruncido el ceño, haber bufado con cierta suficiencia y haber pasado de página sin más. Al fin y al cabo, yo no había entrado ahí para enrollarme con nadie, y mucho menos con un jugador de fútbol. El estereotipo siempre me ha dado urticaria: egocéntricos, mimados, con más seguidores que neuronas y convencidos de que el mundo gira en torno a su contrato millonario.

Así que no, no le di importancia.

Hasta que entendí por qué existen las reglas como esas.

Existen porque alguien, en algún momento, *las rompió*.

PRETEMPORADA

Rookie & Roll



HARPER

Si alguien me hubiese dicho hace nueve meses que estaría sentada en los pasillos del Astro Center, esperando a que Terry Fairbanks, la mítica y temida entrenadora jefa, me llamara para la prueba de uniforme, probablemente me habría descojonado de la risa. Y no sería una risa educada, tipo «jajaja, qué gracioso», no. Sería más bien una carcajada sonora, acompañada de tos, lágrimas, y conociéndome, algo de mocos. Y luego le habría soltado: «¿Yo? ¿Una animadora de los Redstone Cowboys? Estás de puta coña».

Pero después de semanas en el campamento, de entrenamientos agotadores y cribas sucesivas, preguntándome cada noche si al día siguiente seguiré en la lista o si me tocará recoger mis cosas, aquí estoy, en la fase final. A un paso de conseguirlo. A un suspiro de tocarlo con los dedos. Y si todo sale bien, todos estos meses de entrenamientos, de sudor, noches sin dormir aprendiendo coreografías imposibles y un cansancio crónico, habrán merecido la pena. Seré una RCC. Una jodida RCC.

Así que, por primera vez en todo este proceso, dejo que un pensamiento entre en mi cabeza, despacito, casi de puntillas: *«¿Y si lo consigo? ¿Y si es real?»*.

Pero lo aparto rápido porque no debería permitirme soñar. Cada vez que lo hago, el universo encuentra la manera de patearme en la cara. Lo ha hecho todas y cada una de las veces anteriores.

Las manos me tiemblan, mi estómago es una centrifugadora y tengo una sensación agridulce instalada justo debajo del esternón, como si estuviera a punto de llorar o salir corriendo. Estoy a un paso de conseguirlo, sí, pero también a una arcada de vomitar el batido de proteínas y la avena que me obligué a tragarme esta mañana.

Nota mental: no volver a desayunar cuando estoy nerviosa.

El sonido de mi móvil es como una alarma de incendio retumbando en medio del pasillo. Lo saco del bolso.

—¡¡POR FIN CONTESTAS!!

Me alejo el móvil de la oreja, protegiéndome de su grito.

—Chloe, no puedo ahora. Estoy ocupada.

El iPhone vibra con una petición de FaceTime.

En serio, mi hermana es gilipollas.

—Te he dicho que no puedo.

—¡¡ES IMPORTANTE!!

Resoplo, miro al techo, hago una plegaria silenciosa y acepto la videollamada. Cuanto antes termine con esto, antes podré colgarle.

En el instante en que su imagen aparece en pantalla, Chloe lanza otro grito que me hace retroceder.

—¡¿Qué te has hecho en el pelo?!

—Eh... nada, solo unas mechas. No sufras, sigues siendo la única rubia de la familia.

Giro la mirada, paranoica, rezando para que Terry no me pille charlando cuando debería estar mentalizándome para la prueba.

—¡Me gusta! Te queda muy bien. Estás guapa.

—Gracias, Clo. Pero si me has llamado para hablar de mi cambio de look, podemos hablarlo luego. Estoy…

—No, tonta. Te he llamado porque mamá me ha dicho que no vas a venir a la comida de mañana.

—Ah... Eso. Os dije que estaba liada. Iré a la próxima, ¿vale?

—No, ni hablar. Vas a venir a esta. —Por supuesto, no me deja ni abrir la boca—. Es importante, Harper. Tengo una noticia que daros, y quiero que estéis todos.

—¿Mamá te ha sobornado con pastel para convencerme?

Ella pone los ojos en blanco y suelta una risita.

—Mamá no tiene nada que ver. Confía en mí, ¿vale?

—¿Qué te traes entre manos?

—Nada que vaya a soltarte por aquí. Prométeme que vendrás.

Genial. Tengo mil cosas pendientes para mañana: terminar de hacer los textos para la página web, limpiar la casa, hacer la colada —llevo dos semanas aplazándolo—, ensayar la coreo de apertura

con las RCC y un largo etcétera. Pero, es mi hermana pequeña...

—Vale, pesada. Allí estaré. ¿Contenta?

—Mucho. Y ya de paso, ¿puedes explicarme en qué andas metida que llevas semanas desaparecida?

La puerta frente a mí se abre, y sale Beth. Me levanto tan rápido que tropiezo con mi propio pie. Chloé sigue hablando en el móvil, pero yo ya no puedo prestarle atención.

—Tengo que colgar. Hablamos luego.

—Harper, ¿pero qué…? —Corto y deslizo el teléfono en mi bolso antes de que pueda lanzar otro grito indignado.

Beth tiene las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, como si hubiera estado llorando o riendo sin parar. Seguro, las dos cosas.

Seguramente porque haya vivido «el mejor día de mi existencia» según sus propias palabras. Ambas somos *Rookies* y esto es tan nuevo, emocionante y duro para las dos que no ha hecho más que unirnos desde las primeras pruebas, hace dos meses. Sin ella esta experiencia no habría sido ni la mitad de buena, ni tampoco hubiese podido aguantar hasta aquí.

—¿Cómo ha ido?

—Ha sido toda una sorpresa que no vomitara. —Suelta una risa temblorosa, pero enseguida se pone seria, apartándose unos mechones cobrizos de la cara—. Ese uniforme tiene que ser mío, Harper. No puede haber otra opción.

—Lo será —aseguro, encogiéndome de hombros como si fuese lo más obvio del mundo—. No te preocupes por eso.

No sé si podré superar irme a casa después de verme con el uniforme, pero es posible que Beth necesite terapia después. Su madre fue una RCC durante años, allá por los ochenta. Siempre cuenta que de niña se sabía de memoria todas las coreografías y que su mayor sueño era ser animadora como ella. Este es el tercer año que se presenta —y el que más lejos ha llegado—, así que llevarse otro golpe podría destrozarla. Aunque sé, con total certeza, que el año que viene volvería a por más. Así es ella.

Yo ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí. No es que no admire a las RCC desde que era niña y veía los partidos; no es que por dos Halloween consecutivos no me vistiese con una ridícula versión de

ellas, con ese espantoso top rojo de lentejuelas que yo misma creé —ahí empezó mi etapa de diseñadora —. Es que simplemente… nunca lo vi como una opción.

Pero todo cambió cuando vi el último partido en el estadio. Allí, en mitad de la multitud, con el gilipollas de mi exnovio al lado —fanático obsesivo de los Redstone—, y deseando largarme a casa, vi a las RCC salir. Y juro que nunca sentí nada parecido en mi vida. El frenesí, los pompones blancos y rojos agitándose en el aire, la gente aplaudiendo y saltando… Algo hizo *clic* dentro de mí, gritándome: «tienes que estar ahí. Tienes que entrar en el equipo».

Así que meses después, cuando se abrieron las pruebas, envié mi vídeo de presentación. Fue una locura, un impulso. Un acto de rebeldía, en realidad. Una forma de sentir que, de cierta forma, seguía teniendo algo de control sobre mi desastrosa vida.

—¿Con quién hablabas?

—Mi hermana. Está emperrada en que vaya a la comida familiar de mañana.

—Pero si mañana ensayamos la coreo de apertura.

—Lo sé, iré después del ensayo. Y sí, eso significa que seguiré usando la misma ropa otra semana más.

—¿No puedes pasar?

—Me ha dicho que tiene algo importante que decirme.

Sus ojos color verde, como el musgo de los árboles en un bosque frondoso, se abren de par en par.

—¡¡Te lo dije!! Tu horóscopo ponía que recibirías una noticia importante esta semana.

—¿Ah, sí? ¿Y qué más?

—¿No me escuchaste cuando te lo leí? —Mi cara es suficiente respuesta. Beth resopla y empieza a enumerar con los dedos—. Noticias importantes, una persona de tu pasado vuelve a tu vida y… nuevos proyectos que saldrán adelante. Lo que, claramente, significa que entrarás en el equipo conmigo.

—¿No te das cuenta de que siempre dicen lo mismo? Ni siquiera intentan ser creativos. Un día deberían innovar con algo como: «Escorpio, esta semana evita los burritos del local nuevo, te van a dar diarrea». Pero no, siempre es «grandes cambios vienen a tu

vida», «ábrete a nuevas oportunidades», «alguien de tu pasado regresa»… ¡Pues claro que sí! Se llaman «ex», y su superpoder es regresar justo cuando por fin los ha superado.

—Yo no me reiría si fuese tú. Ya sabes que en septiembre habrá luna nueva en Piscis y nuestros signos serán de los más afectados.

—No empieces con las lunas nuevas otra vez, por favor.

—Deberíamos darnos el baño con sal, como recomienda Amber. Solo para prevenir…

Beth y su obsesión con el canal de YouTube de Amber Moon. En serio, si mañana esa mujer dijera en uno de sus vídeos que bañarse en esperma de caballo limpia las energías negativas, Beth sería capaz de hacerle el *trabajito* manual ella misma con tal de obtener su dosis extra. Como si las piedras, los baños a la luz de la luna llena y el palo santo no fueran suficientes ya.

—No es mala idea. Pero me vendría mejor que alguien me echara una mano con la lavadora, la verdad.

Beth pone esos ojillos suyos en blanco, divertida.

—Invítame a un café luego y puede que me lo piense.

Levanto una ceja, con la sonrisa más inocente que puedo poner.

—¿No dice Amber que el karma siempre recompensa a los que dan sin esperar nada a cambio?

—Tú solo te quedas con lo que te conviene, ¿eh? —Mete la mano en su bolso, removiendo entre el caos absoluto que guarda ahí dentro. No me extraña que tarde tanto en encontrar las llaves, podría pedir un alquiler de trescientos dólares por dormir en ese bolso. Finalmente, las saca y me apunta con ellas como si fueran un arma—. Suerte. Vas a estar buenorra con esos pantalones.

—¿Más que tú?

—Por favor. No pidas milagros.

Nos reímos. Beth me da un abrazo rápido, cálido y con ese gesto suyo hace que me sienta menos aterrada por la prueba.

—Te espero en el coche, ¿vale?

—Vale.

—Te quiero.

—Y yo.

Se aleja, moviendo la mano en el aire como despedida, antes de

desaparecer por el pasillo. Y justo en ese momento, cuando estoy intentando procesar lo que me espera ahí dentro, la puerta frente a mí se abre y una mujer me mira con la expresión de alguien que ha repetido la misma frase un millón de veces:

—Tú turno, bonita.

La sigo hasta el interior. El vestuario de las Cheerleaders de los Redstone Cowboys es un lugar sagrado. Un templo de espejos y luces que no perdonan ni una arruga ni una mala postura.

No debería estar tan nerviosa. Es solo un uniforme, ¿no? Pero cuando entro y Terry Fairbanks me recibe con sus brazos cruzados, sus ojos críticos y un leve asentimiento, siento que todo el aire se evapora de mis pulmones. A su lado está Molly Tinsley, la coreógrafa principal, sentada con las piernas cruzadas y el iPad apoyado en una rodilla. Y, por supuesto, las cámaras. Siempre grabándolo todo. A estas alturas estoy acostumbrada, llevo tantas semanas con ellas delante que casi he olvidado que existen.

—Harper Blake. Nuestra última novata —dice Terry, mirándome de arriba a abajo—. Espero que no hayas tenido que esperar demasiado tiempo.

—Qué va. Por suerte, soy fan de quedarme sentada mirando al vacío durante horas. Es un hobby muy infravalorado.

Terry parpadea. Molly levanta una ceja.

Genial, broma fallida en tiempo récord.

—Lo sentimos mucho. Ya sabes cómo son estas cosas, querida. Siempre se retrasa.

—¡Sí, sí! Lo sé. No lo decía en serio, solo… intentaba ser graciosa.

Silencio.

Ahora entiendo porque mi madre siempre me dice que estoy más guapa calladita… Por primera vez, tengo que darle la razón.

Terry asiente hacia una de las modistas, que se acerca con una percha con el uniforme.

Vale, no es cualquier uniforme.

ES EL UNIFORME.

Esto es real. Está pasando de verdad.

—Póntelo y vuelve para que podamos hacer los ajustes.

Salgo disparada hacia uno de los probadores privados. Dentro,

cuelgo el bolso en el gancho de la pared, aunque podría tirarlo al suelo y me daría igual. Toda mi atención está en él. Dios, de cerca, el top rojo y blanco es aún más impresionante. Las mangas abombadas terminan con los puños ajustados. Las estrellas rojas sobre la parte blanca del top roban todo el protagonismo.

El cinturón me recuerda a una corona. Pulido, brillante, ajustado en el centro. Y los shorts blancos… Casi no quiero tocarlos. El corte es tan preciso que entiendo por qué Terry habla de «proporciones». Un milímetro menos y serían vulgares; un milímetro más y perderían toda su magia.

El uniforme que he visto desde que era niña, en carteles, en vídeos de partidos. Es el emblema de Redstone, lo primero que se te viene a la cabeza cuando piensas en Texas.

Vale, Harper, no llores.

Me quito el vestido con manos torpes, demasiado consciente de cada movimiento. Me pongo las medias que me recomendaron las veteranas, esas que necesitan un manual de instrucciones para subirlas sin rasgarlas; luego me pongo el uniforme, pieza a pieza, con una delicadeza minuciosa, tomándome todo el tiempo del mundo. Finalmente, me miro en el espejo de cuerpo entero del probador y me quedo congelada.

—Joder…

La chica del espejo tiene el mismo cuerpo que yo, pero no la reconozco. Lleva algunas mechas color caramelo cayendo en ondas suaves sobre los hombros, un color que nunca habría elegido por mí misma. Según Terry, «endulzará tus facciones y hará resaltar tus ojos marrones». Tal vez el uniforme esté haciendo magia, o tal vez esté imaginándome cosas, pero ¿soy yo o realmente se ven un poco más cálidos?

Bajo la vista por mi cuerpo y toco el uniforme, deslizando los dedos por la tela, ajustando los bordes del top.

Lo llevas puesto, Harper. El puto uniforme.

Durante meses he soñado con este momento. He pegado fotos en mi *vision board*, he hecho *splits* y patadas hasta el agotamiento; he ensayado cada paso hasta que mi cuerpo dejó de ser mío y se convirtió en una extensión del equipo. Todo por esto.

Y aquí estoy.

Me río un poco, entre nerviosa y emocionada, aunque siento un nudo raro en la garganta. El miedo de perderlo, quizás. Porque ahora entiendo las palabras de Beth: si este uniforme no termina siendo mío, va a doler. A rabiar.

La voz de Terry me hace aterrizar:

—¿Todo bien por ahí dentro? ¿Necesitas ayuda?

—No, no. Estoy lista. ¡Ya salgo!

¿Podría ser menos profesional? Lo dudo.

Cuando vuelvo, Terry está esperándome, con Molly observando en silencio desde su silla. Una de las modistas me guía hasta un pequeño atril blanco. Me coloco, sintiéndome como una muñeca expuesta en una vitrina. Frente a mí, el enorme vestuario con espejos por todas partes hace que mi reflejo me rodee desde todos los ángulos. Estoy rodeada de mí misma. Y, por primera vez, me permito pensarlo: estoy guapa. ¿Qué digo? Estoy buenísima.

—Mira al frente, por favor —pide la modista.

Enderezo la espalda, tensa, mirando hacia delante.

—Bien, déjame verte —dice Terry, dando una vuelta a mi alrededor.

—¿Cómo lo ves? —pregunta Molly.

—Ajustado —responde tajante, sin filtro—. Su culo apenas entra en el pantalón. Y de largo, ¿qué dices, Molly?

—Deberíamos alargarlo, sí —responde ella.

A la mierda mi ego.

—Está desproporcionado. Se ve pequeño en comparación con sus piernas largas —dice Terry, señalando la parte baja del pantalón con la mano. Entonces dirige la mirada hacia mí a través de sus gafas de pasta—. Tienes unas piernas preciosas, Harper.

—Gracias.

Culo gordo, pero piernas largas. Ni tan mal.

—El cinturón está un poco alto —continúa Terry, moviéndolo de lugar—. Bajémoslo medio centímetro, Suzanne. Y las mangas… un poco más cortas. Harper, baja los brazos. Eso es. Sí, sin duda hay que acortarlas.

Terry, Molly y las modistas intercambian instrucciones,

moviéndome, tocándome, ajustando cada parte del uniforme. Terry se quita las gafas y se las lleva a los labios, un gesto que parece parte de su personalidad. Su flequillo castaño cae sobre sus ojos cuando sacude la cabeza, pensativa.

—Harper Blake… —empieza, sus ojos ahora centrados en los míos —, ¿de dónde me habías dicho que eras?

—Dallas. Nacida y crecida aquí.

—Una de las mías, entonces. —Su sonrisa es breve, profesional—. Y estudiaste en la universidad, ¿no es así?

La modista sigue tocándome, ahora centrada en el top y mi escote. Ignoro sus comentarios acerca de mi pecho desigual y «caído» por el bien de mi autoestima.

—Sí… en SMU. Grado de finanzas.

—En tu ficha pone que no la acabaste. ¿Qué pasó?

—Los números no eran lo mío.

—Estuviste unos años trabajando como autónoma, ¿no es así?

Es complicado mantener el tipo cuando te están diseccionando. Y más complicado aún hablar de esa época de mi vida.

—Sí. Me salió un proyecto personal y decidí probar suerte.

—¿Qué clase de proyecto?

—Una marca de chaquetas vaqueras con una amiga. Diseñábamos los modelos, cosíamos, subíamos las fotos a Instagram, vendíamos por encargo… —Me pongo recta cuando la modista me obliga con una mano en la espalda—. Nos fue bien.

—Tienes que enseñarnos esas chaquetas.

—Claro.

—¿Y sigues diseñando?

—No. Ahora trabajo en la empresa familiar. Me encargo del marketing digital. Redes sociales, campañas, contenido.

—¿Y cómo encaja todo eso con estar aquí?

—Pues… —Me encojo de hombros y la modista casi me mata. Me disculpo con la mirada y sigo—: siempre me ha encantado bailar. Empecé con gimnasia a los siete, contemporáneo a los diez, y fui animadora en el instituto.

—Se notó la experiencia. —Terry asiente, moviéndose para examinar mi espalda—. En tu solo de presentación, digo. Fue muy

sólido. ¿Y tus padres? ¿Qué piensan de que estés aquí?

Mis hombros se tensan.

—Todavía no se lo he contado.

Terry se detiene un segundo y me mira a través del espejo.

—¿Por qué? —Arquea una ceja—. ¿No lo aprueban?

—No, no es eso —me apresuro a añadir—. Solo que… mis padres son bastante tradicionales.

—¿Y qué hay más tradicional que las RCC?

Molly suelta una pequeña carcajada desde el fondo, divertida.

Yo apenas puedo responderle con una sonrisa.

—Bueno, seguro que se alegran *si* lo consigues —añade Terry finalmente—. Tú sigue así. —Mi corazón da un vuelco. Terry Fairbanks acaba de decirme que «siga así». No es un cumplido, pero se siente bastante cerca de uno.

Cuando Terry se gira para hablar con Molly y las modistas, aprovecho para mirarme una última vez en el espejo. La chica del reflejo sigue sin ser del todo yo, pero… tal vez, solo tal vez, podría acostumbrarme a ella.

Respiro hondo, pero el aire no me llena los pulmones del todo. Porque lo siento. Un cosquilleo eléctrico que me sube desde las palmas de las manos hasta el pecho, hasta el cuello, hasta la cabeza.

Esto no es solo por el traje. Es lo que implica.

Ser una RCC significa que en tres semanas estaré en un estadio frente a cincuenta mil personas, bailando bajo las luces, con los pompones blancos y rojos en movimiento, y las cámaras enfocarán cada gesto, cada sonrisa. Mi rostro estará ahí, en las pantallas, en las noticias. En todas partes. Y mis padres lo verán.

Ahora es mi estómago el que da un vuelco.

Una RCC, Dios, para ellos, sería… ¿qué? Una frivolidad. Exponerme de esa manera, con este uniforme ajustado, bailando frente a miles de personas, sonriendo para las cámaras. A sus ojos sería como gritarle al mundo que he pecado, que he caído en la vanidad, la superficialidad y lo que ellos llaman tentaciones mundanas. Si les quedaba un poco de esperanza en mí, con esto, terminaré de mandarla a la mierda.

—Lista. Hemos acabado contigo, Harper.

Mis manos empiezan a hormiguear, como si estuvieran a punto de soltar algo que he estado aferrando con fuerza durante años. Es esa sensación eléctrica, ese momento justo antes del salto, cuando sabes que no hay marcha atrás.

Dios mío, Harper, lo estás haciendo.

Lo estás haciendo de verdad.

El horóscopo no siempre se equivoca



HARPER

La isla de la cocina está tan llena de comida que parece que vamos a alimentar a todo el estado de Texas. Aunque tampoco debería sorprenderme: es lo normal en el tradicional almuerzo después del servicio del domingo. Hoy, sin embargo, no va a sobrar tanta comida como de costumbre. La casa está hasta arriba de gente: tíos, primos lejanos, miembros de la iglesia y algún que otro vecino que probablemente vio la puerta abierta y entró atraído por el olor.

Tampoco le doy muchas vueltas. Estoy demasiado hambrienta como para cuestionarlo. Hoy hemos ensayado durante horas desde las cinco de la mañana —evitando el calor sofocante de Dallas— y apenas llevo más que un café y unos huevos revueltos encima.

Miro entre las opciones: ensalada de repollo con mayonesa, pimientos rellenos de arroz y carne, patatas asadas, pollo frito y, para mi felicidad absoluta, tartaletas de beicon y queso. Me pongos dos en el plato, más una ración de pollo con extra de patatas.

Ya compensaré la grasa extra mañana en el gimnasio.

—Buena elección. —La voz a mi derecha es tan familiar que una punzada me golpea justo detrás del ojo izquierdo, como si de repente mi cerebro estuviese considerando autodestruirse.

Dejo caer las pinzas sobre el bol y giro lentamente hacia él. Por supuesto que lleva su clásica camisa a cuadros y los pantalones beige de siempre. La sonrisa de suficiencia que lleva tatuada en la cara hace que desee usar mis sandalias como arma homicida.

—¿Qué haces tú aquí?

—Vaya, ni un «hola» ni un «me alegro mucho de verte, Jared».

¿Dónde te has dejado los modales, Harper?

—Ya sabes que no me gusta mentir.

Su sonrisa no desaparece. Al contrario, se amplía.

El muy desgraciado disfruta con esto.

—Tú siempre tan dulce… Quita esa cara, anda, tu padre me invitó.

Mentiroso. Esto tiene el nombre de Virginia Blake escrito por todas partes. Mi madre nunca ha superado que cortáramos.

—Te dejé clarísimo que no quería volver a verte en mi casa.

—Trabajo para tu familia, ¿recuerdas?

—Jared.

Debo de tener una cara de absoluta repulsión porque deja de servirse comida y centra su atención en mí.

—He venido de buenas, ¿vale? Lo quieras o no, no vas a poder borrarme de tu vida. Así que actúa como una adulta por una vez y dejar de montar escenitas.

Me da un repaso rápido. Mierda. Ahora me arrepiento de haberme puesto los primeros vaqueros que tenía a mano y esta blusa verde con manga tres cuartos que, claramente, tiene demasiados lavados. Pero no tenía nada limpio en casa.

Gracias Beth por ocuparte de arreglar eso.

—Estás muy guapa, por cierto.

Pongo los ojos en blanco en respuesta. Intento alejarme, pero él me sujeta del brazo, obligándome a encararlo otra vez.

—No me toques.

No aparta la mano enseguida. Solo la suelta despacio, como si quisiera demostrar que lo hace porque le da la gana, no porque yo se lo pida.

—Eh, tranquilita. Solo intentaba ser amable.

—Pues no lo seas. Tu amabilidad me produce urticaria.

Frunce el ceño, irritado por mi rechazo.

—No sé cuándo te volviste tan insoportable, en serio. Antes eras mucho más fácil de tratar.

—El día que descubrí que eres un gilipollas. Casualidades de la vida, supongo.

—¿Cuándo vas a olvidarlo? Te he pedido perdón un millón de veces. Sabes que no quise hacerte daño. Aquello no significó nada

para mí… Estaba dolido, confundido, y no pensaba.

—Sí que pensabas, Jared. Con lo mismo con lo que siempre piensas. Ese es el problema.

Se aparta unos mechones rubios de la frente, un gesto estudiado que ha hecho caer a demasiadas chicas ingenuas en sus redes. Es tan petulante, tan creído y soberbio, que contener el impulso de patearlo es digno de una medalla olímpica.

—Te echo de menos. Incluso cuando me tratas así. —Se inclina lentamente hacia mí, tan cerca que su aliento roza mi oído—. Sigue poniéndomela dura que lo hagas, ¿sabes, nena?

Su mirada baja un segundo, como si recordara algo que sólo él y yo sabemos. Ese gesto me revuelve el estómago.

Me aparto, con una risa que apenas disimula el temblor que me sube por la nuca.

—Busca ayuda, Jared. Paga lo que tengas que pagar, y resuelve tus mierdas. Pero a mí déjame tranquila.

Antes de que pueda añadir algo más, agarro mi plato con fuerza y me dirijo al comedor, esquivando a los invitados apiñados alrededor de la mesa. Mi madre está charlando animadamente con Viola, pero en cuanto se percata de mi expresión asesina, su sonrisa se desvanece y rápidamente se excusa con su amiga.

—¿En serio, mamá? ¿Jared?

Se lleva una mano a las perlas que adornan su cuello, ese gesto que hace cuando está incómoda por llamar la atención.

—Baja la voz, Harper. Estamos rodeadas de nuestros invitados.

—Me da exactamente igual quién nos escuche. ¿Cómo has podido invitarlo?

—No lo he invitado yo, ha sido tu padre.

—Venga, que nos conocemos ya. Papá ni pincha ni corta en estas reuniones.

—Harper, Jared trabaja para tu padre. Es jefe de fábrica y forma parte de la comunidad. Es prácticamente de la…

—Ni se te ocurra decir esa palabra.

—¿Qué esperabas que hiciera? Llevas todo el verano desaparecida. Y se suponía que no venías hoy. No soy adivina, cariño.

—¿Cuántas veces lo has invitado a casa? ¡Te dije que no quería que

volviese más!

—Está intentando arreglar las cosas y...

—Me puso los cuernos.

—No estabais juntos en ese momento. Y ya sabes cómo son los hombres… —Hace un gesto con la mano, como diciendo «es lo que hacen siempre».

Pongo los ojos en blanco, agotada de escuchar esa cantinela.

—¿Por qué siempre lo defiendes? Es un imbécil.

Mi madre niega, colocando sus manos sobre mis hombros. Odio que haga eso, porque significa que está intentando hacerme entrar en razón, aunque sabe perfectamente que llevo razón yo.

—Cariño, nadie es perfecto. Todos cometemos errores. Dios nos enseña a perdonar, ¿recuerdas? Jared no ha hecho las cosas bien, pero es un buen chico. Sé que quiere arreglar las cosas contigo. ¿No podrías intentarlo?

Cierro los ojos un instante, reprimiendo las ganas de soltarle cuatro verdades sobre Jared y su supuesta *bondad*.

Sí, técnicamente ya no estábamos juntos cuando se enrolló con otra, aunque habían pasado apenas seis horas desde que rompimos. Pero no, no fue eso lo que me hace odiarlo. Lo de que se acostara con otra sólo fue la excusa perfecta. Lo que me hizo salir corriendo fue darme cuenta de que nunca dejaría de sentirme pequeña, vigilada y un poco asustada cada vez que estaba con él.

Jared se esfuerza tanto en sostener esa imagen de hombre perfecto que a veces hasta parece creérsela. El tipo que dice que está esperando a la madre de sus hijos, que quiere una familia, que va a la iglesia y ayuda a su comunidad. Pero todo ese puritanismo se le cayó en cuanto cerró la puerta de mi habitación. Porque ahí salía otra versión: una que tenía una extraña obsesión con apretarme el cuello y llamarme «zorra» mientras lo hacíamos.

La primera vez traté de no darle importancia. No le digo que no a un poco de sadomaso. Pero cuando siguió haciéndolo a la segunda, y empezó a mostrarme esa faceta suya machista, controladora y violenta, fue suficiente.

No debí salir con él cuando mi madre me lo sugirió. Sabía que no éramos compatibles. Pero estaba atravesando un mal momento,

perdida, bastante deprimida, y… En realidad, ni siquiera eso justifica la estupidez que cometí al liarme con él.

—En serio, deja de meterte en mis relaciones. No vamos a volver. Y por el bien de mi salud mental, es mejor así.

—Está bien, hija. Es tu decisión y la respeto. —Me acaricia el brazo con suavidad, buscando un terreno neutral.

Suspiro, y sin poder evitarlo, me relajo un poco. Nunca he sabido mantener mis enfados con ella. Es metomentodo, exigente hasta la exasperación, siempre preocupada por el qué dirán y obsesionada con que sus hijas sigan el camino que ella quiere. Pero a pesar de todo eso, no puedo odiarla. Porque, en su forma rígida y torpe de amar, sé que solo quiere lo mejor para mí.

—¿Y este cambio? —Atrapa algunos de mis mechones.

—Me apetecía algo diferente.

—Te queda bien. Pero va a estropearte el pelo. —Como para dar veracidad a sus palabras, tira de las puntas más claras.

—Bueno, para eso trabajo. Para gastarme todo mi dinero en mascarillas milagrosas. ¿Por qué has invitado a tanta gente?

Levanta una ceja con una inocencia tan falsa que casi da risa.

—No sé por qué lo dices, estamos los de siempre.

—Mamá, has invitado al tío George. Y la última vez que vino a casa yo aún llevaba *brackets*. Venga ya, ¿de qué va todo esto?

—Tu hermana quiere contaros algo importante, y ya sabes cómo es. Tiene que ser a lo grande.

—¿Qué quiere contarnos?

Ella se encoge de hombros, evadiendo mi pregunta.

—¿Has probado la limonada de Viola? La ha hecho con limas en vez de con limones, y está deliciosa.

—Buen intento de distracción, mamá. —Me inclino a su lado, bajando el tono de voz—. Venga, cuenta. Te prometo que no le digo que me lo has contado. Palabrita de meñique.

—No, no, ni hablar. Y no me insistas más. Si te lo digo yo, Chloe me matará.

—¿Y dónde está la reina del misterio?

—Arriba, terminando de arreglarse.

Asiento, aliviada de tener una excusa para escaquearme.

—Harper, ¿qué crees que haces? No se come arriba.

—Pues no haber invitado a mi ex, así tendría sitio en la mesa.

Ella abre la boca para protestar, pero antes de que pueda hacerlo, yo ya estoy subiendo las escaleras.

Llego a la puerta del dormitorio de Chloe y golpeo suavemente con el pie, ya que tengo ambas manos ocupadas.

—¡Hey! No sabía que ya habías llegado. —Chloe se gira, sonriendo, luciendo espectacular en su vestido azul claro.

Me siento en su cama. Su habitación está impecable, decorada en tonos pastel con demasiados cojines ordenados milimétricamente sobre la colcha blanca. Una extensión de su personalidad. Si entrase ahora en mi antigua habitación, la que mis padres mantienen intacta desde que me fui hace años, seguramente encontraría todo lo opuesto al orden de Chloe.

—Claro, no iba a perderme semejante evento sorpresa. —Me llevo una tartaleta a la boca, disfrutando de cada mordisco. Y sigo hablando con la boca llena—: ¿me vas a decir ya qué está pasando, o tengo que adivinarlo? Por favor, dime que no estás embarazada.

—¡Claro que no! —Sus mejillas se vuelven del color de los tomates —. Mamá te va a matar si descubre que estás comiendo en mi cama, por cierto.

—Pues debería haberlo pensado antes de invitar a Jared, ¿no crees? Su culpa, no la mía. —Le doy otro mordisco sin sutileza. Si lleno el suelo de migas de hojaldre, mejor.

—Dios, mamá no aprende. ¿Le has lanzado algo a la cabeza a ese desgraciado?

—No, pero he estado tentada. Tuve un encontronazo de lo más encantador con él en la cocina. Insiste en que lo perdone porque, según él, lo que pasó no significó nada. Ya sabes, la típica excusa que todos los imbéciles usan cuando meten la pata hasta el fondo. O la…

—Vale, vale, lo pillo. —Mi hermana y su forma de escandalizarse con la palabra «polla»—. Pero, ¿no irás a volver con él después de que…?

—Prefiero arrancarme las uñas una por una, bañarme en ácido y hasta comer pepinillos antes que volver con él. En serio, si alguna

vez me ves considerando siquiera saludarlo educadamente, por favor, golpea mi cabeza con algo punzante y acaba con mi sufrimiento rápido.

Ella suelta una carcajada, girándose por completo hacia mí.

—¿Qué?

—Nada, solo que me hace gracia cuando estás de mala hostia.

—De mala hostia me voy a poner como no me cuentes de una vez de qué va toda esta pantomima. Soy tu hermana mayor. Sea lo que sea, no pretenderás que me entere a la misma vez que el tío George, ¿no? Que, por cierto, visto lo visto, sigue sin saber que el ser humano ha inventado el jabón.

Chloe sonríe, pero rápidamente adopta una actitud seria.

—James está de camino. Llegará pronto.

—Genial. No lo veo desde el cumple de papá. Imagino que eso significa que va todo bien entre vosotros… ¿no?

—Bueno, digamos que mejor que bien…

—¿Qué haces? —Aparto su mano de delante de mi cara, molesta con sus tonterías—. Estate quieta. ¿Se te ha ido la olla?

—¿No lo pillas?

—Ehh… no. Claramente no.

Ella resopla, poniéndome algo delante de los ojos. Brilla tanto que necesito unos segundos para asimilar lo que es. Un enorme y espectacular pedrusco que podría pagar el alquiler de media Dallas.

—Eres tonta. ¡James y yo vamos a casarnos!

La miro, alucinada, con la mandíbula colgando y los ojos abiertos de par en par.

—¡¿QUÉ?! Espera, espera... ¿te vas a casar?

—¡¡Sí!

—Dios mío, Chloe, ¿en serio?

—¡¡*Siiiii*!!

—Pero, ¿cómo…? ¿Cuándo te lo ha pedido?

—Hace dos días. En nuestro restaurante favorito.

¿Restaurante favorito? Pero si llevan tres meses saliendo. ¿Cómo han tenido tiempo de tener un favorito?

—Eso es… —balbuceo, intentando asimilar todo.

—Sé que parece apresurado, pero cuando lo sabes, ¡lo sabes!

Lo que yo sé, Chloe, es que tres meses apenas te alcanzan para saber si a tu pareja le gusta la pizza con o sin piña.

Me muerdo la lengua. Literalmente. Porque si no lo hago, estoy a punto de soltarlo en voz alta, y no quiero ser yo quien le arruine este momento. No soy tan cruel. No ahora, cuando ni siquiera he asimilado la información ni preparado un plan de acción.

En lugar de eso, respiro hondo y la miro. Mi hermana pequeña, con sus ojitos brillantes y esa sonrisa que parece pintada con acuarela. Chloe, la niña dorada de casa, la que siempre hace lo correcto, la que jamás desafiaría ni una sola regla. Y ahora… ahora con un anillo de compromiso en el dedo.

—¿Sabes qué le pidió mi mano a papá? ¡Y preparó todo sin que yo sospechara nada! Reservó el restaurante entero para nosotros. ¡Fue tan, tan romántico, Harper! Se que es rápido, pero ¿para qué esperar más? Nos queremos. Y su familia está encantada con la boda. Su madre es genial, ya ha empezado a organizar la fiesta de compromiso, ¿te lo puedes creer? ¡¡No puedo esperar!!

Por supuesto que no. Porque en mi familia —y en la de James, por lo visto— no hay lugar para demoras innecesarias cuando hablamos de bodas. La palabra «compromiso» no significa lo mismo para ellos que para el resto del planeta. En su mundo, las bodas son algo rápido, limpio y bendecido. Porque, claro, hay *cosas* que no se hacen antes del matrimonio.

Chloe es todo lo que ellos siempre han querido en una hija. Es dulce, perfecta, y tiene esa inocencia casi aniñada que la convierte en la favorita indiscutible. Es como un personaje de cuento de hadas, tan buena que a veces me da ganas de darle un abrazo y encerrarla en una burbuja para protegerla de… de esto.

De James, a quien solo he visto una vez en mi vida. Una. Fue en el cumpleaños de mi padre y recuerdo perfectamente que me pareció el tipo de hombre que nunca frunce el ceño. Encantador en exceso, con una sonrisa tan blanca que casi necesito gafas de sol para mirarla. ¿Es agradable? Sí. ¿Confío en él? Ni de coña. Nadie es tan perfecto.

—Y, obviamente, vendrás, ¿verdad?

He dejado de escucharla un segundo. *O cien*.

—¿Que si voy a…?

—A la fiesta. Lily me llamó esta mañana para preguntarme por los detalles. Será en unas semanas, en el rancho. ¿Te acuerdas que te hablé de él? En Cedar Hollow, donde James se crio. ¡Dios! ¡Todavía no me lo creo, Harper! Tu hermana pequeña va a casarse, ¡¿NO ES INCREÍBLE?!

Sí, sí que lo es.

—Ajá… —¿Qué se supone que debería responder a eso? Todavía estoy atascada en la parte de «me voy a casar».

—¿No te alegras por mí?

Finalmente sonrío, acercándome para abrazarla.

—Claro que sí, Chloe. Estoy en shock, eso es todo. Pero si tú estás segura y feliz, entonces yo también lo estoy por ti.

Intento sonar feliz, aunque en mi cerebro hay sirenas rojas y luces de neón parpadeando con «locura, locura, LOCURA». Tiene veintidós años. ¡Veintidós! Apenas acaba de graduarse, apenas ha empezado en su trabajo. A veces todavía deja la taza en la encimera porque olvida que los platos no se lavan solos, y ahora, de repente…

—¡¡Voy a casarme!!

—¡¡Vas a casarte!! —La aprieto con más fuerza, dando vueltas sobre nosotras mismas.

—Te quiero, Harper.

—Yo también a ti, hermanita. Aunque me provoques mini infartos con estas sorpresas.

—Vamos abajo. Tengo que dar la noticia.

—Claro. A ver quién se sorprende más: la abuela, que lleva esperando esta noticia desde que te bajó la regla, o la prima Susan, que lleva toda la vida soltera y odia la felicidad ajena.

—Dios mío, Susan. Me había olvidado de ella. Me va a lanzar cuchillos con la mirada, ¿verdad?

—Probablemente también con las manos.

Me mira fijamente, su sonrisa radiante iluminando su cara.

—Gracias por no desmayarte.

—Todavía no lo descartes.

Ambas nos reímos, bajando juntas las escaleras.

Ultimátum



LIAM

Me paso la toalla por el cuello y respiro hondo antes de empujar la puerta. La placa junto a la entrada dice «Greg Morales, jefe de Fisioterapia Deportiva de RC», aunque todos lo llamamos «el verdugo». Llevo años trabajando con él, pero todavía entro aquí con la misma ansiedad que sentí la primera vez.

—Míralo. Qué puntual.

Luce una camiseta gris con una mancha de café seca a la altura del esternón que juraría lleva ahí desde la temporada pasada. Se ajusta las gafas y repasa unos papeles que probablemente incluyen desde mis informes médicos hasta el nivel de hidratación de mis neuronas. O el número de pedos que me he tirado hoy. Quién sabe.

—Tenía muchas ganas de verte. Esta mañana me desperté pensando: «¿cómo podría empeorar mi día aún más?». Y entonces me acordé de ti —bromeo, aunque el agotamiento es evidente en mi voz. Estoy molido. Hoy tuve doble sesión: entrenamiento físico y rehabilitación en piscina. Apenas siento las piernas.

Greg, por supuesto, no sonríe. No estoy seguro de haberlo visto sonreír nunca. Supongo que trabajar diariamente con jugadores lesionados te hace inmune a cualquier tipo de entusiasmo.

—¿Cómo está esa rodilla hoy?

—Como nueva. —Me dejo caer en la camilla.

—¿Sí? Pues dime eso después de que la mueva.

Hijo de puta.

Empieza la rutina. Movilidad, estabilidad, reflejos. Sus manos firmes giran, empujan y presionan. Cada maniobra mide algo más que la fuerza física: mide la paciencia, la resistencia mental, las ganas de no mandar todo a la mierda. El músculo responde. El ligamento no grita. Yo tampoco. Aunque hay un par de veces que tengo que

morderme la lengua para no soltarle un insulto.

—Bueno, es oficial. —Greg se echa hacia atrás, cerrando la carpeta con un golpe seco—. Ya puedes dejar de llorar. La cirugía fue un éxito, los meses de rehabilitación han funcionado y estás fuerte. No perfecto, pero cerca. Si entrenas con cabeza y no haces el imbécil, podrás volver al campo.

Me tensa el pecho escuchar esas palabras.

«Volver». Casi un año soñando con escuchar eso.

—¿Cuándo?

—Si haces todo lo que te digo… pronto. Pero escucha bien —agrega. Se inclina hacia mí, clavándome los ojos—, ni un paso en falso. Ni uno. Si fuerzas esa rodilla más de la cuenta, te la volverás a cargar. Y no podrá resistir una tercera vez.

Asiento, tragando saliva.

—Entendido.

—Bien. Ah, y Clarkson te está esperando en su despacho. Estaba de buen humor esta mañana, pero no te hagas ilusiones. Ya sabes que no le dura mucho.

Genial.

Recojo la bolsa del suelo y salgo de la sala. El Astro Center vuelve a estar lleno de voces animadas, risas, palmadas en la espalda. El equipo ha vuelto de California, donde han pasado los últimos dos meses entrenando para huir del calor.

El calor sofocante de Dallas no me molesta. Nunca lo ha hecho. La gente huye de Texas en verano como si el sol les fuera a derretir los huesos, pero yo crecí con este sol abrasándome la nuca, con la ropa pegada a la piel y las botas llenas de polvo. El calor y yo tenemos un pacto tácito: yo no me quejo, y él no me mata. Simple.

El despacho de Clarkson es exactamente lo que esperas del entrenador jefe de un equipo de la NFL. Una pizarra llena de estrategias que parecen jeroglíficos, una mesa abarrotada de papeles, y fotos enmarcadas con los equipos de años pasados.

Llamo a la puerta, aunque esté abierta de par en par. Siempre llamo. La voz de Clarkson no tarda en retumbar desde dentro:

—¡Pasa!

Está detrás de su escritorio, revisando algo en el ordenador.

—Entrenador.

—Prescott. —Ni siquiera me mira—. Siéntate.

Lo hago. La silla es dura, incómoda, o quizás lo es la tensión que se me acumula en la espalda. Tengo la rodilla bien. Pero el estómago… el estómago empieza a recordar lo que es estar en una cuerda floja. Clarkson no llama a nadie para decirle cosas bonitas.

El silencio se estira hasta que finalmente deja el ordenador y me mira con ojos que parecen escanear cada centímetro de mi cuerpo.

—Hablé con Greg. Dice que estás mejor.

—Sí, señor.

—Dice que puedes estar para el primer partido de la pretemporada.

Pum. Greg no me mencionó eso.

El cosquilleo nervioso en mis dedos aumenta.

—Estoy listo, coach.

Asiente, pero no parece contento.

—Déjame ser claro contigo, Prescott. El equipo te ha mantenido porque sabíamos lo que podías aportar. Pero la NFL no es un lugar para sentimentalismos, y tú lo sabes. Si vuelves, tiene que ser al nivel de los demás, porque si… —Deja la frase en el aire, pero no hace falta que la termine.

—Lo estaré. —*Y si no lo estoy, me romperé intentándolo.*

Me observa un segundo más. Buscando debilidad. Algún rastro de miedo. Pero no lo va a encontrar. Porque no tengo otra opción.

—Perfecto. Entonces te quiero el fin de semana en el campo a las seis. Entrenamiento con los veteranos. Veamos si tu rodilla puede aguantar el ritmo.

Mierda.

Me enderezo en la silla, aclarando la garganta.

—En realidad, entrenador... Este fin de semana tengo el compromiso del que le hablé hace días.

Clarkson alza una ceja, despacio, como si acabara de decirle que quiero cambiar de equipo.

—Cancélalo. Ahora no puedes faltar a tu entrenamiento.

—Es importante.

—¿Importante? Prescott, ¿entiendes lo que te juegas? Tú, más que nadie, necesitas estar aquí.

No voy a poner mi carrera en riesgo, pero tampoco pienso romper mi palabra tan fácilmente... Un poco de insistencia no va a matarme.

—No me iría si no fuese realmente importante. Estaré aquí el lunes a primera hora, sin falta. Tiene mi palabra.

Clarkson me estudia con la mandíbula apretada, la mirada como una piedra de río: erosionada, dura y vieja. Y me pregunto qué le pasa realmente. Si es solo el control lo que le molesta o el hecho de que uno de sus soldados le diga *no*.

Pero no puede ignorar los hechos. Sabe que he estado aquí los últimos once meses; que mientras el resto del equipo se relajaba o se tomaba un maldito respiro, yo seguía aquí, rompiéndome en pedazos para recomponerme. Fui el primero en llegar, el último en irme. Cada maldito día. Sin descanso. Y lo sabe. Claro que lo sabe.

Resopla, un sonido cargado de resignación y fastidio.

—El lunes a las seis en punto. Sin retrasos. Ni excusas. Si llegas un solo segundo tarde, Prescott, te juro que no vas a olvidar lo que es correr con esa rodilla durante toda la puta semana.

—Entendido.

Clarkson asiste, aún tenso.

—Más te vale. Ahora, fuera de aquí.

Salgo del despacho. La conversación con Clarkson me ha dejado la garganta seca y los hombros tensos, pero al menos conseguí lo que necesitaba: el fin de semana libre. Camino por los pasillos con la bolsa colgada del hombro. Mis rodillas ya no chirrían como antes. Lo cual, viniendo de mí, es un triunfo.

Doblo la esquina, entrando en los vestuarios, y entonces:

—¡Prescott!

Es TJ, apoyado contra su taquilla con una botella de Gatorade en la mano. Lleva la camiseta del equipo y unos pantalones cortos que parecen demasiado secos para alguien que debería estar empapado en sudor tras el entrenamiento. Tan típico de él…

—¿Qué tal ha ido?

—Bien. —Dejo la bolsa en el banco y me siento junto a ella. Me quito las zapatillas con un suspiro. El día ha sido largo—. Buenas noticias.

—¿Buenas noticias? —repite como si la idea le costara procesarla.

No lo culpo. Los últimos meses no he dado demasiados motivos para el optimismo—. ¿Del tipo «Greg me ha dicho que puedo dejar de parecer un abuelo»? ¿O del tipo «Clarkson me ha echado de una patada en el culo»?

—Los informes médicos han sido positivos y, por lo visto, los últimos meses intensivos han funcionado, porque Greg le ha dicho al entrenador que estoy listo para la pretemporada. El entrenador quiere que vuelva a entrenar con los veteranos.

TJ me observa un segundo, esperando el remate final, la frase que convierte lo bueno en mierda. Cuando no llega...

—¡SÍ, JODER! ¡¡FINA-FUCKING-LY!! —grita, haciendo que un par de *Rookies* se giren en nuestra dirección—. ¡¿Habéis escuchado eso?! ¡¡Tenemos de vuelta a nuestro Running Back!! ¡Esto hay que celebrarlo, hermano! Tienes que venir a cenar a casa. Katie va a flipar. Seguro que quiere prepararte su lasaña.

Me río, pero niego con la cabeza.

—La lasaña de Katie suena tentadora, pero tendrá que esperar. Me voy a Cedar Hollow.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Sí. Esta tarde.

—Pero… ¿Clarkson te ha dejado irte?

—Acabo de hablarlo con él. —Me inclino hacia delante y me froto las rodillas, sintiendo el alivio residual de la sesión con Greg. Ese cabrón siempre me destroza—. Le he dicho que el lunes estaré aquí a primera hora y me ha dado carta blanca.

Todavía no me creo que lo haya conseguido.

—¿Y qué excusa te has inventado para que no te mate?

—Ninguna. Es la fiesta de compromiso de James.

TJ parpadea. Procesa. Frunce el ceño.

—¿James? ¿Ese James?

—¿Conozco a otro?

—¡Mierda, eso sí que no me lo esperaba! —Se ríe de nuevo, luego me mira—. ¿Cuándo tienes el vuelo?

—No había disponibles. Iré en coche.

—¿Y te vas a meter una paliza de carretera por una fiesta?

—Es James.

Él asiente. Porque lo entiende. James no es solo un amigo, es, junto con Carter, mi amigo de infancia. Los que crecieron conmigo entre barro, caballos y hormonas. Y aunque después de la universidad nos hemos distanciado un poco —más culpa mía que suya—, cuando pasan por Dallas o yo vuelvo por Cedar, no necesitamos explicarnos nada. No hay silencios incómodos. No hay reproches. Solo… lo de siempre.

Así que cuando James me llamó para invitarme a su fiesta, ni siquiera lo pensé. Era tarde, casi de madrugada, y su voz sonaba tan jodidamente feliz que era imposible no contagiarse.

—Tío, no es broma. Voy a casarme —me dijo, riéndose como un niño. Y por un segundo, lo imaginé con claridad. Sentado en el porche de su casa, una cerveza en la mano, los pies apoyados en la barandilla y la mirada perdida en algún punto del rancho. Como solíamos hacer—. Se llama Chloe. Es increíble, Liam. Tienes que venir y conocerla, no puedes faltar.

Chloe. Ni siquiera sabía que estaba saliendo con alguien. La última vez que supe algo de su vida amorosa fue cuando salíamos con las mismas camisetas sudadas en la universidad y él acabó con el corazón partido por una chica que no valía la pena. Pero escuchar la alegría en su voz, la seguridad con la que dijo «voy a casarme», me hizo sonreír. Y supe que tenía que estar. Porque si James me dice que no puedo faltar, no falto. Así de simple.

Además, si soy sincero, era la excusa que necesitaba para largarme de aquí, aunque sea por un par de días. Para subirme al coche, escuchar la nueva canción de Zach Bryan, dejar el teléfono boca abajo y volver a *casa*.

—¿Tu plan es desperdiciar nuestro último finde libre… en una granja?

—Rancho —le corrijo, y me levanto para sacar la toalla de la taquilla—. Y estoy deseando volver, ya lo sabes.

TJ resopla, arrugando la nariz, porque el simple concepto de «volver a casa» le da picazón. Pero él es de Los Ángeles. No me extraña que ponga esa cara al pensar en volver allí.

—Claro, claro —masculla, agitando su Gatorade—. Me olvidaba que a ti te pone el olor a estiércol y levantarte a las cinco de la mañana

para acariciar vacas.

—No acariciamos vacas, gilipollas. —Cierro la taquilla de un portazo —. Bueno… no todos los días, al menos.

Su carcajada estalla, ruidosa, con esa forma suya de reír que hace que todo el vestuario se entere.

—Estás fatal, Prescott. Es una paliza solo por un par de días.

—Lo sé —asiento, colgándome la toalla al hombro, listo para una ducha larga y caliente—. Pero lo necesito. Desconectar un poco… antes de que todo empiece otra vez.

TJ me mira como si acabara de soltarle una frase en mandarín. Probablemente porque, en cierto modo, lo he hecho. Para él, el fútbol es *la vida*. Y la fama… bueno, es el postre de lujo que viene con el menú. Fiestas con lista de invitados cerrada, chicas que siempre tienen el móvil listo para ti, seguidores que suben por miles, campañas con marcas de ropa deportiva, fundaciones benéficas con cámaras encendidas. TJ vive por eso. Lo disfruta, lo absorbe, lo convierte en parte de su identidad.

Pero para mí… El último año ha sido un puto infierno.

La primera vez que me jodí la rodilla, en mi segundo año con el equipo, pensé que sería una lesión más. Un par de semanas de descanso, algo de hielo, ejercicios de rehabilitación, y vuelta al campo como nuevo. Era joven, invencible e idiota. No lo fue: el diagnóstico fue un desgarro parcial del ligamento cruzado anterior.

Pasé seis semanas de temporada rehabilitándome. Volví al campo más fuerte, o eso me repetí cada día. Y justo cuando estaba en el punto más alto de mi carrera… pasó de nuevo. El año pasado. Pero esta vez, sin suavizantes ni medias tintas. Cirugía obligatoria. Dolor insoportable. Meses interminables. Una recuperación que se sintió como arrancarme pedazos de mí cada día. Y la sombra constante de una sola pregunta: *¿y si no vuelvo?*

Porque esto, el fútbol, no es una profesión. Es todo. El principio y el fin de la vida que construiste desde que eras un crío. No tienes un plan B. No te enseñan a tenerlo. Y cuando ves cómo se te escapa… el vértigo no se parece a nada.

—Tío, si el rancho es lo que necesitas, genial. Eso sí, me debes una cena con Katie cuando vuelvas. Porque en cuanto le diga que no

vienes a la cena del viernes, te va a tachar de su lista de favoritos. Y ya sabes cómo se pone cuando alguien entra en su lista negra.

—Se lo compensaré. Pero dile que practique esa receta antes de la próxima vez, por favor.

—Ya. Como si pudiera decirle qué hacer… —TJ suelta una risa breve y sacude la cabeza—. Oye, y de verdad… me alegro mucho por ti. Te lo mereces más que nadie después de todo lo que has pasado este año.

—Gracias, tío.

—Siempre, hermano. Descansa. Y aprovecha para tocar todas las tetas de vacas que puedas.

—Son ubres, tonto del culo. Y, en serio, TJ, ¿alguna vez piensas en algo que no sean tetas?

—No veo la diferencia. Y la respuesta es no, definitivamente no —responde, guiñándome un ojo y soltando otra carcajada—. Nos vemos el lunes. Asegúrate de volver entero, porque después de lo que te vamos a hacer, te va a hacer falta —añade, palmándome el hombro—. Bienvenido al ruedo, vaquero.

Me quedo quieto un segundo más, disfrutando del silencio que TJ ha dejado atrás. El cosquilleo eléctrico en mis rodillas me recuerda que las cosas están cambiando. Por primera vez en mucho tiempo, mi cuerpo está respondiendo.

Greg no ha mentido: puedo volver.

Puedo hacerlo bien esta vez.

Pero antes de enfrentar todo eso, voy a volver a casa. Al rancho. Al lugar donde no hay gritos, ni críticas, ni expectativas que cumplir. Solo yo con el abuelo, el silencio y el cielo abierto.

Fiesta de compromiso



HARPER

Llego una hora tarde.

No estaba en mis planes, pero considerando todo lo que tenía que hacer —aprenderme las coreografías, tratar de no morir de agotamiento y lidiar con el pequeño detalle de que en una semana estaré bailando en público como una RCC—, no sé cómo esperaba llegar a tiempo. Ni siquiera sé cómo he conseguido convencer a Terry para que me dejara coger un vuelo a la otra punta del estado.

Supongo que hasta los corazones más duros tienen zonas blanditas, porque cuando le mencioné que mi hermana pequeña acababa de comprometerse, Terry suspiró, y me dijo que me asegurara de estar en el ensayo del lunes.

Así que aquí estoy. Sudando como una condenada, con un vuelo con retraso en el cuerpo y una hora en taxi sin aire que bien podría haber sido una tortura. He tenido que hacer malabares para encontrar la combinación que me permitiese volver a la ciudad antes del lunes, una que implica estar en este… *lugar* alejado de la mano de Dios, poco más de doce horas. Pero, al menos, he conseguido llegar bien.

No cantes victoria tan rápido, *bonita*.

Por suerte, la fiesta está llena de gente, demasiada como para que alguien se fije en que llego tarde, con el pelo encrespado, con unas ojeras que no cubren ni el corrector de Tarte y una sonrisa perfectamente ensayada que grita: «claro que quería estar aquí, en un rancho a una hora de cualquier aire acondicionado».

Dejo mi bolso en la entrada, y me detengo un segundo en el salón. Cuando Chloe me dijo que la fiesta sería en el rancho familiar de James, no me imaginé esta clase de rancho… El lugar grita dinero

antiguo, del que te hace sentir fuera de lugar por respirar demasiado fuerte. Las vigas de madera barnizadas parecen haber sido pulidas a mano durante generaciones, y las ventanas enormes dejan entrar la luz a raudales. Es preciosa, con la clase de decoración que encuentras al buscar «*rustic chic*» en Pinterest.

No he dado ni cinco pasos en el jardín cuando siento la mirada de mi madre clavada en mí, como un láser rojo. Es la reina del análisis. Si hay algo fuera de lugar, lo nota. Si tienes un mechón fuera de sitio, lo ve. Si llegas tarde…, prepárate.

—Harper, querida —su voz es dulce, pero no lo suficiente para que el veneno pase desapercibido—. Qué alegría que ya estés aquí.

Allá vamos.

—Hola, mamá.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estabas? —dispara por lo bajo, en un barullo, con esa habilidad que tiene para reprimirme a 1.5 de velocidad y no perder la claridad en sus palabras—. ¿Por qué llegas tan tarde? Tu padre y yo estábamos preocupados.

—¿Preocupados por mí? Qué novedad —bromeo fingiendo incredulidad, llevándome una mano al pecho—. ¿Y papá?

—Está en los establos, con el señor Beaumont.

Toca recurrir a la maniobra de evasión. Mi favorita.

—¿Va a montar a caballo? Eso quiero verlo…

Mi madre me detiene en seco con su manicura perfecta.

Mierda. Casi cuela.

—No digas tonterías. Tu padre tiene la espalda fatal, ¿cómo va a montar? —El tono de mi madre es un cuchillo envuelto en terciopelo. Siento que me corta un poco mientras dice—: y no me cambies el tema. ¿Qué está pasando contigo? Estás desaparecida.

Cojo una copa de vino blanco de la bandeja de un camarero que pasa como un héroe en el momento justo.

—Lo de siempre. Trabajar, correr por la ciudad, y si tengo suerte, recordar desayunar. —Le doy un sorbo al vino y añado—: ah, y rescatar gatitos de árboles, claro. Eso me ocupa bastante tiempo. Pero ya sabes que es uno de mis hobbies.

—No me tomes el pelo.

Le sonrío, dulce como el azúcar que sé que detesta.

—Jamás haría algo así.

Ella suspira de nuevo, como si yo fuera un rompecabezas imposible de resolver. Y como sé que no me dejará en paz, le doy lo que quiere:

—Mamá, solo estoy hasta arriba en el trabajo. Nada más.

No es mentira. No exactamente.

—Tu padre dice que no es cosa del trabajo.

Nota mental: si vas a usar tu trabajo como excusa, asegúrate de que tu padre no sea el jefe.

—Papá tiene demasiadas cosas encima, no tiene la cabeza para mi departamento —digo rápido, zanjando el tema.

Aprovecha la pausa para darme un repaso de arriba abajo.

—¿No tenías otro vestido para ponerte?

Dios santo. Llevo aquí cinco minutos y ya tengo el impulso de correr como un correcaminos, subirme a un avión y pilotarlo yo misma de vuelta a la ciudad si fuese necesario.

Respiro hondo y lanzo una mirada rápida a mi alrededor.

Vale, quizás no fue la mejor elección. Las mujeres aquí están perfectamente acordes a la temáticas, todas con vestidos en tonos pastel, con estampados sutiles y detalles delicados que haría suspirar a Sofia Richie. Y luego estoy yo: un vestido celeste ceñido que me llega justo a las rodillas, con escote en v atado alrededor del cuello, y la tela colgando en mi espalda, que está al descubierto.

En otro momento habría ido de compras, incluso habría llamado a Chloe para pedirle consejo y asegurarme de no desentonar. Pero no tuve tiempo. La verdad, comprar un vestido para esta fiesta estaba tan abajo en mi lista de prioridades que ni siquiera lo apunté.

Así que anoche me resigné a bucear en mi armario y rescatar este vestido. Uno que probablemente tuvo su momento de gloria allá por 2018, justo antes de que Justin intercambiara a Selena por Hailey en cuestión de días.

Probaré con la maniobra de distracción. A ver si funciona…

—La próxima vez te robaré algo de tu armario, mamá. Estás preciosa. Ese vestido te hace un *tipin* increíble. —Mi madre, impecable como siempre, lleva un vestido amarillo pastel con pequeñas margaritas bordadas. Doy un repaso a mi alrededor—.

Bueno, cuéntame, ¿qué me he perdido? ¿Ya tenemos a algún tío borracho bailando sobre una mesa o eso lo reservamos para el final de la fiesta?

Mi madre entrecierra los ojos, ese gesto silencioso y mortal que grita: «déjate de bromitas».

—Harper, solo te voy a pedir una cosa, por el amor de Dios: compórtate hoy.

—Siempre me comporto.

—No. Siempre te las apañas para hacer de las tuyas. Pero, por una vez, procura actuar como una mujer adulta, de bien. Como te educamos —su volumen no sube ni una décima. Es la habilidad especial de Virginia Blake: dar un sermón sin levantar la voz—. Tu hermana va a casarse. Sabes lo importante que es para ella. Para toda la familia.

No pongas los ojos en blanco.

Mierda, lo he hecho.

—Qué sí, mamá. Todos estamos encantados con esta maravillosa idea de que se case con un completo extraño.

—James no es ningún extraño. Es un joven encantador, responsable, creyente y de buena familia… todo lo que cualquier madre querría para su hija.

—Sí, el sueño de toda madre: un hombre que conoce a su futura esposa durante tres meses y dice «venga, vamos a casarnos antes de que se nos pase el calentón».

Justo cuando va a enterrarme bajo tierra, vemos aparecer a Chloe, literalmente flotando sobre sus tacones. Su vestido blanco es tan perfecto que parece salido de una revista de novias, y está rodeada de una pequeña multitud que no puede dejar de mirarla como si fuera una princesa de cuento.

—¡Harper! —grita, rompiendo filas para abrazarme.

—Hola, Clo. ¿Has conseguido escaparte de tus hermanastras?

Ella se ríe, su risa ligera vibrando en mi pecho.

—Menos mal que has llegado. Mamá estaba empezando a perder los papeles —susurra en mi oreja, bajito.

Ambas ignoramos el resoplido indignado que mamá deja escapar detrás de nosotras. Claramente, la ha escuchado.

—Estoy segura de que habría sobrevivido sin mí.

—Pero yo no.

Me abraza de nuevo, y su entusiasmo me recuerda por qué estoy aquí. Aunque no me guste, aunque todo esto siga pareciéndome una locura. Es Chloe, y es feliz.

—¡Estoy deseando presentarte a todo el mundo! Los Beaumont te van a caer genial. Y su rancho es una pasada. James me ha dicho que mañana podremos dar una vuelta a caballo.

—No puedo. Tengo el vuelo mañana a primera hora.

—¿Pero…? ¿Por qué? Pensaba que te quedabas todo el finde.

Una semana. Una semana es todo lo que me queda antes de que todo el mundo sepa que soy una RCC. Ni siquiera he tenido tiempo de celebrar que he entrado. Entre los ensayos, las coreografías y la presión constante de hacerlo perfecto, no he tenido ni un respiro. Y luego está esto: Chloe y James, el compromiso, mi madre desquiciada con los preparativos.

No he visto a mi familia en dos semanas, y… ¿realmente quiero soltarlo ahora? ¿Aquí? ¿Cuándo todo gira en torno a ella? No, gracias. Ni hasta arriba de vodka. Sé que mi hermana me odiará cuando lo sepa, que no se lo haya dicho antes, pero me odiaría aún más si le robo el protagonismo. Cosa que, indudablemente, pasaría. Sobre todo cuando mi madre empiece a tener un ataque de los suyos y mi padre suelte una retahíla de insultos a mi persona.

El show de siempre.

—Te lo explico luego, ¿vale? Ahora disfrutemos de tu gran fiesta.

James aparece a su lado, como si fuese incapaz de dar dos pasos sin ella. Rubio, impecablemente vestido con un traje gris claro que parece hecho a medida, con una corbata azul que combina con los ojos que parecen haber sido creados en Photoshop. Tiene esa sonrisa que puede desarmar a cualquiera: cálida y confiada.

—¡Bienvenida! Me alegra que no te hayas perdido la fiesta.

—¿Perdérmela? Imposible. ¿Cómo iba a dejar pasar la oportunidad de ver a mi hermana comprometida con el tipo más perfecto del planeta?

James se ríe, porque claro, siempre se ríe. Probablemente sea el tipo de persona que dice «cielos» cuando algo va mal.

—Bueno, no sé si perfecto, pero gracias por el cumplido.

—No era un cumplido.

Chloe me da un codazo fuerte en el costado.

—No la tomes en serio, James. Ya sabes cómo es el humor de mi hermana.

No. No lo sabe. Ni siquiera sabe cómo eres tú, Chloe. No de verdad.

—Es parte de su encanto. —James me guiña un ojo.

Encantador hasta el límite de lo irritante.

Me muerdo la lengua. Chloe ya sabe lo que pienso de todo esto. Lo hemos hablado en más ocasiones de las que me gustaría recordar. Está claro que ha tomado una decisión y no piensa cambiar de opinión, y yo he decidido mantenerme al margen. Tengo suficientes cosas lidiando con mi propia vida como para meterme en la suya.

Alzo la copa en un gesto de tregua.

—Por los futuros señor y señora Beaumont.

Chloe sonríe, radiante, mientras choca su copa contra la mía. James lo hace después, con una expresión serena que no muestra ni una pizca de duda. La multitud los reclama poco después, y Chloe me aprieta la mano antes de irse. Imagino que él se irá con ella. Pero se queda a mi lado, estático.

—Harper, ¿podemos hablar un segundo?

—¿Me vas a pedir consejo sobre la decoración? Pues que sepas que tiene que ser en colores cálidos y poco contrastados. Mi hermana es de primavera suave. Y creo que tú también. Esos tonos os favorecerán. A ella no le gusta nada, pero el melocotón es su color. —De algo me tenían que servir todos los datos que he aprendido estas últimas semanas.

James se ríe, pero hay un tic nervioso en su expresión.

—No, nada de eso. Es solo que… quería darte las gracias.

—¿Por venir? No hace falta. Chloe ya me lo ha agradecido como cinco millones de veces.

—No solo por eso, por… estar para ella. Sé que no estás del todo de acuerdo con todo esto, pero significa mucho que lo hagas. Chloe solo quiere que estés feliz por nosotros.

—Claro que lo estoy. Mira esta sonrisa, ¿no lo dice todo?

—Harper… Chloe te admira muchísimo. Para ella, tu opinión lo es todo. Desde que te dio la noticia, ha estado preocupada por cómo te sientes al respecto —hace una pausa y se pasa una mano por la nuca, visiblemente nervioso—. Te lo digo con el corazón en la mano: quiero a tu hermana más que a nada en este mundo. Y sé que esto parece rápido, y alocado, pero no lo es. Es muy premeditado. Tu hermana es todo lo que quiero. Y si hay algo que pueda hacer para demostrarte que voy a cuidarla, protegerla y hacerla feliz… solo dímelo. Dios sabe que haré lo que haga falta.

Me quedo callada. Y eso ya dice bastante, porque no suelo hacerlo. No tenía ni idea de que Chloe le había contado lo que pienso al respecto. Y menos aún que mi opinión le pesara tanto. Pensé que estaba demasiado ocupada flotando en su nube como para detenerse a escuchar el ruido que hago yo desde abajo.

Pero, vamos… Chloe ya me conoce. Sabe que soy incapaz de callarme lo que pienso, que lo suelto todo sin filtros y que vivo instalada en el «esto no es asunto mío… pero te lo voy a decir igual». Es mi *modus operandi* de hermana mayor. Uno bastante molesto, la verdad.

Me viene de cuando éramos niñas y mamá nos decía qué teníamos que hacer, cómo vestirnos, qué decir, cómo comportarnos. Chloe asentía, tranquila, como si todo tuviera sentido. Yo no. Yo era la que fruncía el ceño, apretaba los dientes y soltaba un «no» por puro instinto. Luego iba detrás de Chloe diciéndole justo lo contrario, solo para que tuviera otro punto de vista, para que supiera que podía elegir, que no tenía que seguir el guion sin cuestionárselo.

Siempre intentaba arrastrarla a mi trinchera, pero ella nunca venía conmigo. Durante años me pregunté por qué, pero ahora lo entiendo: no venía porque no necesitaba hacerlo, porque ellas hablaban el mismo idioma, estaban en la misma frecuencia. Y la que desafinaba era yo.

Supongo que por eso me sorprende el comentario de James. Pensé que, a estas alturas, ya estaría inmunizada a mis comentarios. Que le entrarían por un oído y le saldrían por el otro.

Pero no. Le afectan. Y eso me hace sentir como una mierda.

—Mira, James… sé que adoras a Chloe. Se nota en cómo la miras,

en cómo existes a su alrededor. Y nada me haría más feliz que todo esto fuera tan perfecto como parece. Pero, siendo sincera… me acojona que no estés a su altura. Porque mi hermana es un doscientos. Y tú, por muy encantador que seas, sigues siendo humano. Pero si ella cree en ti… eso es lo único que importa. Porque su felicidad siempre va a ser lo primero para mí.

Él asiente, más tranquilo. Se le nota en los hombros, en la mandíbula, en cómo afloja la tensión sin darse cuenta.

—Gracias, Harper. En serio.

—No te emociones demasiado, no he terminado —le corto, clavándole la mirada—. Porque si la lastimas… si alguna vez te atreves a romperle el corazón, vas a tener un problema muy serio. Y ese problema voy a ser yo. Todo lo que hayas oído sobre mí no le hará justicia a lo que sería capaz de hacerte. Te lo aseguro.

Ya no se ríe, ni pone otra vez esa cara de «qué graciosa». Solo asiente y traga saliva. Una vez. Con esa seriedad que confirma que ha entendido cada palabra.

—Lo tendré en cuenta —su tono no tiene ni un rastro de duda. Y eso, curiosamente, me tranquiliza.

Le doy una sonrisa breve, lo justo para que entienda que le estoy dando una tregua, al menos por ahora. Antes de que pueda decir algo más, alguien lo llama desde el otro lado del jardín. Se disculpa con una inclinación de cabeza, y se marcha hacia el bullicio.

Me quedo sola, con la copa vacía en la mano y un nudo extraño en el pecho. Chloe preocupada por mí. James siendo tan condenadamente encantador que me resulta casi imposible odiarlo. Y yo siendo una completa imbécil.

Suelto un suspiro y busco otro camarero.

Si voy a sobrevivir a este día, voy a necesitar refuerzos.

Hogar



LIAM

El calor, espeso y sofocante, me cae encima, pegándome la camiseta al cuerpo mientras trabajo. El silencio del rancho solo se ve interrumpido por el mugido de las vacas, el relinchar de los caballos, y el golpeteo constante del martillo contra la madera.

Siempre me ha gustado esto: la simplicidad física de trabajar la tierra, la claridad que encuentro cuando tengo las manos ocupadas y la mente en blanco.

Anoche, después de conducir durante horas, me encontré al abuelo esperándome en su silla de siempre en el porche, como si no hubiera pasado más de un año y medio desde la última vez que nos vimos. Me dio un abrazo rápido, seco, y luego me apartó de su lado, diciéndome que *apestaba a ciudad.*

Mi abuelo no es de muchas palabras, pero «sabe demostrar cariño a su manera», como decía la abuela. Por eso me estaba esperando con uno de mis platos favoritos: guiso de ternera y pan de maíz. No le sale igual que a ella, claro. Nunca lo ha conseguido. Pero estoy seguro de que eso le pesa más a él que a mí.

Cenamos en el porche, bajo un cielo estrellado, y hablamos durante horas. O más bien, él habló: de los chicos nuevos que vienen a echarle una mano, del ganado, de los caballos, del tejado que ya no gotea. Me enseñó con orgullo la cerca recién pintada y la cafetera que consiguió arreglar él solo.

Yo asentí, sonreí, y fingí que no notaba el temblor leve en sus dedos al agarrar la taza de café. O cómo exhalaba por la nariz antes de levantarse del sillón, como si el simple gesto de incorporarse necesitara toda su concentración.

Así que esta mañana, antes de que el sol siquiera asomara por el horizonte, yo ya estaba fuera. Manos en la tierra, herramientas en el

cinturón. Porque aunque no lo diga, aunque se lo calle con esa terquedad que corre en nuestra sangre, necesita ayuda. Y yo no pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo este lugar —nuestro hogar— se desmorona.

Las vallas, antes blancas y rectas, ahora están agrietadas por el sol y torcidas por el viento. Las bisagras de las puertas chirrían al abrirse. Hay tejas sueltas, grietas en los escalones, y la maleza crece donde antes todo estaba bien cortado. Todo lo que mi abuelo solía cuidar con una meticulosidad obsesiva, ahora avanza hacia el abandono.

Termino de clavar el última clavo y me estiro hacia atrás. Me limpio el sudor de la frente con el antebrazo y contemplo mi obra.

No está mal. Hace años que no metía las manos en la madera, pero parece que no se me ha olvidado del todo.

Supongo que esto viene con el apellido.

El sonido de pasos firmes se acerca, y al girarme, encuentro a mi abuelo con un vaso de limonada en la mano. Su ceño fruncido es casi cómico.

—Aún no estoy muerto, ¿sabes?

Agarro el vaso que me ofrece y dejo que el olor me golpee directo a la infancia. Fresco, dulce, perfecto.

—Nunca dije que lo estuvieras, viejo. —Le lanzo una sonrisa ladeada mientras doy un trago—. Pero si esperamos a que estires la pata, voy a necesitar algo más que clavos para sostener este lugar.

Gruñe, negando con la cabeza.

—No viniste hasta aquí para hacer chapuzas, Liam. —Qué bien sienta que vuelvan a llamarme así—. Viniste a descansar.

—Y lo estoy haciendo. Esto es lo más cerca que puedo estar de unas vacaciones.

Él suspira profundamente, derrotado.

—Tienes la misma cabezonería que tu abuela. No hay manera de razonar contigo.

—Debe de ser genético.

Pienso en ella, en mi abuela Evie. En lo que daría por verla salir por esa puerta con su delantal lleno de harina, lanzando órdenes a medio mundo. Echo de menos cómo llenaba este lugar con su

presencia, cómo lo mantenía unido sin esfuerzo. Daría lo que fuera por pasar un día más con ella.

Sé que él está pensando en lo mismo. Siempre lo hace cuando mira hacia la ventana de la cocina con esa expresión, como ahora.

Se aclara la garganta, ese sonido seco que siempre suelta cuando quiere decir algo pero no sabe por dónde empezar.

—¿Has sabido algo de tu padre?

—No mucho —respondo—. Ya sabes cómo es.

Asiente, cerrando los ojos grises que compartimos los tres: el mismo tono apagado del cielo en los días de otoño, cuando está cubierto y parece a punto de romperse. Herencia genética, o como solía decir mi abuela, «*el imán de los Prescott*». Una forma poética de justificar que «*todas las mujeres que pasan por esta familia acaban hechizadas… o heridas*». Mi abuela pertenecía al primer grupo, claro. Mi madre... mi madre al segundo.

—Ese cabrón tenía buenas manos —masculla—. Podía arreglar cualquier motor con un destornillador y dos maldiciones. Pero nunca supo arreglar nada que valiera de verdad.

Sé que no habla solo de tractores.

Han pasado más de cinco años desde que mi padre dejó el rancho —o más bien, lo tiró como quien se deshace de una chaqueta vieja —, y sé que todavía le duele. No porque se fuera, sino porque no miró atrás. No ha vuelto a venir. Ni siquiera por navidad.

Mi padre tuvo su momento de gloria como corredor. Jugó en la universidad, brilló un par de temporadas, hizo soñar a la gente de Cedar con la idea de que uno de los suyos llegaría a lo más alto. Pero ni siquiera rozó la NFL. Y cuando regresó, ya no era el mismo.

Para mi abuelo, este lugar es raíces, historia, legado. Es compromiso. Lo ha trabajado con las mismas manos con las que me enseñó a montar, a reparar cercas y a callarme cuando hay trabajo que hacer. El rancho le da sentido. Le da dirección. Para mi padre… siempre fue una celda con vistas bonitas. Un recordatorio constante de lo que no fue. De lo que pudo ser.

Por eso, en cuanto firmé mi primer contrato con los Redstone Cowboys, no lo pensó dos veces. Se largó a Dallas, a su segunda

juventud. Nunca preguntó quién cuidaría de todo esto en su ausencia. Ni cómo lo harían los abuelos solos. Y cuando ella murió poco después… tampoco le importó. Porque Tom Prescott no sabe quedarse. No sabe sostener nada que no sea su propio ego.

Durante mis primeros dos años en la NFL, su silencio se volvió orgullo. De repente, mi éxito era suyo. Cada artículo que hablaba de mí, cada foto en la que llevaba el dorsal bien alto, era como una inyección directa a su vanidad. Me habló más en esos años que en toda mi adolescencia junta. Parecía que todo iría bien al fin entre nosotros, que habíamos dejado atrás las viejas costumbres. Pero entonces… me rompí. Y todo se fue a la mierda.

En cuanto pasé del campo al banquillo, la expresión en su cara cambió también. Cada vez que me veía cojear ligeramente, cada vez que notaba el cansancio que no podía ocultar, su lengua parecía buscar las palabras que tenía en la punta de los labios. «*Nenaza»*.

La misma que solía repetirme a los catorce años, cuando me quejaba por correr sobre el barro a las cinco de la mañana.

No pienses en eso ahora.

Sacudo la cabeza, intento sacarlo de mi sistema.

—¿Y la rodilla cómo está? —pregunta mi abuelo, cambiando de tema—. Porque he visto que andas cojeando un poco, aunque intentes disimularlo.

—Estoy bien, abuelo. Tan bien que voy a subirme al tejado y arreglar esas tejas que parecen a punto de salir volando.

—Ni se te ocurra —espeta, frunciendo el ceño como si con eso pudiera sujetarme al suelo—. Vas a romperte la otra rodilla, y entonces sí que tendremos un problema.

—Eh, que ya no está rota. La arreglaron, ¿recuerdas?

—¿Cómo no voy a recordarlo? —refunfuña—. Si hablan de la operación cada dos por tres en ese programa de fútbol de la tele.

La prensa deportiva. Llevo meses leyendo sus titulares: «¿Es Liam Prescott lo que necesitan los vaqueros este año?», «¿es hora de decirle adiós?», «una promesa rota más». Y después están los expertos de sofá, los machitos de internet con sus dedos rápidos y sus vidas pequeñas, con sus: «*si tuviera un mínimo de dignidad, se*

retiraría ya». Como si hubiera elegido lesionarme. Como si hubiese deseado quedarme en el banquillo viendo cómo otro ocupa mi sitio.

—Ah, eso. No les hagas ni caso. Viven del morbo.

Apuro la limonada, y le extiendo el vaso vacío.

—Voy a encargarme de eso —digo, señalando el tejado con la barbilla.

Mi abuelo me sigue unos pasos por detrás, mascullando por lo bajo como si cada palabra le costara una puñalada de orgullo. Cuando se preocupa, gruñe. Siempre ha sido así.

—Ya verás cuando te caigas y tenga que recoger tus huesos del suelo.

—No seas dramático. Prometo no matarme hoy.

—Lo que tú digas. Pero más te vale no aparecer en la fiesta de los Beaumont con la cara hecha un mapa. Laurelva a pensar que sigues siendo ese niño salvaje que se negaba a ducharse.

Suelto una carcajada fuerte, alejándome hacia el cobertizo.

—¡Me duchaba más de lo que parecía!

—Ajá —gruñe él, aunque sé que también está sonriendo.

—¿Seguro que no quieres venir conmigo? —insisto.

—No. Dale la enhorabuena de mi parte a James. Pero ya sabes que esas cosas no son para mí.

Lo sé. Las multitudes le agobian, los trajes le pican, y la última vez que asistió a algo parecido fue al funeral de la abuela. Desde entonces, evita cualquier cosa que huela a celebración. O a despedida.

—Bueno, te guardo un trozo de pastel.

—No. Trae whisky. Del bueno. Nada de esas porquerías que bebéis los modernos. Y ponte un sombrero, niño. Te va a dar un chungo con este sol. Ya no estás hecho a estos trotes.

Cojo el sombrero que cuelga junto a la puerta, y me lo pongo.

—¿Contento?

Se acerca y lo empuja hacia abajo, tapándome los ojos como hacía cuando era niño.

—No del todo. Pero mejor que nada. —Hace una pausa, mirándome. Dura lo justo para que se me apriete el pecho—. Me

alegro de tenerte en casa, Liam.

Sonrío bajo el ala del sombrero y lo acomodo de nuevo.

—Yo también, abuelo. Yo también.

Él asiente, carraspea y vuelve a su tono habitual.

—Si te caes del tejado, no pienso pagarte la indemnización.

Sacudo la cabeza, divertido.

Recojo las herramientas y subo al tejado. Desde aquí arriba, el rancho se estira hasta perderse en las montañas de Cedar. Esas que rodean el pueblo como un muro natural, como si marcaran el borde exacto de todo lo que siempre creí necesitar. Todo lo que pensé que era suficiente. Y con el sonido rítmico del martillo contra el clavo, y al fondo, la voz del abuelo gritándome que no pise ahí, que si rompo otra teja va a desheredarme, me doy cuenta de que sigue siendo así. Aquí está todo lo que necesito. Nada más.

—¡Y mueve ese culo de una vez, que vas a llegar tarde a la maldita fiesta! —me regaña como si siguiese teniendo doce años.

Sí, joder. Qué bien sienta volver a casa.

El principio de toda historia



HARPER

El sol ya ha dejado de calentar con esa intensidad aplastante de las horas más altas de Texas, pero mi vestido ha decidido declararse en huelga y pegarse a cada centímetro de mi piel. La espalda me chorrea, como si acabara de hacer cardio... en el infierno.

No sabía que en Cedar Hollow, el aire olería tan intensamente a campo. A tierra seca, a flores que no conozco, pero que huelen dulce, y a césped recién cortado. Claro que todo eso suena estupendo... si no estás muriéndote de calor en mitad de agosto, enfundada en poliéster y sandalias que ya te han hecho tres heridas.

Ahora mismo, lo único que quiero es meterme en la casa, pegar la cara a la nevera y no despegarme hasta octubre.

Por desgracia, eso implicaría desaparecer del radar de mi madre durante más de diez minutos. Y eso, en su escala de emergencias, equivale a una fuga nuclear.

—¡Chloe, cuéntales cómo conociste a James! —exclama Candace, una de sus amigas.

Chloe sonríe como si fuera la primera vez que se lo piden.

No sé cómo sigue cuerda. Yo ya estaría gritando.

—Estaba organizando mi primer evento benéfico, todo era un caos… —Se recoge un mechón detrás de la oreja, encantada con su propio relato—. Y él asistía porque su empresa era una de las patrocinadoras principales del evento. Llegaba tarde…

—A ver, espera —interrumpe él—. Llegué justo a tiempo.

—¿Veinte minutos después?

—La hora perfecta para encontrarme con una organizadora a punto de colapsar.

—¡No estaba colapsando! Estaba… ajetreada.

—Es una forma bastante suave de decirlo, pero sí. Menos mal que te salvé encontrando los menús.

—¡Por favor! Los encontraste porque yo te dije dónde estaban.

—Eso nunca se sabrá con certeza.

La gente se ríe. Ellos se miran mucho. Y por un segundo, incluso yo, la cínica profesional, siento envidia.

—Está bien. Lo admito. Si no hubieras aparecido, probablemente habría terminado llorando en el almacén.

James niega con la cabeza y se acerca un poco más a ella.

—Nunca lo habría permitido.

Le da un beso en la frente que provoca varios suspiros.

—¿Y ya tenéis fecha? —pregunta una tía, prima o hermana de James. Me la presentaron hace un rato, pero ni idea.

—Estamos en ello.

—No puedo creer que os comprometieseis en tres meses —sigue—. Eso es… ¿cómo decirlo? ¿Humanamente posible?

Alzo la copa con la mejor de mis sonrisas y, justo antes de beber, suelto:

—Nada como un poco de presión divina para hacerlo posible.

El silencio cae como una losa. Todos me miran como si acabara de proponer una orgía en mitad del jardín. Me doy cuenta demasiado tarde de que el chiste no ha aterrizado bien, así que abro la boca para soltar alguna tontería que lo salve.

Pero entonces pasa algo que nadie esperaba: alguien se ríe. Una carcajada baja, ronca, de esas que no buscan llamar la atención, pero que lo consiguen de todas formas. No suena a burla, ni a condescendencia. Es genuina. Parece que le ha hecho gracia de verdad lo que he dicho.

Miro al tipo que se ha reído. Moreno, alto, ancho. Demasiado, en general. De esos que ocupan el doble de espacio sin pedir permiso. Él también me mira, y ocurre un cruce, no solo de miradas, sino de energía. De algo que no sé nombrar pero que me enciende los sensores internos. Un *ay* mental.

Los demás siguen hablando de otra cosa. Riéndose. O vete a saber qué. Pero él sigue mirándome, mirándome y *mirándome*, y yo soy físicamente incapaz de desviar la atención de esos ojos suyos.

Tan directos.

Tan sostenidos.

Tan eléctricos.

Y algo en mi piel, en la base de mi cuello, empieza a vibrar. Cosquilleos eléctricos me recorren la columna, como si su mirada fuera un campo magnético que me arrastra sin permiso.

¿Nos han presentado? ¿Lo he saludado ya? No lo recuerdo. Pero cuesta creer que un rostro así, un cuerpo así, una presencia así, se me haya podido pasar por alto. Porque esto… esto no lo habría olvidado. ¿Qué cojones es esto…?

El camarero llama su atención y rompe el contacto visual. El escalofrío que me atraviesa es inmediato, y absurdo. Tiene que ser cosa mía. Delirio. Una alucinación provocada, probablemente, por el hecho de estar asándome viva.

—¿Quién es ese de allí? —le pregunto a Chloe, inclinándome hacia ella y bajando la voz.

—¿Quién? —responde, siguiéndome la mirada.

¿En serio hace falta señalarlo?

—El armario con patas, Clo.

—Ah, es un viejo amigo de James, de Cedar. Se criaron juntos.

—¿Y…?

—No sé mucho más.

Claro que no sabe nada más. Conoce a James de tres meses.

No sé por qué me irrita tanto.

Alzo la mirada para buscarlo de nuevo, pero ya no está. Hago un barrido rápido del jardín, recorriendo la multitud en busca de esa figura imponente, pero ha desaparecido.

Me esfuerzo por centrarme en lo que tengo alrededor. Risas, copas de champán, luces cálidas colgando de las ramas de los árboles. Todo muy romántico y maravilloso. Pero yo solo puedo pensar en que no he comido nada decente desde esta mañana.

Necesito comida de verdad. Ahora.

Cuando veo que la multitud —o mi madre, más bien— empieza a dispersarse, aprovecho para escabullirme hacia la casa. Tras un par de pasillos y puertas cerradas, finalmente encuentro lo que busco: la cocina. Me acerco a los armarios y empiezo a abrirlos.

Tiene que haber algo aquí. Patatas fritas, chocolate, cualquier cosa que no sea diminuto y envuelto en lechuga. Entonces lo veo: un tarro de galletas. Grande, brillante, lleno hasta el borde de pura gloria azucarada. Solo hay un problema: está en un estante demasiado alto incluso para mí, y eso que estoy usando tacones.

Me pongo de puntillas, estiro el brazo, rebusco el ángulo exacto… Casi. Un poco más...

—¿Problemas? —Esa voz me hace dar un respingo que podría clasificarse como un micro infarto. Me giro tan rápido que pierdo el equilibrio y casi me escurro contra el suelo.

Me agarro a la encimera y me llevo la mano al pecho.

—¡Joder! ¿Siempre haces tu entrada como un psicópata en películas de terror? ¡Dios santo! ¡Qué susto me has dado!

Es él. El armario con patas de antes. De cerca es peor. Mejor. *Lo que sea*. Guapo, desproporcionadamente guapo. Y sus ojos… ahora de cerca son aún más magnéticos. De un gris tan profundo que, por un momento, me olvido hasta de cómo pensar. Literalmente, me quedo en blanco. Y eso no es algo que me pase muy seguido.

—No todos los días me encuentro a alguien intentando robar en la casa de los Beaumont —dice, apoyándose con tranquilidad contra la isla de cocina. Su tono es sereno, perezoso, casi parece que acabara de despertarse de una larga siesta.

—No estaba robando, solo estaba… inspeccionando.

Sube la mirada al tarro y luego la baja, despacio, y la posa en mí. Con esos ojazos. Y algo dentro de mí, salta, grita, arde e implosiona. Una reacción instantánea, visceral e incontrolable.

—Harper Blake, ¿no? La hermana de la novia.

¿Cómo sabe mi nombre?

—Eso dicen. ¿Y tú? ¿El de seguridad que viene a confiscarme las galletas?

Alza ambas cejas, como si mi pregunta le hubiese golpeado en el ego. Sus ojos se entrecierran un poco, evaluándome, y después de un instante que claramente es más largo de lo que cualquier persona necesita para recordar su propio nombre, al fin responde:

—Liam. Amigo de James.

Claro que lo es. El tono relajado, esa actitud de estar siempre en

control… Es como un calco de James y sus amigos. La clase de personas que creen que son mejores que los demás porque sus vidas están perfectamente alineadas con las expectativas divinas.

—Bien, Liam, amigo de James. ¿Podrías pasármelas?

Él se cruza de brazos. Esa postura en la que los bíceps hacen cosas. Cosas *muy* ilegales.

—¿Por qué? Parecías tenerlo todo bajo control. Esa técnica de puntillas era... prometedora.

—¿No es lo que se supone que hacéis?

—Qué hacemos, ¿quiénes?

—Vosotros. —Le señalo con el dedo—. Los caballeros y tal.

Se le escapa una sonrisa ladeada. Nada de dientes. Solo una mueca mínima que no debería tener ningún efecto, pero joder si lo tiene.

—Creo que paso.

¿En serio? Todo lo que tiene de guapo, lo tiene de…

—Serás…

—Cuidado con esa boca, jovencita. —Señala con el dedo índice hacia el techo—. Que el de arriba lo escucha todo.

Le lanzo una mirada que probablemente podría hacer que *el de arriba* considerara mi caso como irrecuperable.

Pero me ahorro la réplica. Mi hambre no puede esperar.

Vuelvo a ponerme de puntillas, estirando el brazo hasta niveles de yoga avanzado. Nada. Doy un pequeño salto. Más inútil aún. Otro intento. Peor. Suelto un gruñido de frustración, y él, por supuesto, no dice nada. Solo me observa con ese brillo divertido en los ojos como si acabara de pagar por ver el mejor espectáculo de la noche.

Estoy a punto de soltarle algo pasivo-agresivo —más bien agresivo-agresivo— cuando él se acerca, levanta el brazo y, alcanza el tarro. Y entonces me llega. Su olor. No sé si es su perfume, su champú, su desodorante o si simplemente huele así de bien porque el universo decidió que yo no tenía suficientes problemas hoy.

Amaderado. Con algo fresco. Jodidamente adictivo.

—¿Esto es lo que querías?

—Exacto.

Le arrebato el tarro antes de que pueda cambiar de opinión. Me subo a la encimera de un salto, sin ningún tipo de dignidad, cruzando las piernas. Abro el tarro y me llevo una galleta a la boca. Mastico con prisa la primera, sin apenas saborear. Y voy a por otra.

—¿Siempre comes así? —pregunta, apoyándose de nuevo en la isla con los brazos cruzados.

—Solo cuando estoy al borde de un colapso nervioso —contesto con la boca medio llena—. Es decir, casi siempre.

—Interesante.

—¿Qué? ¿Nunca has visto a una mujer comer?

—Nunca a una que parezca capaz de asustar a todo un ejército mientras lo hace.

—Para todo hay una primera vez, Liam, amigo de James.

Él niega con la cabeza, como si intentara disimular otra risa, y se gira hacia la nevera. Abre la puerta, mete dentro una caja de cervezas que no sé de dónde ha salido, y saca una. El clic de la lata al abrirse suena como música celestial para mis oídos.

—Pásame una —le pido.

—¿Perdona?

—La cerveza.

—¿No sabes pedir las cosas con un «por favor»?

Ah, estupendo.

Otro sermón sobre modales. Justo lo que necesitaba hoy.

—Déjame adivinar. —Le lanzo una mirada rápida, demasiado rápida… pero, joder, qué guapo es—. Uno de los chicos buenos, ¿eh? Educado, correcto, probablemente en la iglesia todos los domingos. ¿Me equivoco?

Por primera vez parece descolocado. Solo un segundo. Una chispa de algo que no sé identificar cruza por sus ojos antes de que recupere la cara de póker. Muy bien entrenada, por cierto.

—¿Siempre haces suposiciones sobre la gente que no conoces?

—Y tú, ¿siempre tardas tanto en pasar una cerveza?

Sus labios se curvan en otra sonrisa ladeada, como si le gustara más de lo que debería esta especie de pulso. No se mueve. No piensa dármela.

Perfecto.

Me pongo de pie, cruzo los pocos pasos hasta la nevera, abro la puerta con decisión y cojo una lata del pack que supongo que él ha traído. La abro y doy un trago tan largo que siento la espuma burbujeando en mi garganta. Suspiro, aliviada, mientras me limpio los labios con el dorso de la mano.

—Gloria bendita.

Otro trago.

Él me observa como si estuviera viendo un episodio raro de una serie que no entiende, pero no puede dejar de mirar.

—¿Estás fumada? ¿Es eso?

Hay que joderse con estos tíos. Ven a una mujer fuera de lo que esperan y ya te acusan de ir de marihuana hasta las cejas. Increíble.

—Sí, ya ves. Probé algo nuevo que me pasó el tío Phill y se me subió súper rápido. Pero es lo que pasa con los contactos familiares, que te venden cualquier mierda. —Él me mira, creo que considerando seriamente llamar a la seguridad de los Beaumont para que me echen. Doy una calada a un porro imaginario, y después extiendo la mano hacia él—. ¿Quieres probar?

Pestañea una vez. Dos. Tres. Parece que su sistema nervioso necesite reiniciarse. Y a la cuarta, se ríe. No una risita. Una risa de verdad. Grave, cálida, contagiosa. Es el tipo de risa que te desarma, que te hace sonreír incluso cuando intentas resistirte. Y eso me pasa: empiezo a reírme con él sin saber exactamente por qué.

Pero cuando su risa va apagándose poco a poco, y él se inclina ligeramente hacia mí, noto cómo mi corazón se acelera sin permiso. Su proximidad, el modo en que sus ojos parecen estudiarme mientras intenta recuperar el aliento, me acelera la respiración.

Entonces extiende la mano hacia el tarro entre mis rodillas y saca una galleta.

—¡Eh, ladrón! —exclamo, fulminándolo con la mirada.

—Mira quién habla.

Se la lleva a la boca. La muerde. Y un segundo después… pone la peor cara que he visto en mi vida.

—Puaj. Está asquerosa. ¿Cómo has podido comerte esto?

—La segunda sabe mejor.

—Permíteme dudarlo.

Tira la galleta a la basura, dejándome ver que se conoce muy bien los espacios de la cocina.

—¿Qué pasa? ¿No te ha gustado el menú? —suelta.

—¿Eso era un menú? Pensé que estaban entrenando nuestra tolerancia al hambre. —Hago un gesto vago hacia los canapés minimalistas. Minúsculos trozos de algo verde encima de lechuga crujiente con nombres que suenan a tratamientos estéticos.

—Sí, lo sé. Los Beaumont son así.

—¿Sectarios del Keto?

Se ríe otra vez, de esa forma natural e involuntaria, como si no pudiese controlarlo, que ya empieza a parecerme adictiva.

—No eres de aquí, ¿no?

—¿Qué me ha delatado? ¿El hecho de no llevar las botas y el sombrero a juego?

Su mirada baja. Recorre mi cuerpo, no con descaro, sino con algo peor: atención. La clase de atención que hace que tragues saliva aunque no tengas nada en la boca. Y de repente estoy demasiado consciente de todo: del vestido, del calor, de lo cerca que está…

Las últimas semanas me han examinado y mirado desde todos los ángulos posibles, pero es la primera vez que soy incapaz de quedarme quieta. Hay algo en la forma en la que me mira que me hace querer salir corriendo. Hacia la esquina opuesta… o hacia él.

—Si fueses de Cedar Hollow, lo sabría. Tejana, ¿no?

Asiento, dando un trago a la cerveza.

—Dallas.

—¿En serio?

—¿Qué pasa? ¿También conoces a todos los de la ciudad?

—No… no es eso. —Sacude la cabeza, quitándose un pensamiento de encima—. Si eres tejana no tienes excusa. ¿Cómo te han dejado pasar sin las botas?

—¡Lo sé! La próxima vez llevaré el conjunto completo, ¡lo prometo! ¿Y tú, qué? ¿Dónde te has dejado el caballo?

—Fuera, pastando.

Nuestras risas chocan, se mezclan, bailan juntas. Y por primera vez, la cocina no parece tan impersonal. Se siente… nuestra.

Doy otro trago, y cuando el silencio cae de nuevo, no molesta. Es

ese tipo de silencio en el que podrías quedarte un rato sin decir nada y todo seguiría funcionando. Como el no me quita los ojos de encima, yo hago lo mismo, y aprovecho para observarlo un poco más. Bastante más. Infinitamente más.

Quizá me equivoqué al encasillarlo tan rápido. No parece ni remotamente tan estirado como creí…

Entonces, se endereza, tira la cerveza y me dice:

—¿Sigues teniendo hambre?

La pregunta ofende.

—Dime que sabes dónde esconden la comida de verdad.

—Mejor.

No dice más. Solo extiende una mano. Su gesto es simple. Tranquilo. Casi… íntimo. Y no sé por qué, ni cómo, pero la acepto.

Nunca olvidas tu primer rodeo



LIAM

No sé en qué momento decidí cogerla de la mano. Simplemente lo hice. Fue instintivo. Como abrir una puerta para alguien o apartar un vaso antes de que caiga. Una de esas cosas que no piensas, solo haces. Quizá fue porque parecía a punto de desmayarse de hambre, o porque no se me ocurrió otra forma de asegurarme de que siguiese conmigo. Lo que sí sé es que no la he soltado desde entonces. Y tampoco tengo prisa por hacerlo.

Caminamos juntos, dejando atrás las risas de la fiesta. La tarde se está acabando, envolviendo el terreno en un silencio que conozco muy bien. Huele a tierra, a madera, a hierba húmeda y a las flores que tanto le gustaban a la abuela. A casa.

Ella no para de hablar. Joder, no se calla. Y en otro momento eso me habría puesto de los putos nervios, habría activado mi mecanismo automático de evadirme y dejar que las palabras me pasen por encima. Pero con ella no me sale. Porque cada frase suya es como una ráfaga de aire en mitad del ahogo. Es rápida, impulsiva, se contradice, salta de un tema a otro como si pensara más rápido de lo que puede hablar. Y yo, como un gilipollas, lo escucho todo. Pero, joder… ¿cómo no hacerlo?

Llevo toda la tarde mirándola. No solo desde que soltó ese comentario y me arrancó una risa que me sorprendió hasta a mí mismo. No. Desde mucho antes. Desde que llegué a la fiesta y la escuché hablar con alguien, soltando alguna burrada sarcástica que hizo que una señora resoplase y se alejase de ella. Yo me giré, claro. Porque esa voz no era como las otras. No era dulce, ni forzada, ni educadamente vacía. Era afilada, llena de intención.

Y la vi.

Y no he podido dejar de mirarla desde entonces.

Es guapa. Mucho. Joder, ese vestido azul le queda de infarto, y es difícil no mirar cómo le marca cada curva. Y qué curvas… Pero eso es lo de menos. Lo que tiene es otra cosa. Es expresiva. Cada gesto, cada mueca, cada mirada tiene algo que te atrapa sin que puedas evitarlo. Como si hablara con todo el cuerpo. Como si no supiera esconder nada. Y esa sonrisa…

Dios.

Pero no es solo la sonrisa.

Es su boca.

Su puta boca.

Cada vez que habla, me cuesta no quedarme embobado mirando cómo se mueven sus labios. Carnosos, rosados y sexis de cojones. Me recuerdan al color de las fresas que me como en primavera. Y al verlos… me apetece hacer lo mismo con ellos. Morderlos, saborearlos, recrearme. Cada vez que se muerde el inferior, o atrapa la lengua entre ellos, me dan ganas de besarla solo para ver si sabe tan jodidamente bien como parece.

Apenas tuve la oportunidad, le pregunté a James por ella. Es la hermana mayor de su prometida. Trabaja en el negocio familiar. Tiene veinticinco años. Y, según James, es la oveja negra de la familia. No, espera. James lo dijo de otra manera. «Mis suegros no saben qué hacer con ella», fueron sus palabras exactas.

Es todo lo que sé.

Y no me basta.

—¿Este es el momento en el que me metes en el maletero, me robas los órganos y después me entierras en mitad del desierto? Porque te lo advierto: no vas a hacerte de oro conmigo. Mis pulmones están en la mierda, acabo de dejar de fumar. Y mi madre no para de recordarme que la familia tiene antecedentes de problemas de circulación.

Parpadeo.

—Tienes una imaginación… interesante.

—Bueno, ¿qué quieres? Nadie te lleva de la mano a un lugar secreto sin malas intenciones.

—¿Con qué clase de personas te relacionas, mujer?

—Con la que no me hace caminar sobre barro en tacones de siete

centímetros —espeta sin dudarlo, y me lanza una mirada fulminante —. Eso seguro.

—Haber traído las botas, como todos los demás.

—Qué gracioso. —Sacude un poco el pie, y la tierra salta en todas direcciones—. Estos zapatos son carísimos, ¿sabes? Si acaban destrozados, te va a tocar pagármelos.

Sus tacones dorados, que probablemente cuesten más de lo que estoy dispuesto a gastar en un instrumento de tortura, están pidiendo auxilio. Hundiéndose en el barro con cada paso.

Me detengo. Y sin darle opción, me inclino a su lado y señalo mi espalda con un gesto.

—¿Qué...?

—Vamos, súbete antes de que me arrepienta.

Tarda medio segundo en reaccionar.

—No estaba preparada para un rodeo, pero oye, ¡si hay que montar, se monta! —Y se lanza, así, sin más. Me rodea con las piernas como si lo hiciera cada día. Apoya los brazos en mis hombros y suelta un suspiro exagerado—. Estoy nerviosa. Es mi primer rodeo, ¿sabes?

—Pues sujétate bien.

—¿Puedo gritar «¡yee-haw!» o es demasiado?

—Eso solo pueden hacerlo los tejanos de verdad, urbanita.

Se inclina hacia mi oído, su voz baja y descarada.

—¿Estás retándome?

—No serás capaz de…

—¡¡YEEEEE-HAAAAAW!! —el grito de Harper rebota entre los árboles con una fuerza que parece sacudir incluso las montañas.

Por un momento, me quedo inmóvil, incrédulo, preguntándome si realmente acaba de hacerlo. Y luego, inevitablemente, me echo a reír. Una carcajada que crece hasta que apenas puedo mantenerme firme. Cuando su risa se une a la mía y se mueve, me tambaleo con ella, y por poco ambos nos caemos.

—¡Dios santo, mujer! —resoplo, intentando recuperar el aliento—. ¿Siempre eres así de intensa?

—Mi amiga Beth dice que es porque soy escorpio de noviembre y tengo ascendente en leo.

¿Qué demonios significa eso?

No lo sé.

Solo sé que me gusta.

Demasiado.

Cuando llegamos, la dejo en el suelo. Frente a nosotros hay una caseta de madera en el extremo del terreno de los Beaumont, escondida entre los árboles, lo suficientemente lejos para que nadie se moleste en buscarla. James y yo veníamos aquí cuando todo nos superaba. Cuando necesitábamos desaparecer, comer comida basura y, cuando nos atrevimos, beber algo que no viniera en copas con nombres franceses impronunciables.

—¿Qué es este lugar? ¿Tu escondite de anfetamina? —pregunta atropellada—. Por si no ha quedado claro antes, lo del porro era una broma. No me drogo. Soy así de divertida de serie.

No respondo. Me limito a abrir la puerta. Dentro huele a madera vieja, con un toque rancio que probablemente venga del polvo de años acumulado en cada esquina. Es más pequeña de lo que recordaba y más oscura también. Pero sigue igual.

Me agacho, tanteo con las manos en el hueco bajo la tarima y sonrío en cuanto noto el metal oxidado del asa. *Bingo*.

—¿Qué...? —pregunta, y luego ve las bolsas de patatas, golosinas, y, sí, una botella de tequila a medio beber. Me alegro de que James siga manteniendo manteniendo la tradición—. No puede ser. ¿James? ¿El James perfecto y responsable escondiendo tequila como un contrabandista de los años veinte?

—Te sorprenderías.

Le lanzo una bolsa de M&Ms y la atrapa como si lo hiciera todos los días. Está emocionada. Igual que una cría a la que acaban de llevar a Disneyland con barra libre de azúcar.

—Esto es oro puro. —Abre la bolsa—. Voy a hacerle una foto y usarla como evidencia para chantajearlo.

—Buena suerte con eso. James es duro de roer.

—¡Ja! Si hubieses visto cómo me suplicó hace un rato…

—Hubiera pagado por verlo.

—La próxima vez lo grabo. Y te lo mando con un descuento.

Harper se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas y los tacones

a un lado. La falda del vestido se le sube, pero ni se inmuta. Está demasiado ocupada desparramando bolsas de patatas y chocolatinas para ver sus opciones. Yo me dejo caer en una silla vieja que cruje bajo mi peso, con los codos apoyados en las rodillas, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no recorrer cada centímetro de su piel desnuda con la mirada.

Maldita sea, ¿qué me pasa? ¿Por qué no puedo apartar los ojos de ella?

—¿Cómo sabías que todo esto estaría aquí?

—Yo lo ayudaba a esconderlo. Hace años.

—¿Desde cuándo os conocéis?

—De toda la vida. —Me encojo de hombros—. Vecinos, compañeros de clase, de equipo en la uni, de todo. Aunque llevábamos tiempo sin vernos. Después de la universidad, cada uno tomó su camino. Pero me alegro de volver a verlo. Está... distinto. Más serio. Supongo que sentar la cabeza hace eso.

—¿Tú también estás asentado? —pregunta, agitando la botella de tequila como si acabara de encontrar el santo grial.

—No precisamente.

Todavía no puedo creer que no sepa quién soy. No es que sea el tipo más famoso del país ni mucho menos. He hecho un esfuerzo por mantenerme lejos de los focos, lo suficiente para que solo los fanáticos sepan mi nombre, pero, joder, ella es de Dallas. ¿Cómo es posible que no haya oído hablar de mí, ni una sola vez? Y más después de la caída. Repitieron el maldito vídeo hasta en los canales de salseo.

En realidad, no me importa. De hecho, me encanta. No recuerdo la última vez que hablé con una mujer sin que el tema de la NFL apareciera en la conversación, como si mi identidad se redujera únicamente a un número en la espalda de una camiseta. Sin preguntas sobre los Redstone Cowboys, sobre los partidos, sobre mi lesión. Nada de eso. Solo… esto.

Es raro. Raro en el mejor sentido.

Es una maldita liberación. Con la única persona que me siento así es con Katie, pero eso no cuenta. Tiene cinco años. Su idea de una gran conversación es debatir si el helado de chocolate con pepitas es

mejor que el de chocolate normal. Esto es… diferente.

Ella sigue rebuscando, abriendo y probando todo lo que encuentra. Espero que James no me mate por esto. Se lo compensaré enviándole una caja llena de reservas.

—Entonces… —rompo el silencio—, no estás precisamente encantada con la boda.

—¿Por qué lo dices?

—Por cómo forzabas la sonrisa antes, con ellos. Tu cinismo se podía escuchar desde el otro lado del país.

—¿De verdad? —Mastica una patata frita con aire inocente—. Y yo que pensaba que había perfeccionado mi cara de «hermana mayor encantadora».

—Digamos que necesitas un par de ensayos más. —Cojo el paquete que me ofrece y pruebo una. Saladas. Grasientas. Perfectas —. ¿Qué tienes en contra?

Harper se queda callada unos segundos. Cortos, pero lo suficiente para que algo en su cara cambie. La sonrisa se le cae un poco, y en su lugar aparece un gesto más real. Algo que no enseña al mundo muy seguido. Pero se recompone enseguida.

—¿Aparte del hecho de que llevan juntos lo que dura una oferta de tres por dos en el super? No mucho. —La miro, esperando que suelte lo que de verdad piensa. Da un suspiro largo y pesado—. Es que… ¡tres meses! ¿Quién se compromete en tres meses? Es una…

—¿Locura?

—¡Exacto! —Hace un gesto tan grande que una patata vuela por el aire—. No te ofendas, no es que tenga nada en contra de tu amigo. Parece un buen tipo. Y ha ganado bastantes puntos con el tequila. Pero, ¿qué les costaba esperar un poco más? Tomarse su tiempo. Vivir juntos. Discutir por cosas absurdas como si el papel higiénico va por delante o por detrás.

—¿Y si lo tienen claro?

—Claro es el cielo. Esto es una impulsividad hormonada con extra de ilusión prematrimonial.

—Es mayorcita, ¿no? Puede tomar sus propias decisiones.

Su nariz se frunce ligeramente, y sé que he tocado un nervio.

—Ya lo sé. Pero no puedo evitar ser así de protectora con ella. —Me

lanza una mirada seria—. Tú no la conoces, pero Chloe es… demasiado buena para este mundo. No ve la maldad en los demás. Piensa que la vida es un campo de rosas y mariposas.

—No puedes evitar que se lleve golpes.

—Sí que puedo —responde rápido—. Es mi…

—¿Trabajo como hermana mayor?

Ella suelta una risa bajita, asintiendo con la cabeza.

—Cuando Chloe llegó al mundo, me dieron un manual con instrucciones: cómo cuidarla, cuándo intervenir, cuántas veces al día recordarle que no se fie de los chicos con sonrisa fácil. Este es uno de esos casos. Nivel alerta roja.

—Se la veía muy feliz.

—No digo que no lo esté. Solo que estas cosas… —Hace un gesto circular con la mano, buscando una palabra—. Necesitan más tiempo. No todo se puede precipitar.

—¿Y cuánto tiempo es el correcto, según tú?

—No lo sé. Solo sé que tres meses no.

—Tal vez no haya un número mágico. Estas cosas no siguen fórmulas. A veces simplemente… pasan.

Ella me lanza una mirada afilada. Y durante un segundo, pienso que va a soltar uno de sus típicos comentarios sarcásticos, pero no. Inclina ligeramente la cabeza, y sus ojos —dorados, líquidos, como caramelo derretido al sol— brillan con algo diferente. Curiosidad, tal vez. O intuición.

—¿Estás enamorado, vaquero?

Suelto una risa breve, rascándome la barba antes de aceptar la botella que me ofrece. El tequila baja fuerte, quemando en el pecho justo lo suficiente para hacerme sentir vivo. Joder, cuánto hacía que no bebía algo que no viniera en un vaso medido por un nutricionista. Qué bien sienta.

Aunque no debería beber. Mi dieta no lo permite, mi rodilla no lo agradece, y mañana toca madrugar. Pero, ¿qué cojones? Estoy en casa. Y este, este es el único sitio del puto planeta donde puedo bajar la guardia y permitirme respirar.

—No. —Sacudo la cabeza despacio—. Pero me da envidia lo que tienen. ¿Tres meses? Sí, es poco. Pero míralos. Se buscan todo el

rato, como si el uno fuera el sitio donde el otro respira mejor. La mayoría se pasa la vida entera buscando eso… y ni así lo encuentran. ¿Para qué esperar si ya lo tienen?

Me observa durante un momento que se siente largo. Después alarga la mano, despacio, y me arrebata la botella.

—Ya lo pillo.

—¿Lo pillas?

—Claro. Eres de esos.

—Voy a arrepentirme de esto, pero… ¿qué se supone que significa que «soy de esos»?

—Románticos. De los que creen en el amor verdadero, en almas gemelas y que sueñan con el pack completo: un labrador, casa con porche, dos hijos con nombres compuestos y una Navidad digna de anuncio. Ya sabes, un melancólico del amor.

—¿Eso es lo que crees?

—¿Me equivoco? —Tiene esa mirada que dice que está acostumbrada a salirse con la suya.

Dejo que los segundos pasen antes de responder:

—¿Se puede sentir melancolía por algo que nunca has vivido?

Hace una pausa, desconcertada. Como si intentara descifrar un idioma que no domina del todo, pero que está empeñada en aprender aunque sea a base de traducir palabra por palabra.

—¿Nunca te has enamorado?

No pienso contestar a eso.

Así que le lanzo la pelota de vuelta.

—¿Tú sí?

Se da cuenta del cambio, pero decide seguirme el juego.

—Uff, como trescientas veces. Hoy ya van dos: el chico del aeropuerto y el tipo que estaba delante de mí en la cola del baño del avión. —Levanta una mano como si estuviera contando—. El del aeropuerto me dijo que tenía unos ojos preciosos. ¿Cómo no iba a enamorarme? Y el de la cola del baño... bueno, tenía un culo que podría esculpirse en mármol. En serio, nivel Capitán América.

Bebe, se limpia la boca con el dorso de la mano y me lanza esa sonrisa suya que debería venir con advertencia.

—Y si doy otro trago a esto… —Sacude la botella, haciéndola

tintinear—, puede que tú te ganes el puesto número tres de hoy.

Me arranca una carcajada que ni intento reprimir.

—¿Todavía no me lo he ganado?

Se encoge de hombros.

—Perdiste puntos cuando no quisiste darme la cerveza.

Nos reímos juntos, el sonido rebota en las paredes de madera y la caseta se lo traga todo: la tensión, el dolor, el ruido del mundo.

—Así que... eres enamoradiza.

—Desde que vi a Jeremy Sumpter en *Peter Pan* por primera vez. En esa escena con Wendy, ya sabes cuál, sentí mariposas… Tenía siete años y ya entonces pensé que eso era amor verdadero. —Sonríe, pero en cuanto baja la mirada hacia la botella entre sus manos, esa chispa desaparece—. Por eso mismo me cuesta tanto entender lo de casarse tan rápido… —Suspira, parece que intenta encontrar lógica en algo que se le resiste—. Es como en *Love is Blind*, ¿lo conoces? El reality de Netflix.

—No. Pero seguro que te mueres por ponerme al día.

—Va de tener citas a ciegas. Literalmente. Los meten en cabinas separadas, sin verse, y tienen conversaciones profundas sobre la vida, el amor y quién fregará los platos cuando se casen. Y después de, no sé, cinco días, uno se arrodilla y dice: «¿quieres casarte conmigo?». Así, sin haber visto al otro. Solo por las *vibes*.

—¿Me estás diciendo que hay gente que se compromete sin saber siquiera si la otra persona le atrae físicamente?

—Exacto. Luego los sueltan en el mundo real y, ¡sorpresa!, drama. Porque claro, descubrir que tu prometido mastica como un rumiante o que colecciona muñecas de porcelana… no es lo más sexy del mundo.

—Vaya show. —Ella asiente con la botella de tequila en sus labios —. Pero no es lo mismo, ¿no? Tu hermana y James ya se han visto e imagino que se atraen. Están enamorados.

—Sí, tú mismo lo has dicho. Enamorados.

—No lo pillo.

—Enamorarse es fácil. Es automático, impulsivo, un subidón de dopamina y fuegos artificiales. Todo te parece perfecto: las miradas, las bromas, el buen sexo. —Alzo una ceja, y ella se ríe, negando con

la cabeza. Por poco se atraganta—. Bueno, vale, tal vez no en este caso. Pero ya sabes a lo que me refiero. Lo que quiero decir es que… no te casas cuando estás en plena luna de miel.

—¿Cuándo te casas?

—Cuando conoces sus mierdas. Sus inseguridades, sus traumas, sus días malos. Cuando lo ves fallar y equivocarse. Cuando ya no te ríes tanto de sus bromas y el corazón no va a cien todo el tiempo. Cuando conoces todas sus sombras y, aun así, te quedas. Porque sabes que vale la pena. Esa es la diferencia entre enamorarse y amar. —Harper acaba de soltar, sin querer, la definición más jodidamente honesta de amor que he oído en mi vida—. Soy enamoradiza, sí —añade, más bajito—. Pero ¿amar de verdad? No creo que haya amado a nadie. No así.

Pienso en mis relaciones. En las que llamé «serias». En lo que creí que era amor. En ella. La que estuvo cuando todo iba bien. Cuando los titulares eran favorables y mi rodilla no crujía cada vez que andaba. La que desapareció cuando llegaron las malas noticias. Cuando empecé a vivir con hielo pegado a la pierna y las palabras «posible retirada» flotaban en cada conversación. No hubo pelea. No hubo drama. Solo una nota breve y un chófer recogiendo sus cosas tres días después. Fin de la historia. Y no. Eso no fue amor.

No del tipo del que habla Harper.

Me pregunto cómo será sentir eso de verdad. Que alguien vea todo lo que eres —lo bueno, lo roto, lo que ni tú sabes arreglar— y, aun así, se quede. No por costumbre, ni por pena. Sino porque, simplemente, quiere quedarse. Porque cree que lo que hay en ti, incluso lo roto, vale la pena.

Ella resopla, rompiendo el silencio.

—Pero no me hagas caso. Igual solo soy una cínica de mierda.

—*Nah*. —Sacudo la cabeza y estiro la pierna, dándole un toque con la punta de la bota en la espinilla—. No lo creo.

Se queda en silencio, observándome con esos ojos suyos, cálidos, llenos de preguntas.

—Solo quiero que mi hermana no sufra, Liam.

Mi nombre en su boca suena distinto. Me atraviesa. Como si lo hubiera dicho con los labios pegados a mi oreja. Me eriza entero.

—Lo sé, Harper.

Piezas de un puzle



LIAM

Harper lleva un rato hablando. Empezó contándome una historia sobre cuando ella y su hermana eran crías y encontraron el vestido de novia de su madre. El plan era «modernizarlo». Usa otra palabra, pero la idea es esa. Y siguió hablando de otra cosa, y otra después. Cambia de tema como si su cabeza fuese una *playlist* aleatoria, sin orden ni lógica, pero que aun así suena bien.

Va saltando de anécdota en anécdota, algunas absurdas, otras entrañables. Cada palabra suya es como una pequeña pieza de algo más grande, aunque ella no lo sepa. O sí, y solo lo hace para ver si alguien se molesta en unirlas. Y yo me estoy molestando.

No sé cuánto tiempo llevamos así. Pero no me importa. Que hable. Que se ría. Que siga soltando esas verdades disfrazadas de chistes, esas inseguridades escondidas entre comentarios irónicos. Porque la escucho, y en medio de toda esa verborrea caótica que lanza con una seguridad que a veces parece impostada, hay verdad.

Cada broma que lanza sobre su familia es una cortina. Un muro con grafitis graciosos que tapan algo mucho más jodido: el miedo a no encajar. A no ser suficiente. A decepcionar a todos, aunque ni siquiera quiera cumplir con lo que esperan. Y ese miedo, ese… lo reconozco muy bien. Porque también es mío. Porque también lo llevo pegado a la espalda desde que tengo uso de razón.

Mientras habla, mientras gesticula con las manos y remata cada historia con una carcajada, va dejando pedazos de sí misma por el suelo. Y yo… joder. Yo solo quiero recogerlos. Uno por uno.

Hasta entenderla entera.

Suspira, y deja caer un envoltorio vacío al suelo.

—¡No puedo! Si como una chocolatina más, voy a explotar.

Niego con la cabeza y recojo el caos, devolviendo las bolsas vacías

al barril con las demás cosas.

—Venga, ayúdame. No podemos dejar esto hecho un vertedero.

—¿Y el «por favor», vaquero? ¿Dónde te lo has dejado?

—Vamos, no me jodas…

Se ríe, arrodillándose para empujar las bolsas de patatas hacia el fondo, como si fueran pruebas incriminatorias.

—Perfecto. Como si nunca hubiéramos estado aquí.

—Salvo por los dos kilos de azúcar que te has ventilado sin pestañear.

—¿Ahora eres mi nutricionista? No, ¿verdad? Pues shh.

—Eres imposible.

Cuando salimos, el aire fresco de la noche me golpea en la cara. No tengo ni idea de cuánto tiempo llevamos dentro, pero el cielo ya está en llamas. Naranja, rosa, púrpura. Harper se detiene junto a mí, mira hacia el horizonte con la boca entreabierta y esa expresión de asombro que, por algún motivo, me hace sentir que he hecho algo bien.

—Guau… Es increíble.

Yo solo respiro, profundo, y dejo que este aire me limpie por dentro. Hasta la presión de siempre en la rodilla desaparece.

—No tenemos estas vistas en Dallas, ¿eh?

—Ni cerca. —Asiente, aun mirando el cielo. Pero entonces se gira de golpe, rápido—. Espera… ¿tenemos? ¡¿Vives en Dallas?!

Joder. De verdad que no tiene ni puta idea de quién soy.

—Trabajo allí.

—No me lo habías dicho.

—Si fueras más educada, lo habrías preguntado. ¿Ves? Los modales sirven para algo.

Me lanza un codazo al costado, sin fuerza.

—Tu humor deja mucho que desear. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—Alguna que otra.

Ambos miramos las luces de la fiesta a lo lejos. Estamos lo bastante apartados para que nadie se fije en nosotros, pero no tanto como para perderlos de vista. La multitud se mueve entre las mesas, las risas y la música llegan a nosotros en un murmullo.

—Deberíamos volver. Mi hermana va a matarme por escaquearme

de su fiesta. ¿Podrías…?

Me adelanto antes de que termine la frase. Me doy la vuelta y me agacho un poco, ofreciéndole la espalda.

—¿Un último rodeo?

No duda ni medio segundo. Salta encima de mí.

—¡Vamos allá!

La sujeto por las piernas antes de que podamos acabar en el barro. Acomodo su peso mientras ella apoya la cara en mi cuello. Su agarre se aprieta, y sus piernas también. Y joder, cómo se siente… El calor de su cuerpo me lanza imágenes que no debería tener. De cómo se vería encima de mí… pero en otra posición.

Me obligo a respirar, a centrarme en mis pasos. El camino está más oscuro, así que avanzo con cuidado. No por mí. Por ella. Por ese vestido que probablemente cuesta más que mi frigorífico.

—Creo que tendré que retirarte el carnet de vaquero. Un tejano de verdad no iría tan despacio.

Acelero sin previo aviso, y su reacción no tiene precio.

—¡¡LIAM!!

—¡¿Qué pasa?! ¡¡¿No querías un rodeo?!!

Suelta una carcajada y se hunde más en mí, agarrándose. Troto cada vez más rápido, con la única finalidad de hacerla reír más.

Huele a jazmín y a limón. A dulce. A verano. Y por alguna razón absurda, una imagen me golpea de lleno: mi madre sirviéndome limonada en el rancho, después de una tarde corriendo por el campo. Las luciérnagas. Su voz calmada.

Mierda. Hacía mucho que no la recordaba…

Parpadeo. Vuelvo al presente.

La luz cálida del porche trasero se cuela entre los árboles. Las voces vuelven a ganar fuerza. La bajo con cuidado, asegurándome de que sus tacones no toquen el barro. Pero no suelto su cintura.

Estoy demasiado cerca.

Más de lo que debería.

Menos de lo que me gustaría.

Pero, por alguna razón que no conozco, no me muevo.

Ella tampoco.

Su pecho sube y baja mientras trata de recuperar el aliento. Y su

sonrisa... maldita sea, esa sonrisa. Es grande, abierta, honesta, y tan preciosa que no encuentro palabras para describir lo que me hace sentir. No he dejado de sonreírle en respuesta como un idiota en todo el día, y yo no soy precisamente un tipo que va repartiendo sonrisas. Mis compañeros de equipo podrían atestiguarlo. Pero con ella… parece inevitable. Me sale sin pensar, como un reflejo.

Me inclino un poco. Lo justo para que el aire que compartimos se caliente. Sus ojos se entrecierran, su respiración también se acelera. Y hay algo a punto de ocurrir. Lo sabe. Lo sé.

—¡Harper! Aquí estás. Te estaba buscando por todas partes. ¿Dónde te habías metido? —Ella se separa de golpe, y yo también retrocedo, mi cuerpo protestando por la pérdida de su calor.

La mujer que ha gritado tiene el pelo castaño corto y una expresión de pocos amigos. Su mirada viaja de Harper a mí, y puedo sentir el juicio atravesándome como una flecha.

—Estaba viviendo la experiencia de rancho completa —intenta bromear, pero la mujer no parece tener ganas de reír.

—Vamos, tu hermana te está esperando.

Harper pone los ojos en blanco. Ese gesto me da ganas de volver a reír, pero me muerdo la lengua.

—Un segundo, mamá.

Ah, así que es su madre… La mujer a la que casi mata de un infarto antes en la fiesta. Ahora que la veo mejor, puedo ver el parecido.

Su madre no se mueve. Me hace sentir como si tuviera dieciséis años otra vez y los padres de la chica que me gustaba me estuviesen juzgando desde el porche con los brazos cruzados. No sé si es su expresión, o esa manera pasivo-agresiva de clavarme los ojos, pero la incomodidad me sube por la espalda.

Finalmente, después de lo que parece una eternidad, da un par de pasos hacia atrás, aunque la distancia que nos deja es ridícula.

—Lo siento. Te dije que mi madre era lo peor —murmura Harper, acercándose lo suficiente como para que solo yo la oiga.

—No sé por qué lo dices. A mí me ha parecido encantadora.

—Tengo que volver a la fiesta o me matará. ¿Vienes?

—Sí, tengo que despedirme de James.

—¿Ya te vas? —Asiento—. ¿Qué pasa? ¿No te diviertes?

—Prefiero algo más de mi estilo.

—Ajá. ¿Y qué es exactamente «tu estilo»? ¿Un bar oscuro, un vaso de whisky y una máquina de discos sonando de fondo?

—Algo así. —Ella no deja de sonreír, yo tampoco—. Hace tiempo que no vengo y quiero pasarme a saludar a algunos amigos.

—Ah, claro. Genial. Bueno, entonces… ya no veremos.

¿Ella también siente esta punzada en el pecho?

—Disfruta la fiesta y procura perfeccionar esa expresión de «hermana mayor encantadora». —Fuerza una cara de lo más ridícula, arrancándome una carcajada—. Sí. Mucho mejor.

—¡¡Harper!! Venga, vamos —la llama su madre.

Harper echa a andar, y no hay fuerza en el universo capaz de hacer que desvíe la vista. La curva de sus glúteos en ese vestido es un crimen federal. Tan redondos, tan firmes, que parecen desafiar la ley de la gravedad y cualquier intento de autocontrol. Se mueven al ritmo de sus pasos como si lo supieran; como si jugaran con mi paciencia; como si me provocaran a conciencia.

Cuando llega bajo la luz del porche, se gira. Me pilla mirándole el culo sin el más mínimo disimulo, y por la sonrisa que se le dibuja en los labios, diría que no solo lo ha notado: le divierte. Levanta una mano, teatral, y hace un gesto exagerado con la muñeca, como si lanzara un lazo invisible. Me lo lanza. Me atrapa. Y después de guiñarme un ojo con toda la intención del mundo, se da la vuelta.

Su madre la alcanza, le dice algo que no entiendo —y que seguramente no quiero entender—, y en menos de diez segundos, ambas desaparecen por la puerta. Y yo… yo me quedo ahí, atrapado. Como si de verdad me hubiera lazado.

No me gusta lo que me deja. No me gusta la punzada absurda que me aprieta el pecho. No me gusta sentir que la echo de menos cuando apenas la conozco. No tiene sentido. Pero no puedo quitármela de la cabeza. Ni su cara, ni voz, ni esos malditos labios rosados. Ni su puto olor a jazmín con algo más, algo que aún no puedo identificar y que me tiene medio ido.

Nunca he sentido un deseo así. Tan rápido. Tan físico. Tan visceral. He tenido ganas antes, claro que sí. Pero esto es distinto. Esto es

necesidad. Es adicción en fase embrionaria. Y no me gusta no tener el control. No me gusta sentir que, si no me doy la vuelta y respiro hondo, voy a perder la cabeza por la mujer con la lengua más afilada y el culo más perfecto de todo Texas.

Basta, deja de pensar en ella.

Entro en la casa. Me conozco este sitio de memoria. De niño, pasé tanto tiempo entre estas paredes que llegué a considerarlo un segundo hogar. La riqueza de los Beaumont nunca me incomodó entonces. Pero ahora… ahora me sorprendo caminando con más cuidado, como si este lugar ya no me perteneciera del todo.

James me intercepta al regresar junto a todos los demás.

—Eh, tío, ¿dónde te habías metido?

—En la caseta.

—¿En serio? —Se ríe—. Joder, hace siglos que no voy por allí. ¿Qué estabas haciendo?

—Buscando comida de verdad.

Su carcajada retumba por encima del murmullo de la fiesta.

—Ya... Mi madre se encargó del catering. Prometo que en la boda habrá carne. De la buena.

—Eso espero. —Sonrío y le doy un apretón en el hombro—. Enhorabuena por el compromiso.

Durante un momento, parece el mismo crío que me retaba a ver quién aguantaba más tiempo sobre el caballo sin manos.

—Gracias. Me alegra que hayas podido venir. De verdad. Necesitaba que estuvieras aquí.

—Te lo prometí. —Y siempre cumplo mis promesas.

—¿Cuánto tiempo te quedas?

—Vuelvo mañana por la tarde.

Su sonrisa decae, aunque intenta disimularlo. James nunca ha sido bueno ocultando lo que siente.

—Podríamos salir a montar antes de que te vayas. Como en los viejos tiempos.

Niego con la cabeza, señalando mi rodilla.

—No puedo forzarla. Aún no del todo.

Su mirada titubea. Ese gesto que todos hacen cuando recuerdan lo que me pasó.

Cuando éramos niños, nunca sentí envidia por él. Tenía más dinero, más tierras, más juguetes. Pero nunca me importó. Ni siquiera cuando le regalaron la última PlayStation. No parecía relevante. Éramos iguales donde importaba: dos críos sin miedo a nada, corriendo por los campos, soñando con comerse el mundo.

Pero ahora… ahora no puedo evitarlo. Verlo aquí, en casa, viviendo la vida que siempre imaginamos. Tiene la libertad de ir y venir, de montar a caballo sin preocuparse por lesiones o limitaciones. Está a punto de casarse, de formar una familia. Y, por primera vez, siento un recelo punzante que nunca antes había estado ahí.

—Bueno, la próxima vez será. —Levanta su copa de vino y da un sorbo antes de continuar—. Aunque, con lo poco que vienes, igual tendré que ir yo a buscarte para que se dé. Por suerte me he comprado un piso en Dallas.

—¿Tú, en Dallas? ¿Quién eres y qué has hecho con el James que juraba que la ciudad era obra del demonio?

—Sigo pensando lo mismo. Pero… —Lanza una mirada cargada de intención hacia Chloe, que está hablando con su hermana— todo lo que quiero está allí.

Harper tiene la cabeza echada hacia atrás, riéndose a carcajadas de algo que Chloe le ha dicho. Y me pasa otra vez. Esa sensación en el pecho. Ese clic absurdo que no entiendo, pero que se repite cada vez que la veo.

—Estás coladísimo.

—Como un idiota —admite—. Pero es que mírala, tío. No es solo que sea guapísima, o muchísimo más lista que yo, o que me haga reír hasta que me duela el estómago. Es que... es todo a la vez. Y cuando estoy con ella, no quiero estar en ningún otro sitio. Como si, de repente, todo encajara. ¿Entiendes lo que te digo?

Asiento. En parte porque lo veo en su cara. Y en parte porque creo que empiezo a entender lo que es que alguien te descoloque así.

—Avísame cuando te instales. —Cambio de tema antes de meterme en pensamientos que no me convienen—. Salimos a cenar.

—Eso está hecho. Pero esta vez eliges tú el sitio.

—Gracias a Dios. La última vez que me llevaste a esa cosa rara con luces de neón… estuve dos días con hambre.

—¡Eh! El sitio tenía buenas reseñas.

—James, eso no era comida, era una falta de respeto a las vacas.

Se echa a reír, negando con la cabeza.

—Vale, vale. Nada de modernidades. Solo costillas, salsa barbacoa y servilletas que se rompen con mirarlas.

—Y cerveza fría.

—Como debe ser.

Ambos no reímos.

—Oye, ¿has sabido algo de Carter? —pregunto, bajando un poco la voz—. Pensé que vendría hoy.

—Pasó esta mañana a saludarme. Pero… ya sabes. Desde lo de Lily no ha vuelto a ser el mismo.

Asiento despacio. No hace falta que diga más. Lo he visto con mis propios ojos. Carter, que antes no se perdía una fiesta, un partido, una excusa para juntarnos… lleva años sin unirse a nosotros. Apenas contesta los mensajes. Es como si se hubiera ido encerrando poco a poco en un sitio al que ninguno sabemos llegar.

—¿Lo has visto bien?

—Hace esfuerzos por hacer ver que sí, pero… —Se encoge de hombros—. Ni siquiera me mira a los ojos cuando le pregunto.

Asiento, pero una punzada de inquietud se queda enganchada bajo mis costillas.

Porque si algo tengo claro después de este año es que nadie está tan bien como aparenta.

Seguimos hablando un rato más, entre recuerdos de infancia y pullas sobre el choque que le espera en la ciudad. Pero aunque la conversación fluye como siempre entre nosotros, como si el tiempo no hubiese pasado, mi atención no tarda en volver a desviarse hacia Harper. Su madre le está diciendo algo, y Harper hace ese gesto suyo —los ojos al cielo, la mandíbula apretada— que ya empiezo a reconocer.

Me esfuerzo en apartar la mirada de ella y centrar mi atención en James. Me cuenta cosas sobre Chloe, sobre cómo fue pedirle matrimonio, sobre la boda y sus planes de futuro juntos. Y aunque entiendo por qué Harper está preocupada, yo… no tengo dudas.

Sé quién es James. Siempre ha sido el más centrado de los tres. El

que piensa antes de hablar, el que se organiza la vida como si fuera un puzle al que no le puede faltar ni una sola pieza. Si ha decidido casarse con Chloe, es porque ya la eligió mil veces en su cabeza antes de hacerlo en voz alta.

Cuando el llevar demasiado en esta fiesta empieza a pesarme en los hombros —o tal vez sea ese runrún en el pecho que no quiero analizar—, me despido de todos. Le prometo a James que mañana pasaré antes de volver a la ciudad, aunque sea solo para tomar un café y ver sus nuevos caballos.

Y antes de irme, dejo que mi mirada recorra el jardín una última vez. Buscándola. No sé qué espero encontrar. Tal vez otra de sus sonrisas exageradas, una última broma, un simple cruce de ojos. Algo que me confirme que no me lo he imaginado. Que ese momento juntos ha sido tan real para ella como lo ha sido para mí.

Pero no está.

Es pronto para decir adiós



HARPER

Me he criado en Dallas. Ciudad grande, autopistas infinitas, gente que camina rápido y no mira a nadie a los ojos. Y salvo por algún viaje puntual o esas escapadas de fin de semana que acaban siendo más fotos que descanso, no me he movido mucho de allí. No soy una chica de campo. Lo mío es el asfalto, los semáforos que no respeto del todo y los burritos nocturnos a cinco minutos de casa.

Y, sinceramente, no estoy segura de que me guste mucho este olor a tierra, o… lo que sea *eso* que flota en el aire. Pero hay algo que me hace replantearme seriamente el dejarlo todo y comprarme una casa aquí, en medio de la nada.

Este cielo.

Basto, oscuro, desbordado de estrellas. Tantas que parece que alguien se ha dejado el filtro del universo al nivel máximo.

Bueno, miento. No es lo único que me hace replanteármelo. También es este silencio, solo interrumpido por los grillos y el leve relinchar de algún caballo. Me da una sensación de tranquilidad y paz que no sé si he sentido antes. Es como si, por primera vez en mi vida, fuese capaz de escuchar mis propios pensamientos.

Y lo único que hay en mi cabeza desde hace un buen rato son un par de ojos grises.

Cuando volví a la fiesta, rodeada de mi familia, con mi hermana comentando sobre el menú de la boda y mi madre susurrándome «por favor, no vuelvas a avergonzar a la familia», solo podía pensar en que no quería estar allí. Quería estar de vuelta en la caseta.

Con él.

Escucho unos pasos cerca, el ruido del césped siendo pisoteado. *Clac, clac, clac*. Pero no aparto la vista del cielo. Ni siquiera cuando

se apoya en la barandilla a mi lado.

—¿Qué haces aquí?

¿Por qué sonrío cada vez que escucho su voz? ¿Y por qué mi estómago se comporta como si acabara de subirme a una montaña rusa?

—Estaba donando medio litro de sangre a los mosquitos mientras te esperaba.

—¿Me esperabas?

—Sí, para despedirme. Lo creas o no, tengo modales, Liam.

Me obligo a mirarlo al fin.

Mala idea.

La luz de la luna le acaricia la mandíbula. Esa línea afilada y perfecta. Y sus ojos… joder, sus ojos. No son un problema. Son *el* problema. Porque no es solo que sean bonitos —con ese gris denso que parece acero recién forjado—, es cómo me mira con ellos. Como si pudiera ver *dentro* de mí; como si cada pensamiento que intento disimular se proyectara en mi cara y él solo tuviera que observarme durante unos segundos para descifrarlo.

Es magnético. Es adictivo. Es muy, muy peligroso.

Y, joder, si sigue mirándome así, voy a tener que replantearme muchas más cosas además de mudarme al campo…

—¿Me estás mirando mucho o son imaginaciones mías?

—Solo estoy observando cómo los mosquitos terminan su cena.

Me sacudo los brazos con un escalofrío, sintiendo picaduras imaginarias en todas partes.

—¡¡Dios, estamos rodeados!!

Se ríe por lo bajo, relajado, como si no estuviéramos siendo devorados vivos por criaturas voladoras sedientas de sangre.

—¿No te molestan?

—Te acostumbras.

—¿A que intentan matarte cada dos segundos?

—Básicamente.

—Estaba considerando mudarme aquí, pero ¿sabes qué? Paso. No creo que los mosquitos y yo podamos coexistir en paz.

—Créeme, cuando descubres las ventajas… los mosquitos pasan a segundo plano.

—¿Ventajas? Por favor, ilumíname.

Levanta una ceja y aparece esa media sonrisa suya. La que activa cosas.

—Paisajes increíbles, aire puro, tranquilidad… No hay tráfico, ni gente pegada a ti a todas horas. Puedes ver el amanecer con un café en la mano, sin correr a ningún lado.

—Traducción: sin restaurantes abiertos después de las nueve ni un cine decente en cien kilómetros a la redonda. —No está tan mal, en realidad, pero me gusta chincharlo. Liam parece muy orgulloso de su pequeño paraíso rural, y meterme con eso es terriblemente entretenido.

Él se gira hacia mí y apoya la cadera contra la barandilla.

—Tú no lo entiendes porque eres una urbanita de manual.

—No es mi culpa. Hasta ahora mi experiencia ha sido… mala. —Enumero con los dedos—. Bichos del infierno, un calor desmesurado, comida que deja mucho que desear y… ¿qué es ese olor?

—Estiércol.

—Una gran ventaja, sí. Vivir rodeado de mierda.

Él no se inmuta. Sigue con esa sonrisa socarrona que no ayuda a que yo me concentre en odiar su pueblo.

—Ven conmigo.

—¿Qué?

—Eso. Qué vengas conmigo. No puedo dejarte ir con semejante impresión. Si mi abuelo se entera de que he dejado que una urbanita se marche difamando Cedar Hollow, me deshereda.

Lo miro. Sus ojos siguen clavados en mí, esperando sin prisa, sin presión. Como si supiera que voy a decir que sí.

Y lo peor es que tiene razón.

—Está bien. Pero si al final sigo odiándolo, tendrás que admitir que tenía razón.

—Ni en tus sueños.

Experiencia texana de verdad



HARPER

Nos acercamos a su coche y entonces caigo en algo.

—¿Puedes conducir? Has bebido.

—Una cerveza y dos sorbos de tequila. Hace más de dos horas. Estoy bien. No me subiría a un coche de no ser así.

—Bien, porque no me apetece morir hoy.

—A mí tampoco.

El coche de Liam huele bien. A cuero, a ambientador… y a él.

—¿Siempre llevas el coche tan limpio o lo has lavado solo para impresionar a las chicas de ciudad?

—No sé, ¿estás impresionada?

—No tanto como para quitarte puntos por presumido —respondo, abrochándome el cinturón.

Conduce con una sola mano en el volante, los ojos fijos en la carretera de tierra mientras salimos del rancho. Yo bajo la ventanilla un poco. El aire fresco de la noche entra con olor a hierba y a campo, ese que al principio me parecía una mezcla entre humedad y estiércol, pero que ahora... no sé. Me empieza a gustar.

—¿Dónde vamos exactamente?

—A uno de mis sitios preferidos del mundo.

—¿Es legal? ¿O estoy a punto de convertirme en una historia de *true crime*?

—Tranquila. Es inofensivo.

—Voy a enviar mi ubicación en tiempo real a mi mejor amiga, solo para que lo sepas.

—Haces bien. Igualmente, no tengo planeado que acabes en una fosa esta noche.

—Vaya, todo un caballero.

Estoy de broma, pero lo hago de verdad: le envío mi ubicación a Julie con un «mañana te lo explico». No tarda en responder con «¿has conocido a alguien en la fiesta?». Sonrío. Solo ella podría leerme sin ni siquiera verme la cara. Qué rabia que no pudiera librarse del turno. Estoy segura de que le habría caído bien Liam. Después de decirme algo como «con esa espalda, fijo que tiene un pollón que no te cabe ni en sueños». Muy típico de ella. Bruta, directa… y siempre acertando más de lo que me gustaría.

El coche avanza por el centro de Cedar Hollow. La radio va baja, y el aire cálido de la noche me revuelve el pelo mientras observo el pueblo. Él me va poniendo al día: que si el bar nuevo que montó el primo de alguien, que si la señora que lleva el café de la esquina es la misma que les gritaba por colarse en la cola del súper cuando eran críos.

Entre las camionetas Ford y Chevrolet aparcadas a lo largo de las tres calles y media que forman el corazón del pueblo —literalmente, no es una exageración—, su SUV negro parece sacado de otro planeta.

—¿No se supone que un auténtico chico de campo debería tener una camioneta? —pregunto, observando por la ventana cómo pasamos frente a una gasolinera con apenas dos surtidores y un perro dormido junto a la entrada.

—¿Y eso quién lo dice?

—No sé. ¿*Yellowstone*?

Él niega con la cabeza, sonriendo.

—He venido en coche desde la ciudad.

—¿Has conducido hasta aquí desde Dallas?

—Es lo que acabo de decir, sí.

—Vaya paliza.

—No quedaban vuelos. Y tampoco es un drama, ya lo he hecho más veces. Son solo seis horas.

—James tiene suerte de tenerte. No cualquiera haría algo así.

—No lo he hecho solo por él. Llevaba tiempo sin venir y me apetecía volver.

—¿Hace cuánto que no venías?

—Más de un año y medio.

—¿Y por qué no has venido antes?

—Por trabajo.

—¿De qué me habías dicho que trabajabas?

—No recuerdo habértelo dicho.

—Muy gracioso. ¿Me lo dirás ahora?

Gira el volante y pasan unos segundos antes de responder:

—Ya sabes. Lo típico. Haciendo muy rica a gente a través de mi sudor y mis lágrimas.

—¿Qué clase de respuesta es…?

Antes de que pueda seguir tirando del hilo, Liam aparca frente a un local grande con luces amarillas y un enorme cartel de neón rojo que dice *Maggie's*. Apaga el motor, baja del coche sin decir una palabra y, segundos después, rodea el capó hasta llegar a mi puerta.

—Vamos. Necesitas probar comida tejana de verdad.

Sujeto su mano y salgo, poniendo los ojos en blanco.

—No hay nada que supere el entrecot de *Pappas Bros*.

—Ajá —dice, cerrando la puerta—. Luego hablamos, cuando estés llorando de emoción con las costillas de Maggie.

Lo primero que noto al entrar es que este sitio huele a historia… y a colesterol. Una mezcla entre cabaña de madera y museo, con paredes atestadas de fotos, banderas tejanas, matrículas oxidadas y carteles de neón con frases como «come más, habla menos» o «Dios bendiga al Brisket».

Liam se mueve con una soltura que solo tiene quien ha pisado este suelo pegajoso cientos de veces. Camina por delante de mí con sus botas vaqueras, y no debería estar mirando su culo. Pero… esos pantalones le sientan de maravilla. Y encima se ha remangado la camisa, que se le ajusta en los bíceps lo suficiente para que mi mente empiece a derretirse como mantequilla olvidada al sol. Los hombros anchos, la espalda recta, la manera en que se le tensa el tejido cuando se mueve... Dios bendiga el algodón.

Y al diablo mi autocontrol.

Porque mi cabeza ya no está aquí. Está reproduciendo, en bucle, una versión altamente editada de la realidad. Una en la que Liam se da la vuelta, me toca con sus dedos grandes, y me empuja contra la

barra, me mira con esos ojos grises entrecerrados y me dice exactamente lo que piensa hacerme con su boca.

Respiro hondo. Cosa que también es un error, porque me llega su perfume masculino, y huele demasiado bien. Y claro, mi cuerpo entero entra en modo emergencia. Porque, joder… ¿cómo se supone que una puede mantener la dignidad cuando está caminando detrás de un hombre así? No pensé que el rollito cowboy fuese a excitarme tanto, pero es que es tan grande y sexy, que lo único que quiero es comérmelo con los ojos. Y luego, con todo lo demás.

Vale. Para. Para ya.

Llegamos hasta la barra, pero antes de que pueda siquiera parpadear, una mujer sale disparada desde detrás de esta.

—¡¡Dios mío, Liam!!

La mujer, que debe estar en sus cincuenta y algo, lo envuelve en sus brazos. Es bajita —aunque quizás me lo parece porque junto a Liam parece de juguete—, con el pelo rubio recogido en un moño, y una sonrisa radiante, bordeada por arrugas.

—Estás enorme —dice, separándose para mirarlo de arriba abajo—. ¿Qué demonios estás comiendo en la ciudad, niño?

—Basura. No he vuelto a comer nada decente desde la última vez que vine. —Me lanza una mirada de reojo y yo lucho por no poner los ojos en blanco.

—Pues déjame arreglar eso. ¿Qué quieres?

—Lo de siempre. Y lo mismo para Harper. —Y se gira hacia mí, poniéndome una mano en mi espalda baja para acercarme. El contacto de su mano en mi cuerpo es inesperado y aún más lo que me provoca—. Harper, ella es Maggie, la dueña, jefa, reina y santa patrona de este lugar. Y Maggie, ella es Harper. Una amiga.

No sé si se me puede considerar «amiga», hace solo unas horas que nos conocemos; pero me gusta mucho cómo ha sonado la palabra en su boca.

Maggie me escanea de arriba abajo con ojos analíticos, y luego, me rodea en un abrazo. Huele a limón o a algo muy parecido.

—Qué amiga más guapa tienes, Liam. —Ella le lanza una mirada que podría clasificarse como «descarada». Y él no sabe ni dónde meterse.

—Gracias. Por fin alguien lo nota —le digo, aprovechando—. Llevaba toda la noche esperando que *alguien* me lo dijera.

Maggie suelta una carcajada escandalosa, golpeando la barra con la palma abierta.

—¡Ay, con carácter! ¡Me gusta esta chica!

—No la animes, Maggie, por favor.

—Ya era hora de que trajeras a alguien con personalidad. Porque las últimas… Harper, bonita, si yo te contara…

Oh, esto se pone interesante.

—¿Así que eras un ligón? —le pregunto.

Liam hace un gesto con el dedo en la cabeza, como diciéndome que está loca.

—No le hagas caso. Pierde memoria con los años.

Maggie hace un sonido que es mitad bufido, mitad risa.

—¡Serás descarado! Me acuerdo perfectamente del desfile de muchachitas que venían por aquí suspirando por ti… Todas agitando las pestañas como si eso les fuera a garantizar un anillo en el dedo. *Oh, Liam, qué guapo estás. Oh, Liam, ¿me acompañarás a casa? Oh, Liam, respira cerca de mí. Oh, Liam, Liam.*

El susodicho resopla.

—Maggie…

—Pero todas, todas, más tontas que un saco de piedras —continúa ella, ignorándolo—. Preciosas, eso sí, pero ni media neurona en común entre todas.

Me muerdo el labio para no reírme, pero Liam me pilla y me lanza una mirada de advertencia.

—Ya vale.

—Ay, relájate, muchacho —dice ella, guiñándome un ojo cómplice —. Es bueno que *tu amiga* sepa a lo que se enfrenta.

Me sobresalto justo cuando un tipo aparece por nuestra espalda y le suelta un manotazo a Liam que habría dejado inconsciente a cualquier humano promedio.

—¡Liam, carajo!

—George. Me alegro de verte, viejo cabrón.

—¡Mírate! Qué alegría tenerte por aquí, hijo.

—¿Cómo va todo? ¿Dónde está Anna?

—Se marchó hace un par de semanas a Dallas —responde George, con el orgullo reflejado en la voz—. Empieza sus prácticas.

Liam deja escapar un silbido bajo.

—Joder. Me cuesta creer que la pequeña Anna ya se haya graduado.

—Dímelo a mí —interviene Maggie, sonriendo con nostalgia—. Hace nada erais vosotros los que os largabais, ¿eh? Cómo pasa el tiempo…

—¿Cómo está Carter? No estaba en la fiesta de James.

La cara de ellos se contrae al mismo tiempo.

—Ya sabes… —murmura ella, bajo—. Tirando.

—Mañana me pasaré a verlo.

—Gracias. Te lo agradecemos.

George asiente y se cruza de brazos.

—Supimos lo de la operación —dice, y su tono cambia—. Una faena, niño. Bill nos mantiene al día. ¿Va mejor la rodilla?

Mi mirada se desliza hacia él de manera automática, estudiando la forma en la que su mandíbula se tensa apenas un milímetro. No es mucho, pero suficiente para hacerme saber que, sea lo que sea, no le gusta hablar de ello. Y eso hace que yo sí quiera hablarlo.

—Bien, bien. Todo bien.

—Me alegro. Tu abuelo ha estado bastante preocupado por ti. ¿Lo has visto?

—Anoche. Fui directo al rancho.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Más viejo. Pero igual de tocacojones que siempre.

George se ríe, y tiene que luchar por la tos que le da. Una tos seca, propia de los que fuman demasiados cigarrillos. Maggie le da unas palmadas en la espalda para ayudarlo y le suelta a Liam:

—Bill te mataría si te escuchase llamarlo así.

—Por suerte, por aquí no hay ninguna chivata, ¿verdad, Maggie?

Ella, en vez de mirarlo a él, lanza su atención hacia mí.

—¿Lo ves, Harper? No te fíes ni un pelo de él. Tiene pinta de buen niño, pero es un embaucador de mucho cuidado.

Liam se ríe con ganas, dejándose dar un par de golpes suaves en el costado por Maggie. De esos que se dan sin fuerza, solo para

chinchar. Se nota que él se reserva esa forma de reírse para su gente. Tan abierta y sincera. La escena me arranca una sonrisa.

—Bueno, vuelvo al ruedo —dice el hombre al ver que una mesa lo reclama—. Me alegro de verte, chaval. Y suerte este año. Seguro que va mejor.

—Gracias, George.

—Y yo voy a traeros algo decente para cenar —dice Maggie, dándome una última mirada de escáner antes de suavizarla con una sonrisa amable—. Encantada de conocerte, Harper. Bienvenida a Cedar Hollow.

No me sorprende que sepa que no soy de aquí. Seguro que conoce el nombre de cada habitante, sus padres, abuelos y hasta el primer perro que tuvieron.

—Lo mismo digo, Maggie.

—¡Pues venga, sentaos, sentaos! ¡Y coged lo que queráis de beber! Ya sabes dónde, Liam —grita mientras desaparece entre las puertas vaivén de la cocina.

Liam se acerca a la barra y vuelve con una cerveza para mí y un refresco para él. Sin decir nada, me hace un gesto con la cabeza y me guía hasta el fondo, donde aún quedan un par de mesas libres. Nos sentamos frente a frente, y en cuanto me acomodo en la silla, no me aguanto.

—Así que… rompecorazones, ¿eh?

—Es un pueblo pequeño.

—¿Y…?

—Pues que si descartabas a los hermanos, primos y parientes lejanos, quedaban… pocas opciones viables.

Me atraganto con el primer trago de cerveza.

—¿Opciones? —repito entre toses, tapándome la boca con la mano —. ¿Así describes tu historial amoroso? ¿Como si fuera un buffet libre con riesgo de incesto?

—En mi caso, era fácil. —Se encoge de hombros, sin perder la compostura—. Soy hijo único. Tenía el terreno despejado.

—Eso explica tantas cosas…

—¿Lo hace?

—Sí. Esa tranquilidad con la que te mueves. Si hubieras crecido

peleando por el mando de la tele o esperando una hora para entrar al baño, habrías desarrollado una hiperactividad innata.

—¿Por eso eres así tú?

Me encojo de hombros.

—Pura supervivencia.

Liam sacude la cabeza con una sonrisa.

—¿Tu hermana se cabreará conmigo porque te he sacado de la fiesta?

—Nah. Igualmente pensaba encerrarme en mi habitación. Pasar más de cinco horas con mi familia sin perder la paciencia ya es digno de medalla. A partir de ahí, todo es terreno peligroso.

—¿Tu relación con ellos ha sido siempre... complicada?

—Desde que nací. Es la consecuencia de ser la única oveja blanca de la familia.

—¿Blanca? ¿No se supone que es negra?

—No cuando eres la única normal del rebaño. ¿Sabes lo que es vivir rodeada de personas que se toman demasiado en serio las reglas, las tradiciones y el maldito «qué dirán»?

—Suena... agotador.

—Ni te lo imaginas. Mi madre tiene una habilidad especial para encontrar cada pequeño rincón de tu vida que no encaja en su idea de perfección y meter el dedo hasta que te duela. Según ella, no hago nada bien. Siempre podría hacerlo mejor. Tener un pelo mejor. Un vestido mejor. Un trabajo mejor. Una vida mejor. En fin, últimamente está peor… todavía no me perdona que ya no vaya a la iglesia con ellos.

Liam alza una ceja.

—¿Y antes sí ibas? —Asiento—. ¿Qué pasó?

Suelto un suspiro, sacudo la cabeza y doy un trago más a la cerveza antes de responder:

—Que dejé de ser una niña. En cuando salí de casa, empecé a vivir mi vida como yo quería.

—Entonces, ¿no crees en Dios?

—Sí. A veces no. No lo sé. Supongo que quiero creer que hay algo más ahí fuera. Pero me cuesta creer en una religión que condena a alguien solo por amar. Mi mejor amiga es lesbiana, y según lo que

me enseñaron, eso está mal. ¿Cómo se supone que tengo que aceptar algo que niega su derecho a formar una familia? ¿A existir?

Liam asiente lentamente, pensativo.

—Te entiendo.

—¿Lo haces? ¿O solo lo dices por quedar bien?

—Mi abuela, Evie, era muy creyente —su voz es más baja ahora, más… íntima—. Pero nunca me obligó a nada. Para ella, la fe era algo personal. Algo que tenías que descubrir tú solo. Creía en Dios, pero también creía en la libertad, en el respeto, en que cada uno debía vivir y amar como quisiera. Me enseñó eso. Me enseñó todo, en realidad.

—¿Sigue…?

—En julio hizo tres años que murió.

—Lo siento mucho. Debía de ser una persona maravillosa.

—Lo era. —Me mira tan intensamente que me cuesta no apartar mis ojos de los suyos—. Le habrías gustado.

—Y ella a mí. Seguro.

Dejo el botellín en el centro de la mesa y me fijo mejor en el hombre frente a mí. Con el pelo corto y la barba definida, su expresión siempre serena, difícil de descifrar. Y me doy cuenta de algo obvio: sé muy poco sobre él. Llevo todo el día divagando sobre mi vida, hablando sin filtro, porque es lo que mejor sé hacer. Pero él… él apenas ha soltado prenda. No es que no hable, es que elige muy bien qué decir y qué no.

—Oye… —empiezo, como quien no quiere la cosa—. Antes han dicho algo de tu rodilla. ¿Qué le pasó?

Y ahí está otra vez: ese gesto sutil que me indica que no le gusta hablar de esto. De él.

—Me la destrocé el año pasado.

—¿Cómo…?

—Jugando al fútbol.

—¿Así que además vaquero, juegas al fútbol?

—Algo así.

—No me lo digas… ¿quarterback estrella del instituto? ¡Por eso eras el rompecorazones del pueblo!

Él suelta una risa baja, sacudiendo la cabeza.

—No, jugaba en otra posición. Y tampoco me hacía falta ser el quarterback para ligar, ¿sabes?

—¿Con tus primas lejanas, dices?

Y ahora sí que se ríe de verdad, con ganas.

Me empieza a gustar mucho ese sonido. *Demasiado*.

—Entonces, ¿receptor? —insisto. No pienso darme por vencida. Tiene que darme algo. Lo que sea. Equilibrar la balanza que ahora mismo está completamente inclinada de mi lado.

—Qué va.

—¿Ala cerrada?

—Lejos.

—¿Corredor?

—Para no ser seguidora, sabes bastante de posiciones.

Alzo una ceja, apoyándome en la mesa con los codos.

—¿Quién te ha dicho que no sea seguidora?

Él se mantiene serio, analizándome.

—¿Lo eres?

—Eh… más o menos. Salí con un aficionado y aprendí lo básico. Me gusta verlo, pero no soy de seguir partidos ni estadísticas.

Si Terry me escuchase ahora mismo, me echaría de las RCC. ¿Cómo voy a admitir que no sigo el fútbol americano cuando me acabo de convertir en animadora de un equipo de la NFL? Seguro que el contrato que firmé hace una semana menciona algo al respecto. Pero bueno, tampoco es que tenga un micro delante.

—Entonces, ¿qué? ¿Aplaudes sin saber qué está pasando?

—Eh, que sé bastante más de lo que parece.

La puerta de la cocina se abre y Maggie aparece con una bandeja en las manos.

—¡Apartad, apartad, que voy cargada!

Deja dos platos hasta arriba de comida frente a nosotros. Costillas barbacoa, patatas fritas, frijoles y maíz asado.

Mi estómago gruñe en respuesta.

—Justo a tiempo, Maggie. Estaba a punto de desmayarme.

—Venga, comed rápido, que se enfría. —Y se marcha, atendiendo otra mesa detrás de nosotros.

—Espera. No tan rápido. —Le señalo con el botellín antes de que

empiece a comer—. Aún no he terminado contigo. Dijiste que te lesionaste jugando al fútbol, pero no cómo.

Liam se toma un segundo para responder, dándole un trago a su refresco antes de encogerse de hombros.

—Un mal golpe en un partido. Placaje, caída de mierda, rodilla en mal ángulo y ya sabes cómo sigue la historia.

—¿Un partido de qué tipo? ¿De esos entre colegas donde os creéis estrellas de la NFL y acabáis lesionados por tomaros las cosas demasiado en serio? ¿O…?

—Sí, de esos en que nos tomamos las cosas demasiado en serio.

—Hombres… —Resoplo en alto—. ¿Se te da bien?

—¿Jugar? Supongo que sí. Lo normal.

—Pues deberías tomártelo con calma la próxima vez.

Suelta una risita baja.

—Lo intentaré.

Cojo la costilla con los dedos y le doy un mordisco grande. La salsa me mancha la boca, los labios y los dedos, pero me da igual. Mantengo los ojos fijos en él mientras mastico.

—¿Qué? ¿No esperarías que comiera con tenedor, verdad?

—¿De la persona que casi se zampa media despensa de los Beaumont? No, claro que no.

Le saco la lengua llena de salsa, antes de centrarme en las patatas fritas.

¿Quién dice que no a un Honky Tonk?



LIAM

No debería mentirle.

Bueno, técnicamente no lo he hecho. Solo… he dejado que saque sus propias conclusiones. Le he tendido un par de piezas sueltas y la he dejado que monté el puzle ella misma. Y, sí, sé que suena como la excusa de mierda que daría cualquier cabrón que no quiere enfrentar sus acciones. Pero es que, por primera vez en mucho tiempo, no siento que tenga que justificarme ante nadie.

No tiene ni idea de quién soy. Y no me refiero a ese quién con mayúsculas, el que sale en artículos deportivos o en perfiles de redes donde la gente comenta sin pelos en la lengua. Hablo del tipo de *quién* que de verdad importa. El que se esconde cuando las luces del estadio se apagan y ya no hay trofeos que perseguir. Ese. Y por alguna razón, ella ha conseguido hablar con él.

No con el dorsal. No con el jugador. Conmigo.

Ha dicho que sabe de fútbol, pero no demasiado. Lo suficiente como para saber posiciones. Lo justo como para no haber atado cabos cuando le conté lo de mi rodilla. No ha soltado un *«Hostia, ¿eres tú?»* ni ha abierto los ojos como platos ni se ha lanzado a preguntarme por la temporada pasada. Solo ha hecho una broma, ha sonreído y ha seguido comiendo.

Y eso es adictivo. Porque por un segundo he podido imaginar cómo sería si siempre fuera así. Si pudiera volver a ser solo un tipo cualquiera cenando con una chica que me mira como si aún tuviera todo por descubrir. Como si todavía quedaran capas que merecieran la pena conocer. Como si no estuviera… roto.

Paseamos por la calle principal de Cedar. A esta hora, todo está

cerrado. Ni una luz encendida, salvo la que cuelga de algún porche solitario. El pueblo parece contenido en un suspiro largo. Cuando fui a encender el coche para marcharnos, ella me dijo —no, más bien me imploró— que necesitaba caminar un poco para bajar la cena.

Parece que ya he descubierto lo que le pasaba a Harper para estar tan inquieta y charlatana: tenía hambre. Debe de ser eso, porque desde que hemos salido de Maggie's está callada. Camina en silencio, con las manos sobre el estómago y una expresión de puro sufrimiento, como si cada paso la acercara más a su final.

—Creo que no he comido tanto en mi vida —lloriquea.

No lo dudo ni por un segundo. Entre los dos hemos acabado con un costillar, patatas fritas, la famosa tarta de limón de Maggie y todo lo que nos puso en la mesa con la firme intención de no dejarnos salir con hambre. Y no me avergüenza admitir que yo tuve que parar mucho antes que ella.

—La comida de Maggie es peligrosa. Te hace creer que puedes seguir comiendo, pero es una trampa mortal.

Harper suelta un quejido lastimero.

—Muerte por costillas. No es un mal final.

—No, no lo es.

Lo que más me sorprende no es lo mucho que ha comido, sino lo poco que ha tardado en meterse a Maggie y George en el bolsillo. Le bastaron dos malditos gemidos —uno por el pastel y otro, todavía peor, por la cobertura— para que Maggie decidiera que Harper era su nueva hija adoptiva, y yo... bueno, yo aún no me he recuperado de ese sonido.

Nunca pensé que ver a una mujer comer fuese a ponerme así. Pero esa imagen con sus labios cubiertos de merengue, la lengua asomando apenas, ese gemido bajo, caliente, casi erótico, ya está grabado en mi cabeza. Sé perfectamente que esta noche voy a tumbarme en la cama, con los ojos cerrados, y solo me va a venir ese sonido a la mente. Y lo peor —o lo mejor, según se mire— es que no tengo ninguna duda: voy a correrme pensando en ello.

Pasamos junto a la biblioteca y no puedo evitar frenar un poco el paso, como si mis pies recordaran por sí solos cuántas veces entré ahí de niño. Mi abuela solía dejarme aparcado entre estanterías cada

vez que iba a hacer recados. Su truco infalible para mantenerme vigilado… O eso creía. La realidad es que Amanda, la encargada, tenía una vista más simbólica que funcional, así que no era complicado escabullirme por la puerta de emergencia. Nunca me iba lejos. Solo hasta el descampado de al lado, donde pasaba la mañana cazando lagartijas y planeando cómo usar alguna para asustar al abuelo durante la cena.

Sospecho que mi abuela siempre lo supo, pero nunca me dijo nada. Solo sonreía cuando volvía por mí, me daba a probar algo de fruta que había comprado y me llevaba a casa. Pero no me extraña que no le importase que me escapase, no había mucho de qué preocuparse. En un sitio como este, todos nos conocemos, todos cuidamos los unos de los otros.

Harper tenía razón antes: aquí no vas a encontrarte un supermercado abierto las veinticuatro horas del día. Pero hay algo que no se compra ni se encuentra en Tripadvisor. Algo que no valoras hasta que estás lejos: la certeza de que *perteneces*. Y eso, en un mundo que no para de moverse, vale más que cualquier otra cosa.

El silencio se rompe cuando Harper se detiene en seco y gira la cabeza hacia mí como un látigo.

—No me lo puedo creer.

—¿Qué?

Levanta la mano y señala a *The Rusty*. El único salón de Cedar Hollow. Y por el murmullo de risas y el rasgueo inconfundible de una guitarra steel, está claro que ahí están todos los que siguen despiertos. No me extraña, es sábado y aquí no hay mucho más para hacer a estas horas.

Harper exhala con una fascinación casi religiosa mientras camina hacia la luces parpadeantes.

La polilla acaba de encontrar su luz.

Y yo… yo la sigo. Porque, joder, ¿qué más puedo hacer?

El local está bastante lleno, el sonido de las canciones que todos nos sabemos de memoria salen a raudales de los altavoces de la esquina que tiene más años que yo. Las parejas se mueven por la pista sin parar; sus cuerpos son un conjunto de sombreros, botas y

pantalones vaqueros.

Harper se da la vuelta, pone las manos en la cintura y me mira con una sonrisa que podría encender las luces del techo sin necesidad de electricidad.

—¡Pero mira qué eres tonto!

Me acerco, no puedo escucharla con tanto jaleo.

—¿Qué?

—Que si querías que me gustara tu vida vaquera, solo tenías que traerme aquí. —Levanta un dedo, divertida y señala a la pista—. ¿Por qué me escondías esto todo el tiempo?

—Es solo un bar.

—No. Es como en esas pelis donde la chica de ciudad descubre que en el fondo pertenece a un pequeño pueblo y acaba bailando country con un vaquero buenorro. ¿Es qué no lo ves? —Se señala a sí misma varias veces—. ¡Yo soy la chica de ciudad!

—Y déjame adivinar: ¿ese vaquero buenorro soy yo?

Finge que se lo piensa con toda la calma del mundo.

—Mmm… Bueno, eres el único vaquero que conozco por aquí. Supongo que tendré que conformarme contigo.

—Qué halago.

—Eh, que si no quieres, me busco a otro. —Y sin esperar respuesta, se aleja, fundiéndose entre la multitud.

Y yo, como un idiota, la sigo.

Otra polilla encontrando su luz.

Me abro paso entre la gente, esquivando sombreros vaqueros, codos sudorosos y botas que repiquetean contra el suelo de madera al ritmo del country. Harper avanza delante de mí, sin rumbo aparente, deslumbrada con cada rincón como si acabara de aterrizar en otro planeta. La atrapo antes de que se le ocurra hacer algo estúpido. Como, no sé… subirse al toro mecánico con ese vestido que me vuelve loco.

Tiro suavemente de su muñeca y la giro hacia mí.

—¿Has cambiado de opinión?

—Puede que quiera ser tu vaquero buenorro por esta noche.

Su risa explota, viva y libre. Y en ese momento, sin pensarlo mucho, deslizo un brazo alrededor de su cintura y la acerco a mí.

—¿Sabes bailar country?

—Nací aquí, Harper. Claro que sé.

No pierdo el tiempo. Guío su mano a mi hombro y entrelazo los dedos de la otra sin apartar la vista de sus ojos. Me mira con una mezcla entre escepticismo y diversión, casi esperando que me tropiece en mitad de la pista y la arrastre conmigo al suelo. Pero en cuanto marco el primer paso, ella se da cuenta. Sé muy bien lo que hago. La guío con facilidad a través del *two-step*, el baile básico que todo el mundo aquí conoce desde que es capaz de sostenerse en pie. Un paso adelante, dos atrás.

Harper pilla el ritmo rápido, siguiéndome.

—No es tu primer baile, ¿eh?

—Nací en Texas, Liam. Claro que no lo es.

—Vaya. Y yo que pensaba impresionarte.

—Tendrás que currártelo más.

La hago girar. Rápido. Solo para molestarla un poco. Pero gira sin esfuerzo, como si no se le moviera ni un pelo. Así que acelero. Aumento la velocidad. La retuerzo en una vuelta más cerrada. Y Harper no solo me sigue. Me desafía. Me lanza una mirada encendida que grita *inténtalo*, y ahí está de nuevo. Esa maldita sensación de que, con ella, siempre voy a perder el control. Y que tal vez no me importe.

El ritmo sube, las botas golpean con más fuerza, y por un instante, todo encaja: la música, su risa, su cuerpo contra el mío.

La canción llega a su fin, y, de repente, todos empiezan a moverse hacia el centro del local, formando la típica línea de baile.

Harper frunce el ceño, mirando confusa alrededor.

—La parte buena. ¿Crees que podrás seguir la coreografía?

—¿Seguir una coreografía? —inquiere con una ceja alzada, de lo más divertida—. Creo que podré apañármelas, Liam.

—Bien. Estaré en la barra, ¿vale? Voy a saludar a algunos amigos. —*Y también, necesito un respiro de ti. De ese olor a jazmín que me tiene pensando en lo que pasaría si te acorralara contra la pared del fondo y me perdiese en tu piel. Y en cuántos suspiros le arrancaría a esa boca tuya…*

Ella ni siquiera me responde. Solo levanta una mano en modo

despedida, demasiado ocupada observando cómo todos se alinean.

La música arranca de nuevo, más rápida, más animada. Botas al suelo. Brazos arriba. Giros. Pasos que se repiten como si fueran reflejos. Y Harper… los sigue como si hubiera nacido para ello.

Cinco estrellas



LIAM

Llevo un rato charlando con Emily y Rob, apoyado contra la barra. No es que me haya perdido mucho —la vida aquí sigue su curso lento y predecible—, pero después de casi un año y medio sin volver, hasta los chismes viejos suenan medio nuevos.

Rob me cuenta que alguien compró el rancho de los McAllister. Emily mete cizaña con su clásico humor y dice que corren rumores de que es un hippie con pasta que quiere montar caballos como terapia espiritual. Me río, más por la manera en que lo dice que por la noticia en sí. Y también hablamos de Carter, de lo preocupados que estamos todos por él desde que Lily se marchó.

Miro a Harper otra vez. No sé de dónde demonios ha sacado un sombrero, pero tiene uno beige encajado en la cabeza. Gira, ríe, baila como si el bar entero le perteneciera. Si no llevara tanto sin ver a mis amigos, ya estaría a su lado, con las manos en su cintura y la boca demasiado cerca de su oído.

No me sorprende que no haya tardado mucho en encontrarme un sustituto. O tres. Un puñado de *vaqueros buenorros* se turnan para sacarla a bailar. Y ella no dice que no.

Los acordes rápidos y alegres empiezan a apagarse, como si alguien le estuviera bajando el volumen al mundo. En su lugar, suena una melodía lenta, íntima, de esas que hacen que la gente se acerque más de la cuenta buscando la excusa perfecta para rozarse. Es la jugada clásica de Chris, el dueño, para emparejar solteros y darles excusas para no dormir solos.

Es la misma canción que sonaba cuando James y yo éramos idiotas y pensábamos que sabíamos bailar. Que sabíamos besar. Que sabíamos lo que era sentir algo de verdad. Y no sé si es la música, el volver a casa, o esa maldita sonrisa suya, pero antes de darme

cuenta, ya estoy cruzando la pista. No porque me moleste verla con otro, sino porque, joder… quiero ser yo quien baile con ella esta canción.

Harper se está despidiendo de Jimmy, que le dice algo al oído antes de reírse y marcharse. Lo saludo con un leve gesto de cabeza cuando pasa por mi lado, y luego me acerco a ella.

Sin decir palabra, alargo la mano y tiro suavemente del ala de su sombrero, bajándoselo hasta cubrirle los ojos.

—¡¿Qué haces?! —protesta, llevando las manos al sombrero para recolocarlo. Pero cuando lo levanta y me ve frente a ella, su gesto cambia. La sonrisa que se le forma no es de esas que lanza al aire sin pensar. Es distinta. Suave. Preciosa.

Mis manos encuentran su cintura, las suyas suben a mis hombros. Nos movemos despacio, siguiendo la música, un ritmo lento, instintivo. Harper se pega más a mí, su cuerpo encajando con el mío muy bien. Demasiado bien para solo conocernos desde hace unas horas. Debería sentirme incómodo, hace tiempo que no bailo así con nadie. Bueno, hace tiempo que no bailo, a secas.

Antes, cuando vivía aquí, todo era más sencillo. Hablar. Confiar. Ser uno mismo sin necesidad de filtros. La gente me conocía, sabían quién era, de dónde venía, a quién pertenecía. Todos adoraban a mis abuelos. Todos toleraban a mi padre y su historia. No hacían falta máscaras. No había dobleces, ni motivos ocultos. Abrirse no era un riesgo. Era lo natural.

Pero luego me fui a la universidad, al fútbol profesional y aprendí rápido que allá fuera no funciona igual. Que el mundo exterior es una puta jungla donde cada sonrisa puede esconder una trampa, donde cada apretón de manos viene con un contrato implícito. Y cuando firmé con los Redstone Cowboys… bueno. Todo se volvió aún más extremo. Cada conversación con un desconocido era como caminar descalzo sobre cristales: sonreír, medir palabras, no mostrar demasiado. Porque si te equivocas, si das demasiado… te lo quitan. Lo usan en tu contra. Siempre.

Así que me convertí en esto. En alguien que observa, que evalúa, que no se entrega. Porque es más seguro no hacerlo.

Y, sin embargo, aquí estoy. Bailando lento con una chica a la que

conozco desde hace un puñado de horas. Y sintiéndome más yo que en todos estos últimos años.

Ella levanta la vista, y cuando nuestros ojos se encuentran, algo se cierra en mi garganta.

Mierda.

Mis dedos aprietan con más presión su espalda baja, empujándola un poco más a mi lado. Inclino la cabeza y…

Chocamos con una pareja que pasa cerca, haciéndonos tambalear. Nos disculpamos con ellos rápido.

—Ups. Culpa mía —dice ella—. He tropezado con los tacones.

—¿Cómo demonios puedes bailar con esos zapatos?

—No sabía que acabaría bailando cuando me los puse.

—Mal hecho. Siempre hay que estar preparado para todo.

—La próxima vez que venga, llevaré mis botas de la suerte.

—Estoy deseando verlas.

—Te van a encantar. Son blancas y tienen bluebonnet en los lados. Me las regaló mi mejor amiga porque son de mis flores favoritas. Dijo que, en cuanto las vio, pensó en mí. Y estaban de rebajas, así que…

No puede ser.

—¿Bluebonnet?

—Sí. Las flores alargadas, azul intenso. Las del campo. ¿Sabes cuáles di…?

—Sé qué flores son.

Joder, que si lo sé. Tengo tatuadas en el brazo esas flores.

Las que mi abuela plantaba cada otoño. Las que ponía en floreros viejos por la casa y llamaba «las favoritas de los Prescott», aunque la única que salía a recogerlas en primavera era ella. Pero a mi abuela le gustaba creer que se podía mantener unida a una familia con algo tan simple como una flor. Las mismas que llevaba cosidas en su pañuelo el día que la enterramos. Las que, sin importar dónde esté, siempre me la traen de vuelta.

La música del bar. Las voces. Las risas. Todo desaparece.

¿Cómo es posible…? Es como si… como si…

Ni siquiera quiero pensarlo. No puedo.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunta ella en cuanto nota que

he dejado de moverme.

Asiento. Necesito respirar un poco de aire fresco.

Deslizo la mano por su espalda baja y la guío entre la multitud, abriéndonos paso entre el calor, el ruido y las miradas que, aunque sutiles, sé que están ahí. No necesito darme la vuelta para confirmarlo.

No me sorprendería si esto se convierte en el tema de conversación del pueblo por un par de semanas*. Liam trajo a una chica al pueblo. Liam bailó con ella. Liam le sonrió más de la cuenta.* Toda una exclusiva. Pero no los culpo. Aquí nunca pasa nada interesante. Y yo no suelo darles material.

Salimos fuera, y yo respiro hondo un par de veces, intentando sacarme del pecho esa sensación rara que me oprime. No es para tanto. No puede serlo. Son las flores estatales de Texas. Están por todas partes. Las venden en postales, tazas y camisetas. Es solo una coincidencia tonta. Eso es. Una de tantas. Nada más.

Harper camina dos pasos más y se detiene, mirándome. Los ojos le brillan, cálidos como el fuego, achispados por el alcohol.

—Oye, ¿puedes mirar eso de ahí un segundo? —Ni siquiera llego a girarme del todo cuando, de pronto, se me lanza encima de un salto —. ¡Oh, qué alivio! Ya no me sentía lo pies.

—Podrías habérmelo pedido sin más.

—¿Y qué tiene eso de divertido? —Luego empieza a moverse. O a acomodarse. Zarandea las piernas, da pequeños brincos.

—Estate quieta. Vas a acabar en el suelo.

—Estoy probando tu estabilidad.

—Lo único que estás haciendo es enseñar el culo a medio pueblo.

—Mejor*.* Así me aseguro de que me recuerden. —Y justo cuando creo que ya no puede subir el nivel de tortura, se inclina. Sus labios quedan a la altura de mi oreja, su aliento cálido me roza el cuello y la voz… la voz se me mete debajo de la piel—. ¿Y tú? ¿Me vas a recordar así, montándote… o tienes una imagen diferente en mente? ¿Con menos ropa, quizás?

Un segundo. Eso es lo que tarda en volarme la cabeza.

—Eh… —intento decir algo coherente, pero mi cerebro hace un cortocircuito. Literalmente. Pantalla azul.

—Cuidado, vaquero —susurra, divertida—. No te distraigas, que vamos directos contra una farola.

Desvío la trayectoria sin soltarla. Ajusto el agarre en sus piernas, solo para ocupar mis manos. Porque con su cuerpo pegado al mío, con su boca soplándome la piel, con el calor que desprende colándose bajo mi ropa… necesito algo más que fuerza de voluntad para no bajarla contra la pared más cercana, atraparla entre mis brazos y hacerle exactamente lo que está pidiéndome sin decirlo. Lo que los dos llevamos horas imaginando.

Cuando llegamos al aparcamiento de Maggie's, abro el coche y ambos subimos. Harper saca el móvil, y se entretiene con él. Yo me incorporo a la carretera, hacia el rancho de los Beaumont.

—Entonces —pregunto, sin apartar los ojos de la carretera—, ¿veredicto final?

—Mmm… Las costillas estaban de muerte. La música no estuvo nada mal. Y los vaqueros tienen un promedio de atractivo bastante alto.

—¿Y…?

—Y tú tenías razón. Es genial. —No sé por qué, pero algo dentro de mí se afloja. Nunca me ha importado una mierda lo que la gente piensa de Cedar, pero con ella, sentía que necesitaba que viese lo mismo que yo, que lo entendiese—. Ya dejaré la reseña con cinco estrellas. —Ambos nos reímos—. En realidad, ya estaba a favor de la vida de campo desde que vi el cielo.

—No me extraña. Es lo que más echo de menos cuando estoy en la ciudad. No hay nada como subirse al tejado del granero y quedarse ahí, sin hacer nada, solo mirando las estrellas.

Le echo otro vistazo rápido porque es raro que se quede en silencio más de dos segundos. Está frunciendo ligeramente el ceño, como si estuviera barajando opciones en su cabeza.

—Suena bien. Podrías enseñármelo.

La frase no es nada del otro mundo, pero el efecto que tiene en mí sí lo es. El corazón me da un pequeño golpe dentro del pecho. Ni siquiera respondo. Solo tomo el desvío a la derecha y dejo atrás la carretera principal.

Harper lo nota enseguida.

—¿Dónde vamos?

—A ver las estrellas.

El camino de tierra que lleva al rancho se abre ante nosotros, bordeado por vallas de madera que conozco de memoria. Los campos se extienden a ambos lados, iluminados solo por la luna. Al fondo, se ve el establo, el viejo granero y, más allá, la casa principal con sus luces apagadas.

Reduzco la velocidad al acercarnos.

—¿Es aquí? —pregunta Harper, observando el paisaje.

—Sí. Mi casa.

Detengo el coche junto a la entrada lateral y apago el motor.

Bajo primero, rodeo el capó y abro la puerta del copiloto.

—Ven —murmuro—. No hagas ruido. Mi abuelo tiene el sueño ligero.

Harper se desliza fuera del coche con cuidado.

—¿Y no quieres tener que explicarle por qué traes a una chica a la una de la madrugada? —susurra muy bajito.

—Lo que no quiero es que nos dispare con su viejo rifle. Es de los que aprietan el gatillo y preguntan después.

—Como tiene que ser. —Sonrío—. Aunque, si no quieres que haga ruido, deberías…

No termina la frase, ya la tengo en los brazos. Clava la cara en mi cuello, intentando no reírse en voz alta por la sorpresa.

Camino con ella en brazos, cruzando hacia la zona trasera de la casa. Harper no dice nada, está ocupada mirando todo.

—¿Eso de ahí es una sembradora John Deere modelo 1795? —pregunta de pronto, señalando una silueta a lo lejos.

Me detengo en seco.

—¿Cómo demonios sabes tú eso?

—Mi familia se dedica a venderlas, entre otras cosas. Los últimos meses he estado ocupándome de la parte de publicidad y, bueno… me he aprendido algunos modelos.

—Nunca pensé que me impresionaría una chica que sepa diferenciar una sembradora en la oscuridad.

—Lo tomo como un cumplido.

—Lo es.

Sigo caminando, cruzando el patio trasero hasta llegar al granero. Las hierba cruje bajo mis pasos, y el olor a heno seco y tierra se cuela en el aire. No se escucha más que el relinchar de los caballos a lo lejos.

—¿Crees que podrás subir sola? —Le señalo la vieja escalera.

—¿Qué pasa? ¿No quieres soltarme?

Sonrío. Porque claro que tiene respuesta para todo.

Ella sube por la escalera de hierro que da a la estructura exterior del techo. La sujeto por las piernas para estabilizarla, y lo intento, de verdad que lo intento, pero me cuesta la vida no mirar. Porque desde aquí abajo tengo la visión exacta del infierno.

Sus muslos se tensan con cada peldaño, y ese maldito vestido se sube más de lo que permite la decencia. Si me girara un poco más, probablemente le vería hasta el alma. Pero no lo hago.

Aprieto la mandíbula, desvío la vista, y me repito como mantra que soy un adulto funcional con autocontrol. O algo parecido.

Cuando llega arriba, subo yo.

—Vaya... —susurra.

El cielo se abre sobre nosotros como una sábana infinita de puntos brillantes. Repleto de estrellas que parecen más cercanas desde aquí, y dan la sensación de que puedes alargar la mano y tocarlas.

Me acomodo primero, estirado sobre la madera en la parte plana del tejado. Luego Harper se sienta a mi lado, cruzando las piernas como puede con ese vestido que, aunque sexy de narices, no parece el más cómodo del mundo.

Aparto la mirada, porque tener su cuerpo tan cerca no ayuda a pensar en frío.

Y entonces vuelve la misma idea. Esa que llevo esquivando toda la maldita noche. Podría inclinarme un poco, rozar su mejilla con la mía y besas sus labios de una vez. Nunca me he andado con tonterías. Cuando una mujer me interesa, se lo dejo claro. No soy de los que juega al despiste ni se enreda en discursos.

Sé que ella también ha pensado en besarme. Porque hay una tensión, una especie de electricidad flotando entre nosotros, que no puede producirse si no es de los dos sentidos. Y yo noto la corriente. Pero también sé muy bien que, antes, bailando, no tropezó por culpa

de los tacones. Y… la entiendo. Puedo imaginar perfectamente que liarse con el amigo de su futuro cuñado no esté en su lista de cosas geniales por hacer.

Si esto saliera mal...

Todo podría complicarse en cuestión de segundos.

Aunque no tengo ni idea de cómo esto podría salir mal.

—¿A cuántas chicas has traído a ver este espectáculo?

Giro la cabeza para mirarla.

—Unas pocas.

—¡No puede ser! ¿Estoy sentada en tu picadero?

—Hace tiempo de eso.

—No me digas que perdiste la virginidad aquí.

Me muevo levemente, solo lo justo para inclinarme hacia ella y señalar por encima de su hombro.

—No. La perdí ahí, en el establo.

Harper gira la cabeza y mira en la dirección que le indico.

—¿En serio? ¿Un establo? Muy romántico.

—Aquí no hay mucho donde elegir.

Cuando vuelvo a mirarla, me doy cuenta de lo cerca que estamos. Demasiado cerca. Su rostro a centímetros del mío. Su aliento, cálido. Su boca, ahí, tan jodidamente cerca que puedo ver el pequeño temblor en su labio inferior.

—¿Tienes frío?

Ella niega con un gesto suave.

—No.

Pero tiembla. Lo noto.

—Espera.

Bajo por la escalera de metal. Entro al granero, y me acerco al rincón donde siempre dejábamos mantas para las noches frías. La sacudo y la huelo. No hay rastro de humedad ni olor rancio. Bien. Vuelvo a subir. Harper está en la misma posición, abrazándose las piernas y mirando el cielo. Me acomodo de nuevo a su lado y extiendo la manta sobre sus piernas, cubriéndola hasta la cintura.

—Vaya… tienes la técnica depurada.

—Es la práctica —le sigo el juego, y luego la rodeo con el brazo, acercándola a mí.

Harper se deja caer suavemente sobre mi pecho, sin oponer resistencia, como si llevara toda la vida haciéndolo.

—¿Conoces las constelaciones?

—Algunas —respondo, mirando hacia arriba—. Mi abuelo me las enseñaba de pequeño. Decía que si aprendía a leer el cielo, nunca me perdería.

—¿Y te sirvió alguna vez?

—No. Aunque no lo creas, aquí también llega el Google Maps. —Ella se ríe, yo levanto el dedo y señalo un punto—. Esa de ahí es Casiopea. Parece una W, ¿la ves?

—Mmm… sí. Bueno, está algo torcida, pero la veo.

—Y ahí, justo encima de ese poste, está la Osa Mayor. Siempre la encontraba primero.

Sigo así, con Harper en mi pecho, una manta sobre los dos, hablándole de constelaciones, con las estrellas como únicos testigos. Y estoy seguro de que es la primera vez en años que me siento tan en paz.

Terremoto



LIAM

Me despierto de golpe con los gritos de Harper:

—¡¡MIERDA!! Mierda, mierda, mierda.

—¿Qué...? —balbuceo, con media cara todavía pegada a la manta —. ¿Te está dando un ataque o algo?

La luz de la pantalla de su móvil le ilumina el rostro.

—¡Son la seis de la mañana! ¡Nos hemos quedado dormidos! Tengo que estar en el aeropuerto de San Antonio en una hora.

Eso sí que me despierta del todo.

Me incorporo como un resorte.

—¿Aeropuerto? ¿No pasas el finde en la casa de los Beaumont, como todos los demás?

—No. Tengo que volver a Dallas. Trabajo. Urgente. Ahora no puedo explicártelo, tengo que despedirme de mi familia. ¿Puedes llevarme de vuelta? ¡Ahora, Liam! Mi madre va a matarme.

—Vaya, no sabía que tenías diecisiete años —respondo mientras recojo la manta sin dejar de bostezar.

—Muy gracioso. ¡Vamos, vamos, vamos! ¡Muévete!

—Sí, señora.

Bajamos del tejado a toda prisa. Harper salta los últimos peldaños como si le fuera la vida en ello, y yo bajo detrás, pensando que si se tuerce un tobillo ahora, va a acabar llegando al aeropuerto, pero en ambulancia.

Subimos al coche y en cuanto arranco, Harper ya está tecleando en el móvil a toda velocidad. El motor ruge mientras giramos de nuevo hacia la carretera, levantando una pequeña nube de polvo tras nosotros.

No tardamos mucho en entrar al camino que lleva al rancho de los Beaumont. En cuanto detengo el motor frente a la casa principal,

Harper se desabrocha el cinturón y salta fuera. Camina hacia el camino de grava que lleva a la casa, y se gira en mi dirección como si hubiese recordado que sigo aquí.

—Voy a por mis cosas y a despedirme. ¡Ya vengo!

—Te espero aquí.

Me paso una mano por la barba, cojo un caramelo de menta del salpicadero y salgo fuera. Me apoyo contra el lateral del coche y miro hacia el horizonte, contemplando cómo los primeros rayos del sol se asoman sobre las montañas. El aire de la mañana es frío, claro. Ese tipo de frío que despeja incluso los pensamientos que no quieres enfrentar.

No me gusta la idea de que se vaya. Pero no le doy más vueltas a esa sensación punzante en el centro del pecho. Ni tampoco al motivo por el que, muy consciente de lo que hacía, he cogido ese caramelo del coche.

En vez de eso, me centro en las vistas. El rancho de los Beaumont es un mundo aparte. La casa principal es enorme, con columnas blancas en la entrada y ventanales altos que reflejan la luz del amanecer. Todo está muy limpio, impecable. Incluso los establos, a un costado, parecen recién pintados.

Varios minutos después, la puerta principal se abre y Harper aparece con un bolso colgado del hombro. Se ha cambiado. Lleva unos vaqueros cortos que le cubren apenas los muslos, una camiseta blanca metida por dentro y una camisa celeste de lino abierta encima. El pelo suelto, todavía algo revuelto por la noche, pero de una forma que no le resta ni un ápice de encanto.

Camina hacia mí con paso rápido, pero cuando llega, desacelera un poco.

—El taxi no tardará mucho en llegar.

—¿Taxi? Pensaba acercarte yo.

—No hace falta. El chico de ayer quedó en recogerme y no quiero dejarlo tirado. Además, seguro que tienes cosas mejores que hacer.

—¿Mejor que esto?

Se ríe, pero es una risa nerviosa. Se tambalea un poco, como si de pronto el suelo ya no fuera un sitio tan estable, y su mano busca apoyo en mi antebrazo. El contacto dura menos de un segundo, pero

no necesito más para que todo mi cuerpo responda como si acabara de pisar un cable pelado con los pies mojados.

Y ahí está su sonrisa y esos hoyuelos que parecen diseñados para poner en jaque mi autocontrol.

No debería estar pensando en besarla. No debería querer hacerlo. Estoy en la casa de James, y ella es la hermana de su prometida. Nada bueno puede salir de esto. Es una mala idea.

Una pésima idea, de hecho.

Pero yo ya tomé una decisión. Fue en el mismo instante en que me metí ese caramelo de menta en la boca.

Porque la verdad es que desde que la conocí, hay una sola cosa dando vueltas en mi cabeza: su boca. Y cómo demonios será tenerla bajo la mía.

—Tu sonrisa… —mi voz sale baja, más grave de lo que quería—. Es peligrosa. Hace que el resto del mundo parezca insignificante.

La comisura de sus labios se curva más, deliciosa.

—¿Eso te funciona normalmente?

—Sí. —Me inclino lo suficiente para que mi nariz roce su mejilla—. Pero es la primera vez que lo hace tan rápido.

Le robo la risa con la boca. O, más bien, me la trago. Mis labios encuentran los suyos, y el mundo… joder, el mundo deja de girar.

Es un beso lento al principio, torpe incluso, como si estuviésemos probando las coordenadas exactas del desastre. Pero en cuestión de segundos, todo cambia. Se convierte en algo urgente, hambriento. Horas de contención. Una conversación que nuestros cuerpos querían tener desde hace tiempo, y por fin se han hartado de esperar.

Ella abre la boca, acogiendo mi lengua, y ocurre algo que no tiene nada que ver con lógica ni con sentido común: el terreno entero de los Beaumont parece estremecerse. La tierra bajo mis botas —seca, antigua, inmutable— se agrieta. Las piedras enterradas tiemblan, el abono bajo la superficie se revuelve, y algo más profundo… algo que lleva años sin moverse, cede. Todo, absolutamente todo, vibra. Es un terremoto. Y Harper es el epicentro.

Cuando nos separamos, apenas podemos respirar.

Nuestras frentes se tocan. Mi pulso está disparado. El suyo

también. Su boca... aún tan cerca que podría robarle otro beso. Algo que, sinceramente, estoy considerando muy en serio.

—Joder... —murmura bajo.

—¿He conseguido ser el número uno de hoy?

—Oh, que va. El del culo de ayer dejó el listón muy alto —tiene la desfachatez de soltarlo con esa chispa burlona en los ojos.

—Entonces —murmuro, atrapando sus labios entre los míos—. Déjame intentarlo de nuevo.

Esta vez no hay tanteo. Solo deseo, tan potente que me hace olvidar dónde estamos, quiénes somos, y todas las putas razones que me impiden hacer esto por el resto de mi existencia. Dedicar hasta el último segundo.

Mi mano baja por su espalda, se desliza por la curva de su cadera, hasta agarrarla por el culo con fuerza. La pego más a mí. Siento sus pechos contra el mío, su respiración entrecortada, su cuerpo temblando contra el mío. Y cuando nota mi erección contra su cuerpo, suelta un gemido bajo. Apenas un susurro. Pero me atraviesa. Me incendia. Ese gemido me hace perder el juicio.

No pienso. No razono.

La empujo un poco hacia atrás, hasta que su espalda choca con la verja de madera, y la beso más fuerte. Más profundo. Le muerdo el labio inferior, lo suelto, y vuelvo a hundirme en ella con todo.

Su cuerpo se retuerce de placer, arqueándose y pidiéndome más. No sé qué cojones estamos haciendo. Lo único que sé, lo único que me importa ahora mismo, es que si no la toco más, si no descubro cómo suena mi nombre en su boca entre jadeos, si no la tengo entera… voy a volverme completamente loco.

El claxon de un coche corta el aire como una bofetada.

Hostia, puta.

Ahora no.

—El taxi —murmura, con los labios aun rozando los míos.

Nos separamos apenas unos centímetros, lo justo para recordar cómo se respira. Pero la tensión sigue ahí, moviéndose entre los dos. Sus pupilas están dilatadas, su pecho sube y baja a toda velocidad, y su boca… joder, su boca está hinchada, húmeda. Tan perfecta que me cuesta no besarla otra vez.

Baja lentamente las manos de mi cuello, costándole, como si dejar de tocarme fuese tan antinatural como dejar de pestañear. Su cuerpo aún está pegado al mío, y cuando finalmente da un paso atrás, noto el frío del aire entre nosotros como una pérdida real.

—Bueno, Liam, amigo de James —comienza, sus dedos acariciando el borde de mi mandíbula—. Gracias por la comida… Y por la experiencia completa. No voy a olvidarlo.

—Ni yo —respondo antes de pensarlo.

No puedo creer que se vaya tan pronto.

¿Cómo hemos podido malgastar tantas horas sin besarnos? Una idiotez.

Ella da un paso hacia el coche, abre la puerta, y luego se gira, como si quisiera decir algo más. Su mirada se detiene en mí por un instante, y siento el tirón de querer acercarme otra vez, de detenerla. Pero ella no dice nada. Y yo no me muevo. Sigo paralizado por lo que acabo de… experimentar.

Sube al taxi y cierra la puerta. Le dice algo al chofer, y me ofrece una última sonrisa por la ventanilla. Es lo último que veo.

Me paso una mano por el pelo, tenso, todavía con la sensación de su lengua enredada en la mía. Dios santo… ese beso. Me cago en la puta. No recuerdo la última vez que perdí así el control. La cabeza. Las manos. Todo. Si ese coche no hubiese aparecido justo cuando lo hizo, no sé qué habría pasado contra esa verja. Bueno, sí que lo sé. Y no sé qué me molesta más, el haber estado a punto de follármela como un adolescente hormonal, o de no haberlo hecho.

Harper…

¿La conozco desde hace cuánto? ¿Horas? ¿Un día, como mucho? Y ya siento el peso de su ausencia. Como si se hubiera llevado algo al irse. Algo que ni siquiera le di.

Entonces me doy cuenta.

Se ha ido.

Y ni siquiera tengo su número.

—Mierda.

Thunderstruck



HARPER

El vestuario del RC Stadium está cargado de una energía contenida, de esa que te pone el cuerpo en tensión, casi sientes que el aire estuviera a punto de explotar. Me recuerda a ese segundo exacto antes de que descorches una botella de champán. Las chicas se mueven de un lado para otro, inquietas. Algunas se estiran en el suelo, doblándose como si sus articulaciones no hubieran oído hablar de la gravedad, otras bromean y se ríen. Pero yo…, yo estoy paralizada, plantada frente a mi foto con el uniforme en la pared. Mi uniforme.

Debería estar llorando de emoción. O bailando. O gritando. O grabando un vídeo para las redes sociales, tipo «no puedo creer que esté viviendo esto» como muchas otras *Rookies*. Pero no. Lo único que hago es quedarme quieta, tragándome un nudo que me aprieta el estómago con fuerza.

Intento pensar que he pasado semanas enteras preparándome para este momento, que no es más que otro día más bailando, que ya domino mejor las patadas y puedo hacerlo.… Pero sé que no es cierto. Porque lo que me espera ahí fuera no es solo una actuación más. Es *el principio*. La línea de salida.

El primer paso real como RCC. Y esto no es cualquier trabajo. No basta con saber bailar bien o dominar esa sonrisa imposible —la de enseñar el labio de arriba y mantener el de abajo relajado, sí, eso es un briefing real—. Ser una Redstone Cowboy Cheerleader significa mucho más: ser animadora, sí, pero también un poco supermodelo, un poco atleta olímpica y, definitivamente, una estrella de televisión. No por nada son el único equipo de animadoras de la NFL con su propio show en Netflix.

Respiro hondo, intentando calmarme, pero lo único que consigo es una ola de ansiedad que sube desde el estómago hasta el pecho como un tsunami.

Tengo náuseas. No estoy segura de que no vaya a vomitar justo aquí, frente al espejo. De hecho, es muy probable que lo haga.

No la cagues, Harper. No vuelvas a cagarla.

Hace dos noches, durante el ensayo general, estuve a punto de hacerlo. Terry me gritó tres veces en menos de cinco minutos, porque no conseguía elevar bien la pierna en la coreografía de apertura. Cuando llegó el descanso, salí corriendo antes de que alguien viera las lágrimas que ya me estaban nublando la vista. Me encerré en el primer cubículo del baño, y entonces sí, vomité.

Después, me senté en el suelo con las rodillas pegadas al pecho, la cara enterrada entre los brazos y lloré sin parar. Fue Kylie —la líder de mi grupo, la veterana, la inalcanzable— quien vino a buscarme. Se sentó a mi lado sin decir nada durante un rato. Y cuando por fin pude respirar, me confesó que en su primer partido vomitó tres veces y que pensó que se desmayaría delante de miles de personas. Que también se sintió como una impostora.

Eso me ayudó muchísimo, me hizo sentir que no era la única. Respiré hondo, volví al ensayo y clavé la coreografía. Y ahora estoy aquí, de nuevo, con la misma presión apretándome el pecho, pero con una pequeña diferencia: sé que puedo con ella.

Me obligo a mover las articulaciones.

—Eh, relájate —la voz dulce de Beth llega a mi lado. Está sentada en el suelo, con su inseparable pistola de masaje golpeándole los muslos—. Trata de centrarte en el presente.

—Eso intento, Beth. —Me siento a su lado, y comienzo a estirar las piernas—. Dime que tú también estás a punto de sufrir un infarto.

—¿Yo? Que va. Si solo voy a bailar frente a miles de personas. Un día como otro cualquiera. —Suspira, poniendo los ojos en blanco—. Ahora en serio, háblame de algo. Lo que sea. Sácame de mi cabeza. ¿Has hablado ya con tus padres?

—No. Siguen sin saber nada. Pero no quiero hablar de eso ahora. Si quiero ser capaz de salir ahí fuera, añadir más preocupaciones al estrés no va a ayudarme de nada…

—Pues cuéntame otra cosa. ¿Has sabido algo del ranchero?

Mi mente regresa a *él*. La risa grave, las manos fuertes, los ojos grises que parecían leer demasiado. Y, sobre todo, ese maldito beso que no he podido quitarme de la cabeza. El que me dejó con las piernas temblando, la boca hinchada y una necesidad que no se ha calmado en días. «Regresa» es un decir, porque en realidad no se ha ido en ningún momento.

Está conmigo cada vez que me ducho, cada vez que me meto en la cama, cada vez que paso la lengua por el labio inferior y aún creo sentir el roce de su barba. Está cuando me doy la vuelta de madrugada y el cuerpo me grita por su contacto. Cuando abro la mesilla, saco el *Satisfyer* y trato —sin éxito— de saciar esas malditas ganas con las que me dejó. Pero es que, joder, qué beso. No ha habido nada igual en mi vida. Nadie me había besado así antes.

Vale, estoy un poquito obsesionada. O bastante, más bien.

—No. Nada.

—Qué fuerte me parece que no os dierais los números.

—¡No lo pensé! Pasó todo muy rápido. Y estaba más centrada en el beso. Fue…

—Sí, sí, «el mejor beso de tu vida», lo sé. Ya me lo has dicho como mil veces. ¿Has probado en redes sociales?

—Pues claro, ¿por quién me tomas? —Me recuesto contra la pared y dejo caer los brazos con resignación—. Busqué entre los amigos de James, y los amigos de éste también. Di con cuatro diferentes. Cuatro.

—¿Y ninguno era él?

—Uno era un hombre de unos cuarenta años con pinta de vendedor de seguros. El otro… bueno, su foto de perfil era una miniatura borrosa que podría ser cualquiera. Pero estoy al noventa por ciento segura de que no era él. Además, tenía cuatro seguidores. No me cuadra.

—¿Y los otros dos?

—Peor. Uno era un perro y el otro era un fondo con un atardecer. ¿Quién usa esas imágenes de foto de perfil?

—Agrégalos.

—No estoy tan desesperada como para agregar a gente *random* y preguntar: «oye, ¿por casualidad eres el chico que me besó el sábado pasado?». Ya estoy siendo lo bastante patética *stalkeando* los perfiles de los amigos de James para encontrarlo.

—¿Y Facebook?

—¿Alguien usa Facebook hoy en día? Bueno, James no.

—¿Y tu hermana? ¿No puede ayudarte?

—Ajá, claro. Le cuento algo a Chloe y, en menos de un día, habrá organizado una cita doble con *cupcakes* temáticos y, probablemente, nos pedirá que seamos padrinos de sus futuros hijos. Lo espantaría más rápido de lo que lo haría yo. Y eso ya es decir mucho.

Beth suelta una carcajada, sacudiendo la cabeza mientras enciende su pistola de masaje de nuevo. Es adicta a ella.

—Bueno, no te rayes más. Probablemente lo vuelvas a ver pronto. Seguro que tu hermana encuentra mil motivos para organizar fiestas de aquí al día de la boda.

La idea hace que un cosquilleo absurdo recorra mi columna. No puedo dejar de pensar en el momento de volver a verlo, en lo que le diré. Seguramente algo como: «hola, llevo días pensando en ti porque soy ridículamente incapaz de sacarte de mi cabeza. ¿Qué tal tú?». Pero, ¿cómo no voy a pensar en él? Fue, sin exagerar, la mejor noche de mi vida. Aunque ni siquiera fue cita. Pero ojalá todas las citas fueras así. Y él… *nada.* No ha dado señales de vida.

Los primeros días no le di importancia, pero ha pasado una semana y nada. Ni un solo mensaje. Yo, al contrario que él, soy ridículamente fácil de encontrar. Basta con teclear «Harper Blake» en Instagram y salgo la segunda o la tercera. ¿Mi foto de perfil? Mi cara. En primer plano. Con buena luz. Y eso solo me deja una conclusión: si no me ha buscado, es porque no ha querido hacerlo.

—Harper, si está destinado a ser, será. No le des más vueltas. El universo no se equivoca con estas cosas.

—Ah, claro, porque el universo tiene una oficina central y un departamento especializado en crear romances.

—No, se llama destino. Y deja de reírte, que existe. —La miro con una ceja levantada, pero no puedo evitar sonreírle. Beth y su misticismo—. Ahora, calienta ese culo bonito. Salimos en breve.

Cierto.

Inclino el torso hacia adelante, tratando de alcanzar las puntas de mis pies, aunque el dolor en los isquiotibiales es un recordatorio cruel de los ensayos interminables de las últimas semanas. Pero no hay espacio para quejas ni lloriqueos esta noche, y mi cuerpo lo sabe.

A mi alrededor, las chicas están en su propio mundo. Algunas hacen *splits*, otras mueven las caderas en círculos, calentando las articulaciones. Las veteranas, tan perfectas como siempre, están en la pared, levantando las piernas en ángulos imposibles mientras charlan como si no estuvieran a punto de bailar frente a miles de personas.

Terry entra al vestuario unos minutos después, y el ambiente cambia al instante. Su presencia es como un botón de pausa para la energía caótica del vestuario. Todas nos agrupamos, y su mirada recorre el grupo con ese gesto calculador que lo analiza todo.

—Escuchadme bien, chicas. Es vuestra primera vez frente a la afición, y quiero que lo recordéis para siempre, porque ellos también lo harán. La primera impresión lo es todo. —Se detiene un segundo, dejando que sus palabras calen hondo—. Cuando salgáis ahí fuera, dejaréis de ser vosotras para transformaros en una RCC. Seréis la imagen de este equipo, de esta ciudad, de lo que significa ser una Redstone Cowboy Cheerleader. Recordad que cada paso que deis, cada sonrisa, cada mirada tiene que dejar claro por qué estáis aquí y por qué nadie más podría ocupar vuestro lugar. Hacedme sentir orgullosa, ¿entendido?

Un murmullo de «entendido» le siguen. El eco de nuestra voz aún no se apaga cuando Molly entra al vestuario.

—¡¡Bailáis en diez, chicas!!

Dios mío.

Dios mío.

DIOS… MÍO.

Me uno a las demás en el abrazo de grupo, por inercia. Soy incapaz de pensar, mucho menos de decidir nada por mí misma. Kyle se coloca en el centro del círculo, levantando una mano al aire. Todas las veteranas y *Rookies* hacemos lo mismo, creando una torre de

energía que parece vibrar con la adrenalina colectiva.

—Chicas, este será el mejor día de vuestra vida. Sé que estáis estresadas, y cagadas de miedo, pero prometedme que os permitiréis un segundo para disfrutarlo, ¿vale? —Todas respondemos «sí»—. ¿Preparadas? ¡RCC en tres, dos, uno!

—¡RCC! —respondemos todas al unísono, nuestras voces resonando en el vestuario, los pompones sacudiéndose sin parar.

Beth me agarra de la mano y me da un apretón.

—¿Tengo bien la sombra de ojos?

—Sí.

—¿Y el pintalabios?

—Estás perfecta, Beth.

—¿Seguro? ¿No me he pasado con el colorete?

—¿Terry te habría dejado salir si fuese así?

—Tienes razón. Tú también estás perfecta.

—Creo que no oigo de un oído.

—Pues usa el otro.

—Eso intento.

—¿Lista?

—No.

—¿Y tú?

—Tampoco.

Nos miramos y, en el mismo segundo, soltamos una risa nerviosa.

—Podemos hacerlo —su voz es más firme esta vez.

—Sí, podemos.

Asiento, más para convencerme a mí misma que a ella.

Juntas, salimos del vestuario. Nuestros pasos resuenan en el túnel, el eco de nuestras botas blancas reverberando contra las paredes de cemento. La adrenalina es como un motor que nos sincroniza, empujándonos a avanzar aunque mi cabeza no pare de repetir todas las cosas que podría hacer mal.

Hago girar los pompones rojos y blancos entre mis dedos, porque necesito que mis manos estén ocupadas. Si no, temblarían tanto que Terry o Molly se darían cuenta. Siento el pulso en la garganta, en las sienes, en cada maldito músculo.

¿Y si vuelvo a equivocarme en el cambio de pie? ¿Y si la patadas no

me salen perfectas? Mi mente no para, un runrún incesante que me recuerda todas y cada una de las veces que la he cagado.

El rugido del estadio nos golpea de lleno. Es ensordecedor, miles de personas gritando a la vez.

Tres minutos.

Me esfuerzo en mentalizarme, en respirar.

Puedo hacerlo. Debo hacerlo.

Dos minutos.

Por favor, no vomites, Harper.

Un minuto.

Ay, ay, ay…

Segundos.

Yo puedo, yo puedo. YO PUEDO.

Y entonces, mis botas pisan el césped.

Es como si alguien apagara de golpe todas esas voces en mi cabeza. Los nervios que me han estado carcomiendo durante días se disuelven en este mismo instante, reemplazados por una euforia que nunca había sentido antes. El aire aquí es diferente. Más denso, más vivo. Todo parece más grande, más real: las luces deslumbrantes, el público, el latido de la música que comienza a llenar el estadio.

Estamos corriendo hacia nuestras posiciones, pero no es solo eso. Es más que correr. Es un ritual. Cada paso, cada giro de nuestras cabezas, cada levantamiento de brazos está calculado al milímetro. Hemos ensayado esta coreografía tantas veces que sé que podría hacerla con los ojos cerrados.

Mis pies encuentran su marca en la línea de la yarda. El primer acorde de *Thunderstruck* resuena como un trueno en el aire. Es eléctrico, un latigazo de energía que recorre mi columna y enciende algo dentro de mí. Todo alrededor desaparece: los gritos, el miedo, incluso el cansancio que me atenazaba los músculos hace un segundo. Solo quedamos la música, mis compañeras y yo.

Los movimientos se suceden: los pompones arriba, los giros sobre mí misma, el balanceo de caderas y el pelo al aire. Todo se alinea, como si formáramos parte de un solo organismo. Y yo soy parte de él. No soy Harper. Ya no. Soy una RCC.

¡Una maldita RCC!

Nos colocamos en una línea perfecta, las manos firmes sobre los hombros de nuestras compañeras. Respiro hondo mientras mi pierna se eleva, alta y precisa. Una. Dos. Tres veces. Cada patada sube hasta mi cabeza, impulsada por la fuerza colectiva de todas nosotras. Y entonces, el gran final. Nos dejamos caer al suelo en un *split*, nuestras piernas estirándose en ángulos perfectos.

La música se detiene, y por un segundo, el estadio parece contener el aliento. Luego, el rugido de los gritos lo llena todo.

Miro todo a mi alrededor, el corazón latiéndome desbocado en el pecho. Pero no solo por el esfuerzo físico, sino por la emoción.

Lo hemos conseguido.

Lo *he* conseguido.

Miro a mis compañeras, y sus sonrisas reflejan la mía. No necesitamos palabras para entendernos, ya no. Porque nuestros corazones laten al mismo ritmo.

Lo hemos hecho.

Somos las Redstone Cowboys Cheerleaders.

Ofensiva



LIAM

El rugido del estadio resuena más allá del túnel, una bestia hambrienta exigiendo su espectáculo. Me encajo el casco, el corazón bombeando tan fuerte que apenas puedo escuchar nada más que el *bum-bum- bum* acelerado en mis sienes.

A mi izquierda, el *linebacker* del equipo camina como si nada. TJ, es el tipo más tranquilo que conozco. Siempre tan seguro y confiado; como si no fuéramos a embestirnos contra un muro de músculos en unos minutos. Está bromeando con el *safety*, probablemente hablando de tacos o culos, o ambos.

Yo podría unirme a ellos, como solía hacer. Pero ya no soy el mismo de antes. No desde que el fútbol me escupió; no desde que pasé un año entero en el equipo de reserva, viendo los partidos desde el banquillo.

Es mi primer partido volviendo a ser el *running back* titular de los Redstone Cowboys. Pero este no es un partido de pretemporada más, en este partido me lo juego todo. Es mi última oportunidad de demostrar que puedo seguir aquí. Y pienso dejarme la maldita piel por demostrarlo.

Las animadoras acaban de salir. Lo sé por la música. Esa canción ya es su sello. No las veo, pero puedo imaginarlo: bailando, perfectas, rubias, morenas, todas con esas sonrisas brillantes y uniformes blancos y rojos que podrían matar a cualquiera con sus movimientos de caderas. Gritos, luces, música. El ritual que anuncia que esto va a comenzar.

Me ajusto el guante derecho. Lo hago dos veces.

Manía. Costumbre. Ansiedad.

Repaso mentalmente las jugadas, la estrategia contra *Los Giants*. Han reforzado su defensa y vienen con más fuerza este año. No van

a dejarnos respirar ni media yarda. Pero nosotros tenemos mejor ofensiva, y van a tener que sudar sangre si quieren frenarnos. Si quieren frenarme a mí.

Las animadoras regresan al túnel. Se forma el pasillo para nuestra entrada. El humo empieza a salir, las banderas con estrellas se agitan en el aire y ellas salen a darnos la bienvenida moviendo los pompones sin parar. Hay que darles crédito, saben mejor que nadie hacer que el estadio estalle de energía.

TJ me golpea el hombro con el puño, un gesto suyo para darme apoyo. El túnel se abre y el rugido nos da la bienvenida. Las luces me ciegan un segundo. Blancas, frías, demasiado reales. Pero me recuerdan dónde estoy: de vuelta en el juego. En mi lugar. Hace un año pensé que nunca volvería a sentir esto, que mi carrera había terminado, que estaba acabado para siempre. Pero aquí estoy.

Todo lo que necesito es una jugada buena para demostrar que puedo hacerlo. Solo una.

El himno nacional comienza, la cantante invitada eleva su voz a través del micrófono. Todo el equipo de pie, en silencio. Las notas me calan, pero mi mente ya está en el juego. Presto atención al lanzamiento de la moneda. Gira en el aire y cae.

Somos el equipo receptor. Es la hora.

Mi rodilla responde bien al caminar hacia la línea. Por ahora, todo está en su sitio. Pero cada paso viene con un aviso. Una tensión interna que me recuerda que no puedo confiarme. Siento los ojos del entrenador en mi nuca. No hace falta que lo mire. Lo sé. Sé que está ahí, esperando que me rompa, que falle, que justifique que todo este año de recuperación ha sido una apuesta perdida. No le voy a dar ese lujo.

El primer *snap* llega rápido.

El balón vuela hacia las manos del quarterback, y el equipo entra en movimiento. Corro mi ruta desde el *backfield*, el casco vibrando con cada paso mientras mis ojos escanean el campo. La línea ofensiva crea una brecha, y el balón viene directo hacia mí. Lo atrapo con ambas manos y avanzo, esquivando un placaje con un giro rápido. Mi rodilla protesta levemente, pero me mantengo firme. Cinco yardas. No es mucho, pero cada yarda cuenta esta noche.

En la siguiente jugada, se me asigna un bloqueo. Cargo contra el *linebacker* que viene hacia el *quarterback*, sintiendo el impacto resonar en mis hombros. El golpe es sólido, el tipo es grande, pero lo mantengo a raya el tiempo suficiente para que nuestro mariscal de campo conecte un pase largo. La multitud estalla cuando el balón cruza la línea. *Touchdown*.

El primer cuarto avanza con intensidad.

Una carrera hacia la izquierda, un pase corto a la derecha. Mis piernas trabajan rápido, mis manos son seguras, pero mi mente no deja de gritarme que no puedo cagarla. Este partido es todo. Es mi oportunidad de callar a todos los que se han pasado un año entero soltando mierda sobre mí.

Y lo haré. Los haré callar a todos.

El segundo cuarto comienza.

El marcador está ajustado, pero estamos al frente.

Las jugadas son rápidas y tensas. La defensa de *Los Giants* comienza a cerrarnos espacios, ajustándose a nuestra ofensiva. Pero seguimos avanzando, una yarda a la vez.

Rompo hacia la derecha, esquivando al *linebacker* que intenta cerrarme el paso. El balón viene hacia mí, un pase corto. Lo atrapo y giro hacia el campo abierto, esquivando otro placaje. Diez yardas. Escucho a la multitud estallar mientras finalmente soy derribado.

Respiro cuando me levanto, mi pecho subiendo y bajando rápidamente. Y vuelvo al ruedo, no hay tiempo que perder.

Llega el descanso de medio tiempo.

Me quito el casco y me paso una mano por mi cara húmeda.

Estoy agotado, pero de la mejor manera posible.

—¡Eh, 21! —TJ se acerca con una botella de agua en la mano, su piel oscura brilla por el sudor, pero el cabrón ni parece cansado. Como si el primer tiempo hubiera sido un calentamiento más—. ¿Qué tal la rodilla? —Me lanza el agua sin ceremonias.

—¿Ahora te preocupas por mí? —Doy un trago largo, dejando que el agua fría baje por mi garganta.

—Nah, solo quiero saber si ya tienes lista la excusa cuando la cagues.

—¿Excusa? —Levanto una ceja—. Si no fuera por la rodilla, hace

rato te habría dejado comiendo césped en los *sprints*.

—Sí, claro, Emmitt Smith. ¿Y qué más? ¿Vas a decir que todavía tienes abdominales?

—Al menos yo aún puedo vérmelos. ¿Tú ves algo con esa tripa cervecera?

Ambos nos reímos, caminando hacia el túnel.

—¿Viste esa jugada en el segundo drive? —pregunta, cambiando el tema con la rapidez que lo caracteriza—. El 52 de ellos… no tiene ni puta idea de bloquear. Casi se cae solo cuando Thompson lo empujó.

Seguimos hablando de las jugadas mientras vamos a los vestuarios. Hay algo en este momento que se siente bien, real. Parece que las piezas vuelven a encajar en su lugar. El túnel está lleno de ruido: botas golpeando el suelo, voces entremezcladas de jugadores y entrenadores, y la energía eléctrica del medio tiempo.

Unas figuras con un uniforme blanco y rojo aparecen por nuestra izquierda. Sus botas blancas brillan bajo las luces del túnel, sus movimientos sincronizados como si fueran parte de una coreografía infinita. Al principio no presto demasiada atención. Pero algo me hace mirar de nuevo. Algo, o *alguien*.

El casco casi se me cae de la mano.

No jodas.

¿Es ella?

Sí, joder. Claro que lo es.

Harper.

Está al fondo de la línea, en un lateral, metida en su mundo. Sus ojos fijos en algún punto invisible. Su mano mueve los pompones por puro nerviosismo y parece que repite mentalmente alguna coreografía. Y entonces, como si la hubiese llamado, levanta la mirada y me ve.

Sonríe, pequeña al principio, como si no pudiera creerlo, pero lo suficiente como para que el peso de todo lo que llevo dentro se alivie de golpe. Y cuando mis labios responden, curvándose hacia arriba, su sonrisa es ya del tamaño del sol.

Mi día, mi noche, mi maldita temporada acaba de mejorar por doscientos.

No he tenido tiempo ni de respirar esta semana. Entrenos, vídeos, sesiones intensivas de fisio, charlas, más entrenos. El peso de volver a ser titular me ha aplastado. Ni siquiera he tenido cabeza para pensar en nada que no fuera el puto balón.

Pero mentiría si dijera que no pensé en ella.

Porque lo hice.

Cada noche, al caer en la cama, con los músculos ardiendo y la cabeza reventada, durante los tres segundos exactos que tardaba en dormirme… aparecía ella. Su risa, la facilidad con la que hablamos, sus bromas rápidas. Y ese beso... ese maldito beso que no he podido quitarme de encima. Todavía me despierto duro como una piedra con sus labios en mi mente. Todavía no entiendo qué demonios me hizo… pero sé que quiero más.

Ayer hablé con James. Me llamó para desearme suerte y contarme que ya se ha instalado en la ciudad. Le dije que deberíamos vernos… y le pedí el número de Harper. Seguro no le hizo ni puta gracia. Salir con la hermana de su prometida no debe estar en la lista de cosas que desea para mí. Pero me dio igual.

He besado a suficientes mujeres como para saber que lo que sentí con Harper no es normal.

Tenía pensado llamarla en cuanto este primer partido pasara.

Pero no hizo falta. Porque está aquí.

De repente, frunce el ceño, su mirada se endurece, y aparta la vista de mí. Es raro, rarísimo, verla así. Esa no es la Harper que yo recuerdo. No es la mujer que no podía dejar de hacerme reír, la que gritó «¡Yee-haw!» sobre mi espalda.

¿Qué está pasando? ¿Por qué actúa así?

Confundido, doy un paso hacia ella, dispuesto a averiguarlo. Pero antes de que pueda acercarme, un brazo firme me detiene.

—¿Qué cojones haces?

La voz de TJ me arranca del trance. De repente, el ruido a mi alrededor vuelve a colarse en mi cabeza: los gritos, las pisadas rápidas, el ritmo frenético de los que se mueven a mi lado.

—¿Qué…?

—No puedes acercarte a ellas, tío. Ya lo sabes. ¿Qué te pasa?

Vuelvo a mirarla, sin entender bien a lo que se refiere. Y es ahí

cuando me doy cuenta de por qué me lo dice. El uniforme que lleva puesto. Harper no es solo Harper. Es una RCC.

El golpe es tan fuerte como cualquier placaje en el campo.

Ahora todo tiene sentido: el cambio en su expresión, esa forma tan fría de mirarme como si fuera un extraño. Lo ha hecho porque no tiene elección. Al igual que yo. El contrato. La cláusula de «no fraternizar».

Miro en su dirección, esperando encontrar su rostro una vez más, pero ya está alejándose, avanzando hacia el estadio.

El show de medio tiempo está a punto de empezar.

Camino hacia los vestuarios, siguiendo al resto. Mis pasos más pesados con cada zancada. Me detengo a mitad del pasillo, apoyando la espalda contra la pared, tratando de serenarme antes de que el entrenador me vea. El sudor resbala por mi frente, cayendo al suelo en un ritmo lento y constante.

Mi otra mano se cierra en un puño, tratando de contener algo que no sé si es frustración, tristeza o una mezcla desordenada de ambas, envuelta en una rabia que no tiene sentido.

No debería sentir esto. Apenas la conozco. Pero el vacío que se expande dentro de mí dice lo contrario. Porque lo entiendo. Sea lo que sea que pasó entre nosotros el sábado pasado, lo que creí que podría significar… acaba de terminar aquí. Definitivamente.

Castigo divino



HARPER

El *click-clack* de los tacones acompaña mis movimientos y me pone los nervios de punta. Odio llevar tacones en el trabajo. Pero, según mi padre, es un requisito vestir bien: falda de tubo por debajo de las rodillas, blusa planchada —sin escote, por supuesto— y tacones. Como si andar con estas cosas durante ocho horas nos hiciera más eficientes.

Noto las miradas de todos en mi espalda. Susurran, claro, lo suficiente bajo para que no pueda escuchar las palabras exactas, pero sí el tono. Siempre el mismo tono. Puedo imaginar lo que están diciendo: «a ver qué ha hecho mal esta vez», o algo similar.

No me extraña. Desde el primer día que empecé a trabajar aquí, fue igual. No porque fuera incompetente —aunque seguro que más de uno de esos *dinosaurios* lo piensa—, sino porque soy la hija del jefe. Eso automáticamente significa que cualquier cosa que consiga es un privilegio injusto.

¿Privilegios? Ja, claro. Un diminuto escritorio atascado en una esquina, una silla que a duras pena se inclina, un ordenador que parece un sobreviviente de los noventa y un salario que apenas cubre mi alquiler. Por favor… Deberían conocer ya a mi padre. Todo lo que me dio al empezar a trabajar fue una lección de «asume tus putas consecuencias». Porque eso es lo que es este puesto. Mi castigo por haber abandonado la carrera y no haber seguido el camino que él había planeado para mí desde el principio.

Cuando llego a la puerta de su despacho, me detengo un segundo. Respiro hondo, preparando mi mejor cara de «soy completamente capaz de enfrentarlo» antes de golpear suavemente. Escucho su gruñido habitual y entro.

Ahí está Walter Blake. Cincuenta y tres años, colesterol por las nubes y cara de tener una úlcera con mi nombre grabado. Se ve más mayor de lo que es, pero no por genética, sino por elección: por vivir permanentemente al borde del colapso, como una olla exprés a punto de estallar. Probablemente porque prefiere estar aquí, rodeado de papeles y números, que en casa discutiendo con mamá. Y sí, lo admito… mi desobediencia tampoco ha ayudado mucho a mantenerle la tensión en orden.

—¿Querías verme?

Su técnica es siempre la misma: ignorarme durante unos segundos, haciéndome sentir como si estuviera interrumpiendo algo crucial. Aunque probablemente esté abriendo y cerrando ventanas aleatorias del escritorio. Al fin levanta la vista, y me lanza esa mirada. No es de enfado, sino de decepción. Lo que, seguro, piensa que es mucho peor. Pero hace mucho que no me afecta.

Hace una semana que se enteraron de que soy una RCC. Fue un espectáculo: papá gritando como si el mismísimo diablo hubiera entrado en casa; mamá soltando murmullos entrecortados de «¿qué hicimos mal?»; y Chloe intentando no atragantarse con el pastel de carne, mirando su plato como si de repente fuera la cosa más interesante del mundo.

Desde entonces, mi madre me ha castigado con su silencio. Su arma favorita. Papá, en cambio, es más creativo: me trata como a la peor empleada de su empresa. Cada post, cada propuesta, acaba en su despacho, sometida a una «revisión» que no busca mejorar nada, solo recordarme lo mucho que, según él, me equivoco.

Y, a pesar de que debería estar acostumbrada, todavía se siente como una bofetada. Pero no porque me duela. Sino porque es tan, tan… inútil, absurdo. Infantil. Como si alguna vez les hubiera dado resultados para hacerme cambiar de opinión… Su nefasta educación emocional me tiene harta. Hartísima.

—¿Qué es esto? —Su dedo índice golpea la pantalla, sobre el post de redes sociales que trabajé esta mañana.

—Un post informativo sobre las ventajas de invertir en maquinaria eficiente.

Se levanta lentamente y empieza a pasearse por la oficina, con las

manos entrelazadas detrás de la espalda. *Allá vamos, otra vez.*

—¿Y por qué no mencionas nuestras máquinas? ¿Dónde están los precios? ¿Cómo va a saber la gente lo que estamos vendiendo?

Su empresa es como un supermercado para agricultores. Si se usa para arar, plantar o levantar un maldito establo, lo vendemos. O más bien, ellos lo venden. A mí me ha pedido que me encargue de que la gente quiera comprarlo. Como tuve mi época con la marca de ropa —que mi familia recuerda con el mismo cariño con el que se acuerdan de mi apendicitis—, no me quedó otra que volverme experta en páginas web, redes sociales y campañas de fidelización.

Todo cosas que mi padre ni entiende ni va a entender. Él sigue creyendo que repartir panfletos en las ferreterías o anunciarse en la radio a las seis de la mañana es la cúspide del marketing. Y aun así, se mete en mi trabajo como si fuera un experto.

Hay días en los que me desquicia. Otros, solo me da gracia. Porque, en serio, ¿qué sabe él? Aún imprime los emails «por si acaso».

Resoplo. No muy alto, pero lo suficiente como para que sus ojos se claven en mí con esa irritación que parece tener reservada exclusivamente para mí.

—Llevamos meses con esto, papá. La estrategia de solo poner carteles amarillos chillones con precios gigantes y descuentos ya no funciona como antes. ¿Cuántas veces quieres que te lo diga? Las cosas han avanzado, han cambiado. Lo que funcionaba hace veinte años, ya no lo hace.

El sudor le brilla en la frente, y el poco pelo que le queda refleja la luz del fluorescente como si fuera un maldito foco.

—Lo que no funciona es gastar recursos en tonterías que no generan ventas.

—¿Ah, no? —Levanto el informe que traje conmigo y lo dejo sobre su escritorio—. Pues estas «tonterías» han incrementado nuestras ventas un 8% en los últimos seis meses. Y nuestros seguidores en redes sociales han aumentado un 26%. Pero claro, ¿qué sabré yo?

Su mandíbula se tensa, y la vena en su frente le late.

—La gente compra porque necesita el producto, no porque les digas lo bonito que es.

Llevo toda la semana con esta mierda. Cada día una revisión, una crítica, un cambio absurdo. Todo para hacerme sentir como si no sirviera para nada. Sé que lo hace para castigarme, para hacerme sentir pequeña. Y normalmente lo dejo pasar, pero hoy...

—¿Cuánto más vas a seguir con esto? ¿Qué ganas haciéndome venir aquí todos los días para que me digas lo mismo una y otra vez? ¿Esperas que me arrodille y te pida perdón? ¿Por qué? ¿Por no ser quién querías que fuera?

Su mirada se endurece, pero puedo ver la grieta detrás de su fachada. Sé que lo he tocado en un punto sensible.

—¡Oh, claro! —exclama, levantando una mano en un gesto tan sobreactuado que da vergüenza ajena—. Me olvidaba que ahora eres famosa. Una animadora. —Tuerce una mueca como si decir esa palabra le quemara la lengua—. Ya no nos necesitas. ¿Es eso?

Ojalá. Si el sueldo de una RCC alcanzara para vivir en Dallas, ya habría tirado todo esto por la ventana. Pero no. Quinientos dólares por partido no dan ni para cubrir el alquiler. Y el contrato dura una temporada. Una. Aquí nada es seguro, ni siquiera para las veteranas. *Así que sí, papá, aún necesito vender tus putos productos y aguantar tus humillaciones*.

¿Sabes qué? A la mierda.

Ni siquiera sé por qué pierdo el tiempo con esto.

—Haz lo que quieras. Si quieres hundir este negocio con tus métodos de los ochenta, adelante.

Recojo mis cosas y salgo de su despacho, cerrando la puerta con más fuerza de la necesaria. Mis tacones resuenan sobre el suelo. Puedo sentir las miradas clavándose en mí, las cabezas de mis compañeros asomando apenas por encima de sus escritorios.

—¡¡¿Qué miráis?!!

Todos bajan la cabeza, volviendo a sus pantallas como si nada.

Llego a mi escritorio, ese rincón ridículo encajado junto a la fotocopiadora. Me dejo caer y golpeo el lateral de la pantalla con la palma abierta para que responda. Un ritual.

—Vamos, venga, maldita. No me dejes tirada ahora.

Al segundo intento, se digna a encenderse. Abro Instagram, reviso el último post y suelto un bufido automático. Me costó dos horas

prepararlo: buscar datos, editar imágenes, escribir el *copy* perfecto. ¿Y todo para que al señorito no le sirva? Estupendo.

Cierro la pestaña y vuelvo a la anterior. La que estaba viendo antes de que decidiera arruinarme la mañana. La cabecera de una web de deportes con una imagen enorme, perfectamente centrada, de Liam celebrando un touchdown: *«El running back de los Redstone Cowboys regresa fuerte tras su lesión»*. Y fuerte… se queda corto.

El resto de fotos no ayudan. Mi mirada se queda atrapada en una en particular, tomada justo al final del partido: Liam con los ojos entrecerrados por los focos, la camiseta empapada de sudor pegada al pecho, el casco en la mano, y ese maldito gesto de satisfacción en la cara que lo convierte en algo más que atractivo. Lo convierte en un problema.

Me quedo quieta, con los dedos congelados sobre el ratón.

Todavía no puedo creerme que sea él.

Liam.

El que ahora resulta que es una jodida estrella de fútbol americano con página propia en *Wikipedia* y miles de fotos profesionales donde sale demasiado guapo para que esto sea justo.

Vuelvo atrás y entro en otra noticia. En esta el tono es diferente, más ácido y mordaz. Esta vez no lo muestran celebrando, usan imágenes de la temporada pasado, del día que se cayó.

Lo de su caída fue lo primero que encontré la noche del partido, cuando acababa de descubrir quién era él. Escribí *Liam Prescott* en Google y fue como abrir la caja de Pandora: titulares, imágenes, enlaces al vídeo, gifs repetidos, comentarios de mierda escritos por gente que no tiene ni un atisbo de empatía. No pude ver el vídeo entero. Ni siquiera la mitad. Fui incapaz de hacerlo.

Él me dijo que se había destrozado la rodilla, pero Dios… eso fue quedarse corto. Lo poco que llegué a mirar antes de apagar el vídeo de golpe, fue suficiente para dejarme con un nudo en la garganta. No he sido capaz de volver a verlo. Cada vez que me topo con una página que menciona la caída, la esquivo.

Porque no sé qué me duele más: la brutalidad del golpe, el gesto que se le queda en la cara, o el hecho de que nadie —ningún medio, ningún fan, ningún titular— parece recordar que detrás de ese

uniforme hay un hombre de carne y hueso, que sangra y sufre.

Son crueles con él, injustos. Unos grandísimos hijos de puta.

Joder, ni que él hubiese elegido lesionarse así.

Hago clic y abro otra pestaña. Y otra. Y otra. Y de pronto, ya no estoy trabajando. Estoy buceando en entrevistas, galerías, perfiles, rankings, estadísticas que no entiendo ni me interesan, pero que me obligan a seguir bajando, porque a cada nueva imagen, me convenzo un poco más de que este hombre no es real.

Me detengo en una foto en concreto. No sé si fue en sus vacaciones, o una conspiración para que me dé un infarto visual. Lo único que sé es que está sin camiseta, en bañador, con las manos en la nuca y los abdominales al sol, flanqueado por otros dos jugadores que, sinceramente, podrían estar desnudos y yo ni me daría cuenta, porque no existen. Con esa expresión tensa, y malhumorada, que no tiene nada que ver con el Liam que conozco.

Bueno, *conocí*. Bueno, *besé*. Dios.

La emoción que sentí al verlo en el túnel fue tan intensa que casi me tambaleé. Pero duró apenas unos segundos. Lo que tardé en darme cuenta de quién era; de lo que significaba el logo en su pecho. Treinta segundos. Eso fue lo que tardó mi vida en ponerse patas arriba.

Abro la carpeta del contrato que nos enviaron al firmar con las RCC. La busco haciendo *scroll*. Sé exactamente a dónde tengo que ir. Página doce. Sección tres. Cláusula de no fraternización: «queda estrictamente prohibida cualquier relación personal entre una animadora y cualquier jugador o entrenador del equipo Redstone Cowboys o sus afiliados».

Joder.

No sé con quién estoy más enfadada. ¿Con los Redstone, por haber incluido esa maldita cláusula? ¿Conmigo misma, por haber sido tan estúpidamente impulsiva, por besar a alguien sin saber quién era y poner en peligro lo único que de verdad me hace sentir útil? ¿O con Liam por haber omitido que era una estrella de la NFL? Probablemente con todos. Con el universo entero.

¿Cuántas posibilidades había? En serio, ¿cuántas probabilidades

reales de que, entre todos los jugadores de fútbol americano del país, justo yo besara a uno del equipo en el que acabo de entrar? ¿Y que fuera él, justo él, el primer tío que me ha hecho sentir algo real en años? Demasiadas coincidencias para llamarlo casualidad.

Sí. Definitivamente, el universo me odia.

La fotocopiadora zumba a mi lado, como si el mundo siguiera girando sin importarle que el mío esté al borde del colapso.

Emboscada



HARPER

El ascensor está rodeado de espejos para que te mires y te cuestiones todas tus decisiones de vida. Me cruzo de brazos, tamborileando los dedos contra mi codo mirando como los números rojos van avanzando en la pantallita pequeña.

Estoy agotada. Después de aguantar a mi padre en el trabajo y ensayar con las chicas, lo único que quiero es cama y Netflix. Pero Chloe lleva días insistiendo en que venga a conocer su nuevo apartamento. Hasta pidió que me «pusiera guapa», porque al parecer no se puede ser su hermana y llevar vaqueros.

Por suerte, ser una RCC te enseña a arreglarte en tiempo récord. Llevo un vestido floral sencillo con escote cuadrado, sandalias nude y maquillaje simple: delineador, máscara y brillo en los labios.

Aunque sé que por muy guapa que me haya puesto, eso no arregla el verdadero problema: Chloe sigue dolida porque no le conté que había entrado en el equipo. Esto, su insistencia en que esté en su cena de inauguración, es su forma de hacérmelo pagar.

—¡Harper!

—Hola, hermanita.

Me agarra del brazo y me arrastra al interior del apartamento. Y, por Dios, es un espectáculo. Suelos de madera clara, muebles minimalistas pero elegantes, una pared de cristal que ofrece una vista panorámica de Dallas iluminada en la noche.

—¿Qué te parece?

—Es una pasada, Chloe.

—¡Lo sé! Tuvimos mucha suerte. Lo acababan de dejar y fuimos los primeros en preguntar por él. Ven, que te enseño el resto. ¡Vas a flipar con la bañera!

Chloe no pierde tiempo y empieza el tour. Me lleva al salón, con un sofá blanco que probablemente cuesta más que mi alquiler anual. Me acerco y paso la mano por la tela; suave, lujosa, grita «ni se te ocurra beber vino tinto aquí». Luego viene el dormitorio principal. La cama es un paraíso de almohadas, tantas que podrías perderte en ellas. Al lado, un vestidor de película, con luces, estantes y espacio suficiente para alojar a la mitad de la colección de zapatos de mi hermana. Este vestidor haría suspirar de placer a la mismísima Carrie Bradshaw.

Reconozco el toque de Chloe en cada rincón: acogedor, perfecto y con ese aire de revista que te hace envidiar a los propietarios. Y lo más impresionante es que lo ha conseguido en menos de dos semanas. Claro que sí. Hay que reconocerlo, las cosas rápidas empiezan a ser su especialidad.

No puedo evitar preguntarme cuánto puede costar vivir en un sitio así. Barato, desde luego, no es. Pero no me extraña. La familia Beaumont posee media Texas. Y por si fuera poco, James abrió hace unos años una empresa tecnológica que, según Chloe, está dando beneficios. Supongo que eso pasa cuando en tu familia sí escuchan tus ideas y no las descartan solo porque eres joven. Seguro que James nunca tuvo que enfrentarse a un padre que lo mirara como si fuera incapaz de sumar dos más dos sin ayuda.

Aunque, claro, ser hombre ayuda. Si yo fuese uno, estoy segura de que mi padre no me daría ni la mitad de los problemas que me da. Probablemente me habría heredado el negocio sin cuestionarme, con palmaditas en la espalda y frases motivadoras como «estoy orgulloso de ti, hijo». Pero no. Tuvo dos hijas, y una de ellas, la que no es perfecta, resulté ser yo. Supongo que su gran consuelo es que, al menos, heredé sus ojos.

—Y por último, la cocina. —Chloe abre los brazos—. ¿Has visto esto? Mármol italiano, Harper. ¡Mármol italiano!

Chloe sigue hablando sin parar, enumerando todas las maravillas de la cocina. Sus palabras están llenas de emoción, y, aunque me cuesta admitirlo, verla así de feliz me hace sonreír.

—Entonces… ¿Es oficial? ¿James va a mudarse a Dallas?

—Sí. Hemos decidido que lo mejor será vivir en la ciudad por un

tiempo. Sé que a James le encanta el rancho, pero mientras yo siga trabajando aquí, tiene más sentido. Él puede llevar el negocio desde la ciudad sin problema. Puede que incluso le venga mejor, ya sabes, para hacer más contactos.

Eso se merece un punto a favor para James. Si mi hermana se hubiese ido lejos por él, no estoy segura de que se lo hubiera perdonado jamás. Especialmente ahora. Chloe es, literalmente, la única familia con la que puedo estar sin sentirme como un fracaso ambulante.

—Vaya, puede que hayas encontrado al hombre perfecto.

—¡Puede! —dice, sonriendo—. ¿Vino?

—Sí, sí. Por supuesto. Más, por favor. —Chloe alza una ceja en mi dirección cuando le inclino la botella para que me sirva más vino blanco—. No me mires así. Ha sido una semana… intensita.

—¿Cómo van las cosas?

Pongo los ojos en blanco y dejo escapar un resoplido.

—Igual que siempre. Papá se ha puesto como objetivo lograr que me lancé por la ventana de la oficina. Pero, al menos, él me dirige la palabra. Mamá vino el miércoles y fingió que no me vio. Literalmente se giró hacia el florero como si fuera más interesante que su propia hija.

—Bueno, ya sabes cómo son. No van a cambiar, así que deja de esperar que lo hagan y haz lo que tengas que hacer. Tarde o temprano, se les pasará.

Parece tan adulta de repente, con su vestido amarillo y la copa de vino en la mano. Quizás lleva tiempo siéndolo, y yo estaba demasiado ocupada rodando cuesta abajo —literal y figurativamente— para notarlo. Pero ahora, mirándola ahí, tan serena, tan segura de sí misma, no puedo evitar pensar: ¿cuándo demonios se convirtió en toda una mujer?

—Con suerte, igual para cuando se jubilen. Allá para 2040.

Ambas nos reímos, porque es lo único que se puede hacer.

—James no tardará en llegar… —Mira la hora en el móvil.

Ah, claro. Me había olvidado de la razón de mi visita. Supongo que en cuestión de minutos la casa estará llena de sus amigos. Espero que acabe pronto. Mañana tengo trabajo con las RCC desde por la

mañana. Mi primer partido fuera de casa.

—El apartamento es genial. Si no hubiera pagado ya el mes a mi casero, estaría mudándome ahora mismo. —Chloe suelta una carcajada escandalosa. Ambas sabemos que volver a vivir juntas no es una opción. No si queremos mantener los muebles caros intactos —. Me alegra mucho por ti, Clo. De verdad.

—No hubiese podido irme lejos de ti.

—Claro, porque yo soy el único motivo de que no hayas hecho las maletas corriendo para ir a vivir en medio de la nada…

—¡Adoro el rancho!

—Sí. Tanto como adoras las gambas.

—¡Puag, qué asco! Son las cucarachas del mar.

—Pues con mayonesa están buenísimas.

Frunce la nariz, y su cara de asco lo dice todo.

—El rancho no es tan malo como crees… tiene su encanto. Podrías venir la próxima vez y quedarte. Así lo entenderías.

Pensar en el rancho me hace pensar en *él*.

Aparto su recuerdo de mi mente y me centro.

—Puede que lo haga, pero solo para verte caer de un caballo en directo. ¿Cómo pudiste, tía? Aprendiste a montar a los siete.

—Y llevaba años sin hacerlo. Además, ¿te recuerdo que dejé las clase al poco tiempo? Tú fuiste la única que siguió yendo. James me ha prometido que me pondrá al día. No quiero que me vuelva a pasar. Me di un buen golpe.

—Ya lo creo. Vi el vídeo que me pasó Candace como cien veces seguidas.

—¡No puedo creer que lo grabaran!

—No me extraña que se haga viral en TikTok.

—¿Te imaginas? A mamá podría darle un infarto. Ya tiene suficiente con una famosa en la familia.

—No soy famosa.

—Tu foto sale en las noticias, Harper.

—Mi foto junto a otras treinta y cinco mujeres más. Apenas soy una mancha en el fondo.

—Pero tú eres una de las nuevas. Y las nuevas tienen siempre el protagonismo.

—Porque todos están esperando ver cómo la cagamos.

—Pues no la cagues.

—¡Vaya! Qué consejo tan útil. No lo había pensado.

—De nada, *Harpies*. —Ahí está, el maldito apodo que no puedo quitarme de encima. Supongo que el hecho de que me llame como un monstruo de la mitología griega, mitad mujer, mitad pájaro, es parte del contrato de tener una hermana—. ¡Todavía no me creo que seas una RCC! Estoy súper cabreada contigo por no contármelo. Cuando te vi en esa foto con el uniforme, me puse a gritar como una loca.

—¿De alegría o de cabreo? —bromeo, llevando mi copa a los labios.

—¡De ambas! Jo, estoy muy orgullosa de ti, en serio. Pero me hubiera gustado saberlo antes. No enterarme por las redes sociales como el resto del mundo.

—Lo siento. Todo pasó muy rápido… Estaba convencida de que me echarían en las pruebas. Después pensé que no duraría ni una semana en el campamento y no quería decirlo por si luego me quedaba a las puertas. Para cuando me dieron el uniforme ya era tarde. Con todo lo del compromiso, no quise complicar más las cosas. Quería decírtelo en la fiesta, pero…

—Pero encontraste otra distracción mejor, ¿no?

—¿Qué…?

—¿En serio pensabas que no me había dado cuenta de que desapareciste durante toda la noche? Harper, por favor, que soy tu hermana. —Apoya su copa en la isla y se inclina hacia mí—. ¿Qué te traes con Liam?

El nombre sale de sus labios como un dardo, y en cuanto lo escucho, la escena regresa a mi mente.

El túnel.

El uniforme pegado a su cuerpo.

Y esos malditos ojos grises que parecían contener todas las tormentas del mundo.

—¿Por qué no me dijiste quién era?

—¿Qué?

—Liam. Es un jugador de los Redstone Cowboys. ¿Cómo no me lo dijiste?

—No lo sabía. James me lo contó al día siguiente, cuando vino a despedirse de nosotros. —Se encoge de hombros—. ¿Qué más da?

—¿Qué más da? Soy animadora, Chloe. ¡Animadora!

—¿Y yo lo sabía? ¡No, ¿verdad?! Así que baja la voz. —Respiro, relajándome. Ella tiene razón—. ¿Vas a contarme ya lo que pasó con él o eso también piensas callártelo?

Me merezco la pulla, lo sé.

—No pasó nada.

—Ajá, claro. Por eso te has puesto roja como un tomate solo al oír su nombre.

—No es lo que crees.

—Harper, si es por James, no te preocupes. No le molesta que salgáis juntos. Son prácticamente hermanos, ¿lo sabías? Y está encantado de que hayáis conectados. —Me guiña un ojo y baja la voz, como si conspirara—. No digas que te lo he dicho o me matará, pero Liam le ha pedido tu número. ¿Te ha llamado ya o…?

—¡Chloe! ¡Para! —Alzo una mano, cortándola en seco—. ¡Somos del mismo equipo!

—Ya, qué casualidad, ¿no? ¡Es increíble!

Todo me da vueltas.

—No. Firme un contrato. No puedo acercarme a él.

Su sonrisa desaparece.

—¿Un… contrato?

—Es parte del trabajo. Está prohibido tener relaciones con los jugadores.

—Oh… —Deja su copa en la isla, con más cuidado del necesario—. Deberías habérmelo dicho antes de que…

No termina la frase, no necesita hacerlo, porque la puerta se abre y la voz de James resuena desde el pasillo.

—¡Ya hemos llegado, cariño!

Siento que pierdo el aire.

«Hemos».

Miro a Chloe, que tiene una expresión de culpabilidad mal disimulada.

—¿Qué has hecho?

—Preguntó por ti… y yo pensé que sería buena idea invitaros a

cenar…

Antes de que pueda procesar sus palabras, James entra en la cocina con Liam siguiéndolo de cerca.

El tiempo se congela en el momento exacto en que nuestras miradas se cruzan. Sus ojos grises se encuentran con los míos, y por un segundo, nos quedamos paralizados. Su expresión pasa de neutral a puro impacto, como si no pudiera creer que estoy aquí, sentada en la isla, frente a él.

Voy. A. Matar. A. Mi. Hermana.

—¡¿SE TE HA IDO LA OLLA?!

—Harper, yo no sabía…

—¡Dios! ¡Te has lucido, Chloe!

James da un paso hacia nosotras, confundido.

—¿Qué…? ¿Qué pasa?

Me giro tan rápido que casi me mato con mis tacones.

—No puedo estar cerca de él. —Apunto bruscamente hacia el individuo apoyado contra la encimera—. ¡Ni siquiera podemos respirar el mismo aire! ¡Lo tenemos prohibido!

—¿Cómo?

—La cláusula de no fraternización —interviene el otro afectado, con la voz en calma—. Los jugadores y animadoras tenemos prohibido cualquier tipo de contacto personal. Para evitar escándalos y toda esa mierda.

—¿Pueden hacer eso? —pregunta James, ahora más serio.

—Sí. El equipo lo instauró hace años. Si alguien rompe esa cláusula, puede haber sanciones… serias.

James se frota la barba, procesándolo.

—No lo sabíamos. Solo queríamos que cenáramos juntos y...

—¿Y qué, jugar a las citas dobles? —Me vuelvo hacia Chloe con los ojos encendidos—. ¿Fiesta de inauguración? ¿De verdad?

—Quería que fuese una sorpresa, y no se me ocurrió una excusa mejor para que vinieseis.

—¡¿Y qué tal preguntármelo primero?!

Chloe retrocede y James pone una mano en su hombro, suave.

—Claramente no fue nuestra mejor idea —dice él por ella.

—¿Tú crees? Mi carrera está colgando de un hilo porque a vosotros

se os ocurrió jugar a Cupido. ¡Gracias, de verdad!

El individuo a mi izquierda resopla en alto, molesto.

—Harper —Me esfuerzo en no mirarlo—. No lo sabían.

—No me hables.

—¿Perdona?

—¡Que no me dirijas la palabra!

La cara me arde tanto que podría freír huevos en mis mejillas. El pecho me duele, me tiemblan las manos, y no estoy segura de si voy a llorar o a prender fuego a algo. O a alguien.

—Será mejor que os dejemos solos —interviene James.

—¡No, claro que no! —Recojo atropelladamente mi cosas y las meto en el bolso—. Aquí la única que se va soy yo.

Chloe me mira con los ojos brillando de culpa.

—Harper, lo siento muchísimo…

Sé perfectamente que ella no tiene la culpa. Pero este es mi mayor defecto: ponerme a la defensiva cuando algo me duele. Sé que estoy actuando como una gilipollas, pero tampoco he tenido tiempo para asimilar esta emboscada.

Y justo entonces, Liam decide intervenir en modo conciliador.

—Tranquila, Chloe. No tiene importancia.

Le lanzo una mirada.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

—Porque tú ya estás haciendo suficiente drama por los dos.

Me río sin humor, incrédula.

—Claro, ¿qué más da? Tú eres el running back estrella con un contrato millonario. Nadie va a tocarte ni un pelo. Pero yo… soy reemplazable. ¿Tienes idea de cuánto me costó entrar en las RCC? ¿Sabes las horas que he invertido en esto? ¡¡¿LOS MESES?!!

Su expresión cambia radicalmente. Se pone serio, incluso preocupado, y eso me molesta aún más. No necesito su compasión, necesito largarme de aquí ya mismo.

Chloe y James nos han dejado a solas en algún momento. Solo me doy cuenta porque escucho alguna puerta cerrarse a lo lejos.

—Harper…

—No. No digas nada.

—No sabía que había cámaras grabándonos —su tono irónico me

pone aún peor—. Dime dónde están para sonreír.

¿Cómo puede bromear con algo tan serio? ¿Con algo que podría arruinarme la vida? Pero es tan típico de los jugadores… Siempre caminando por la vida como si nada pudiera tocarlos; como si las reglas fueran sugerencias y las consecuencias, cosas que solo les pasan a los demás.

Si su entrenador supiera que está aquí conmigo, le llamaría la atención con una bronca seria. Un recordatorio sobre la imagen del equipo y lo importante que es mantenerse limpio de escándalos. Pero si Terry lo supiese, me mandaría de patitas a la calle directamente. Sin preguntas ni explicaciones.

—Deja de mirarme así —me dice—. No soy tu enemigo. Estoy en esto contigo. Firmé exactamente la misma cláusula.

Rodeo la isla, buscando la salida, una ventana abierta, lo que sea. Pero entonces lo oigo suspirar detrás de mí y es suficiente para que el sentido común me abandone.

Me doy la vuelta, enfrentándolo.

—¡No me dijiste quién eras!

—Tú tampoco.

—¿En serio? ¿Esa es tu defensa?

—No es ninguna defensa. No sabía que tenía que presentarme con mi número de camiseta tatuado en la frente.

—Me mentiste.

—No, no lo hice. Solo omití *ciertos* detalles.

—¿Cómo que eres un maldito jugador profesional de los Redstone Cowboys? Detalles insignificantes, vaya.

Algo en su expresión se tensa.

—Ves… —suelta, bajando la mirada un segundo, pero con la rabia vibrándole en la voz—. Por esto no quise decirte nada. Para que dejaras de flipar por quién soy.

—¿Flipar? —Me echo a reír. Un sonido seco, hueco, de esos que solo salen cuando estás en shock—. Oh, sí, claro. Porque a todas las mujeres se nos caen las bragas al descubrir quién eres. «Oh, no, es Liam Prescott, que alguien me abanique antes de desmayarme».

—Harper —su voz suena más baja, como si quisiera templar la tormenta con calma—. No te mentí. Solo quería… no sé. Ser solo

Liam. El tío de Cedar que estaba en la fiesta de compromiso de su amigo. Que tú me conocieras así, sin toda la mierda que llevo encima. Sé que estás cabreada, ¿vale? Y lo entiendo. Yo también lo estoy. Ninguno de los dos sabía que acabaríamos en este lío.

Por primera vez desde que entró, lo miro de verdad. La camiseta gris oscura se ciñe a su cuerpo, marcándole los músculos del pecho, el abdomen, los brazos. Las mangas cortas, demasiado cortas para mi autocontrol, exponen el final de un tatuaje que no vi en Cedar, detallados y oscuros contra su piel morena.

Tengo que hacer un esfuerzo activo por no acercarme más. Por no estirar la mano y recorrerle esos contornos con los dedos.

Un calor absurdo me invade el estómago al darme cuenta de lo jodidamente guapo que está.

Pero no puedo permitirme pensar en eso ahora.

—Tengo que irme.

Empiezo a caminar hacia la puerta, dispuesta a largarme antes de que se me caiga la coraza del todo, pero entonces… Siento su mano grande en mi brazo. Mi cuerpo se enciende en respuesta, es automático. Me doy la vuelta, con la respiración contenida, y me lo encuentro demasiado cerca. A centímetros. Sus ojos grises como el acero fijos en los míos.

—Espera un segundo. —Sin soltar mi brazo, saca su móvil del bolsillo con la mano libre. Marca algo y el mío vibra—. Ese es mi número personal. No lo tiene nadie del equipo. Solo mi abuelo y alguno amigos de Cedar.

Lo miro, todavía con el corazón en la garganta.

—¿No has entendido el contrato o qué? ¿Quieres que abra el PDF y lo subrayamos juntos?

Liam exhala por la nariz, pero no se altera. No como yo. Él siempre parece tener un termostato interno que lo mantiene en modo zen incluso cuando yo estoy en erupción.

—Precisamente por eso te lo doy. Para que esto no vuelva a pasar. Así si hay otra «cena de inauguración», lo hablemos antes tú y yo para evitar sorpresas. Sin terceros.

El cabreo cede y solo queda el miedo. El mismo miedo que me ha quitado el sueño esta última semana, desde que lo vi en el túnel y

descubrí quién era.

—Bailamos juntos en mitad de un bar lleno de gente…

—Y nadie sabía quién eras, Harper. Fuera del estadio, sin el uniforme ni una cámara delante, la gente no se fija. No pueden relacionarte conmigo ni con el equipo. Créeme, sé cómo funcionan las cosas. Llevo años en esto. —Su lógica comienza a calmar poco a poco el caos que llevo dentro—. Pero no puedes decirle a nadie que me conoces, ¿vale? —sigue, más inflexible—. Y si aceptas un consejo de alguien que lleva muchos años en este mundo, no confíes en nadie. En nadie, Harper. La gente es capaz de cualquier cosa por fama y dinero.

Asiento, despacio.

La distancia entre nosotros es mínima. Puedo oír su respiración, notar el calor que emite. Y por un momento, no hay nada más que eso. El silencio. Las miradas. Y las cosas que me gustaría decirle.

—No me llamaste… —se me escapa en voz baja. No debería decirlo, pero lo tengo tan cerca que no puedo pensar en otra cosa que en ese beso, en cómo me hizo sentir. En cómo pensé que sería solo el principio, no el final.

Él tarda un segundo en contestar.

—Iba a hacerlo. Pero volvía a ser titular y debía tener la cabeza en el partido, en mi entrenamiento. Le pedí tu número a James el día del partido. Iba a llamarte cuando pasara todo. Pero… bueno, ya sabes cómo acabó eso.

El nudo en la garganta empieza a apretar con más y más fuerza.

Me alejo de su lado para marcharme de una vez.

—Y Harper… —Me detengo—. A mí también me jode esto —añade, con la voz más baja—. No tienes ni idea de cuánto.

¿Qué es lo que te jode, Liam? ¿Qué mi hermana nos haya liado con esta fiesta falsa y haya puesto en peligro tu carrera? ¿Qué no me llamaras en toda una semana porque preferiste priorizar tu trabajo? ¿Qué, fuese lo que fuese que pasó entre nosotros aquella noche, acaba de terminar estrepitosamente, antes tan si quiera de poder empezar?

Tengo la impresión, por cómo me mira sin pestañar, de que es un conjunto de todas las anteriores.

Pero no me quedo para preguntárselo.

TEMPORADA REGULAR

Pura estrategia



LIAM

El entrenador se pasea frente a nosotros con su charla. Ninguno se atreve a interrumpirlo. Sus pasos resuenan sobre la hierba artificial del campo de entrenamiento mientras proyecta jugadas en la pantalla, una tras otra, señalando los fallos que nos costaron el último partido de la pretemporada. Los coordinadores ofensivo y defensivo se mantienen a un lado, mirándonos.

—Aquí es donde fallamos la semana pasada —señala mientras detiene la jugada justo cuando el ala defensivo contrario rompe la línea—. La contención se viene abajo en cuanto permitimos un solo paso libre. Si volvemos a cometer el mismo error, Keller no tiene un segundo para lanzar ni para entregar el balón. Y si nuestro quarterback no tiene tiempo, la jugada muere antes de empezar. Así de simple.

Su mirada pasa por cada uno de nosotros antes de seguir.

—Mañana es el primer partido de la temporada regular. Se acabaron las pruebas y los ajustes de pretemporada. Ahora es cuando cada jugada cuenta de verdad en el maldito récord de la liga. —Se aclara la garganta y alza la voz—. Los *Ravens* son rápidos en los extremos y su línea defensiva no os va a dar un segundo de margen. Quiero que aprovechéis el juego de carrera interior y que los obliguéis a cerrarse. Cuando lo hagan, lanzaremos rutas cruzadas y los expondremos por fuera.

Hace una pausa, dejando que el silencio pese sobre todos.

—Defensa, quiero presión constante sobre su quarterback. Que sienta nuestro puto aliento en la nuca en cada jugada. Si podemos provocar una pérdida de balón en el primer cuarto, les romperemos la confianza y no levantarán cabeza.

Nadie se mueve.

Nadie se atreve a encogerse de hombros ni a bajar la vista.

—Habéis tenido cuatro semanas para cagarla, pero se acabaron los putos juegos. Podemos tener un mal día, podemos cometer errores, pero lo único que no tolero es la falta de intensidad. Mañana vamos a jugar con cabeza fría y sangre caliente. Quiero disciplina, quiero orgullo y quiero que dejéis claro que este escudo no se pisa. Si alguien no puede con eso, que se levante ahora mismo y se largue —su voz retumba—. ¿¡Entendido!?

—¡Entendido, entrenador! —gritamos al unísono.

Hace un gesto con la mano, dando por cerrada la charla.

—Descansad bien esta noche. Podéis iros. —Justo cuando empiezo a dar un paso, su voz me retiene—. Prescott, espera un momento.

El resto se dispersa, algunos dándome palmadas rápidas en el hombro al pasar. TJ me lanza una mirada, la clase de gesto que se supone que anima, pero que a mí solo me recuerda que estoy demasiado cerca del filo.

El entrenador espera a que nos quedemos solos. Entonces abre su tablet y amplía una imagen congelada.

—Quiero que veas esto. —Señala la pantalla con el dedo—. La línea se abrió justo aquí porque te precipitaste. Saliste antes de tiempo, y en cuanto diste el primer paso, cerraste tu propio hueco. Te quedaste sin margen de maniobra y la jugada murió en la línea.

Sin margen de maniobra. La historia de mi jodida vida.

—Entendido —murmuro, sin apartar la vista.

—No me digas que lo entiendes si mañana vas a hacer lo mismo. Tienes que confiar en tu línea, Prescott. Leer bien la defensa antes de decidir.

—Sí, señor.

Hace un leve gesto con la cabeza, pero algo en su expresión cambia. Como si recordara algo de pronto.

—¿Cómo va la rodilla?

Alzo un poco el mentón, la expresión lo bastante firme para que parezca convincente.

—Bien. Perfecta —miento sin pestañear.

La verdad es que anoche me desperté a las tres con un calambre que me subía desde la pantorrilla hasta la cadera. Me quedé sentado

en el borde de la cama con la respiración atascada en la garganta, contando segundos hasta que pude mover la pierna sin soltar un grito. Dos analgésicos y un vaso de agua, y una hora entera antes de que el cuerpo aflojara lo suficiente para volver a cerrar los ojos.

El entrenador me sostiene la mirada un segundo demasiado largo. Lo justo para que sepa que no me cree.

—Perfecta —repite en voz baja, como si necesitara probar cómo suena esa mentira en su boca—. Mira, sé que llevas todo el año trabajando para volver al cien por cien. Y sé que no eres de los que buscan excusas. Pero mañana vas a recibir bloqueos todo el puto partido. Vas a tener tres tíos encima cada vez que te den el balón. Y te necesito centrado. Quiero que controles los apoyos, que no busques cortes imposibles si no tienes a la línea contigo. Si tienes que ganar dos yardas en lugar de diez, me vale. ¿Entendido?

—Entendido, señor.

El entrenador asiente otra vez, más breve.

—Bien. Puedes irte.

Me marcho sin contestar, con las manos en los bolsillos de la sudadera del equipo. Mientras camino hacia el resto del equipo, tengo clarísimo que mañana voy a jugar como si nada me doliera. Aunque sea mentira.

TJ me espera junto a los demás, haciéndose el distraído mientras habla con un par de novatos. Cuando me ve, se despide de ellos con un gesto de barbilla y se coloca a mi lado.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Perfecto.

—Claro —dice, con ese tono que deja claro que no engaño a nadie.

Al girar hacia la salida, me detengo en seco. Terry, la entrenadora de las animadoras, está plantada frente al entrenador con esa expresión suya que hace que todo el mundo se aparte dos pasos por instinto. Detrás de ella, su equipo espera en fila, idénticas con sus mallas rojas y chaquetas del club, como una versión paralela de nosotros mismos, solo que con más laca, más ritmo y muchísimo mejor aspecto.

Las chicas nos ignoran y nosotros a ellas. Siempre ha sido así.

Dos mundos que se rozan pero no se mezclan. Nunca.

—Lo siento. Se nos ha echado el tiempo encima —se disculpa el entrenador. TJ alza ambas cejas, igual de sorprendido que yo de que sepa la existencia de esas palabras.

—No hay nada que disculpar —responde ella—. Aquí todos trabajamos para lo mismo. Suerte mañana.

—Igualmente. —Mi entrenador mueve la cabeza antes de añadir—. Buena sesión, chicas.

—Gracias, entrenador —responden ellas a la vez.

TJ y yo seguimos por el pasillo lateral. El murmullo de las animadoras que siguen llegando se mezcla con las voces de los jugadores que salimos. Intento no mirar, no fijarme en nada que no sea el suelo o en las barandillas del pasillo. No dejar que ese impulso maldito me arrastre a buscarla entre todas.

Pero entonces la oigo reír. Es fácil. Su risa es inconfundible.

Levanto la vista. Harper camina de espaldas a nosotros, riendo con un par de compañeras. Lleva el chándal del equipo, ese puto pantalón que se le pega al cuerpo y le abraza el culo como si estuviera hecho para enloquecerme. La forma en que llena la tela. Lo redondo que es. Lo bien que sé que se sentiría tenerlo entre mis manos mientras la empujo contra cualquier maldita superficie.

Cada paso hace que le rebote un poco, y juro por Dios que tengo que hace acopio de toda mi fuerza de voluntad para apartar la mirada. Pero lo hago. Lo hago por el bien de mi contrato.

Sus manos vuelan al hablar. No alcanzo a oír las palabra exactas, pero sí el tono, ese tono suyo que retumba vida y alegría. Una de sus amigas le hace un gesto con la barbilla y Harper se gira de inmediato. Se le borra la sonrisa. Se queda quieta, como si el pasillo se hubiese encogido de golpe, hasta no dejar espacio para nadie más.

Cuando su mirada tropieza con la mía, ocurre *ese* cruce de energías.

El que siempre intento evitar.

El que siempre me desarma.

Es ridículo que solo verla me reviente el corazón contra las costillas. Pero ocurre. Siempre ocurre. Cada vez que nos miramos.

—¿Vienes o qué, Prescott? —dice TJ, dándome un codazo que me

obliga a parpadear.

Asiento en automático. Avanzo un paso, justo cuando Harper avanza otro. No sé si es ella la que se mueve demasiado rápido o soy yo el que va con la cabeza atontada, pero de pronto su hombro roza el mío. Un contacto mínimo, apenas un segundo. Pero suficiente para que todo el aire se me quede atrapado en la garganta.

—Perdón —murmuro.

Su respuesta es igual de baja, un susurro apenas audible cuando paso de largo:

—No pasa nada.

Pero claro que pasa. Joder. Pasa que ahora mismo lo único que quiero es dar la vuelta y quedarme mirándola hasta que se me cierren los ojos de puro agotamiento.

Pero tengo que recordarme —otra vez, otro puto día más— que lo tengo prohibido. Que no puedo hablarle, ni mirarla. Que si alguien nos viera, todo lo que he trabajado para mantenerme a flote se iría a la mierda.

—¿Veintiuno? —insiste TJ.

Rompo la mirada y sigo caminando con él. Ya en el vestuario, me siento en el banco que hay junto a mi taquilla. Cierro los ojos, intentando concentrarme en la respiración, en cualquier cosa que no sea ella. Pero no sirve de nada. Su imagen regresa. Su culo. Su risa. Sus ojos. La forma en que bajó la mirada. El temblor mínimo en su mano cuando se apartó.

Sé que esto es un juego que no puedo ganar y que debería parar. Que tarde o temprano alguien va a notar que la miro sin descanso. Que cada vez que coincidimos en un entrenamiento, en un partido o en un puto pasillo, me quedo demasiado quieto, bebiéndomela.

TJ se sienta a mi lado y empieza a hablar con los demás sobre el partido de mañana. Me pregunto si sospecha algo. Si se ha dado cuenta de la forma en que Harper y yo nos hemos mirado. Si alguien más lo ha notado.

Porque para mí es evidente de narices.

Una verdad imposible de camuflar.

Me llevo la mano al hombro, paso los dedos por el punto exacto

donde su piel me tocó. Se siente como una picadura de medusa. Un ardor que no se va. Una quemadura que solo me recuerda lo jodidamente imposible que es no volver a por más.

Dios mío, ¿desde cuándo me he vuelto tan patético?

Parte del trabajo



HARPER

A mi lado, Beth suelta un suspiro.

—Odio esto. No soporto los hospitales.

—Sí, bueno —contesto, intentando no mirar demasiado a mi alrededor—. Pero es por una buena causa.

—Lo sé. Van a flipar cuando vean todo lo que hemos traído.

Una enfermera joven nos indica dónde dejar las cajas con juguetes. Más allá del mostrador principal, varios fotógrafos del equipo se preparan, acomodando cámaras. Porque claro, nada dice *solidaridad* como un par de fotos oficiales en redes.

—Escuchad —dice Terry, alzando un poco la voz para que la última fila la oiga—. Recordad que estáis aquí por los niños. —Su expresión se suaviza apenas un matiz, lo justo para que parezca casi cálida—. Muchos de ellos llevan días esperando esta visita. Para ellos significa más de lo que imagináis. Así que vamos a hacer que sea especial, ¿de acuerdo?

Asentimos en bloque. Terry se vuelve hacia la enfermera. Hablan en voz baja, revisando la lista de habitaciones y los nombres de los niños mientras el resto esperamos junto a las cajas.

Terry y la enfermera se alejan un segundo hacia el mostrador. Molly aprovecha para acercarse a nosotras. La adoro. Es la coreógrafa principal del equipo, y probablemente la única razón por la que no he perdido la cordura en las últimas semanas. Fue animadora durante muchas temporadas en los ochenta, así que entiende mejor que nadie lo que es estar aquí.

—Una última cosa, chicas —añade, bajando un poco la voz para que solo lo escuchemos nosotras—. El equipo ha decidido que algunos jugadores también participen hoy. —Hace una pausa breve,

el tiempo justo para que nos miremos unas a otras—. Así que, por favor, mantened la compostura. El club está al mando de este evento y espera que todo salga perfecto.

Mi estómago decide que este es un buen momento para retorcerse. No tenía ni idea de que los jugadores también estarían metidos en esto. Intento tranquilizarme. Son muchos jugadores, y Molly ha dicho que solo vendrán algunos. ¿Cuántas posibilidades hay de que él también esté aquí?

Pocas. Muy pocas.

Las puertas dobles de cristal se abren. Durante un segundo, todo se queda en silencio. Y al siguiente, ellos aparecen. Diez u once jugadores, algunos con camisetas del equipo y otros con sudaderas que llevan el escudo bien visible en el pecho. Caminan como si no hubiera una cámara grabando cada paso que dan, con esa seguridad tranquila que solo tienen los hombres que saben que todo el mundo va a girarse a mirarlos.

Y claro que todo el mundo va a mirarlos. Enfermeras, médicos, pacientes, voluntarios. Incluso la recepcionista que estaba escribiendo algo en una libreta deja de hacerlo para alzar la vista.

Repaso una y otra vez sus caras. Uno, dos, tres… ninguno es él. Siento un suspiro de alivio que me afloja los hombros y me hace pensar que, por una vez, el destino ha decidido darme un respiro.

Hasta que la puerta se vuelve a abrir.

Creía que este año ya había cubierto el cupo de mala suerte. En serio, pensé que el universo se tomaría un descanso conmigo.

Me equivocaba.

Liam cruza el umbral con el ceño fruncido, como si alguien le hubiera obligado a venir aquí a punta de pistola. Lleva la misma sudadera roja que sus compañeros. El pelo algo revuelto, la mirada clavada en el suelo mientras se une al resto de jugadores.

Pero en cuanto levanta la vista, se detiene justo un segundo demasiado largo, y me mira.

Mierda. Mierda. Mierda.

Siempre me olvido de lo guapo que es.

Seguro que está pensando lo mismo que yo: que si existe un dios del caos, debe de estar divirtiéndose a nuestra costa.

Un instante después, recupera la compostura. Como si nada hubiera pasado. Y se centra en saludar a sus compañeros.

—Chicas —interrumpe Terry. Repara en que los jugadores ya han llegado—. Oh, genial, ya estáis todos. Acercaos un momento. Vamos a organizarnos por grupos antes de subir a planta.

Nos reunimos junto a las cajas de juguetes. Los jugadores se acercan también, formando un semicírculo tan perfecto que parece que lo hubieran hecho con compás. Es incómodo de un modo difícil de describir. Siempre que estamos cerca de ellos ocurre lo mismo: un silencio raro, casi denso, que nadie sabe cómo romper.

Se supone que somos del mismo equipo. Una gran familia, según dicen los directivos y los comunicados de prensa. Pero la realidad es que somos completos desconocidos. Hay una línea tan gruesa entre nosotros que podría caber toda la ciudad de Dallas dentro. Joder, si ni siquiera se nos permite hablar del tiempo.

Así que aquí estamos: a un paso unos de otros, casi rozándonos los codos, pero mirando al techo, al suelo, a cualquier cosa que no sea la cara del que tenemos al lado.

Terry consulta su lista y levanta la vista, sonriendo a los fotógrafos que se están colocando frente a nosotros. Y empieza a organizar los grupos.

—Y por último, grupo tres: Williams, Blake, Mckency. Y con ellas, Davis, Morales y Prescott.

Mi mirada vuela sola hacia su dirección.

Perfecto.

Ambos intercambiamos el mismo pensamiento: *por supuesto que nos iba a tocar en el mismo grupo.*

—¿Todo bien? —me pregunta Beth, en un murmuro.

—Sí, claro. ¿Por?

—Porque tienes cara de llevar diez horas con tacones.

—Las fotos me ponen nerviosa.

Ella asiente, porque sabe que es verdad. Todavía no me acostumbro a tener una cámara casi siempre delante. Forma parte del trabajo, todas lo sabíamos al firmar el contrato. Pero una cosa es saberlo y otra, muy distinta, vivirlo. Nunca me ha importado demasiado que me graben o que me hagan fotos. Seguramente, si

todo esto con Liam no existiera, hoy estaría tranquila. Pero ahora siento que esas cámaras son capaces de leer mis pensamientos.

Una doctora llega hasta nosotros, radiante. Cuando todo esto termine, seguramente vaya a saludar a Julie. Espero que tenga un mini hueco para mí. Aunque viendo la sala de espera… lo dudo.

—Gracias a todos por estar aquí hoy. —Se gira hacia los jugadores —. Es importante que los niños sientan vuestro apoyo.

Un par de ellos asienten con un gesto de cabeza. Liam se limita a quedarse quieto. Me esfuerzo en no mirarlo. Aunque, claramente, no lo estoy consiguiendo.

—Antes de que subamos, vamos a hacer una foto grupal —pide el fotógrafo.

Nos colocamos como podemos, intentando no chocarnos con los voluntarios que mueven cajas de un lado a otro. El fotógrafo levanta una mano, ajusta el objetivo y vuelve a mirarnos.

—¿Podéis acercaros un poco más? Perfecto. Un poquito más…

Genial. Exactamente lo que necesitaba. Sentir su presencia tan cerca que podría notar su respiración si me girara.

—Una más… —anuncia el fotógrafo—. Y listo.

El flash dispara un par de veces. Me obligo a sonreír, aunque cada músculo de mi cara me duele.

Cuando por fin termina, suelto un pequeño suspiro. Pero no dura ni dos segundos, porque Terry ya está dándonos instrucciones. Me agacho para coger una de las cajas de peluches que nos tocan a nosotras. Pero antes de que pueda incorporarme, un cuerpo grande se mueve a mi lado. Liam se adelanta y coge la caja sin mirarme. La sostiene como si no pesara nada, con esos brazos suyos que podrían cargar el doble sin inmutarse.

Por un segundo, me quedo tan atónita que no recuerdo qué se supone que tengo que hacer. Mi primera reacción es abrir la boca para darle las gracias, pero entonces me doy cuenta de que dos cámaras siguen cada movimiento que hacemos. Así que no digo nada. Me limito a asentir, muy despacio, y él me devuelve el gesto.

Después caminamos juntos —a una distancia ridícula— hacia el grupo que ya avanza en dirección a los ascensores, siguiendo las indicaciones del personal. La planta de pediatría está llena. Hay

enfermeras y familiares en los pasillos, niños con las batas del hospital asomados a las puertas, impacientes. Y todos, absolutamente todos, giran la cabeza cuando pasamos.

Somos un espectáculo.

Pero al menos, esta vez, es por una causa importante.

Las cajas que traemos van repletas de juguetes, camisetas, peluches y balones. Seguro que más de uno se lleva una alegría. Además, hay algo imposible de ignorar en cómo nos miran. Como si fuéramos un desfile de Los Vengadores. Como si, por un momento, todo lo demás —los goteros, los vendajes, el miedo— se quedara al margen. Muchos llevan camisetas del equipo, gorras con el escudo, banderitas diminutas que agitan con fuerza cuando pasamos por su lado. Son adorables.

Nuestra habitación está casi al final del pasillo, una de las últimas en la planta. Cuando llegamos, la enfermera nos hace un gesto para que entremos. Dentro hay dos camas, cada una con un niño que nos mira como si hubiéramos caído del cielo en paracaídas. A su alrededor, sus padres nos miran con la misma cara de ilusión, aunque se esfuercen por disimularlo.

El ritual empieza enseguida: McKency, Williams y yo repartimos los juguetes a cada uno, una bolsa con caramelos y una gorra con el escudo del equipo que uno de los niños se encasqueta tan rápido que nos arranca a todos una carcajada. Los jugadores firman balones, camisetas, incluso un póster que una madre saca del bolso como si llevara días preparado.

Hacemos lo mismo en las habitaciones que nos tocan. Me fijo en cómo los padres se contagian de la felicidad de sus hijos, cómo uno de los jugadores se arrodilla para que un niño pueda abrazarlo, cómo otro bromea con un padre que parece casi más ilusionado que el crío. Ríen, posan para las fotos, estrechan manos. Todo con esa naturalidad que hace que parezca que lo disfrutan de verdad.

Liam, en cambio, es otra historia. Se mantiene un paso atrás, un poco en los márgenes. Solo se muestra simpático con los niños. Cada vez que alguno le enseña un dibujo o le pide que firme una camiseta, se agacha enseguida, les dedica un gesto tranquilo, una palabra amable que suena sincera. Pero en cuanto se aparta y

vuelve a su sitio, toda esa calidez desaparece.

Firma autógrafos, sale en las fotos con la misma corrección que los demás, pero no se ríe con los padres, no bromea con los compañeros, ni con los enfermeros. Hace lo que toca, nada más. Como si llevara una lista invisible de gestos que tiene que cumplir y los fuera tachando en orden.

No es que parezca incómodo.

Pero tampoco parece disfrutarlo del todo.

Vamos a otra habitación. En esta hay un niño y una niña. La pequeña debe de rondar los doce años, pero el niño no puede tener más de siete. Tan pequeño y con una vía conectada a su mano diminuta. Y ese vendaje en su cabecita rapada… Siento un nudo en la garganta que me obliga a tragar saliva.

Me doy cuenta de que, por mucho que todo esto sea un escaparate, hay algo aquí que es de verdad. Ellos.

Me acerco a la cama del niño. Sus ojos enormes me siguen con una mezcla de timidez y curiosidad.

—¿Puedo…? —balbucea, señalándose y luego a mí—. ¿Puedo hacerme una foto contigo?

—Claro que sí —respondo, sonriendo de verdad—. Pero solo si antes me dices tu nombre.

—Noah.

—Noah —repito, inclinándome un poco para que podamos mirarnos de frente—. Vaya nombre más chulo, ¿eh?

—Lo eligió mi hermano. No ha podido venir porque está en el cole de mayores.

Posamos para la foto que nos hacen sus padres. Los fotógrafos del equipo aprovechan y sacan unas cuantas antes de irse a la otra cama.

—Llevo la camiseta del equipo —me dice Noah.

—Ya veo. Y si te soy sincera, a ti te queda mil veces mejor que a cualquiera de esos grandullones.

Él suelta una risita que me hace sonreír todavía más. Levanta la mano libre y me agarra un dedo con la suya, diminuta y cálida.

—¿Firmamos esa camiseta, Noah? —la voz de Liam me sorprende. Me giro un poco y me doy cuenta de que nos ha estado escuchando

todo este rato. Tiene esa expresión tranquila suya, la que a primera vista parece distante, pero que ahora, tan de cerca, noto distinta. Más suave.

Los ojos de Noah brillan de pura emoción.

—¡Liam Prescott! Mi hermano dice que eres el mejor corredor del mundo.

Liam se agacha hasta quedar a su altura.

—¿Sí? Vaya, tu hermano debe ser un buen fan. Aunque no sé si soy tan rápido como dice…

—¡Pero si eres tan rápido como Flash!

Liam se echa a reír.

—Bueno, intento correr rápido, sí. Pero ¿sabes qué? —Baja un poco la voz, como si fuera un secreto—. Lo importante no es cuánto corres. Es levantarte cuando te caes. Eso es lo que de verdad cuenta. —Hace una pausa breve, y le apoya con cuidado una mano en el hombro—. Y creo que tú eres un experto en eso.

Noah se queda callado, como si necesitara un segundo para procesar sus palabras. Después sonríe, una sonrisa enorme que ilumina toda la habitación y que hace que su madre se lleve una mano al pecho, emocionada.

Me quedo tan quieta que me olvido de que tengo la caja de regalos en la mano. Porque verlo así, con esa sonrisa genuina, esa voz tranquila que suena más cercana que nunca, hace que el pecho se me encoja, calentito. ¿Por qué tiene que decir esas cosas? Me pone todo más difícil.

Me recuerdo a mí misma que estoy aquí para trabajar.

—Toma, campeón —le digo—. Esto es para ti. —Acaricio la bolsa con los dedos antes de entregársela. Luego cojo el balón y, sin mirarlo directamente, añado en dirección a Liam—: también podemos preparar algo para tu hermano. Seguro que le hace ilusión.

—Claro —responde Liam, asintiendo—. ¿Cómo se llama?

—Jake. Va a flipar cuando le cuente que te he visto.

Liam sonríe, y le firma el bajón antes de dárselo.

—Muchas gracias —nos dice su madre, estirando un brazo hacia su hijo.

Busco la bolsita de caramelos que le corresponde en la caja, pero

cuando la encuentro y tiro, algo no va bien. Está como encajada al cartón del fondo. Todo pasa demasiado rápido: un tirón fuerte, un equilibrio mal calculado, y varias bolsas pequeñas se deslizan por el borde de la caja, cayendo al suelo.

—Lo siento —murmuro, agachándome deprisa para recogerlas. Pero antes de que pueda estirar la mano, Liam ya está ahí, arrodillado a mi lado.

Sus dedos rozan los míos cuando alcanza una de las bolsas.

Un contacto mínimo.

Y, aun así, el corazón me golpea tan fuerte que temo que se me note en la cara.

—Toma —dice, tendiéndome la bolsa sin apartar la mirada.

La sujeto despacio, intentando que no me tiemble la mano. Me quedo en silencio, observando cómo recoge el caos que he provocado y vuelve a meter todo en la caja.

Yo me obligo a incorporarme y carraspeo, consciente de que Noah nos observa con curiosidad, y sé que no es el único. Puedo notar otras miradas sobre nosotros. Espero que solo lo hagan porque piensen que soy una torpe y patosa, y no porque se hayan dado cuenta de la electricidad que se ha generado cuando Liam y yo nos hemos tocado.

—Aquí tienes, Noah —digo, dándole su bolsa de caramelos.

Le acaricio el brazo con suavidad, me despido de sus padres, y me escabullo rápido hacia la otra cama, donde McKency y Williams están hablando con la niña.

El resto de la mañana me obligo a mantenerme en la esquina opuesta a donde está él. Y no vuelvo a mirar en su dirección. Ni una sola vez.

Jugada perfecta



LIAM

El vapor del baño se escurre por el pasillo con prisa por salir. Me rodeo la cintura con la toalla, aún con gotas resbalando por la espalda, y camino hacia la cocina sin molestarme en secarme del todo. Me arde el cuerpo, pero no tiene nada que ver con el agua caliente de la ducha. Es por esta última semana.

No, por el último mes y medio.

Nada más entrar al salón, veo a mi padre sentado en el sofá como si estuviera en su propia casa: cuerpo inclinado hacia adelante, los codos sobre las rodillas y el móvil entre sus dedos. La tele encendida con el canal de deportes de siempre llena el silencio incómodo que se instala en cuanto nos miramos.

—¿Qué haces aquí?

—¿Qué pasa? ¿Un padre no puede venir a ver cómo está su hijo?

Lucho por no resoplar y poner los ojos en blanco.

—Podrías haber avisado.

—¿Y perderme la oportunidad de ver tu cara de sorpresa? Qué va. —El bromear no es lo suyo—. ¿Qué tal el partido?

—Bien. Ya lo sabes —digo, señalando la tele.

Levanta la vista justo cuando repiten la jugada de ayer. Nevada, lluvia, barro, la rodilla gritando en cada zancada. Y, aun así, sonrisa de medio lado al cruzar la línea. Una sonrisa que ni recuerdo haber puesto. Nunca me acostumbraré a esto. Es... raro de narices verme desde fuera. Es como si ese tipo no fuera yo. Tan radiante y feliz. Como si ese *touchdown* no hubiese dolido. Como si no estuviese pagando, músculo a músculo, por cada yarda recorrida.

—Qué barbaridad. Estuviste que te saliste.

No le respondo. Solo camino hacia la cocina y me sirvo un vaso de agua. Siento el tirón en la rodilla al girar el pie, pero no dejo que se

note. No delante de él. Me apoyo en la encimera y bebo. El agua fría no sirve para mucho, pero me ayuda a entretenerme con algo.

—Dos *touchdowns*, ciento veintitrés yardas por tierra, treinta y cuatro en recepciones, ni un maldito *fumble* —recita las cifras de memoria—. Hacía mucho que no te veía así. Te han metido en el Top 3 de la jornada, ¿lo viste? Están diciendo que podrías llevarte el *Redzone Impact Award* si sigues rompiendo defensas como ayer.

Me arde la garganta. O tal vez es otra cosa.

—No corro por premios.

—Pero te pondría en el mapa de nuevo. Y, joder, a todos nos vendría bien eso; que el apellido Prescott vuelva a estar en lo alto.

A todos nos vendría bien. Ya.

Lo observo mejor. Su media melena oscura cada vez está más cubierta de canas, sus ojos grises están rodeados de arrugas profundas. Me recuerda al abuelo. Y esa idea me golpea fuerte, porque nunca pensé que llegaría este momento: el de verlo viejo.

¿La última vez que lo vi? Marzo, creo. Por mi cumpleaños. Me dio un apretón de manos que no duró ni dos segundos, soltó un comentario seco sobre mi lesión y se largó antes de que pudiera preguntarle si quería quedarse a cenar. Lo de siempre.

Y entonces, como pasa cada vez que lo tengo cerca, me asalta la misma pregunta, la que arrastro desde que tengo pelos en los huevos: ¿por qué hemos tenido siempre esta relación de mierda? He barajado todas las hipótesis posibles. Algunas más racionales, otras que solo servían para consolarme cuando era un crío. Pero la que siempre vuelve, la que más encaja, es la que empezó esa noche.

Había salido con James y mi primera novia. Estábamos en esa edad en la que todo es nuevo, pero nada lo parece. Llegué a casa un poco tarde, y lo encontré ahí, en su puto sillón de siempre, con una botella medio vacía de Whisky apoyada entre las piernas y una foto en la mano. Solo dijo, con la voz pastosa y la mirada perdida: *«No puedo ni mirarte. Me recuerdas demasiado a ella».* Y eso fue todo.

Pero bastó para explicarlo todo.

Intento no pensar en mi madre. Aunque tampoco es que tenga que esforzarme demasiado. No tengo mucho a lo que aferrarme. Se fue

cuando yo tenía cinco años. Cerró la puerta y no volvió a mirar atrás. Durante años esperé algún gesto. Una señal. Una puta postal. Pero nunca llegó nada. Y cuando crecí, cuando entendí lo que significaba desaparecer de esa forma, dejé de esperarla y empecé a culparlo a él.

Así que sí, esa es la gran teoría: él me odia porque soy la viva imagen de la mujer que se le escapó. Y yo lo odio por haberla alejado de nuestro lado.

—Esta noche hay celebración, ¿no? —dice, con un tono que intenta sonar casual, pero ambos sabemos que lleva planeando decirlo desde que llegó—. El nuevo local en Uptown. Zona VIP, buena música, patrocinadores por todas partes.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Me lo comentó el padre de Murray. Estuvimos hablando después del partido. Dice que el vestuario está fuerte este año. Que el entrenador confía en que lleguéis lejos.

Claro. Su círculo. Los que hablan de fútbol como si hablaran de inversiones. Y de sus hijos como si fueran acciones en las que conviene meter dinero.

—Bueno, ¿qué? ¿Salimos a celebrarlo?

—Tengo entreno mañana a las siete —digo sin darle más vueltas—. Y prefiero no parecer un zombi.

—Estará todo el equipo allí, hijo.

No soporto cuando me llama «hijo».

—Los *Rookies* tienen energía para esas cosas. Yo no.

—También es importante mantener una imagen. Ya sabes cómo funciona esto.

Sí. Sé cómo funciona. Lo sé desde que tenía quince años y salía a los partidos con treinta y nueve de fiebre porque él creía que perderse uno me haría parecer «débil».

No digo nada.

—No se trata solo de ahora —añade—. Es para cuando el fútbol ya no esté. Tienes que asegurarte algo más allá del campo. Ir construyendo un futuro.

—Tengo veintiocho. No cuarenta.

—Pero sabes que esto puede cambiar en cualquier momento. Es

mejor asegurarse por si…

—¿Por si la vuelvo a cagar?

No lo niega, ni se mueve. Solo me mira un segundo eterno.

—No necesito consejos de imagen —suelto, más cansado que molesto—. Para eso ya tengo un equipo. Gente que cobra una millonada por cuidar de mi reputación. Puedes descansar tranquilo. Estoy cubierto. —El dolor en la rodilla sube, pero me lo trago junto a otro trago—. Si querías a tu hijo estrella para exhibirlo en público, esta noche no va a poder ser. Tengo que descansar.

—Tienes razón. El partido contra los *Chargers* no va a ser fácil. Necesitan que estés fuerte. Ya sabes cómo aprieta Herbert si le das un segundo de ventaja.

—Claro.

—Otro día, entonces.

—Claro.

Se pone de pie, se alisa los pantalones y empieza a caminar hacia la puerta. Está a punto de irse cuando le suelto:

—Estuve en el rancho. El abuelo no dice nada, pero está cansado. Le he pedido a alguien que lo ayude con la casa y con las tareas. Al menos unas horas al día.

Me mira como si acabara de decir una tremenda estupidez.

—¿Más ayuda? Ya metimos dos jornaleros extra el año pasado.

—No es solo por el ganado. La casa se cae a trozos. Y el abuelo necesita compañía. La gente del pueblo dice que apenas sale desde lo de la abuela.

—Tu abuelo siempre ha sido un ermitaño. Meter a alguien más es un gasto innecesario. Deberías pensar en invertir ese dinero en cosas que te den algo a cambio.

Aprieto los dientes.

—No te preocupó tanto el dinero cuando me lo pediste para tu piso en el centro. —Silencio—. Te estoy informando, no pidiendo permiso. Es mi dinero, y hago con él lo que me sale de los huevos.

Él chasquea la lengua, ese gesto que hace para no explotar.

—Cuando te quedes sin un puto dólar y tengas que volver al rancho, espero que te compense haberlo tirado todo en ese agujero sin fondo. —Después de eso, abre la puerta y se marcha.

Me quedo apoyado en la encimera, con la mirada perdida y el vaso vacío entre los dedos, como si el silencio necesitara tiempo para asentarse.

¿Quedarme sin nada? ¿Volver al rancho? No suena tan terrible como él cree. Más bien suena a paz. A silencio.

Me agacho hasta el segundo cajón, y saco el bote medio vacío de analgésicos que debería haber repuesto hace días. Me tomo dos pastillas de un trago. No solo por la rodilla —que está ardiéndome—, sino por el dolor de cabeza que me ha dejado verlo.

Cruzo el salón arrastrando los pies, me dejo caer en el sofá con la toalla todavía y la cabeza apoyada en el respaldo. El cuerpo me pesa como si lo hubiera estado arrastrando por el campo toda la semana, y en parte, es verdad.

La tele sigue encendida. Y de pronto, sin buscarlo, la veo. Harper. La versión oficial. Habla en una entrevista breve con otra compañera pelirroja. Es lo típico, las *Rookies* siempre llaman la atención en su primer año. Harper dice algo sobre constancia, trabajo en equipo, el orgullo de formar parte del grupo. Lo hace bien, tan natural, que cualquier pensaría que lleva años en esto.

Después ponen imágenes de ellas animando en el partido. Nunca me habían llamado la atención las animadoras. Sí, todos sabemos lo que hay. Son guapas, están en forma, saben cómo moverse y tal. Pero eso nunca me ha hecho perder la cabeza.

Hasta ella.

Me quedo embobado viendo cómo le queda ese puto top ajustado, la forma en la que le sube el pecho al respirar, la curva exacta de su cintura bajo ese cinturón, las piernas infinitas rematadas por las botas blancas… Dios, no tiene ni idea de lo peligrosa que es. De lo que me hace.

Cada vez que se mueve así, me deja fuera de combate. Y cuando se agacha con esa pose en cuatro, lanza esa mirada a cámara… y sonríe, algo en mí deja de funcionar. O empieza a hacerlo, no estoy seguro. Todo mi sistema —nervioso, respiratorio, circulatorio y, joder, el reproductor también— se activa como si fuese la primera vez que veo a una mujer.

Mi polla palpita hacia arriba, levantando la toalla con ella.

Lanzo mi mirada abajo.

Tengo un problema con eso. Uno muy serio. Pero no hay manera de solucionarlo. Y no es que no haya intentado de todo…

Verla así, tan cerca y tan lejos al mismo tiempo, me está consumiendo. Y lo peor es que aparece por todas partes. En redes, en vídeos, en entrevistas. En mi cabeza. Y, hace unos días, a unos pasos de mí. Fue durante uno de esos eventos que organiza el equipo para quedar bien ante la prensa: fotos, autógrafos y sonrisas. Jugadores y animadoras en el mismo espacio, fingiendo que somos una gran familia feliz, cuando en realidad, fuera de cámaras, no nos permiten ni respirar en la misma dirección.

Harper estaba tan cerca que podía oler el perfume que usó en Cedar, ese a jazmín. Después de ese momento que tuvimos junto al pequeño, ella… ni siquiera giró la cabeza en mi dirección. Y yo fingí que no me jodía que no me mirase. Pero claro que me jode. Me jode tanto que no puedo pensar en otra cosa. Todo esto me tiene tenso, cabreado, frustrado. Y más cachondo de lo que he estado en mi puta vida.

De todas las personas en este planeta, ¿tenía que engancharme justo a la única que tengo terminantemente prohibido tocar?

Ni a propósito saldría un guion tan cruel.

Me he convertido en una versión de mí que no reconozco: el que se gira cada vez que oye una risa femenina por los pasillos del Astro Center. El que se ha abierto un Instagram, y mira cada vídeo nuevo de las RCC por si ella aparece de fondo, aunque sea medio segundo. El que se queda mirando la pantalla, esperando una señal que me diga: *«yo también me muero de ganas de tocarte, Liam»*.

Pero no pasa.

Me digo que es mejor así. Que ella sea tan profesional, que se proteja. Que yo también debería hacer lo mismo. Porque si nos descubren, lo arriesgamos todo. Pero otras veces… me pregunto si no la estoy perdiendo mientras intento proteger algo que, a estas alturas, ni siquiera sé si sigue siendo mío.

Dios. ¿Qué cojones estoy pensando?

Apago la tele.

Vuelvo a mirar hacia abajo y suelto una maldición. Mi polla sigue dura como una roca, latiendo bajo la toalla con una insistencia que ya roza lo humillante. Y no sirve de nada respirar hondo. Ni contar hasta cien. Esta mierda no se va.

No puedo creerlo… Otra noche más.

Otra puta noche más.

Me bajo la toalla, envuelvo los dedos con fuerza alrededor y cierro los ojos. La veo como si estuviera aquí, sentada a horcajadas sobre mí, con esos labios suyos jadeando y gimiendo mi nombre...

Me masturbo con los dientes apretados. No es solo necesidad. Es frustración. Es deseo contenido durante semanas. Y mientras el orgasmo me arranca el aire de los pulmones, mientras mi cuerpo se sacude con el clímax que ni siquiera me alivia del todo, rezo.

Sí, rezo.

Rezo con cada puta fibra de mi ser para no cometer una estupidez.

Desde la línea



HARPER

El autobús no es lo más cómodo para hacer un viaje de cinco horas, pero es lo que hay. Hoy jugamos fuera, contra los *Houston Texans*. Beth y yo vamos sentadas a mitad del pasillo, justo detrás de Jessica y McKency, que están apoyadas en los respaldos, dándose la vuelta para cotillear con nosotras, como si estuviéramos en una excursión del instituto en vez de a punto de animar en un partido de la NFL.

—Salgamos esta noche a celebrar la victoria —dice McKency, con una sonrisa que ya huele a tequila.

—¿No deberíamos, no sé… ganar primero? —dice Jess.

—Por eso. Lo manifestamos. Como dice Beth, ¿no? —dice ella. Su pelo afro con mechas claras apenas se balancea con cada bache, perfecto e intacto.

—¡Exacto! Yo nunca he estado en Houston y me apetece salir.

—Vale. Me apunto —añado. Seguramente sea mala idea, pero es normal dejarse llevar por la euforia colectiva. Llevamos tres victorias seguidas y una confianza que casi da miedo.

Las chicas se levantan a animar al resto del autobús. Beth se inclina hacia mí, bajando la voz hasta convertirla en un susurro que solo yo pueda oír.

—¿Te has enterado de que a Jess casi la dejan fuera de este partido?

—¿Qué? —Parpadeo, sorprendida—. No. ¿Por qué?

—Salió el sábado por la noche. A esa discoteca de Uptown donde van muchos jugadores. Amanda vio las fotos y se lo chivó a Terry.

—¿Se acercó a alguno de ellos o qué?

—No. —Se encoge de hombros—. Pero da igual.

—¿Entonces? —Frunzo el ceño—. ¿Por salir a tomar algo?

Beth hace un gesto con la barbilla, asegurándose de que nadie la escucha.

—Fue una idiota. ¿Sabes qué habría pasado si coincidía con alguno del equipo? Aunque sólo se cruzaran en la puerta… Jess no volvía a ponerse el uniforme.

—Vale, pero… tampoco hizo nada. Solo salió un rato.

—Pues precisamente. —Su tono suena casi impaciente—. Si tienes mil sitios donde ir, ¿por qué eliges justo ese?

—Ni que la discoteca fuera propiedad de ellos. No sé, a veces se pasan con tantas normas.

—Si quieres este trabajo, tienes que demostrar que puedes cumplirlas. Todas.

—Ya.

Miro por la ventana mientras la carretera se alarga sin final. Si a Jess casi la apartan solo por pisar una discoteca que ellos frecuentan, yo ya estaría fuera hace semanas si alguien supiera… bueno, si supieran la mitad de lo que he hecho.

Una parte de mí sabe que esas normas existen por algo; que todas las aceptamos cuando firmamos el contrato. Pero otra parte —la que no deja de retorcerse en el fondo del estómago— piensa que es absurdo. Que no puede ser que tengamos que pedir permiso hasta para respirar.

—Mi último *reel* ya tiene treinta y dos mil visualizaciones.

—¿El de «un día siendo una RCC»? —pregunto, volviendo mi atención a ella—. Normal que tenga visitas. Salgo yo. El contenido de calidad siempre arrasa.

—No te creas. Creo que fue el plano de tus bragas tiradas en el vestuario lo que marcó la diferencia.

—¡Nadie se fijó en eso!

—Claro que no. Tu ropa interior de Disney pasó completamente desapercibida…

Nos reímos. Ella cambia su app a otra que analiza los datos.

—¿Entonces… lo de Instagram te está funcionando?

—Poco a poco. Kylie me dijo que a ella le llevó dos meses conseguir su primera colaboración pagada. Pero Kylie tiene más de medio millón de seguidores.

—Y lleva cuatro años en el equipo. Es casi la imagen.

—Literal.

Muchas de las veteranas se han montado su propio negocio digital: colaboraciones con marcas, *stories* promocionando desde batidos *detox* hasta pestañas postizas. No se están haciendo ricas, pero con el sueldo base de RCC, ese dinero extra marca la diferencia entre pagar el alquiler o comer cereales a final de mes.

Terry no para de repetirlo: nuestra imagen es parte del negocio. Y cuanta más visibilidad tengamos, mejor. Al principio me parecía irrelevante, pero ahora… ahora entiendo por qué lo dice. Esto no es para siempre. Nadie te garantiza otra temporada. Y si no aprovechas esta, te quedas sin oportunidad.

—Voy a tener que empezar yo también.

Beth me mira durante medio segundo.

—Sí. —Sus uñas repiquetean en la pantalla—. Siendo animadora no te vas a hacer millonaria…

—¿Ah, no? Y yo que me apunté a esto por la pasta…

—Eso y el uniforme. Es como un imán para tíos buenos.

—Y para pervertidos.

—Hombres. —Suspira, poniendo los ojos en blanco—. Por cierto, hablando de hombres… ¿has sabido algo más de tu cowboy?

—Ah, qué va. Ni me acordaba de él.

Mentirosa. Mentirosa. Mentirosa.

—Tía, pero si parecías bastante enganchada.

—Bah. Lo último que necesito es engancharme a un tío ahora.

Y lo digo con la naturalidad de quien se cree su propia mentira, como si no llevara semanas enteras revisando cada maldita noticia que sale sobre él, luchando por no girar la cabeza cuando lo tengo a veinte metros en la línea de banda. Como si no hubiese estado a punto de perder el control en el evento benéfico de hace dos semanas, con todas esas cámaras, las sonrisas y sus ojos clavados en mí aunque fingiera no verlos.

Pero, claro, Beth no sabe que *mi cowboy* es Liam Prescott.

Ella me mira durante unos segundos. Luego asiente, sin decir nada, y sigue con el móvil. Yo hago lo mismo. Deslizo el dedo por la pantalla con la esperanza de distraerme con cualquier cosa: un vídeo

gracioso, un post absurdo, cualquier tontería. Pero en cuanto abro la aplicación, ahí están los mensajes. Una lista interminable de notificaciones que he ignorado durante días.

No pienso abrirlos.

No pienso volver a leer ni una sola palabra.

Vuelvo a bloquear el teléfono y lo dejo boca abajo sobre mi muslo, intentando que Beth no note cómo me tiemblan un poco las manos.

El autobús se detiene en el aparcamiento del estadio y todas nos ponemos en marcha. Afuera nos espera un campo enemigo, gradas llenas de camisetas contrarias y un equipo que nos odia por sistema. Terry nos lanza su mirada —esa que podría hacer llorar a un *quarterback* de dos metros— y nos dice que bajemos.

El vestuario visitante es más pequeño que el nuestro. Nos preparamos con la rutina de siempre: maquillaje, pelo, uniforme, calentamiento. Las chicas se agrupan, algunas con los cascos puestos, otras repitiendo la coreografía juntas, como si no la hubiésemos ensayado quinientas veces este mes.

Yo debería estar repasando también. Pero no. Porque tengo la boca seca. No por el público, ni por las cámaras, ni por las patadas, ni por los posibles tropezones con las botas. Es por lo que sé que va a pasar en cuanto estemos dentro. En cuanto me mire.

Porque me va a mirar. Siempre lo hace. La primera vez pensé que era paranoia; la segunda, que estaba buscando a alguien más. Pero ahora lo sé. Sé que cuándo mueve la cabeza en mitad de la formación y sus ojos recorren la línea de animadoras, es para dar conmigo. Y lo peor de todo es que me gusta que lo haga. Me gusta demasiado.

No tardamos en salir al campo, con los pompones en alto, las sonrisas en piloto automático y el estadio rugiendo desde cada esquina. Es el *NRG Stadium* de Houston, pero podría ser el maldito Coliseo romano de lo alto que suenan los gritos.

Los jugadores ya están alineados, saludando, chocando manos. Veo el dorsal 21 moverse en la periferia de mi visión y me obligo a mirar a cualquier otro lado. Me centro en el ritmo, en la coordinación, en seguir agitando el pompón como si mi vida dependiera de ello.

Uno, dos, tres... sonríe, Harper. Salta. No lo mires.

Pero lo hago.

En mitad de una pausa, mis ojos vuelan en su dirección. No me cuesta distinguirlo. Es fácil, con esos noventa kilos de músculo, ese andar lento y seguro que hace que parezca que el campo es suyo y de nadie más. Ese cuerpo… joder, ese cuerpo que no debería tener permitido enfundarse ese uniforme de los Redstone Cowboys. Porque le queda… Dios, le queda como una segunda piel. Se le marca todo. Y cuando digo todo, me refiero a *todo*.

Está hablando con Taylor Jackson, el *LB* del equipo. No parece darse cuenta de que me lo estoy comiendo con los ojos desde la distancia. Hasta que gira la cabeza en mi dirección. No sé si me está sonriendo a través del casco o si me lo estoy imaginado, pero algo en mi estómago se contrae como si sí.

Miro al frente, fingiendo que no ha pasado nada.

Es patético lo fácil que me enciendo solo con mirarlo. Cómo un simple giro de su cabeza en mi dirección es suficiente para que se me encoja el estómago y tenga que apretar los muslos porque ya estoy temblando por dentro. Imaginando esos brazos anchos rodeándome, su mano grande enredada en mi cuello mientras me sostiene contra su pecho, mientras me aferro a su espalda y él me folla sin compasión.

El partido empieza. Cada jugada retumba en el estadio como si estuviéramos en una final. La defensa está fuerte, el ataque confiado. Los Redstone están dominando esta primera parte. Yo aplaudo desde la banda, grito, agito los pompones con la sonrisa más grande del mundo y choco con Beth en cada touchdown.

No hay nada que se parezca a esta sensación de euforia. Nada.

Y entonces, de pronto, el sonido cambia. No hace falta mirar al campo para saber que algo no va bien. El rugido de euforia del estadio se corta; se convierte en un murmullo denso, como si miles de personas se quedaran sin aire a la vez. Un segundo después, la pantalla gigante del estadio cambia de plano. Atisbo a ver unos segundos. El placaje, la caída al césped de Liam.

Se me paraliza el cuerpo y dejo de respirar.

Varias animadoras han dejado de moverse también. Kylie no nos dice nada, y eso lo confirma todo: lo que ha pasado ha sido serio.

Intento fingir que me afecta igual que al resto, que solo me importa porque soy parte del equipo y estoy preocupada por nuestro RB.

Pero no es por eso.

Porque yo no veo a nuestro corredor, veo a Liam.

Y el equipo, ahora mismo, me importa una mierda.

Tarda en levantarse. O eso me parece a mí. Cada segundo aumenta el nudo en la garganta que no sé tragar. Y cuando por fin se pone en pie y camina por su propio pie hasta la banda, siento el alivio treparme por la columna.

El mundo retoma su ritmo, como si alguien hubiera presionado el botón de «*play*» otra vez. Kylie da una palmada, clara señal de que debemos reanudar la coreografía. Pero yo no me muevo.

Necesito un segundo más.

Desde el otro lado del campo —demasiado lejos, con el casco puesto y el cuerpo aún inestable por el impacto—, él gira la cabeza. No puedo ver su expresión, ni sus ojos. Pero lo siento. Un segundo de contacto visual a través de la distancia, pero ese segundo lo es todo. Porque, aunque no puedo leer su cara, atisbo un gesto. Un movimiento mínimo.

Asiente.

Una vez. Muy leve.

Y con eso… vuelvo a respirar. Vuelvo a sentir mis piernas, mis manos, la presión del pompón en los dedos.

Las demás ya están en posición, y yo me recoloco y hago lo que se supone que debo hacer: me muevo, salto y sonrío. Como si nada hubiera pasado. Como si no acabara de sentir el miedo meterse bajo mi piel.

Zona de contacto



LIAM

Tendría que irme a casa. Debería descansar después de este día: entreno, charla del entrenador al equipo, revisión de mis últimas radiografías con Greg. Pero algo me retiene. Quizá sea el silencio del Astro Center a estas horas, esa calma que se instala cuando todos se han ido y las luces entran en modo ahorro.

Me gusta cuando se queda vacío, solo para mí.

Y me gusta aún más la idea de nadar un rato.

No voy a la principal, prefiero la de fisioterapia. Más pequeña, más tranquila y escondida detrás del ala este. La mayoría del equipo ni siquiera sabe que existe, o si lo sabe, la evita porque parece sacada de un hospital. Pero a mí me da justo lo que necesito: agua, silencio y espacio para pensar sin que nadie me moleste.

Me siento en el borde, dejo que los pies se hundan y me tomo un minuto para respirar. Luego me dejo caer y dejo que el agua haga el resto. Nado. Sin objetivo, sin ritmo marcado. Solo eso.

Brazo, respiración, patada. Repetir.

No pienso en el partido. Ni en las estadísticas. Ni en Papá, que seguramente ya me ha mandado algún mensaje con los enlaces de las páginas web donde hablan de mí «gran regreso». Tampoco pienso en el dolor punzante de la rodilla, ni en la presión que nos ha metido el entrenador esta tarde con el partido del jueves contra los *Falcons*. Solo avanzo. Una línea recta. Ida y vuelta. Sin parar.

Cuando mis brazos empiezan a pesar y mis pulmones a exigir una tregua, me detengo en uno de los extremos del fondo. Me apoyo en el borde, la cabeza fuera, y dejo que el agua me cubra los hombros. Cierro los ojos. Escucho cómo se calma todo a mi alrededor.

Hasta que… *Clac.* Una puerta se abre.

Mi cuerpo reacciona sin pensarlo. Me hundo un poco,

instintivamente. Entrecierro los ojos, la distancia me impide ver con claridad. Solo distingo una silueta entrando. Toalla en mano.

No puede ser.

Harper.

¿Qué coño hace aquí?

Se mueve despacio, arrastrando los pies. Parece agotada, exhausta más bien. Se recoge el pelo con un gesto torpe, sin fuerzas ni para apartar bien los mechones que le caen por la cara. Luego se quita la camiseta sin mirar a su alrededor.

Lleva un bikini negro, sencillo, sin florituras. Ni nada que pretenda llamar la atención. Pero lo hace. Lo hace de sobra. Me bastan dos segundos para que la cabeza se me llene de imágenes. Y otro más para que *todo* mi cuerpo entre en tensión.

No debería estar mirándola. Joder, llevo semanas intentando convencerme de ello. Semanas repitiéndome que esto no puede pasar, que hay una cláusula, una distancia profesional, una maldita frontera que ni ella ni yo podemos pisar. Y aun así… aquí estoy.

No me muevo. Ni un milímetro. Como si quedarme completamente quieto pudiera congelar este momento, hacerlo durar un poco más. Porque sé lo que pasa después: en cuanto me vea, en cuanto se crucen nuestras miradas, el hechizo se romperá. Pasa en el estadio, en los pasillos del Astro Center, en los eventos.

Siempre es igual: nuestras miradas se cruzan, se reconocen, y por un segundo todo lo demás desaparece. Todo lo que está mal deja de importar. Pero después de ese segundo, vuelve la realidad, seca e implacable: no podemos estar juntos. Ni desear lo que claramente deseamos. No sin consecuencias.

Se acerca al borde y se lanza al agua con un salto perfecto, olímpico. Desaparece durante unos segundos, y luego emerge cerca de mí. Gira la cabeza y me ve. Tarda un momento en procesarlo, pero cuando lo hace, sus ojos se abren de golpe, el cuerpo se le sacude con un respingo y el grito que suelta rebota por toda la sala con más fuerza de la que probablemente pretendía.

Me cuesta no sonreír. Tanto que ni lo intento.

—¡JODER! —exclama, llevándose la mano al pecho. Su tono es alto, pero en cuanto el eco rebota en las paredes, baja la voz

recordando dónde está—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento. No quería interrumpir.

Se muerde el labio, y mira hacia la puerta. Luego me mira a mí. Y lo repite. Decidiendo de qué lado de la línea quiere quedarse.

—¿Qué haces aquí? —pregunta en voz baja, en un susurro.

—Nadar.

Esa cara ya se la he visto antes, cuando no le cuadra algo.

—Pensé que los jugadores no usabais esta piscina.

—Y no lo hacen. Salvo los que han pasado un año entero en fisioterapia.

La forma en la que su rostro se suaviza me desarma. Se le borra el ceño fruncido desconfiado, y aparece otra cosa. Preocupación. La misma que tenía en Houston. Esa caída me dejó la rodilla ardiendo. El golpe fue seco, punzante. El esfuerzo que hice por levantarme sin mostrar lo que dolía… fue de los más jodidos que recuerdo. Pero lo conseguí. Me levanté, caminé hasta la banda, y cuando giré la cabeza, su cara fue lo primero que busqué.

Ni al entrenador, ni al fisio, ni a los médicos. A ella.

Nunca he soportado que la gente vea mi dolor. Me envenena. Me hace sentir débil, expuesto. Pero aquella vez... Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano por no acercarme a ella en medio del campo, cogerle la cara entre las manos y decirle que estaba bien. Que podía dejar de mirarme así. Que no me pasaba nada.

—¿Estás bien? —pregunta—. ¿La rodilla…? ¿Te duele?

—Hoy no —respondo. Y aunque suena más seco de lo que pretendía, no hay dureza en mí esta vez. Solo una especie de agotamiento. De hartazgo.

—Lo siento. No quería…

—No, no pasa nada —la interrumpo, llevándome una mano a la nuca para aflojar la tensión que se me ha instalado ahí desde hace días—. Es solo que a veces… cansa. Que todo el mundo me mire como si yo fuera eso, ¿sabes? Una rodilla con patas. A veces duele, otras no. Hoy es uno de los buenos.

Ella asiente, despacio. Y mientras lo hace, una gota de agua le resbala por el cuello, deslizándose por su clavícula hasta perderse bajo el borde del bikini. Un bikini que no tiene nada de especial. Y

aun así… me parece la prenda más peligrosa del puto planeta.

Ella inspira, levantando sus tetas con el movimiento y… entonces lo veo, sus pezones duros, marcando la tela húmeda.

DIOS, AYÚDAME.

Me aclaro la garganta.

—¿Y tú? —pregunto, obligándome a mirarla a los ojos, no a su boca, ni más abajo—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

Lo que no digo, pero está flotando entre líneas, es que no debería estar aquí. Esta zona es solo para jugadores. Lo sabe. Igual que yo sé que debería haberme ido hace dos minutos.

—Acabamos de terminar una sesión extra con Terry. Quiere que el jueves esté todo perfecto. Nos ha tenido más de cuatro horas repitiendo la misma coreografía. —Hace una mueca. No me extraña, sé el carácter que tiene esa mujer. Yo la evito siempre que puedo—. No me siento las piernas. No sé ni cómo me las he apañado para llegar hasta aquí.

—Sí… conozco esa sensación.

Ella asiente, se humedece los labios con la lengua, y algo se me enciende en la base de la columna.

—Necesitaba un baño. Pensé que no me encontraría a nadie a esta hora. Y esta piscina… bueno, parecía zona libre de testosterona.

—Tranquila. Está despejado.

Me lanza una mirada demasiado cargada para mi autocontrol.

—Excepto por ti.

¿Cómo es posible sentir tanto calor estando bajo agua?

—Yo soy inofensivo.

—Ajá. ¿Me lo dices mirándome a los ojos, vaquero?

Mi mirada salta a su cara al instante, a esa sonrisa suya.

Se me escapa una risa. Increíble, teniendo en cuenta que hace media hora tenía el cuerpo al límite y la cabeza peor. Pero con ella es fácil despejarme. Sabe exactamente qué hacer para aflojarme los músculos. Joder, ni los masajistas con sus manos mágicas consiguen relajarme así.

El problema, el maldito problema, es que su mirada me excita igual o más que sus pezones. Y su boca… Joder, esa boca. Me la imagino alrededor de mi polla, húmeda y abierta, tragándome hasta el fondo

mientras esos ojazos se clavan en los míos. La fantasía me atraviesa tan de lleno que tengo que contener un gruñido.

Inclina la cabeza, como si pudiera leer cada pensamiento que estoy teniendo. Su lengua asoma y se humedece el labio inferior, dejando un brillo que me hace querer inclinarme y lamerlo.

—Mierda, Harper… —Me sale más un gemido que un susurro.

Ella parpadea, con esa mezcla de inocencia fingida y picardía que me vuelve completamente loco, y muerde la esquina de su labio, como si necesitara algo donde sostenerse. Porque sabe que está jugando con fuego. Que los dos lo estamos haciendo.

Mi polla late bajo el bañador con una presión que me duele. Quiero alzar la mano, rodearle la nuca y tirar de ella hasta que esos labios sean míos. De una vez.

Estoy a punto de hacerlo, cuando su mirada se desvía hacia la puerta un segundo.

—Debería irme —murmura.

—No. Quédate —respondo—. Me voy yo. Ya he terminado.

Pero ninguno de los dos se mueve. Nos quedamos así, respirando despacio, recorriendo el cuerpo del otro con la mirada, sin pudor. Lento. Deliberado. Tanteando los bordes de una línea que ninguno se atreve a cruzar del todo.

El agua nos mece despacio, como si tuviera voluntad propia y se estuviese hartando de este juego y quisiese vernos caer de una vez. Noto cómo su rodilla roza la mía, y solo puedo pensar que, si se acerca un milímetro más, voy a meter la mano bajo su bikini, sentir cuánto me desea y tomar lo que llevo semanas soñando.

—No puedes mirarme más así —dice de pronto.

—¿Así cómo?

—Lo sabes muy bien.

—No. No lo sé —respondo, aunque sí que lo sé.

—Hablo en serio. Es difícil… si me miras así todo el rato.

—Créeme, Harper. Llevo semanas haciendo todo lo posible por no mirarte. Por no hacer lo que de verdad quiero hacer…

—Tienes que hacerlo. —Mi corazón se detiene un segundo. Después, acelera como si le hubieran quitado el freno—. Evitarlo, digo. Tarde o temprano alguien se va a dar cuenta de que lo haces.

—¿Crees que no lo he intentado todo ya? Cada vez que salgo al campo, intento no mirar en tu dirección, fingir que no estás a veinte metros de mí, con ese maldito mini pantalón. Intento centrarme en el puto juego, joder. Te juro que lo intento… Pero, ¿tú te has visto? —Mi mirada va desde sus ojos que me recuerdan a la miel, densa, dorada, tan dulce que empalaga, hasta sus pezones. Y de pronto, no sé por qué, me imagino esa miel cubriéndolos, deslizándose despacio por su piel—. Eres lo más exquisito que he visto en mi vida. Y por mucho que lo intente… por mucho que me mate a recordarme que no puedo tenerte… no consigo dejar de desearte.

Aprieto las manos bajo el agua, cerradas en puños. Porque si las saco, voy a tocarla. Y si la toco… no voy a poder parar hasta pasado mañana.

—Todo esto es por el morbo a lo prohibido, ¿sabes? —empieza, evitando mirarme—. Tiene su explicación. Es algo químico. Dopamina, adrenalina… toda esa mierda. El cerebro convierte lo prohibido en una especie de premio. Se activa el sistema límbico. Lo leí en uno de esos artículos científicos.

Hay una parte de mí que se calma. Porque eso significa que no soy el único al que esto le consume la cabeza; que ella también ha estado buscándole sentido a lo que nos pasa. También ha querido entenderlo. Explicárselo.

No le digo lo que estoy pensando. No le digo que esto no tiene nada que ver con la dopamina ni con el puto sistema límbico; que no es por el morbo de lo prohibido ni por el cóctel químico que suelta el cerebro cuando algo no está permitido. Porque, Dios… yo ya estaba así antes de saber quién era. Ya me pasaba en la caseta, con ella riéndose de una tontería, sacándome la única sonrisa sincera que había tenido en meses. Esto no se activó cuando supe que era imposible.

Pero le sigo el rollo, porque si fingir que es algo biológico, algo explicable, algo pasajero, nos ayuda a no cruzar esa línea… supongo que vale la pena intentarlo.

—Así que esto… —digo, señalándonos—. ¿Es solo porque es prohibido?

—Exacto.

—¿Y ese artículo también decía cómo se desactiva?

Ella suspira y asiente con la cabeza.

—Sí. Había una lista.

—¿Y?

—No compartir espacios.

—Estamos jodidos.

—No pensar en esa persona.

—Más jodidos aún.

—Evitar el contacto visual.

—Mierda.

Sus ojos se clavan en los míos. Un segundo, dos… no los cuento. Sólo sé que no parpadea. Ni yo.

Nuestros cuerpos se acercan, atrayéndose por el vaivén del agua. No sé si es ella la que va a acercarse… o yo. Pero alguien lo hará. Eso está claro. Porque en este momento, con su pelo mojado cayéndole por el cuello, sus labios rosados entreabiertos y mis ganas gritando, estamos peligrosamente cerca de romper todas las putas normas.

—¿Y el contacto físico…? —le pregunto en voz más baja.

—Prohibidísimo.

Mi mano sube, con toda la calma del mundo, y se posa en su pecho, justo sobre el hueso del esternón. Noto cómo le tiembla la respiración bajo la palma. La piel húmeda, caliente.

—¿Ah, sí? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

Aprieta los labios mientras mi pulgar se mueve en un roce lento. Mi mirada baja, clavándose en la hendidura perfecta que separa sus dos tetas. El agua resbala en finas gotas por ese hueco estrecho y suave, que sube y baja cada vez más rápido.

—¿Ni siquiera un poco? —Mi pulgar resbala, rozándole el pezón apenas. El temblor que le cruza el cuerpo me enciende algo que llevo semanas conteniendo.

—Prescott…

—Liam —la corrijo al instante. Es un reflejo.

Ella esboza una sonrisa, pero es débil, herida.

—No puedo. Y lo sabes.

—Me da igual. Prefiero que me echen del equipo hoy mismo antes

de que vuelvas a llamarme así.

Harper deja escapar un pequeño jadeo, apenas un susurro, pero suficiente para que la última fibra de autocontrol se vaya al carajo.

Me inclino…

El chirrido de la puerta abriéndose revienta el silencio.

No lo pienso, actuó. La agarro por la cintura e intercambio nuestros lugares, pegándola al bordillo, cubriéndola con el pecho mientras apoyo las manos a cada lado de su cabeza. Ella se hunde más en el agua, y sus brazos se aferran a mi abdomen como si le fuera la vida en ello.

Joder. Es que… *joder*.

Soy más consciente de su cuerpo que del mío. Más de lo que lo he sido de cualquier otra persona en mi puta vida. Sus dedos están calientes, pero el calor que me atraviesa la espalda no tiene nada que ver con la temperatura. Me abrasa. Me hace cerrar los ojos un segundo para no perder el control.

Mi erección queda atrapada entre sus muslos, separada solo por la delgada barrera de su bikini y el bañador que llevo puesto. El agua se sigue moviendo, creando pequeñas olas que se estrellan entre nosotros con un golpeteo suave, insistente, *delicioso*.

—Perdón —dice una voz al fondo—. He escuchado un ruido y quería asegurarme de que…

—Todo bien. Solo estoy yo —respondo, rápido. Me da igual el tono, solo quiero que se marche.

—Pero…

—Prefiero seguir solo, gracias.

—Claro. Disculpa.

Pasos. Una puerta que se cierra demasiado fuerte. Y silencio.

—Has sido un borde —murmura ella, sin apartarse.

—Bueno, era eso o dejar que nos pille.

Sus dedos siguen sobre mi piel. O los míos sobre los suyos. No sé. Me cuesta distinguir dónde termina ella y dónde empiezo yo. Solo sé que tiemblo. O tiembla ella. O ambos.

Su respiración roza mi piel. Su frente descansa sobre mi pecho. Y yo tengo que concentrarme en no bajar las manos. En no hacer lo que llevo semanas queriendo hacer.

Sus ojos se mueven hacia la puerta. Y lo veo. El instante exacto en el que recuerda dónde estamos, quiénes somos y todo lo que no podemos hacer. Como si alguien hubiera desenchufado la corriente. Y lo sé. Tengo que largarme de aquí.

Me sujeto al bordillo y salgo del agua justo a su lado. El cuerpo me pesa, pero no es solo de cansancio. Es otra cosa. Algo más jodido. El recordatorio de lo que acabo de hacer. O peor: de lo que estaba a punto de hacer.

¿En qué cojones estaba pensando? Ese portazo ha sido algo más que una interrupción: ha sido una advertencia. Llámalo señal, destino, universo o protocolo de emergencia. Pero sería un gilipollas si no le hago caso.

Tengo que parar esto.

No puedo permitir que se me vaya de las manos.

Me acerco a la toalla, la cojo y me la paso por los hombros.

—Has dicho que hoy no te dolía la rodilla —dice ella desde detrás.

Frunzo el ceño sin girarme del todo.

—¿Eh?

—Te duele al apoyarla.

Me vuelvo para mirarla. Ella sigue en el agua, quieta, con los brazos cruzados sobre el borde, observándome como si me hubiera calado desde el primer paso que di fuera del agua.

Es alucinante.

He perfeccionado el arte de disimular el dolor. Puedo engañar a Greg, al entrenador, a mi propio padre. Pero no a ella.

—No lo hace —miento, con una media sonrisa—. Hoy no.

Ella ladea un poco la cabeza.

—Si eso es que no te duele… no quiero ni imaginar cómo será cuando sí. ¿Los médicos lo saben?

—No te preocupes. Estoy bien.

—Liam… —Mi nombre en sus labios me atraviesa.

Sonrío. Es la primera vez que lo dice desde aquella noche.

—Usa la piscina las veces que quieras. Nadie se dará cuenta, y menos a estas horas. Yo no vendré más.

Y entonces, justo cuando me giro para marcharme, la veo. Solo un segundo, pero me basta. El gesto fugaz que cruza su cara:

decepción. Desaparece tan rápido como llegó, pero me deja clavado al suelo. Porque eso es lo peor de todo: saber que yo no soy el único que se queda con las malditas ganas.

—No hace falta. Tu rodilla la necesita más que yo.

Empiezo a caminar hacia la puerta, pero antes de abrirla, su voz vuelve a alcanzarme:

—Envíame un mensaje… cuando vayas a venir. Para no coincidir.

Me detengo. No giro la cabeza. No me atrevo.

Pero sonrío.

—Vale.

Y entonces me voy. Porque sé que si me quedo un segundo más, vuelvo a saltar al agua. Y esta vez, hago de todo menos *nadar*.

Tormenta



HARPER

El partido de mañana es en casa. Lo que significa que puedo permitirme el lujo de dormir hasta las ocho. Un privilegio, teniendo en cuenta que cuando jugamos fuera el despertador suena a las cuatro, hay que estar en el aeropuerto a las seis y fingir que tienes energía desde antes de que amanezca.

Estamos en la semana seis de la NFL. Este mes ha sido una locura: Redstone va 5-1, y Dallas entera está eufórica. Desde que ganamos a los *Falcons*, no hay cafetería, gasolinera o peluquería que no tenga una porra abierta sobre si llegaremos a la Super Bowl.

La sartén chisporrotea justo cuando suena el timbre. Dejo la cuchara en el borde de la encimera, me limpio las manos en el primer trapo que encuentro —que probablemente lleva días pidiendo un lavado urgente— y voy hacia la puerta.

¿Quién será a esta hora? No espero a nadie. No he pedido nada.

Cuando abro la puerta, la que me recibe al otro lado es Chloe. Con su moño perfecto, su blazer crema, y esa sonrisa demasiada dulce para ser espontánea.

—Perdona, ¿has visto a mi hermana mayor? Alta, morena, con un humor de perros y un nefasto sentido de la vergüenza. Lleva semanas desaparecida.

—Muy graciosa. ¿Qué haces aquí?

—Paseaba por la zona y he venido a comprobar que sigues viva.

—Tú no paseas, Chloe. A menos que haya una tienda con rebajas al final de la ruta.

Le abro paso con un gesto, y Chloe entra.

—Huele a comida. Eso es señal de que sigues viva. Dime que estás preparando tu famoso pollo *tikka masala*.

—¿Sabes que compro la salsa en el súper, no?

—Pues es tu mejor receta.

—Mi única receta, dirás.

Se deja caer en uno de los taburetes de la isla y cruza las piernas con una elegancia completamente innecesaria. Yo vuelvo al fuego y me limito a remover el pollo de la sartén antes de que pase de crujiente a carbonizado.

—Es imposible verte.

—He estado liada. Esta semana tuvimos cuatro entrenamientos, dos eventos, un simulacro de partido y dos sesiones de fotos. Y eso sin contar que sigo llevando las redes de la empresa. Y durmiendo. Bueno, cuando me acuerdo de que dormir es una necesidad básica.

—Mañana jugáis en casa, ¿no?

—Vaya, qué nivel. Ya eres toda una *groupie*.

—¿Has visto? No me pierdo ni un partido. Hasta grito cuando sales en pantalla.

—Bueno, al menos alguien de la familia me ve…

—Papá y mamá también. No dijeron nada cuando puse el partido el domingo, pero se quedaron viéndolo conmigo. Y mamá me fue a enseñar una foto en su móvil, y vi que tenía guardados tus vídeos, así que está claro que los ve.

—¿En serio? Pues siguen hablándome en monosílabos.

—Dales tiempo. Primero se van a hacer los suecos. Luego fingirán demencia. Y al final harán como que todo ha sido una fase. Como cuando les dijiste que querías ser… ¿Qué fue a los dieciséis? ¿Pintora? ¿Bailarina de ballet? Ah, ya me acuerdo: cantante. Joe, hermanita… a estas alturas me sorprende que no hayan reservado cama fija en Urgencias.

—No estoy de humor para hablar de eso. —Dejo de remover el pollo y la miro—. ¿Por qué has venido en realidad? Y no me digas que estabas «por aquí». Vives en la otra punta de la ciudad.

—Porque hace mucho que no hablamos en condiciones y no quería que eso siguiera así. Y porque la última vez que nos vimos… bueno, no fue precisamente nuestra mejor noche. Lo siento por la encerrona. Te juro que no quería meterme en medio de nada. Solo… pensé que Liam te gustaba. Y quería hacer algo bueno por ti. Por los

dos, en realidad. No volveré a hacer de celestina, lo juro. —Alza el meñique como si estuviéramos en primaria.

—Fue una cagada, sí, pero ya está olvidado.

Ella asiente, y deja escapar un suspiro que parece haber estado aguantando desde que cruzó la puerta.

—Entonces… ¿estamos bien? —Asiento, echando más sal a la salsa —. Menos mal… Porque estaba preocupada, ¿sabes? Apenas respondes mis mensajes, ni siquiera me mandas *TikToks*.

—Ya te he dicho que no tengo tiempo para nada.

—Bueno, pero tiempo para grabarte sí que tienes —dice, lanzándome una mirada. Después, sonríe—. Pero te lo perdono porque me encanta que hayas decidido empezar a subir contenido. Me sale tu último *reels* cada dos por tres. Todo el mundo lo comparte. ¿Cómo te sientes al saber que medio planeta piensa que eres divertidísima?

—Sí, claro —resoplo—. Súper divertido ver lo torpe que soy.

—Tiene su punto, sí. Pero lo que a la gente le encanta son tus comentarios. —Se ríe—. Te juro que casi lloro cuando empezaste a farfullar porque te manchaste el pelo con la base.

—¿Y eso… gusta en serio? —pregunto, de verdad sorprendida—. Pensaba que lo compartían para reírse de mí.

—No, tonta. Bueno, habrá una parte que sí. Pero a la mayoría les gustas por tu humor raro, tu caos… y porque no finges que eres perfecta. Eso se nota. Sobre todo viendo cómo tienes la casa… — deja la frase en el aire, pero la mirada lo dice todo.

Sigo su línea de visión y, sí. Entiendo por qué pone esa cara. Los vaqueros siguen colgados en el respaldo del sofá, la mesa del comedor es ahora mismo una zona de guerra entre papeles, bolsas y alguna taza de café olvidada. La colada está en la butaca. Doblada, eso sí. Bueno, casi. Vale, no está doblada, pero técnicamente está limpia.

Mi apartamento no es gran cosa, pero me gusta. Está en una urbanización tranquila, a media hora del centro. Tiene suelos de madera, paredes blancas, una cocina americana y un sofá gris al que le faltan dos cojines desde la última mudanza. Normalmente parece más hogareño. Pero ahora parece más un campamento base que

una casa.

—Estamos en plena temporada. Es lo que hay. Ya limpiaré en febrero —respondo, encogiéndome de hombros—. ¿Te vas a quedar a cenar?

—Me muero de hambre.

—Genial. Pues ayúdame con la ensalada.

—¡Hecho!

Abre la nevera y empieza a sacar ingredientes. Menos mal que hice la compra ayer, porque si llega a aparecer el lunes se habría encontrado con una nevera más vacía que mis ganas de madrugar. Solo sobrevivían la leche, los huevos y ese yogur de kéfir que sigo comprando por culpa de Julie, que está convencida de que es milagroso para mi digestión. Y de momento no me ha servido.

Vuelvo a girar el pollo en la sartén y bajo un poco el fuego.

—¿Qué tal va todo con la boda?

—¡Genial! —dice, sacando una tabla—. Aunque hay algunos detalles que todavía no tengo cerrados… el tema de las flores, la distribución de las mesas, y me falta elegir la música para la entrada.

Se lanza a ponerme al día mientras pica las verduras. Me cuenta que ha descubierto un perfil de Instagram que diseña invitaciones en papel reciclado con acuarelas personalizadas, que James quiere incluir un gesto en honor a su abuelo —que falleció hace unos años —, pero que no sabe cómo hacerlo. Me habla de vestidos, de luces, de centros de mesa con velas, y por un momento, la cocina se convierte en un *brainstorming* nupcial.

Me gusta que esté aquí. La echaba de menos. Este momento me recuerda a cuando éramos pequeñas y se sentaba en mi cama para contarme su día mientras yo intentaba estudiar.

Y justo entonces, mi móvil vibra sobre la encimera. Giro la cabeza y la pantalla se ilumina.

Liam. Lo tengo guardado con un icono de una tormenta. No solo por sus ojos grises, sino porque todo él me recuerda a eso. A esas tormentas que lo arrasan todo, y te hacen correr a la ventana, con el corazón acelerado y la mirada fija, solo para ver cómo el cielo se parte en dos y sentirlo un poquito más cerca.

No vas a salir, sabes que sería una estupidez, que acabarías empapada, helada y arrepintiéndote en cuanto pongas un pie fuera... pero aun así, durante unos segundos, la idea te tienta. Te preguntas cómo sería hacerlo. Te dan ganas.

De sentirlo todo.

De vivir sin consecuencias.

Eso es él.

Y ese mensaje suena a invitación. A alguien esperando bajo la lluvia, mojado hasta los huesos, por si me atrevo a salir.

Respiro hondo.

Muy hondo.

No debería abrirlo. No debería ni mirar.

Pulso la pantalla. El mensaje es breve:

Voy a la piscina. ¿Tenías pensado ir tú?

Un escalofrío me recorre la columna. No por el mensaje en sí, sino por todo lo que despierta al leer esa palabra. Piscina. Tres sílabas. Y, de repente, estoy otra vez allí. Empapada, temblando, con el cuerpo en tensión y los sentidos tan desbordados que no sé cómo logré mantenerme a flote.

No podía apartar los ojos de su cuerpo mojado, las gotas de agua resbalándole por el pecho. Esos abdominales tensos, marcados. Y esos brazos con las venas tan marcadas que no podía dejar de imaginarme cómo se verían rodeando mis caderas mientras me empuja hasta hacerme perder la voz.

Me moría por tocarlo. Dios, cómo quería hacerlo. Sentir con los dedos su piel, la firmeza de su espalda, el contorno de su mandíbula afilada. Quería perderme en esa boca, grande y sensual, en esa maldita mirada, en esa tensión que nos envolvía como una cuerda invisible a punto de romperse. Y cuando me aprisionó contra el bordillo… Joder. Nunca, nunca antes había tenido que hacer acopio de tanto autocontrol.

No sé cómo no cruzamos esa línea. Tal vez porque sabíamos que si uno de los dos lo hacía, el otro lo seguiría sin pensarlo. Y porque, una vez traspasada, no habría marcha atrás.

Llevo dos días sin poder sacarme esa escena de la cabeza.

Y ahora me escribe…

No debería haberle dicho que lo hiciera. Pero cuando lo vi salir del agua, apoyando el pie derecho con tanto cuidado, frunciendo el ceño tan sutil —como quien lleva tiempo fingiendo que está bien— algo dentro de mí se encogió. Por eso bajé la guardia. Por eso le dije que me avisara si volvía. Para no coincidir, supuestamente. Pero también porque me preocupaba.

Porque sigue preocupándome…

Y supongo que por eso cometo el error de responderle.

No. Estoy en casa, preparando la cena con mi hermana.

Pasan unos segundos. Luego, tres puntos suspensivos. Esos malditos puntitos que aparecen cuando alguien está escribiendo y hacen que el corazón te vaya a mil.

Bien.

Yo también debería cenar algo pronto.

Me muerdo el labio. ¿Eso es un intento torpe de conversación? No deberíamos hablar. No…

¿Día malo?

No.

Solo asquerosamente largo.

Puedo imaginármelo perfectamente: serio, agotado, con esa forma suya de hablar que suena a monosílabos pero, que guarda más capas que una cebolla. Me encantaría decirle tantas cosas… Pero lo único que escribo, con la intención de cortar esto de una vez, es:

Disfruta de la piscina.

Y eso es todo, así que voy a bloquear el móvil, pero…

Esta noche está más tranquila.

No hay ninguna loca gritando.

Una sonrisa traicionera me aparece antes de que pueda evitarlo. Me apoyo en la encimera, el móvil en la mano, fingiendo que estoy más centrada en remover la salsa que en el nudo que se me está

formando en el pecho.

Me tiemblan los dedos al escribirlo.

Esa loca gritó porque un psicópata estaba escondido en el agua, espiándola

Muy madura, Harper. Muy profesional.

¿Seguro que ese psicópata no estaba demasiado embobado mirándola como para hacer otra cosa?

Boom. Explosión interna.

No respiro durante dos segundos completos. La cara me arde y el corazón me va como si hubiera corrido de mi casa al estadio. Ida y vuelta.

No dice nada más. Luego los tres puntitos vuelve a aparecer.

¿Ya le pediste perdón a Chloe?

¿Cómo?

Por lo del apartamento.

Fuiste una borde con ella.

Mi hermana me conoce. Sabe cómo soy.

Da igual. No viene mal disculparse.

Intento convencerme de que no estamos haciendo nada malo, que son solo mensajes. Palabras lanzadas por una pantalla, sin contacto real. Pero no es verdad. Y ambos lo sabemos. Esta conversación —tan simple y tonta— es mucho más peligrosa que aquella noche en la piscina. Porque esto no es un accidente. No es algo que ocurrió sin querer. Esto lo estamos eligiendo.

¿Puedes dejar de darme lecciones?

¿No ibas a nadar?

El siguiente mensaje tarda tanto que me da tiempo de servir la comida en dos platos, y poner la sartén bajo el grifo.

Cuando salta la notificación, casi derramo el bote de sal.

Estoy nadando.

Y escribiéndote.

Multitasking.

Así no vas a relajar esa rodilla.

Tú la relajas más.

—¿Con quién hablas?

Doy un respingo. No lo suficiente como para caerme, pero sí para, efectivamente, parecer culpable.

—¿Eh? Nada. Uno de Tinder.

Bloqueo la pantalla y dejo el móvil boca abajo.

—No sabía que los tíos de Tinder podían hacerte sonreír así. A ver... déjame leer lo que te ha puesto.

—Ni de coña.

Ella sigue poniendo la mesa tranquila, pero sé que se ha dado cuenta. Esa especie de chispa en el aire no se le escapa, y mucho menos a mí. Tengo los músculos tensos y el corazón desbocado. Es esa sensación de haber hecho algo que no deberías, de estar en medio de la travesura y saber que el castigo viene en camino.

Terminamos de cenar poniéndonos al día, entre bromas, vestidos de novia y salseo familiar. Y cuando recogemos la mesa, me detengo en mitad de la cocina para mirarla.

Sí, he estado ocupada. Pero también es verdad que no ha sido solo eso. Estaba cabreada. Y cuando estoy así, me encierro. Contesto con monosílabos, tardo en responder, y actúo como si el mundo entero me diera igual. Es inmaduro, lo sé. Sobre todo porque Chloe no tenía la culpa de nada.

La encerrona con Liam fue una cagada monumental, sí. Me molestó. Mucho. Que no me avisara, que actuara sin preguntarme nada, que se tomara la libertad de decidir algo sobre mi vida como si supiera lo que me convenía. Son cosas que haría mamá. No ella. Y no lo soporté. Porque… ¿y si él no me gustaba? ¿Y si la noche había sido un desastre y no quería volver a verle la cara? ¿Y si simplemente no quería que *nadie* se metiera en eso?

Pero también puede que me pasara; que soltara toda esa frustración encima de ella porque no sabía dónde más meterla. Porque estaba harta. Dolida. No por Chloe, sino por todo lo demás. Por la vida, por mi mala suerte de siempre.

Y a pesar de lo gilipollas que fui, aquí está, preocupada por mí. Se

ha disculpado, otra vez, porque sabe que seguía cabreada con ella. Porque me conoce muy bien.

Dios… no la merezco.

Y si no me disculpo, no podré dormir tranquila.

Porque ya no somos crías. No puedo seguir fingiendo que no pasa nada cada vez que la cago. Antes discutíamos, nos ignorábamos durante días y, de repente, volvíamos a hablarnos como si no hubiera pasado nada. Pero ahora es distinto. Ahora lo que decimos —o lo que no— deja marca. Palabras, discusiones tontas que, si no las paramos a tiempo, se enquistan. Y acaban estropeándolo todo sin que nos demos cuenta.

Y Chloe… no es solo mi hermana. Es mi mejor amiga, aunque seamos polos opuestos y a veces me saque de quicio. La quiero más de lo que sé expresar con palabras. Es mi ancla. Y jamás me perdonaría que lo nuestro se enfriara por esa tontería.

—Siento como te hablé la última vez. Me pasé muchísimo contigo. Y con James. Estaba cabreada con el mundo y lo pagué con vosotros. Lo siento mucho, Clo. Y siento también haber estado algo ausente.

Ella deja los vasos en el fregadero, se gira despacio y me regala una sonrisa suave.

—Tranquila. Ya me había dado cuenta. Pero me gusta oírtelo decir.

—¿Sabes que, a pesar de que soy una hermana de mierda, siempre serás mi persona favorita en el mundo, verdad?

—Lo sé. Soy la mejor.

—Lo eres. Te quiero mucho, Clo.

—Y yo a ti, *Harpies*.

Nos abrazamos en la puerta y le prometo que le volveré a mandar *TikToks* absurdos, y que le daré mi opinión sobre las invitaciones. Cuando se va, cierro la puerta y me quedo ahí, con la frente apoyada un segundo contra la madera.

Después me cambio, me pongo el pijama, me lavo los dientes en modo automático… Y como una idiota adicta a lo que no debería, me meto en la cama, enciendo el móvil bajo las mantas —como si eso lo hiciera menos real— y leo sus mensajes sin parar.

No tengo justificación alguna para lo que voy a hacer.

Pero lo hago de todas formas.

Me he disculpado con ella

¿Contento?

Cierro los ojos con el móvil todavía en la mano. Estoy a punto de quedarme dormida cuando la pantalla se ilumina.

Sí.

Aunque no lo has hecho por mí

Ya.

Tenías razón. Fui una gilipollas.

No sé si es por la oscuridad de la habitación o por el calor que tengo bajo las mantas, pero es como si estuviese aislada del mundo. Y desde aquí nadie pudiese ver lo que hago.

Ni lo que escribo.

¿Te ha sentado bien nadar?

No tarda en responder, lo que me dice que él también está con el móvil en la mano.

Me ha sentado mejor meterme en la cama

La imagen de él tumbado me hace sonreír, pero no dejo de escribir. No quiero que esto acabe. No todavía.

Mañana jugamos en casa

Lo sé.

¿Ensayasteis hoy?

Hasta la noche.

Me duele todo el cuerpo.

Estamos igual.

Yo llevo desde el último partido sin sentir las piernas.

¿No deberías tomártelo con calma?

Después de la rehabilitación y todo eso…

Varios segundos de silencio.

No puedo permitírmelo.

Pero si estás jugando genial.Te han puesto en todas las highlights de la semana.

Llevas tres touchdowns en dos partidos.

No basta.

Ya no tienes que demostrarle nada a nadie.

Aparecen los tres puntitos. Desaparecen. Vuelven a aparecer. Me imagino su cara. El ceño fruncido, los labios apretados, los dedos dudando entre enviarlo o no.

Esta temporada no puedo permitirme ni medio tropiezo. Después de un año entero en reserva, el equipo está esperando a ver si vuelvo a cagarla para renovarme o no el año que viene. Y en cuanto bajen mis números, en cuanto mi rodilla dé señales de flaqueza, van a buscar a otro más… fresco.

Oculta tan bien el dolor que resulta fácil creer que está intacto; lo ves en las entrevistas, tan seguro, tan en control, y piensas que ya ha pasado lo peor, que está bien… pero no. No está bien. Solo está entrenado para parecerlo. Y ahora todo encaja. Esa presión constante, esa necesidad de fingir que nada duele, de no mostrar ni una grieta... tiene que ser agotador. Y lo peor es que lo hace tan bien, que nadie se da cuenta.

Joder, Liam…

No tenía ni idea.
Vaya mierda.

Sí.

Vaya mierda.

Quiero abrazarlo. Es una necesidad que me atraviesa tan de golpe que me cuesta entender porque no estoy haciéndolo ya. Ojalá pudiera estar a su lado, estirarme un poco y rodearlo con los brazos, solo para que deje de cargar con todo él solo.

Y me jode no poder estar ahí. Me…

Me jode no poder hacer nada.

Ya lo haces.

¿Ah, sí? ¿Cómo?

Con esto.

Me quedo sonriendo a la pantalla como una idiota, sin saber qué responder. Hasta que lo escribo. Porque tengo que hacerlo. Porque alguien tiene que decirlo antes de que se nos vaya de las manos.

No deberíamos estar hablando. Lo sabes, ¿no?

Teniendo en cuenta todas las cosas que no puedo hacer contigo y llevo semanas queriendo hacer, escribirte es lo de menos, Harper.

Se me seca la garganta de golpe, como si mi cuerpo hubiera activado un protocolo de emergencia y todo el calor se hubiera concentrado en el estómago. Y un poco más abajo...

Me remuevo bajo las sábanas, acalorada. Me siento, me quito la manta, como si el calor viniera de fuera y no del incendio interno que este hombre lleva provocando desde aquella primera mirada.

Cierro los ojos, e inevitablemente lo veo. Su voz, baja, rasgada. Esa forma suya de hablar sin prisas, la misma que usó cuando se acercó en la piscina y pensé —o deseé, más bien—, por un segundo eterno, que iba a tocarme. A besarme de una vez.

Respiro hondo. Intento enfriar la cabeza, racionalizar, buscar aire entre tanta tensión. Pero no hay hielo mental que valga. Porque esto no va solo de mensajes. Va de él. De mí. Y de todo lo que nos estamos guardando a medias, intentando convencernos de que todavía no es demasiado tarde para parar.

Tecleo con los dedos temblorosos, porque tengo que soltarlo, aunque mañana me quiera dar de cabezazos.

Dime qué cosas.

Solo para saber de qué nivel de «prohibido» estamos hablando.

Vibración.

¿Estás segura de que quieres saberlo?

Porque desde que te vi en la piscina, no dejo de pensar en lo que habría pasado si hubiese metido la mano bajo ese bañador y descubrir si estabas tan mojada como parecías.

Mi cuerpo se convierte en un campo eléctrico.

No respiro.

No pienso.

No puedo.

Me quedo un rato más con el móvil en la mano, la pantalla iluminando la habitación como si fuera un faro en mitad de la noche. Lo leo una vez. Luego otra. Y otra. Hasta que, temblando todavía, escribo:

Me encantaría ver cómo explicas eso si nos pillan.

Los tres puntos suspensivos aparecen. Luego desaparecen. Luego vuelven. Hasta que, finalmente:

¿Y quién dice que nos van a pillar?

Apoyo el móvil sobre el pecho. El corazón me late tan fuerte que casi siento cómo empuja la pantalla con cada golpe.

Me esfuerzo en recordar el documento que firmé al escribirle:

Buenas noches, Liam.

Buenas noches, *problemas*.

Él también lo sabe. Esto es un problemón de narices.

Apago el móvil y vuelvo a tumbarme. No sé si lograré dormir después de las imágenes que bailan en mi mente. Pero si algo tengo claro, es esto: algunas tormentas no avisan, empiezan con un cielo en calma. Y cuando menos te das cuenta… la tienes encima.

Rozando lo prohibido



HARPER

Llego con un par de minutos de retraso al Astro Center, el bolso en las manos y todavía con el pulso acelerado por la carrera desde el aparcamiento. Después del día que llevo, era de esperar. Reuniones infinitas, quejas de mi padre por cada propuesta del departamento de publicidad —incluidas las que, casualmente, habían sido idea mía — y la sensación de que nada de lo que hago le parece suficiente. Para rematar, Jared también estaba en la reunión y, al salir, se las ha ingeniado para acorralarme con la excusa de hablar de trabajo mientras me lanzaba esas miraditas intensas que me ponen de los nervios.

Y la guinda… mi coche. Otra vez dándome problemas. Antes, en esas cosas, podía tirar de mi padre. Ahora lo tengo claro: antes camino descalza hasta el taller que volver a pedirle ayuda.

Me esperaba ver a las chicas ya calentando en el centro del campo, pero en cuanto entro, la escena me descoloca. Todas están agrupadas en círculo, en silencio, mirando hacia un lado. Sigo la dirección de sus miradas y entonces lo noto: los jugadores siguen entrenando. A estas horas.

Eso no pasa nunca.

Freno en seco y agudizo el oído. A unos metros, el entrenador de los Cowboys habla con Terry. Él gesticula con las manos, con esa mezcla de cansancio y urgencia que le he visto en las ruedas de prensa tras una derrota.

—El campo principal está inutilizable. Uno de los aspersores reventó anoche y el sistema de riego ha dejado medio césped inundado. Están intentando arreglarlo, pero hasta dentro de unos días no estará en condiciones. Con el partido de esta semana,

necesitamos este campo sí o sí.

Terry asiente con calma, los brazos cruzados, como si nada pudiera sorprenderla.

—No hay problema. Buscaremos una solución para estos días. Nos marchamos y así vosotros podéis entrenar en paz.

—No, no hace falta. Estamos a punto de acabar y seguro que hay espacio para todos. El campo es muy grande. Hablaré con mis chicos para que no molesten.

Ella apenas inclina la cabeza, sin una sola sonrisa.

—Si insiste.

—Por supuesto. Y lo siento por los inconvenientes.

—Hay solución. Lo que importa ahora es que no se pierda ni un minuto de trabajo.

Ellos se sumergen en una conversación sobre la temporada, próximos partidos y estadísticas. Yo intento aparentar que presto atención, pero no.

Ni de lejos.

Mis ojos están clavados en el running back que arrastra un trineo de pesas atado a la cintura. Cada zancada firme, potente, como si no pesara nada. El sudor le empapa la camiseta ceñida bajo las hombreras, pegándose a cada línea de su cuerpo. Y yo… yo necesito un abanico. O mejor aún, que al-guien encienda un maldito ventilador industrial a máxima potencia.

—¡Qué vaya bien el entreno, chicas! —no dice Clarkson al marcharse y alejarse con sus chicos.

—Gracias, entrenador —contestamos todas en coro, algunas más entusiasmadas que otras.

Liam se pasa la mano por el pelo empapado de sudor, y el mundo entero parece ralentizarse. Levanta la cabeza, nuestros ojos se encuentran y, de golpe, mi estómago se convierte en un concierto de Taylor Swift: mariposas desbocadas al ritmo de *You Belong With Me*. Y entonces lo hace. Esa media sonrisa suya aparece, ladeada, peligrosa… y, como si no fuera suficiente, me guiña un ojo.

Es un descarado. Pero el más sexy de todos.

¿Cómo demonios voy a sobrevivir a un entrenamiento entero con él a tan pocos metros de distancia?

—Chicas, nos vamos a mover al lateral. Quiero máxima concentración y, sobre todo, que ninguna —su mirada nos atraviesa una a una— haga nada que pueda distraer o entorpecer el trabajo de los jugadores. Ellos son la prioridad aquí, ¿ha quedado claro?

Aparto los ojos justo a tiempo. Algunas de mis compañeras hacen lo mismo que yo, lo cual me consuela: no soy la única a la que se le ha quedado la lengua seca con tanto músculo en movimiento y tanto sudor brillando bajo los focos. La diferencia es que, mientras ellas suspiran por varios, yo solo tengo un nombre retumbando en la cabeza. Uno.

El pitido del silbato nos devuelve a la realidad. Terry nos coloca en formación mientras Molly repasa la coreografía del último baile.

Los primeros minutos son un infierno de sincronía: brazos arriba, giro de cadera, espalda recta, sonrisa impecable aunque los pulmones ardan. La voz de Terry suena por encima de la música, marcando el conteo: «¡Uno, dos, tres, cuatro! Más alto, más limpio, más fuerte!». Y Molly, como siempre, nos corrige hasta el milímetro, señalando rodillas flojas y brazos que no están a la altura exacta.

Después de más de una hora o dos sin parar, me esfuerzo en recuperar el aire en la pausa. Siento cómo el sudor me baja por la espalda. Pero, por supuesto, no hay tiempo para descansar.

—Bien, vamos a dividirnos —anuncia Molly.

El grupo de Jess es el primero en formarse. Las chicas se colocan y el resto nos echamos a un lado. Me agacho a coger mi botella, bebo un trago largo y dejo que el frescor me limpie un poco la garganta seca. Y entonces, sin querer —o quizá demasiado queriendo—, mis ojos vuelven a perderse en el campo.

Ya han terminado y están todos sentados en el césped. Uno de los entrenadores asistentes de ofensiva está hablando a su grupo. Lo reconozco porque, desde hace semanas, empiezo a distinguirlos a todos: al coordinador de defensa dándoles caña a los linebackers, al de equipos especiales corrigiendo gestos a los kickers, incluso a Clarkson supervisándolo todo desde el centro como si el peso de la temporada entera estuviera solo sobre sus hombros.

A unos metros, Jackson bromea bajito con otro compañero. Muy típico de los veteranos, ir siempre a su rollo, inalcanzables. Como las

nuestras. El capitán del equipo, Garret —ese gigante que parece capaz de derribar un muro con solo pestañear— se pasa una toalla por la cara, sin perder detalle de lo que le están diciendo. Los Rookies, por su parte, parecen esponjas: móviles escondidos en la hierba, sí, pero las orejas bien abiertas para no perder ni una instrucción.

Debería estar atenta a las correcciones de Molly al grupo de Jess. Debería. Pero mientras todas charlan entre sí o aprovechan para beber agua, yo solo tengo un pensamiento ocupando la cabeza.

Liam. Empapado en sudor, el pelo pegado a la frente, las piernas estiradas sobre el césped como si ni siquiera notara el cansancio. Aun desde la distancia, siento esa atracción inevitable que me empuja a él. Siempre es igual. Todas y cada una de las veces que nos cruzamos. Todas.

El móvil vibra en mi mano y casi se me sale el corazón del pecho cuando veo su icono.

¿Y ahora quién es la que no quita los ojos de encima?

No puedo creer que se atreva a escribirme aquí mismo, rodeados de todo el equipo. Esto ya no es rozar los límites, es ignorarlos completamente. Hace días que nos escribimos. Primero empezó por lo de la piscina, aunque era más una excusa para iniciar la conversación que un motivo real de nadar. Ahora… ahora ni siquiera buscamos excusas.

Esto está fatal. Estamos perdiendo el control, la cordura, y lo poco que nos queda de profesionalidad. Y, sin embargo… no puedo parar.

El entrenador te va a echar la bronca por no estar eschando su discurso.

Bah. Siempre suelta el mismo rollo.

¿Has tenido un mal día?

Mal día es quedarse corto…

¿Cómo lo has sabido?

Es bastante evidente.

¿Tu padre otra vez?

Me sorprende lo fácil que le resulta leerme incluso a metros de

distancia.

Sí. Hoy ha vuelto a cargar contra mis ideas.

¿No le ha gustado el post que hiciste sobre la historia de las familias de rancheros en Dallas?

No.Pero al final no pudo negar lo evidente.
Las ventas están aumentando.

No me extraña.

Estás haciendo un trabajo de la hostia.

En la empresa y en tu Insta personal.

Levanto la cabeza, incrédula. ¿Acaba de admitir que me stalkea?

¿Ves lo que subo?

Claro. Soy tu fan Nº 1.

Pensaba que ni usabas Instagram.

No lo usaba. Hasta que tú entraste en mi vida.

Me muerdo el labio, intentando no sonreír como una idiota. Liam está observándome fijamente, como si el campo entero desapareciera a su alrededor. Nos quedamos así unos segundos, mirándonos, sonriéndonos, rodeados de límites imposibles de cruzar... aunque llevamos días haciéndolo.
No veo su móvil, así que debe de tenerlo escondido entre las piernas, jugando con fuego como siempre.

¿Cuándo le toca a tu grupo?

Me muero por verte bailar.

Bailo en casi todos los partidos.

Sí, pero ahí no puedo disfrutarlo.

En el campo tengo que fingir que estoy concentrado en las jugadas, ¿recuerdas?

Pobrecito...

Exacto. Una tortura.

Voy a decirle a Clarkson que deberíamos entrenar siempre juntos.

Por favor, hazlo. Quiero ver su cara.

Al menos, él reaccionaría.

Terry parece de mármol.

En serio, ¿es capaz de gesticular?

No logro contener la carcajada. Varias de mis compañeras se giran a mirarme con cara de «¿y esta de qué se ríe?». Les devuelvo una mirada de disculpa y me concentro en el móvil cuando vuelve a vibrar.

No te rías tan alto, *problemas*.

Vas a conseguir que todos sepan que me escribes

Me atraganto con mi propia saliva. *¿Que yo le escribo?* Qué cabrón.

¿Perdona?

Eres tú el que no deja de distraerme.

Y por cómo sonríes... diría que se me da bastante bien.

Estás fatal.

Puede.

Pero ahora mismo estoy deseando que estuvieras a mi lado para comprobar lo mucho que podría distraerte.

El corazón se me dispara. Tiene esa maldita sonrisa de medio lado que sabe perfectamente el efecto que tiene en mí. Me guiña. Otra vez. Y ahora mismo lo único que quiero es correr hacia él, saltarle encima y darle exactamente lo que me está pidiendo.

Estoy a punto de responder cuando Beth se acerca a mi lado.

—Harps, nos toca —dice, intentando echar una ojeada a mi móvil, pero yo lo he bloqueado antes de que se acercase del todo—. Vamos, mueve ese culo.

Se aleja para avisar al resto. Yo me obligo a respirar, a recolocarme el top deportivo y volver a ser la Harper profesional. Pero justo antes de unirme al círculo, una última vibración en la palma de mi mano.

Recuerda dedicarme un paso.

Shh.

O me chivo a tu entrenador.

Está poniendo cara de niño bueno, como si no llevara cinco minutos provocándome hasta dejarme al borde de la combustión. Es de lo que no hay. Y, joder… lo adoro por eso.

Mierda. El entreno.

Bloqueo el teléfono, lo guardo en el bolso y me uno al grupo. Mis piernas siguen zumbando, mitad por el baile que nos espera, mitad por la certeza de que, en cuanto empiece a moverme, habrá un par de ojos grises siguiéndome en cada paso.

★★★★★

Cuando por fin terminamos la rutina, ellos ya se han marchado hace un par de horas. Y menos mal, porque bailar *Maneater* delante de Liam habría sido misión suicida. Bastante difícil es concentrarme sin tenerlo a veinte metros; con esa coreografía, directamente me habrían tenido que sacar del campo en camilla.

Recojo mis cosas y cruzo el parking con las piernas pesadas y la sudadera pegada a mi espalda por el sudor. Lo único que me motiva ahora mismo es la ducha caliente que me espera en casa. Bueno, eso y tirarme en el sofá con una manta, un bol de palomitas y la nueva temporada de *Love Is Blind* en Netflix. Mi único romance permitido por ahora.

Llego al coche y me detengo al acercarme a la puerta.

Hay una bolsa de cartón rosa atada al tirador de la puerta.

Frunzo el ceño y miro alrededor, como si fuera a encontrar a alguien escondido detrás de los coches. Pero nada. El parking está vacío.

Abro la puerta, me siento dentro y solo entonces me animo a mirar lo que hay dentro de la bolsa. Y ahí están. Galletas. Mis favoritas: de chocolate y nuez pecana, de mantequilla con trozos de *M&M's*, y esas de chips XXL que siempre compro cuando paso por esa panadería del centro de Dallas. Y junto a ellas hay una nota doblada.

Espero que mejoren tu día. L.

Me quedo mirando esas palabras, paralizada.

No… no puede ser. ¿De verdad ha salido del entrenamiento, se ha cruzado media ciudad y ha ido justo a esa panadería… solo para traerme esto?

Como si no hubiera sido suficiente con tenerme sonriendo como una idiota durante todo el entreno por sus mensajes, ahora va y hace esto. Me conoce más de lo que debería, y esa idea me pone los pe-los de punta y me derrite a la vez.

No solo me ha sacado una sonrisa. Ha pensado en mí. En lo que me gusta. En lo que necesito des-pués de un día como este.

Dios… este hombre no es de este mundo.

Adultas funcionales



HARPER

El motor vibra, hace ruidos extraños y, contra todo pronóstico, arranca. No sin antes amenazar con dejarme tirada aquí mismo. Avanzo despacio hasta el fondo del taller, con una mano en el volante y la otra aferrada a mi café. El sol se cuela a ráfagas por la ventanilla, obligándome a entrecerrar los ojos justo cuando Julie, con los pies cruzados sobre el salpicadero y su moño improvisado a medio caer, suspira teatralmente.

—A esto se ha reducido nuestra amistad —murmura—. A cafés en vasos de cartón mientras esperamos al mecánico. ¿No es un poco deprimente?

Lleva su uniforme celeste y sus eternas *Crocs* rosas llenas de pegatinas, esas que asegura que no se quitaría ni aunque le pagaran. No le pregunto por qué viene con la ropa del hospital; lo noté en su tono en cuanto la recogí de su apartamento: hoy no está para hablar de trabajo.

—Es lo que tiene ser adultas, Julie.

—Pues apesta. Echo de menos cuando te llevabas bien con tu padre. Al menos él se ocupaba de estas cosas.

Suelto una carcajada seca. Ella gira la cabeza hacia mí con una ceja arqueada.

—¿Estar enfadado contigo también le impide ayudarme a mí? Bastante tengo con pelearme con el resto de los estereotipos machistas como para encima ocuparme del coche.

Esta vez me río de verdad, sacudiendo la cabeza.

—Mi padre te adora. Seguramente más que a mí. Si le llamas, igual hasta te cambia el aceite gratis.

Julie se ríe, pero me lanza esa mirada suya que mezcla cariño y

reproche. La que siempre me recuerda que el tema de mis padres sigue siendo una espina clavada, porque vivir con la sensación de estar decepcionándolos constantemente agota.

—¿Te acuerdas cuando nuestra vida se resumía en elegir qué top ponernos para la fiesta en casa de Grace y en discutir si Bella debería haberse quedado con Edward o con Jacob?

—Buenos tiempos. —Doy un sorbo a mi café—. Y sigo pensando que Edward es la mejor decisión. Jacob no era más que un niño.

—Un niño con abdominales de infarto.

—Cuidado, que si te escucha Monica va a pensar que te has vuelto a cambiar de acera.

—Por Jacob creo que hasta ella lo haría.

Nos echamos a reír. Ese tipo de risa que solo compartes con alguien que te conoce desde que llevabas *brackets* y creías que los veinticinco eran la cima de la adultez.

—Hablando de Monica… ¿Cómo os va?

—Lo mejor que se puede cuando tu relación sobrevive entre turnos y pasillos llenos de pacientes. Literalmente nos vemos más por *FaceTime* que en persona.

—Muy *Anatomía de Grey* por vuestra parte.

Julie resopla en alto, y aunque no la veo de frente, sé que está poniendo los ojos en blanco. Me encanta cuando lo hace. Creo que se pasa media vida haciéndolo, y eso hace que, cuando por fin te mira con esos ojazos azules, sientas que ha valido la pena la espera. Tiene el pelo negro azabache y un flequillo nuevo que se ha hecho porque siempre vuelve a caer. Julie y su flequillo tienen una relación intermitente que ha durado más que cualquiera de sus exnovias.

—Ya sabes que la odio. No soporto que lo romanticen. Follar en una sala de descanso no tiene nada de glamuroso. Sobre todo si lo haces después de compartir turno con un tipo que cree que el desodorante convencional da cáncer y prefiere frotarse el sobaco con una piedra.

—Cuando seas jefa de cardio, podrás despedir a todos los que huelan mal.

—Créeme, Owen Thisley será el primero en volar. Ese tío tiene el aura de una col hervida.

Nos reímos otra vez, y esta vez el sonido es más honesto, más

fácil. Julie tiene ese efecto en mí.

—Por cierto, vi tu entrevista el finde pasado, después del partido —dice mientras revuelve el hielo de su café con la pajita—. Tenías ese tono entre profesional y «me duele hasta el culo pero sonrío porque hay cámaras». Muy tú.

—No sé ni cómo lo hice. Literalmente me bajé del autobús, me cambié los zapatos en cinco segundos y me plantaron delante de un micro. No me sentía la cara del lado derecho.

—Pues no se notó nada. Tus compañeras y tú estabais perfectas. Parecíais presentadoras de telediario. Hasta creí que os habían dado un guion.

—No, solo la orden de sonreír como si hubiéramos dormido ocho horas y no tuviéramos agujetas en el culo. Que es más o menos lo opuesto a la realidad. Han sido unas semanas de no parar.

—No me extraña. Todo el mundo está como loco por las últimas victorias. Mis pacientes han estado toda la semana con la misma frase: «este año es el bueno».

Julie me lanza esa mirada suya que mezcla diagnóstico precoz y amistad de toda la vida. Es como si pudiera leerme los niveles de estrés con solo verme apretar el volante.

—¿Y cómo es de verdad lo de animar? Porque desde fuera se ve fácil, pero dudo mucho que lo sea.

—Es exigente. Intenso. Doloroso. Y eso que solo llevo… ¿dos meses? ¿Mil? Ya ni lo sé. Entre ensayos, partidos, cámaras, entrevistas, viajes, eventos… siento que estoy sosteniendo mi vida con palillos chinos. Creo que hoy es el primer día en un mes que no me maquillo.

—Tienes que descansar un poco, Harper. Aunque sea un día. Desconectar.

—¿Descansar? —Me echo a reír, negando varias veces con la cabeza—. ¿Sabes cuántos días libres hemos tenido este mes? Uno. Y fue para hacernos fotos oficiales. Dormir es un mito en la NFL.

—Tu cuerpo te va a pasar factura si no aflojas.

—¿Y me lo dices tú? —Le señalo la parte superior del uniforme, donde todavía lleva el nombre del hospital bordado—. Julie, no te has cambiado desde anoche. Y esa mancha de café lleva al menos

dos guardias contigo. ¿Seguro que quieres jugar a quién necesita más una siesta?

Nos miramos en silencio unos segundos.

—Retiro lo dicho.

—Ya, eso creía yo.

Justo en ese momento me llega un mensaje. Lo abro y leo lo que ha puesto.

Espero que tu mañana con tu amiga vaya bien.

¿Qué te ha dicho el mecánico, aparte de que no deberías seguir conduciéndolo así?

Yo acabo de salir del entreno y voy a pasar por el súper.

(Y antes de que empieces: sí, intentaré comprar algo más que pollo y arroz, señorita *«critico todo lo que comes»).*

Se me curva la boca antes de poder evitarlo. Le contesto enseguida, sin pensar demasiado, con los dedos bailando sobre la pantalla.

Pues añade algo dulce al carro. No me explico cómo sigues vivo sin azúcar en la sangre.

Y no, las barritas de proteínas no cuentan.

Con lo que sobrevives tú es peor: fideos instantáneos y comida basura. No sé cómo sigues en pie con tantos entrenos y todas esas patadas sin nada verde en el menú.

Cuanto más azúcar como, mejor me salen las patadas.

Deberías probarlo. Quizás si me haces caso, ganamos la Super Bowl.

Sí, claro. Qué se jodan los millones que el club se gasta en nutricionistas. Mejor me paso directamente a tu plan a base de M&Ms.

Suelto una carcajada, divertida. Julie me da un golpecito con el codo.

—Así que… ¿ahora te mandas mensajitos con *él*, eh?

No hace falta que diga su nombre. Hay un solo «él» en nuestras conversaciones desde que lo conocí.

Sé que Liam me pidió que no lo contara; que cuanto menos gente lo supiera, más fácil sería no meterse en líos. Y lo entiendo. Pero Julie no cuenta como «gente». Es mi mejor amiga. Mi toma a tierra. La persona que sabe leerme con solo mirarme a la cara. Jamás me

traicionaría. Y muchísimo menos por algo tan banal como la fama o el dinero.

—Sí… —admito bajito—. Estamos todo el día hablando. Hasta me manda fotos de lo que cena, como si necesitara pruebas de que sabe usar el microondas. Y yo… contesto siempre. No puedo evitarlo.

Julie alza las cejas. Su versión de «te escucho, sigue».

—Me he vuelto adicta, Juls. Me despierto y lo primero que hago es mirar si me ha escrito. Y cuando no lo hace, siento… no sé, un vacío estúpido. Como si algo faltara.

—Es normal que estés así. —Julie se encoge de hombros—. Es guapo, tiene unos ojazos increíbles, y encima es Liam Prescott. Es como querer dejar el azúcar y que te obliguen a vivir dentro de una pastelería francesa.

—Sé que está prohibido. Y que esto no tiene sentido. Ni lógica. Ni futuro. Pero… no puedo sacármelo de la cabeza.

—Lo sé. Pero…

—Pero debería hacerlo, ya —completo yo, bajando la mirada.

Ella me aprieta la rodilla.

—No seré yo quien te diga qué hacer. Eres mayorcita. Solo… ten cuidado, ¿vale? Lo último que quiero es verte tirando tu futuro por alguien que apenas conoces. Estar en las RCC puede abrirte muchas puertas. Y después del último año que has tenido… Yo solo quiero verte feliz.

Me dejo caer contra el respaldo, con un gemido lastimero.

—¡Es taaaaan injusto! De todos los tíos en el planeta… ¿tenía que ser justo él?

—Hombre, si te hubieras pillado del conserje de tu edificio, no estaríamos teniendo esta conversación.

—¡Ojalá! Siempre me da muestras gratis de las revistas y me pregunta por mi madre. Un diez de persona. Pero no. Tenía que encapricharme justo al único que no puedo tener.

Julie me mira más seria.

—Puede que sea solo eso: un capricho. El morbo de lo prohibido es muy real. ¿No te acuerdas de mi rollo con el profesor en la uni? Después de dos polvos cutres en su apartamento de divorciado se

me pasó de golpe la obsesión. Igual te ocurre lo mismo.

—¿O sea que tu consejo es que me acueste con él?

Ella resopla y pone los ojos en blanco.

—Sí, claro. Hagamos como que he dicho eso. Total, es lo único que tu cabecita selectiva va a recordar.

—¡Es que no es tan fácil! Al principio pensaba que sí, que era solo atracción. Pero ahora… ahora hablamos todo el tiempo, Juls. No de tonterías. De verdad. De cosas que no le digo a nadie. Me cuenta cómo vive la presión, lo roto que le dejó la lesión… Y yo le he contado cosas mías. Lo de mi familia, lo de la uni, lo perdida que me he sentido estos últimos años. Y él escucha. Joder, escucha de verdad. ¿Sabes lo que significa eso? Con él no tengo que ser la Harper bromista o divertida que todo el mundo espera. No tengo que hacerme la fuerte. Y eso… eso es lo que me engancha. Y el gesto que tuvo con lo de las galletas... dime que no es para comérselo.

Ella suspira, como si le doliera ser la voz de la razón.

—Mira, si sientes que merece la pena el riesgo, ya sabes que voy a ser la primera en apoyarte. Igual que he hecho con todo. Solo… prométeme que vas a cuidarte en el proceso. Piénsalo bien antes de que sea demasiado tarde y acabes herida.

La miro, y ambas nos quedamos en silencio. Porque las dos sabemos lo mismo: ya es demasiado tarde.

Esto se me ha quedado dentro. Y no tengo ni idea de cómo arrancarlo.

Un golpecito en la ventanilla me saca de mi drama. El chico que hay al otro lado tendrá veintipocos, gorra al revés, camiseta manchada de grasa y una sonrisa de manual.

Bajo la ventanilla y antes de que pueda decir nada, él habla.

—Hola. ¿Harper Blake?

—Sí.

—Vale. Me han dicho que notaste pérdidas de aceite y que el freno te chirriaba, ¿no?

—Exacto.

—Déjame echar un vistazo rápido. ¿Puedes abrir el capó?

Lo miro. Él me mira. Julie ya está conteniendo la risa antes de que

abra la boca.

—Eh… sí. Claro. Solo… —Palpo a ciegas los laterales del asiento, el salpicadero, como si el botón mágico fuera a aparecer por arte de magia—. ¿Esto de aquí? ¿O…?

—¿Nunca has abierto el capó? —pregunta el chico, intentando no sonar borde, pero su ceja lo traiciona.

—Eh… no. Normalmente se ocupa mi padre de estas cosas. Pero como ahora no me habla porque cree que soy una fracasada… pues aquí estamos. Espera, creo que lo he encontrado. —Retrocedo el asiento de golpe conmigo dentro.

Julie suelta un bufido que deriva en carcajada. Casi se atraganta con el café.

Yo la fulmino con la mirada.

—Lo siento, de verdad —dice Julie al chico, limpiándose una lágrima de risa—. Es nueva en esto de ser una adulta funcional. Dale tiempo.

—Está debajo del volante —dice él, sin perder la calma—. Un tirador negro, justo a la izquierda.

—Ah. Ese tirador. Claro. Lo tenía fichadísimo —respondo, agachándome. Encuentro el tirador. Tiro de él con decisión.

Julie se inclina hacia mí mientras el mecánico revisa lo que sea que haya en el motor.

—Menos mal que has dicho que éramos adultas —susurra con sorna, todavía con la voz temblorosa de reírse.

—Cállate.

Pero sonrío.

Cuando el chico regresa con la tablet en mano, ya sé que no viene con buenas noticias.

—Bueno… tenemos un par de cosas. Pierde aceite y también líquido de frenos. Además, las pastillas están al límite. No es crítico todavía, pero sí peligroso. Si sigues circulando, en cualquier frenada fuerte puedes quedarte sin respuesta.

—¿Y eso qué significa?

—Que lo mejor es que lo dejes aquí y lo revisemos a fondo. Tardaremos un par de días, como mucho.

Me hundo contra el respaldo cuando el chico se aleja, indicándome

dónde dejar el coche.

—Y ahora encima me quedo sin coche.

Julie estalla en carcajadas. Se dobla en su asiento mientras se tapa la cara con las manos.

En serio, mi vida últimamente es una comedia de mal gusto.

Fuera de juego



LIAM

No me gustan estas galas. Nunca me han gustado. Da igual cuánto tiempo lleve en el equipo, cuántas temporadas, cuántos balones haya corrido, atrapado o salvado. Hay cosas a las que uno no se acostumbra. Y esto, esta parafernalia de trajes, discursos y sonrisas de compromiso, es una de ellas.

Pero forma parte del trabajo. Tan importante como marcar un *touchdown*. Representar al equipo. Fingir que me encanta estar aquí sentado, con mi nombre en la tarjeta de delante y una copa de champán, escuchando al presidente del club soltar su discurso de siempre como si estuviéramos en un mitin.

—Dos meses ganando, y ni una sola cerveza —susurra TJ a mi lado, inclinándose—. Daría lo que fuera por estar en un bar ahora mismo. Con unas alitas. Y una rubia en el regazo. Preferiblemente la rubia de la mesa nueve.

Señala con la barbilla y me obliga a mirar.

Sólo lo justo para sonreír con resignación.

—Cállate, imbécil —murmuro.

La sala es la de siempre. Un salón enorme con techos absurdamente altos, mesas redondas cubiertas con manteles blancos, centros de mesa patrocinados y cubertería que pesa más que una mancuerna. Seis platos por cabeza. Una copa para cada tipo de bebida. Camareros vestidos de negro que se mueven como sombras entrenadas para no existir. Todo igual que cada año.

La única novedad está en la esquina opuesta.

También en la mesa nueve.

Harper. Rodeada de sus compañeras RCC, en una de las cinco mesas reservadas para ellas. Se ríe con la pelirroja esa que siempre parece orbitar a su alrededor, como si fueran un dúo inseparable. Y

esa risa —esa maldita sonrisa— tiene toda mi atención. La lleva teniendo toda la noche. Si antes ya me costaba no mirarla, ahora ni siquiera finjo intentarlo.

Hace dos semanas que empezamos a escribirnos. Lo que empezó con la excusa de la piscina —y ni siquiera era buena excusa; hubo un día que fui dos veces, solo para tener algo que decirle—, se convirtió en una rutina. Primero fueron frases cortas, sin importancia. Pero después vinieron las conversaciones largas, de madrugada; cuando el hielo ya no aliviaba la rodilla y la cabeza me pesaba más que el cuerpo.

Hablábamos de los partidos, del equipo, de la presión. Y sin darme cuenta, empecé a soltar cosas que no había dicho en voz alta nunca. Y lo más adictivo de esos mensajes no es solo lo que me hacen sentir. Es que ella también empezó a abrirse. Sin su sarcasmo habitual, sin esconderse detrás de ninguna broma. Me habla de lo mal que se ha tomado su familia que entrase en las RCC y de lo difícil que fue para ella su adolescencia, y la etapa después de dejar la universidad. Como se sintió perdida durante años. Como aún se siente así a diario.

Y escucharla así —leerla así— es lo que más me desarma.

Me hace cada vez más difícil mantener las distancias.

Y luego están las noches que terminan peor. Las que acaban conmigo en la cama, sábanas revueltas, cuerpo en tensión, cabeza en ella. Jugamos a un juego. Uno estúpido. Lo llamamos «¿y si…?» y es la hostia de efectivo para ponérmela dura. *¿Y si no existiera la cláusula? ¿Y si pudiera tocarte? ¿Y si estuvieras aquí, ahora mismo?*

Es peligroso.

Pero para peligroso, ese vestido. Largo, de satén granate, ceñido, con una abertura lateral. Cada vez que cruza una pierna, y atisbo a ver esos muslos suyos… tengo que apretar las manos contra los costados. Me repito que hay trescientas personas aquí, que no puedo mirarla así, que cualquiera se puede dar cuenta… Pero, honestamente, mirarla es lo mínimo que puedo hacer ahora.

Lleva el pelo suelto, maquillaje sencillo, pero en su boca ha hecho magia. Labios carnosos, brillantes, perfectamente delineados. Foco directo a mi perdición.

Algo me dice que lo ha hecho para torturarme. Y lo está consiguiendo. Vaya si lo está consiguiendo.

Cuando las vi entrar hace una hora, casi me atraganto con la primera copa. Y no es una exageración. Me pilló tan desprevenido que TJ pensó que me estaba ahogando de verdad. Y en parte lo estaba. Porque sabía que vendría, claro que lo sabía. Pero una cosa es saberlo y otra es verla aparecer como si fuera la protagonista de un videoclip de The Weeknd.

Desde entonces, estoy jodido.

No hay otro término. No hay otra forma de decirlo. Estoy jodido por culpa suya. Por cómo juguetea con su pelo, por cómo se ríe, y se muerde esos labios suyos de vez en cuando, sabiendo que tienen toda mi atención. Por lo irresistible que está. Como si se hubiera puesto ese vestido a propósito. Como si supiera que ese color —el maldito granate del equipo— sobre su piel fuera capaz de desarmarme más que cualquier placaje en el campo.

Deberían encerrarme. Directo al puto manicomio. Porque lo que estoy a punto de hacer no es prudente, ni profesional, ni remotamente racional. Pero es eso o cruzar la sala, tomarla de la muñeca y llevármela a la primera habitación vacía de este hotel sin mirar atrás.

Saco el teléfono del bolsillo y escribo el mensaje sin pensar.

¿Te has puesto ese vestido con la intención de matarme?

Tarda cinco segundos en responder. Tal vez menos.

El vestido no.

Pero la ropa interior…

¿Adivina de qué color es?

La hostia.

Muerdo el borde de la copa para no gruñir y doy un trago largo para intentar tragarme el nudo que se me ha formado en la garganta.

Roja.

Hoy quería apoyar al equipo con todo.

Me cago en la puta.

Trago mal. Y no es una expresión. El champán se me va por otro lado y tengo que toser un par de veces para recuperar el aire.

—¿Estás bien, tío? —pregunta TJ a mi lado, girándose—. Llevas toda la noche tosiendo. ¿Te estás poniendo malo o qué?

—Es solo el puto champán —miento, negando con la cabeza mientras dejo la copa en la mesa—. Es asqueroso.

—Y qué lo digas —responde, volviendo a mirar al frente.

Respiro hondo. Miro hacia la mesa nueve. Harper está perfectamente sentada, tan tranquila, como si no acabara de incendiarme la sangre. Hasta que el móvil vuelve a iluminarse.

¿Todo bien por ahí?

Estoy empalmado en una mesa rodeado de ejecutivos, sponsors y el puto alcalde, gracias a tu espíritu de equipo.

¿Tú qué crees?

Qué poco profesional.

No te rías.
Ya bastante tengo con intentar mantener la mente en blanco.

Vale, lo siento.

Ya me comporto.

Prometido.

La miro de nuevo. Tiene una sonrisilla traviesa en los labios. Está disfrutando jugando conmigo, y seguro que esas dos copas que se ha bebido no la ayudan a medir el riesgo de lo que está haciendo.

De lo que *estamos* haciendo.

Se lleva la cereza glaseada del postre a la boca. Se la mete lenta, despacio. Chupa el borde del tallo. Y yo pierdo la razón.

Joder, Harper.

¿Eres consciente de lo que me estás haciendo?

Solo estoy comiendo una cereza.

Como sigas chupándola así…

Te prometo que en dos minutos vas a estar de rodillas metiéndote algo mucho

Empieza a toser sin parar en mitad de una sala en silencio, salvo por la voz del presidente del equipo. Todo el mundo gira la cabeza hacia su mesa. Yo lucho por no partirme de risa. Lo juro. Muerdo el interior de mi mejilla y respiro hondo.

No me da pena. Se lo tiene merecido. Si pensaba que era la única que sabía jugar sucio, acaba de descubrir que no. Me lanza una mirada asesina por encima del hombro, con los ojos entornados como cuchillas afiladas. Me está matando en silencio.

Y me encanta.

El presidente retoma su discurso, la atención vuelve a centrarse en él y el murmullo desaparece.

—Joder, las *Rookies* están tremendas este año —suelta TJ, sin preocuparse por bajar la voz—. Esa pelirroja podría protagonizar todos mis sueños húmedos hasta que cumpla los sesenta.

—Baja el tono —le advierto, sin dejar de mirar al frente—. Nos pueden oír.

—Ay, venga ya. Alguna vez me gustaría verte soltar un poco las riendas, cabrón. Estás siempre con esa cara de funeral.

Contengo la risa. *Si él supiera…*

—Vamos, dime la verdad —insiste, dándome un codazo—. Si no hubiese una cláusula de mierda de por medio, ¿no te tirarías a alguna?

Bebo un trago, pero esta vez de agua. Lento. Bajo la copa y fijo los ojos en Harper. En ese vestido, en ese escote, en esa mirada. Mi mente se dispara con todas las cosas que haría si no existiera esa maldita norma. Lo he imaginado tantas veces, con tanto detalle, que a veces me cuesta creer que no haya pasado ya.

Miro a TJ con una sonrisa.

—Ya te digo que sí.

Se echa a reír justo cuando todos nos ponemos en pie para aplaudir. El discurso ha terminado y la sala entera se llena de vítores y palmaditas en la espalda. El presidente cierra con la frase de siempre: que somos el mejor equipo de la NFL y que este año la *Super Bowl* será nuestra. Yo trato de dejarme arrastrar por la

energía, por la euforia, de mirar al frente, de parecer uno más.

De no volver a mirar a Harper. Porque, joder… si la miro una vez más de pie con ese vestido, no voy a conformarme con imaginar lo que lleva debajo. Voy a querer arrancárselo con los dientes, ahí mismo, para comprobarlo. Y me va a dar completamente igual tener publico mientras lo hago.

Malas ideas



HARPER

Lo bueno no dura mucho. Nunca lo hace.

Por eso no me sorprende que el lunes todo se fuera a la mierda.

Ya habíamos perdido antes, claro. Es parte del juego. Pero lo del lunes... Lo del lunes fue una derrota aplastante. Contra los *Philadelphia Eagles*. Y encima, fuera de casa.

Terry ya nos había preparado para momentos así. Para que supiéramos mantener el tipo y seguir sonriendo, pasara lo que pasara. Pero una cosa es escucharlo en los entrenamientos, y otra vivirlo con cincuenta mil personas aplaudiendo cómo te están machacando.

No siempre viajo con el equipo fuera de casa. A las *Rookies* nos van rotando, y esta vez me tocó ir como parte del grupo. Me encanta cuando puedo: vivir el ambiente, sentir el estadio vibrar... Pero esa vez no fue así. Volvimos a casa vencidas. Tres horas de vuelo de regreso desde Filadelfia, en silencio. Beth siempre dice que las malas energías lo absorben todo, y yo empiezo a creer que tiene razón. Porque la energía de ese día… nos arrastró a todas al fondo.

Y, aun así, lo nuestro no fue lo peor.

Lo peor se lo llevaron los jugadores.

Los titulares no han dejado títere con cabeza esta mañana. No hablan de un mal partido, no. Hablan de «humillación», de «fracaso», de «caída estrepitosa de los vaqueros». Dicen lo mismo de Liam. Dios... lo rodearon nada más terminar el partido, le pusieron un micrófono delante y empezaron a disparar preguntas sin filtro. Ni un segundo para respirar.

No entiendo cómo pueden ser tan crueles. Vale, no fue su mejor partido. Falló jugadas, lo derribaron más de lo habitual. Pero eso no

borra todo lo que ha hecho. Ha tenido una racha impecable. Se está dejando la piel —y la rodilla— por este equipo. Por una afición que presume de lealtad, pero no duda en pisotearlo en cuanto tropieza.

Lleva más de veinticuatro horas sin responderme a los mensajes. Pero no me extraña. Después de lo que ha tenido que aguantar hoy, entiendo que no quiera hablar con nadie.

Pero por mucho que lo entienda, estoy preocupada. Llevo todo el día inquieta. Me duele imaginarlo tragándose solo la frustración, la rabia, el cansancio. Fingiendo que todo va bien, como siempre.

Y sí, también lo echo de menos.

Solo ha sido un día, pero su silencio pesa. Me he acostumbrado a sus mensajes de madrugada, a sus respuestas sarcásticas cuando me quejo del dolor de piernas. Hablamos sin parar de eso: del equipo, del cansancio, de la rutina y de los partidos. Pero también tenemos conversaciones más íntimas y *peligrosas*.

Lo confirmé en la gala de la semana pasada. No puedo creer que le escribiera aquello, en público, rodeada de trescientas personas. Ni siquiera sé en qué momento me pareció buena idea. Le echo la culpa a esas dos copas de champán que me bebí y que se me subieron rápido.

Pero en realidad fue por cómo me miraba. Por lo bien que le quedaba ese traje, por lo absurdamente guapo que estaba sentado a tan solo unos metros. Por las dos semanas previas llenas de mensajitos que empezaban siendo inocentes y acababan haciendo que durmiera con las piernas cruzadas y el móvil sobre el pecho.

Estuve a un solo clic de pedirle, o más bien suplicarle, que se levantara de su mesa y me siguiera hasta el final del pasillo.

Pero no lo hice. Logre contenerme. Quizá por miedo, o por decencia, o porque aún quedaba algo de sensatez en mí. Pero sé que, desde entonces, cruzamos una línea invisible. Y los mensajes… bueno, han escalado de nivel.

Intento convencerme de que no tiene nada de malo, que mientras no hagamos *nada más*, no estamos rompiendo ninguna regla. Pero me estoy mintiendo. Lo estamos haciendo los dos.

Y, tarde o temprano, esto nos va a explotar en la cara.

Sigo sentada junto a mi taquilla, sin fuerzas para moverme, con la

espalda apoyada contra el metal frío y la mirada fija en el suelo. El baño está en silencio. Solo se escucha, de vez en cuando, el eco apagado del agua goteando desde alguna de las duchas del fondo. El ensayo con las coreógrafas terminó hace rato y las chicas se fueron rápido, arrastrando los pies del cansancio.

Yo también debería haberme ido. Estoy agotada, física y mentalmente. Pero no es solo por los entrenamientos, ni por las horas, ni por los dolores musculares que ya son parte de mí. Es por esta impotencia constante de no poder hacer nada.

Vuelvo a mirar el móvil. Al último mensaje que le envié. A esa conversación que ya parece unilateral.

Nada.

Cierro los ojos. Respiro hondo. Y me levanto.

No puedo seguir así. No puedo quedarme aquí sentada mientras él… mientras él quién sabe cómo está.

Salgo del vestuario y giro a la derecha. Las animadoras no podemos estar en la zona de jugadores fuera de los entrenamientos o los eventos autorizados, y si alguien me ve por ahí sin una razón oficial, podría costarme mucho más que una simple reprimenda. Pero ahora mismo no me importa. Si alguien me encuentra, improvisaré una excusa, diré que me perdí buscando el baño o que tenía que entregar algo al staff. Me da igual.

Lo único que quiero es verlo.

Camino por los pasillos del Astro Center, agachando ligeramente la cabeza cada vez que doblo una esquina, tratando de hacerme invisible. Paso junto a las salas de entrenamiento, los gimnasios, la piscina principal… todo está en silencio, completamente vacío.

Voy hacia la piscina de fisioterapia en la otra punta. Empujo la puerta. La luz de la luna se cuela por los ventanales altos y se refleja sobre el agua en calma, extendiéndose como un espejo. Está desierto. El corazón se me hunde un poco más. Pero justo cuando me doy la vuelta, algo llama mi atención en la penumbra. Una toalla colgando del respaldo de una silla, justo al lado de la sauna.

Podría ser cualquiera: un fisioterapeuta terminando su turno, alguien del equipo médico, un jugador cualquiera. Y yo no debería acercarme. Pero quiero creer que ese tirón que siento en el

estómago no es solo esperanza. Es él. Tiene que ser él.

Abro la puerta muy despacio, conteniendo la respiración. El calor denso me envuelve al instante. Y al fin lo encuentro: sentado en el banco de madera, torso inclinado hacia delante, codos sobre las rodillas, cabeza entre las manos.

Su cuerpo brilla bajo el sudor, cada gota resbalando por unos músculos que parecen tan tensos como agotados.

Levanta la cabeza y me mira. Durante unos segundos, ninguno de los dos se mueve. Pero su rostro cambia, apenas un gesto, y lo transforma todo: el ceño se le suaviza, la mandíbula pierde tensión y su mirada —esa que siempre arrastra tormentas— se despeja un instante. No es solo alivio, es algo más hondo. Como si acabara de dejar de luchar, como si, por fin, pudiera respirar.

Me siento frente a él, con cuidado. El calor de la sauna se cuela por mi conjunto de entrenamiento y me abrasa la piel, pero no me importa. No cuando lo tengo así delante.

—Hola —susurro.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Estaba preocupada por ti. No has respondido en todo el día.

—Ah, ya. Perdona. Ha sido un día de mierda.

—Lo sé.

Se pasa una mano por la nuca.

—Estoy bien. No tenías que preocuparte.

Me acerco un poco más.

—Sí que tenía —respondo sin pensar—. Y claro que no estás bien. He visto todo lo que han dicho... —Él aprieta la mandíbula, tensa los hombros. Está tragándose algo. Quizás las ganas de romper cosas—. No les hagas caso. No fue culpa tuya, Liam.

—Claro que lo fue —salta, con rabia hacia él mismo. En sus ojos está todo lo que ha estado conteniendo: la frustración, la decepción, la culpa—. Cometí errores de novato. Me derribaron tres veces. Soy un puto lastre para el equipo.

—¿Lastre? ¿Tú? —Resoplo, negando—. Liam, llevas casi seiscientas yardas. Seis touchdowns. Y eso con una rodilla que está al ochenta por ciento, así que… —Dejo que la frase flote un segundo, antes de sonreír—. No quiero ni imaginar lo que harías si estuvieras al cien

por cien. Igual los *49ers* ni se molestarían en salir al campo.

La comisura de sus labios se curva apenas un poco, lo justo para decirme que, aunque sea por un segundo, algo de lo que he dicho ha conseguido atravesar su neblina.

Pero la sonrisa desaparece tan rápido que me deja un vacío en el pecho.

—Estoy cansado, Harper. De no poder tener ni un mal día. De fingir que todo va bien cuando lo único que quiero es largarme una semana, dormir y que nadie me pida nada.

—Nadie espera que seas perfecto.

Él deja escapar una risa corta, sin humor.

—¿No? Pues eso no es lo que parece. En cuanto fallo una sola vez, todos empiezan con lo de siempre… la caída del año pasado, mi puta rodilla…

—No les hagas caso. No tienen ni idea de lo que te ha costado estar aquí.

—Es fácil decirlo —dice, sin mirarme— cuando no paran de recordarte cada puñetero día tu error. Cuando cada semana tu rodilla te arde un poco más y tengas que seguir corriendo igual.

—Liam…

—Cuando tienes que salir al campo y notas que no puedes correr como antes —sigue, ignorándome. Se lleva la mano al pecho, presionando con fuerza—. Y sobre todo… cuando no dejas de sentir que cualquier día te van a quitar lo único que tienes.

—Oye. Mírame. —Espero hasta que levanta los ojos. Están inyectados de cansancio y algo que se parece demasiado al miedo—. Eres uno de los mejores corredores de la NFL. ¿Me oyes? Y ni una mala racha va a borrar eso.

—He bajado todas mis estadísticas y…

—Es un mal partido. Uno. Entre muchos buenos. No puedes dejar que te defina.

Niega con la cabeza.

—Quizás no me queda nada más que dar. —Se queda un segundo callado, como si le diera vergüenza admitirlo—. Y esto es todo lo que soy, Harper. Todo lo que esperan de mí. Si no puedo dar el cien por cien… no me queda nada.

Mis dedos rozan su rodilla, cálida y húmeda, y eso lo deja sin palabras. No sé quién tiembla más con el contacto, si él o yo.

—Tú no eres solo un jugador de fútbol, Liam. Y quien no lo vea, sinceramente, no merece tenerte cerca. Ni dentro del campo, ni fuera de él. Qué les den.

Él baja la mirada, y durante unos segundos se queda completamente inmóvil, fijo en el lugar donde mi mano todavía roza su piel. Siento cómo respira, lento pero cargado. Y cuando por fin habla, su voz suena más baja, más gastada…

—A veces… —traga saliva—. A veces siento que ya no tengo a nadie. Que todos están aquí sólo por lo que puedo hacer con un balón entre las manos.

Mi mano sube hasta su brazo. Él no se mueve, solo me mira. Parece que no sabe qué hacer con lo que le provoco.

—Me tienes a mí. Y créeme, no estoy aquí por tu récord de yardas ni por tus estadísticas. Me importas tú. Este Liam. El que conocí en la fiesta de compromiso de mi hermana y me dio el mejor beso de mi vida. El que no he podido sacarme de la cabeza desde entonces, por mucho que lo haya intentado. —Me acerco más, apenas unos centímetros de distancia entre nosotros—. Tu dorsal me da exactamente igual. Bueno… vale, no del todo. Porque es lo único que me recuerda cada día que no puedo tocarte.

Algo en él se quiebra. En su expresión. En su cuerpo entero.

Y al mismo tiempo, lo siento yo también. La conciencia de dónde estamos: solos, envueltos en vapor, dentro de una sauna diminuta. Una burbuja sellada, lejos del ruido, del juicio, del contrato que nos prohíbe esto.

Sus ojos bajan a mis labios. Luego al cuello. Y después… a su propia mano, que sube hasta cerrarse suavemente sobre mi cintura.

—Estás aquí —susurra.

Abro la boca para decir algo —ni siquiera sé qué—, pero no me da tiempo.

Porque tira de mí.

Sus manos me sujetan de la cintura, y en un solo movimiento me sienta encima de él. Mis piernas se abren instintivamente para acomodarse a horcajadas sobre sus caderas, rodeándole. El banco

cruje con el cambio de peso, pero nos aguanta. Su cuerpo está caliente, húmedo, tenso. Como una puta arma cargada.

Y yo...

Yo ya no sé quién soy. Solo sé que lo tengo debajo, firme, duro… tan duro que su erección se clava justo en el centro de mis muslos, provocando una presión deliciosa que me arranca un escalofrío entero.

—Pueden... pueden pillarnos —un susurro que no va a ningún sitio. Ni siquiera sé por qué lo digo.

Él desliza una mano por mi mejilla, con una ternura que no cuadra con el fuego que veo en sus ojos. Su pulgar traza el contorno de mis labios, despacio.

—Se me da jodidamente bien ser silencioso —murmura.

Baja las manos a mi cadera, apretándome el culo con ganas, estrujándome contra él, y entonces lo hago: me muevo a lo largo de su erección. La tela de los leggins es demasiado fina, y puedo sentir *todo*. Cada centímetro de él, toda su dureza, el calor que irradia, la presión que se intensifica con cada vaivén.

Dios bendito.

Qué puta maravilla de sensación.

Suelto un gemido contra su oído.

—Joder, Harper —gruñe, y el sonido es tan crudo que se me aflojan las piernas—. Ese gemido me va a perseguir toda la vida.

—¿No se te daba bien ser silencioso?

Él se ríe. Una risa grave, sucia, cargada de deseo y de algo más oscuro.

—Sigue gimiendo así… y se me va a olvidar que esa puerta no tiene pestillo.

Mi cuerpo se tensa. Me separo apenas unos centímetros, lo justo para que entre algo de aire entre nosotros, para poder pensar con claridad. Miro la puerta, al mismo tiempo que él lo hace.

¿Qué hago? Estoy en mitad del centro de entrenamiento, en la zona de los jugadores, en una sauna sin pestillo. Cualquier persona podría abrir esa puerta.

Cuando volvemos a mirarnos, su expresión me quema. Es pura intensidad. Y esa nuez que se le mueve cuando traga en seco… me

destroza. Sé exactamente lo que está pensando. Porque yo también lo pienso. Nuestros trabajos. Los contratos. Las consecuencias.

Pero también… en todo lo demás.

Todo lo que llevamos más de dos meses conteniendo.

—Paralo tú, porque yo no puedo hacerlo —murmura, con la frente apoyada en la mía, su aliento mezclándose con el mío.

¿Qué lo pare? ¿Cómo pretende que pare algo que me hace sentir tan viva?

Le rodeo el cuello con los brazos, buscando anclarme a él, al único punto firme dentro del torbellino que siento en el pecho.

Esto es muy mala idea.

Pero eso es lo más complicado de intentar razonar cuando todo tu cuerpo está en guerra con tu cabeza: puedes repetirte mil veces que no, que no debes, que no es lo correcto… Pero hay deseos que no entienden de lógica. Hay latidos que se imponen al juicio. Porque cuando lo que sientes arde más fuerte que lo que piensas, lo correcto deja de importar.

Ese el problema con las malas ideas… que cuando las deseas lo suficiente, dejan de parecer tan malas.

Lo beso.

Su boca se abre de inmediato. Sus manos me envuelven la cintura con fuerza, con esa necesidad que ya no puede disimularse, y me atrae hacia él hasta que no queda ni un centímetro de distancia entre nuestros cuerpos. Repto con los dedos por su abdomen firme. La piel le resbala bajo las yemas, húmeda, salada, y me cuesta distinguir qué es el calor de la sauna y qué es el calor que él me provoca.

Su lengua encuentra la mía sin delicadezas, hambrienta, directa, y me pierdo en el sabor de su boca. Tiene algo cálido, oscuro, con notas de sal, como si el esfuerzo, el sudor y el peso del día se hubieran quedado allí, enredados entre sus dientes. Pero también hay algo inesperado, un fondo sutil y casi dulce, como el rastro que deja un whisky añejo en los labios.

No es un beso. Es una maldita declaración de intenciones.

Maldigo por dentro cuando se aparta, apenas un milímetro, con la respiración agitada y la mirada nublada por el deseo.

—No puedo creer que esto esté pasando… —susurra, ronco, mientras sus dedos recorren mi costado dejando líneas de fuego bajo la piel—. Llevas semanas en mi cabeza. Justo así, encima de mí, moviéndote así. Dios… no sabes la de veces que he pensado en esto. En ti.

—Ya sabía yo que te había dejado con esa imagen en Cedar.

Sus labios encuentran mi clavícula y la muerden, dejando una línea húmeda de besos que me hace arquear la espalda. Me tiembla la respiración cuando me susurra justo ahí, en la piel sensible del cuello:

—Fue un milagro que no te arrancara ese vestido allí mismo.

—Una pena, más bien.

Su lengua baja por mi cuello, húmeda y abrasadora. Yo echo la cabeza hacia atrás, jadeando, con los labios entreabiertos, completamente a su merced. Sus dedos se deslizan sobre la tela de mi top deportivo, sobre los pezones endurecidos, y cuando sus pulgares lo atrapan, un gemido alto y descontrolado se escapa de mi garganta.

—Shh… va a enterarse hasta el de seguridad.

—Me da igual —susurro, sin pensar—. Que escuche.

Él suelta un sonido gutural junto a mi oreja. No es una risa. Es un ronroneo bajo, grave, casi animal. Y me vuelve loca.

Con una lentitud cruel, baja uno de los tirantes, deslizándolo por mi hombro hasta que la tela cede bajo su mano. Su mirada recorre cada centímetro, tan intensa que me quema más que el vapor en el aire. Baja el otro tirante y mis tetas quedan medio atrapadas, enmarcadas por el top. Completamente expuestas.

—Joder… Mírate. —Sus pupilas se oscurecen, sus labios se entreabren, y sus manos se detienen, como si necesitara un segundo para asimilarlo—. Tus tetas son tan perfectas… tan malditamente redondas… Y esos pezones. Dios, Harper… no sé si lamerte hasta dejarte temblando o caer de rodillas y adorarte como te mereces.

—¿Vas a seguir dando discursos o piensas hacer algo de una vez?

Me ofrece esa sonrisa suya en respuesta. Torcida, peligrosa y devastadora. Y entonces se inclina. Su lengua dibuja un camino

lento desde el borde hasta el centro de mis pezones endurecidos, y cuando lo atrapa con la boca, cuando succiona con ganas, el placer me atraviesa como una corriente eléctrica.

Me rompo del todo.

No hay vuelta atrás.

Su mano baja por mis caderas, hasta colarse entre nosotros. Sus dedos presionan la tela de mis *leggings* empapados, exactamente donde más lo necesito. Es apenas un roce, pero me da un latigazo justo en el centro de mi placer.

—Liam… —gimo, medio en un susurro, medio en una súplica.

—¿Paro?

—Si lo haces, te mato.

Una risa le vibra en el pecho.

—Eso pensaba.

Sus dedos vuelven a moverse, con una presión que me deja temblando.

—Estás tan mojada… Podría hacer que te corrieses sin quitarte nada. Solo así.

No lo dudo.

Todo mi sistema nervioso se concentra en un solo punto: justo donde sus dedos marcan el ritmo. Hay hambre en sus movimientos, en su lengua, que sigue en mis pechos, succionando y mordiendo con una devoción que mi cuerpo no sabe cómo procesar de lo brutalmente bien que se siente.

Mi respiración se desboca, se mezcla con el vapor denso, con el sonido pegajoso de su boca sobre mi piel, con el crujido del banco bajo mis caderas, que se mueven sin control, respondiendo a su tacto como si solo existiera para eso: para romperme en sus manos. Estoy tan cerca que me duele. Solo quiero más y *más*.

Su pulgar roza el centro exacto y me hace ver estrellas.

Un gemido desgarrado me escapa sin que pueda contenerlo, alto, crudo, demasiado revelador. Pero antes de que llegue a rebotar contra las paredes, su mano sube y me cubre la boca con firmeza. Sus dedos presionan mis labios mientras sus ojos grises me miran, oscuros de deseo.

Mis uñas se clavan en su espalda mientras mis caderas se agitan

sin control. Los músculos de mis piernas se tensas y todo mi cuerpo se sacude con el espasmo del orgasmo.

Me corro en silencio. O puede que grite. Ya no sé.

Siento sus manos aferrarse a mi cintura, su boca jadeando contra mi cuello, el chasquido húmedo de su maldición entre dientes cuando sus caderas se empujan contra las mías. Solo una vez. Fuerte. Brusca. Y entonces se rompe conmigo. Gime mi nombre, mientras tiembla por completo y se corre dentro del bañador.

Tarda unos segundos en poder respirar. En poder hablar.

—Me cago en la puta…—murmura, apoyando la frente en mi hombro, sin aliento—. Mira lo que me haces.

Suelto una carcajada entrecortada, sin aliento, mientras intento recordar cómo se usa el oxígeno.

—¿No dices nada? —añade, levantando la cabeza lo justo para mirarme, entre divertido y sorprendido—. ¿Dónde está la reina del sarcasmo cuando más la necesito?

—Creo que… has conseguido dejarme sin palabras.

Él suelta un bufido divertido, su pecho temblando bajo el mío.

—¿En serio? ¿Todo este tiempo y lo único que tenía que hacer era lograr que te corrieses?

Le doy un empujón suave, todavía sin fuerza en los brazos.

Miro a mi alrededor y tomo consciencia del lugar: el vapor es tan espeso que apenas puedo distinguir la silueta de la puerta. ¿Cuánto llevamos aquí dentro? ¿Diez minutos? ¿Media hora?

No lo sé. Y tampoco me importa.

Debería estar aterrada por lo que acabamos de hacer. Porque, en cualquier momento, alguien puede entrar y pillarnos. Pero no lo estoy. Porque creo que en algún momento entre sus manos en mis caderas, su lengua en mi piel y su voz gimiendo mi nombre… perdí el norte, el sur y probablemente el maldito oeste.

Deslizo la mano por su cuerpo desnudo, lenta, recreándome en cada músculo. Bajo los dedos por su brazo izquierdo, recorriendo el tatuaje que lo cubre, aunque la poca luz apenas me deja distinguir su diseño. Sigo trazando líneas hasta su pecho. Lo siento vibrar bajo mis dedos, noto el latido de su corazón. Un tambor que me llama. Porque aunque mi cuerpo acaba de alcanzar el orgasmo, no hay

saciedad. No ha sido suficiente.

Bajo la mano, decidida a ocuparme de lo que su cuerpo todavía grita por mí. Pero antes de llegar, él me detiene.

—Salvo que quieras replantearte seriamente tu trabajo… yo que tú no haría eso.

—Pero…

—No me lo pongas más difícil, ¿vale? No sabes lo complicado que es tenerte así… y aún asi decir que no. —Se pasa una mano por la nuca—. Joder, llevo dos meses pensando en ti, Harper. Fantaseando con esto… con *todas* las cosas que quiero hacerte —resopla, con los dientes apretados, los ojos completamente oscuros—. Pero si sigo, no voy a saber parar. Y no pienso dejar que esa puta puerta arruine la mejor experiencia de mi vida.

Un suspiro se me escapa.

—Estás siendo cruel.

—Estoy siendo sensato. No voy a follarte aquí, no así, no mientras alguien puede entrar y jodernos… en todos los sentidos.

Me muerdo por dentro las mejillas. Las ganas. La rabia. Todo lo que no puedo decirle ahora porque, aunque quiera que me lo arranque todo, sé que él tiene razón.

Se mueve despacio, y me ayuda a ponerme de pie sin soltarme.

—Vamos —murmura— antes de que de verdad me olvide de por qué esto es una mala idea.

Nos separamos a duras penas. Ninguno dice nada más. No hace falta. Porque los dos sabemos que lo que acaba de pasar… lo cambia todo. Incluidas las malas ideas.

Noche de chicas



HARPER

—Beth, lo que tengo es una contractura en el trapecio por operar diez horas seguidas. No tiene nada que ver con las energías.

—Claro, Julie. Porque el cuerpo y la energía no están conectados.

—Están conectados, sí. Por la médula espinal.

—Tú ríete, pero deberías probar una limpieza energética.

—¿Qué parte de «medicina basada en evidencia científica» no ha entendido esta mujer? —Nos mira al resto pidiendo auxilio.

—Un par de sesiones de yoga y te juro que vuelves a respirar.

—Eso mismo le voy a decir a mi próximo paciente… —ironiza Julie, poniendo los ojos en blanco.

—Te falta fe —dice Beth, con esa sonrisa suya de medio lado.

—Y a ti te sobran cristales.

La carcajada se me escapa por la nariz. Chloe ya está medio ahogada. Llevamos más de una hora en el reservado, pero con estas dos, parece que hayan pasado solo cinco minutos. Dios, echaba de menos a Julie. No hemos coincidido desde el evento del hospital. Entre los entrenamientos, los partidos y sus guardias, hemos pasado de hablar todos los días a mandarnos memes a las once de la noche con un «te odio por estar dormida».

Increíble que tenga que ser mi cumpleaños para que el universo nos dé un respiro y podamos coincidir en el mismo lugar, a la misma hora y sin tener que mirar el reloj cada cinco minutos.

Estaba deseando que conociera a Beth. Sabía que la combinación sería buena, que el pragmatismo clínico de Julie iba a chocar con la espiritualidad caótica de Beth. Pero jamás imaginé que a este nivel. No recuerdo haberme reído tanto en años.

Monica regresa del baño con una sonrisa de par en par, culpa de

los dos Manhattan que se ha bebido. Llega por detrás de Julie y le rodea la cintura con los brazos.

—¿Me concedes este baile, doctora?

—*Ugh*. Ya está. Me la roba —me quejo, fingiendo drama, llevándome una mano al corazón—. Esto es traición.

Julie me lanza una mirada cómplice.

—Te dije que ahora tienes que compartirme. Lee las cláusulas del contrato.

—Exijo una revisión de ese acuerdo.

—Llama a mi abogada.

Se cogen de la mano y desaparecen entre la multitud, como si el mundo se redujera al espacio entre sus dedos entrelazados. Me quedo mirando cómo Julie le susurra algo al oído a Mónica justo antes de que ambas se fundan con el ritmo de la música. Me encanta la pareja que hacen. De todas las chicas que Julie me ha presentado, Mónica es, sin duda, la que mejor me cae. Bueno… si dejamos fuera a la que trabajaba en el Starbucks y me hacía descuentos.

Beth se acomoda mejor en el sofá, estirando las piernas.

—Estoy para que me metan en una bañera de hielo y me dejen ahí hasta Navidad.

—Bañera doble, por favor —lloriqueo yo también.

Beth suelta una risa pequeña.

—¿Tan mal ha ido la semana? —nos pregunta Chloe.

—Terry nos tiene esclavizadas —responde Beth—. Os juro que si me hace repetir la secuencia de diagonales una vez más, me arranco una uña aposta para ir a urgencias.

—¿No tenéis descanso en algún momento?

—Tenemos la *bye week* a mediados de noviembre —le digo yo—. Una semana entera de descanso. Bueno, descanso entre comillas, porque seguro nos meten entrenamientos casi todos los días. Pero al menos no hay ni un solo partido.

—¡Genial! Justo lo que quería oír.

—¿Para?

—Para secuestrarte. Tengo que volver a Cedar para ver algunas cosas del espacio con los proveedores de decoración. Podría

cuadrarlo para ese fin de semana.

—¿Quieres que pase mi primer fin de semana libre en siglos eligiendo manteles?

—Quiero que me salves la vida. Eres mi hermana y mi dama de honor. Necesito a alguien con gusto, sentido común y capacidad para decirme que estoy a un centro de mesa de montar una floristería.

—El objetivo de esa semana es descansar, Clo.

—Y vas a descansar mucho. Solo serán unas horas con los proveedores, te lo prometo. El resto: montar a caballo, leer, pasear, dormir sin alarma y quejarnos de la vida como en los viejos tiempos. —Chloe me observa, y por un momento, baja la guardia—. No te he pedido nada hasta ahora… Pero me haría muchísima ilusión, *Harpies*. Hace mucho que no pasamos tiempo juntas y necesito tu opinión en un millón de cosas. Y, además, a ti te vendría genial desconectar. Es un *win-win*. Solo piénsalo, ¿vale?

—*Valeeeeee*…

—¡Gracias, gracias, gracias! Te adoro.

Ni siquiera le he dicho que «sí», pero la muy cabrona ya lo celebra. Porque sabe que nunca he podido decirle que no.

—El resumen es que… —empieza Beth, aguantándose la carcajada. Cómo la odio—. Vas a pasar la *bye week* en un rancho.

—Eso parece, sí.

Busco mi bebida y doy un trago, resignada.

—Pero no es cualquier rancho —salta Chloe, ofendidísima—. Tiene casa de invitados, un jacuzzi y una piscina que parece sacada de un resort de lujo.

Mi hermana sigue describiendo el rancho de su futuro marido y todas sus ventajas. Pero yo no puedo evitar pensar en otro rancho, en el de Liam, y en esa noche juntos sobre el tejado del granero, con una manta vieja y su voz baja hablándome de constelaciones como si pudiese sostenerme el cielo con las manos.

Y justo cuando ese recuerdo me sacude el pecho —cuando lo último que debería hacer es pensar en él—, mi móvil vibra sobre la mesa. No hace falta mirar. Sé que es él.

Abro el mensaje. Es una foto de una tortita de chocolate con

helado por encima, medio deshecho.

Para que veas que sí como azúcar.

Mi sonrisa aparece sola. Tecleo rápido, aprovechando que esas dos siguen a lo suyo y no me están prestando atención:

Me alegro de que una niña de cinco años te haya tenido que mostrar lo que es la felicidad.

—¡Anda, mira! —dice Beth, alzando una ceja desde el otro lado del sofá—. Otro mensajito del chico secreto. ¿Qué te dice?

Intento disimular, escondiendo el móvil contra la pierna.

—Nada. Solo es una foto.

—¿De su…?

—¡No! Solo es de su cena, pervertida.

Beth me mira con esa expresión suya de «ajá», y Chloe, que se había girado para pasarle las copas vacías al camarero, se da la vuelta justo a tiempo para unirse a la emboscada.

—¿Qué chico secreto?

—¿No lo sabes? Lleva semanas mandándose mensajitos con alguien. Pero no suelta prenda, la muy zorra.

—¿*Semanas*? —repite Chloe, con los ojos entrecerrados.

Mierda.

—Venga —insiste Beth, dándome con el codo—. No puedes tenernos así. ¿Es alguien del trabajo? ¿Del gimnasio?

—Ya te lo he dicho, es solo un tío de Tinder.

—Pero no cualquier tío. Que no te veo así de obsesionada desde aquel tío de ojos grises.

—¿Ojos grises? —salta Chloe.

Beth pone cara de horror.

—Ay, perdona. Pensé que ya se lo habías contado.

—¿Contado…? ¿El qué?

—Pues que tu hermana se obsesionó con un cowboy en tu fiesta de compromiso.

Puedo ver el momento exacto en el que mi hermana empieza a atar cabos. Porque su mirada se me clava como si ya supiera exactamente a dónde lleva todo esto.

—¿Te has acostado ya con el chico secreto? ¡Cuéntanos algo!

Noto el calor subir por el pecho, arderme en las mejillas y explotar en la cara, como si llevara escrita la palabra culpable en la frente. Porque sí, me he puesto colorada. Y sí, es por él. Porque basta con que digan su nombre para que me venga a la cabeza esa sauna. Y a la sensación exacta de tenerlo empujando contra mí hasta que se corría con mi nombre en los labios.

Si él no hubiera frenado… lo habría hecho. Y eso, justo eso, es lo que más me asusta. Lo rápido que estuve dispuesta a perderlo todo.

—¡Te has puesto colorada, tía! ¡Cuenta, cuenta! ¿Lo hace bien?

Me revuelvo en el sofá, incómoda.

No sé si reírme, huir o desaparecer por combustión espontánea.

—Vale, vale, basta de charla —interviene Chloe—. No he salido con las RCC para esto. Me prometisteis mucho baile.

—Yo es que no me siento los pies con estos tacones —protesta Beth, enseñando las piernas con sus sandalias de diez centímetros.

—Excusa no válida —dice mi hermana, agarrándola del brazo.

Beth protesta un poco más, pero se deja arrastrar. Yo me levanto detrás de ellas, agradecida por el cambio de tema, aunque mis mejillas siguen ardiendo. Chloe se queda a mi lado, y en cuanto tiene un segundo, clava sus ojos en los míos.

—Chloe, yo… —empiezo. No sé ni qué le voy a decir.

Ella niega despacio y me pone una mano en el brazo.

—No hace falta que me lo expliques, Harper. Solo necesito saber si te hace feliz.

—No es tan fácil… —Ella no se conforma con esa respuesta vaga. Suspiro y pongo los ojos en blanco, vencida—. Vale, sí. Lo hace. Mucho. Muchísimo, Clo.

Sonríe de par en par.

—Eso es todo lo que me importa, tonta —responde, y me abraza por los hombros mientras me arrastra con ella.

Cuando llegamos al centro de la pista, Julie suelta un gritito y levanta los brazos, contagiando su energía a todas. La música retumba en los altavoces, un reguetón que hace vibrar el suelo, y las luces giran sin parar, iluminando con colores la pista entera. Bailamos, reímos, cantamos las canciones como si estuviéramos en un karaoke.

Julie me observa desde su metro setenta de dignidad médica y esa camiseta de lentejuelas que se compró conmigo hace dos años. Inclina la cabeza, evaluándome. Y entonces, en mitad del estribillo de la canción, se acerca hasta quedar pegada a mí.

—¿Qué pasa? —me pregunta en voz muy baja, para que las demás no la oigan—. Tienes cara de que te pasa algo.

—Chloe se ha enterado.

—¿De qué? —La música sube y tenemos que pegarnos más para escucharnos—. ¿De lo de…?

—Sí —resoplo, dejando caer la cabeza hacia atrás un segundo—. Beth le contó lo de los mensajes y Chloe ató cabos.

Pone los ojos tan en blanco que casi se le quedan del revés.

—Beth y sus «buenas energías» —masculla, bajando la voz. Ella y su forma de decir lo que piensa. Somos tal para cual desde que nos sentaron juntas en el colegio—. Mucha piedra lunar, mucho incienso, pero la discreción se la pasa por el...

—Julie —le advierto, aunque me cuesta no reírme.

Pone los ojos en blanco.

—Oye. No pienses en eso ahora. De verdad. Chloe no te va a juzgar. Te conoce y sabe que sí lo estás haciendo es por algo. Mañana ven al hospital, tomamos un café y lo hablamos con calma, ¿vale?

—¿Entre paciente y paciente?

—Como siempre. —Se aparta un poco y me da un pequeño empujón por el hombro—. Y ahora vas a mover ese culo y a disfrutar. Es tu noche y te lo mereces más que nadie.

—Sí, señora.

—Tú imagina que tu vaquero te está mirando con esos ojazos suyos mientras bailas. A ver si así sonríes un poco.

—Eres idiota.

—Y tú una enamorada en negación.

Me echo a reír. La canción cambia a otra aún más pegadiza y Julie me agarra de las manos y las alza por encima de mi cabeza. Y por unos segundos, solo estamos ella y yo, girando entre las luces, como siempre. Bailando, sudando y riéndonos sin parar.

—Voy al baño —anuncia Chloe.

—¡Voy contigo! —le dice Julie, siguiéndola.

Estoy justo en medio de un intento de *twerking* cuando noto un cuerpo acercarse por detrás.

—Sabía que eras tú —dice una voz masculina.

El nudo en el estómago cambia. Se convierte en arcada.

Jared se acerca tambaleándose, con la copa medio vacía en la mano y esa sonrisa suya que me pone de los nervios.

—Estás espectacular. Joder, nena, si lo llego a saber, no te dejo escapar —añade más bajito, para que solo pueda escucharlo yo, pasándome un brazo por encima—. ¿Me echas de menos? Porque yo a ti sí. No paro de ver tus fotos con ese uniforme.

Intento zafarme, pero él aprieta un poco más.

—Quítate.

Sonríe más, como si mi rechazo fuera parte del juego.

—Hay una con la que... ese escote, nena… madre mía. ¿Así vas a todos los partidos? Porque yo me hacía fan, ¿eh? —Su mano baja por mi brazo. Y entonces se inclina, demasiado cerca—. Ese cuerpito animando… *mmm*.

—No me toques.

—¿Por qué no contestas mis mensajes? —sigue, ignorándome—. ¿Qué pasa? ¿Muy ocupada haciéndote la estrella? —Su aliento me da en la mejilla, mezclado con el alcohol—. Te dije que te portaras bien conmigo, ¿recuerdas?

La piel se me hiela.

—¡Qué me sueltes! —Intento quitármelo de encima.

—Vamos, no te pongas así. ¿Por qué no nos vamos a un sitio más íntimo, para hablar?

Su mano baja a mi cintura.

La agarro al vuelo antes de que llegue más abajo.

—Jared. —Le sujeto la muñeca con tanta fuerza que me duelen los dedos—. Suéltame ahora mismo.

—Venga. Que sé que en el fondo quieres que te recuerde lo bien que lo pasábamos… —Su voz se vuelve más grave—. No me hagas ponerme serio, ¿vale?

—¡Vete o llamo a seguridad!

El empujón que le doy lo tambalea. Un par de personas giran la

cabeza, pero la música ahoga cualquier intento de atención real. Jared se pasa una mano por la cara, medio riéndose, medio perdiendo el equilibrio. La amenaza parece hacer efecto al fin.

—Esto no queda así. Ya sabes que no me gusta que me ignoren.

Me quedo paralizada mientras él se aleja, perdiéndose entre la multitud. El corazón me late tan fuerte que me cuesta respirar.

—¿Harper? —La voz de Julie me saca del trance.

Cuando levanto la vista, están las tres: Julie, Beth y Monica, rodeándome. Chloe está viniendo por detrás, sin entender nada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta al llegar a mi lado.

—Un baboso ha acosado a Harper —le aclara Monica.

—¿Ese no era Jared…?

Asiento, moviendo mi cabeza arriba y abajo sin parar.

—¿Quién es Jared? —inquiere Beth.

—Mi ex.

—Voy a buscar al de seguridad. No quiero que vuelva a acercarse a ti —salta Chloe, con la cara encendida de rabia.

—Ya está, Chloe. Se ha ido. No quiero montar un numerito…

—¿Qué dices, tía? No debería haberte tocado —añade Julie con ese tono que debe de usar a diario en quirófano—. Ni hablarte así. Menudo cerdo.

—Lo sé. Pero de verdad… no le demos más importancia —digo, y luego miro a Beth, suplicándole en silencio.

Porque ella entiende lo que pesa llevar ese uniforme incluso fuera del campo. Hace una semana le pasó a Jessi: un vídeo suyo quitándose de encima a un baboso en otra discoteca se hizo viral. Todo el mundo se le echó encima. Yo no he hecho nada malo, pero si esto acaba en internet, no importará. Lo sacarán de contexto. Dirán que provocaba, que buscaba atención y que una RCC no puede perder los papeles en público.

Beth me lanza una última mirada evaluadora antes de engancharse al brazo de Chloe y decir algo sobre pedir otra ronda.

Se lo agradezco en silencio.

Alguien canta a pleno pulmón el estribillo de una canción vieja de Rihanna. Y yo intento hacer lo mismo, pero no puedo. Porque sigo sintiendo su mirada, aunque no lo vea… No sé si está en una

esquina o en la barra. Solo sé que sigue aquí. Y lo odio por eso.

La familia que se escoge



LIAM

El mensaje de Harper llega justo cuando estoy apilando otro trozo de tortita en el tenedor.

Sonrío como un idiota al leer lo que ha puesto.

Dejo el móvil bocabajo, reprimiendo la necesidad —cada vez más incontrolable— de responderle al instante. Pero esta es su noche, y no quiero que esté pendiente a mis mensajes.

Katie está sentada frente a mí, con su pelo afro perfectamente recogido en dos moñitos altos y su pijama de unicornios, que se niega a jubilar aunque ya le quede corto. Acaba de verter más sirope en su plato, y ahora gira el tenedor en círculos, distraída.

Sé muy bien lo que está haciendo: alargar la hora de irse a dormir.

—¿Sabes que en el cole me han dicho que los tomates no son verduras? —suelta de repente.

—Porque son frutas —respondo, y le paso una servilleta—. Límpiate la comisura, anda. La tienes llena de chocolate.

Se limpia sin quejarse y luego alza la mirada, esos ojos enormes y expresivos brillando de picardía.

—Entonces, si el tomate es fruta… ¿el kétchup es batido?

—Tú y tus ocurrencias —murmuro, conteniendo la risa.

Ella sonríe con la boca llena y alza las cejas, orgullosa. Hay una lógica en sus tonterías que me recuerda a Harper, como si ambas vivieran con las reglas de su propio universo, uno donde todo es más simple y tiene más gracia.

Tocan el timbre justo cuando me levanto a buscar más agua.

—¡Voy *yoooo*! —grita Katie, ya bajándose de la silla.

Pero TJ aparece por el pasillo y levanta una ceja.

—Tú te quedas aquí, General Sirope. Y deja de jugar con la comida. Te vas a dormir, lo quieras o no.

Katie le saca la lengua en respuesta, y TJ pone los ojos en blanco. Resopla, resignado, y se encamina hacia la puerta. Escucho voces, risas, y unos segundos después, James entra en la cocina con la misma sonrisa de siempre.

—¿Cenando fuerte, eh? —saluda.

—Oye —respondo, señalando mi plato—, no subestimes el poder de una buena tortita.

—Ya, seguro. —Se acerca a la mesa—. Hola, Katie. ¿Te acuerdas de mí?

Katie lo mira de arriba abajo, con ese ceño fruncido suyo.

—Mmm… no mucho. ¿Tú también eres jugador de la NLF?

Nos reímos los tres. Lo ha dicho mal como si no supiera perfectamente cómo se dice. Y conociéndola, probablemente lo siga haciendo a propósito. Para provocarnos y bajarnos el ego. Puede parecer pequeña, pero no tiene ni un rizo de tonta.

James se agacha, divertido, y le sacude el pelo. Katie pone su cara de «no soy un peluche, gracias».

—No, yo soy más de traje y corbata que de mallas ajustadas.

—Qué suerte —salta TJ—. Así puedes esconder ese culo deprimente que me traes.

—¿Envidia de mi genética? —le responde James, girándose para sacar culo.

Yo suelto una carcajada y termino mi tortita. Va a ser un milagro si no me arrepiento de esta bomba de azúcar mañana en el entrenamiento.

—Eso explica por qué no tienes músculos —saltando Katie, chupando la cuchara con esa mirada traviesa que ya va apuntando maneras. Si atacan a su padre, ella lo defiende. Fácil.

TJ se ríe desde el lavavajillas, y James me lanza una mirada como diciendo «tu hija adoptiva me está destrozando».

—Bueno… algunos nacemos con otros dones, pequeña —responde James.

Katie asiente, y vuelve a su plato.

No me extraña que no se acuerde de James. La última vez que lo vio fue hace más de dos años, y para una niña, eso es como otra vida entera. Lo que sí me sorprende es lo fácil que es tenerlo aquí,

lo natural que se siente esta escena.

James. TJ. Katie. Y yo.

Viernes por la noche siempre fue cosa de TJ y mía. Una rutina que llevamos años repitiendo: póker, cervezas, desconexión total. Y ahora, con James viviendo en Dallas, esa costumbre empieza a parecer algo más sólido. Más real. Una pequeña familia. De esas que se escogen.

TJ se sacude las manos en un gesto dramático.

—Hora de mandar a la criatura a la cama. Que mañana me toca madrugar y si no la acuesto ya, va a querer ver *High School Musical 2* por quinta vez esta semana.

—¡Pero si aún es pronto!

—Venga, vamos —responde él, acercándose a recoger su plato.

Katie pone los ojos en blanco, coge el último trozo de tortita y se lo mete en la boca como si fuera su último derecho constitucional. Después se baja de la silla y me lanza los brazos.

—Buenas noches, Liam. Has subido puntos por lo de las tortitas.

Le doy un abrazo fuerte y un beso en la mejilla.

—Descansa, genio. Nos vemos la semana que viene.

TJ se la lleva al pasillo, con protestas teatrales de por medio. La escuchamos decir que solo aceptará acostarse si le canta el estribillo de *Breaking Free*, y TJ promete hacerlo solo si no aparece en su cama en mitad de la noche.

Saco el tapete verde del cajón del mueble auxiliar. Lo extiendo sobre la mesa del salón. Y busco las cartas y las fichas. James se sienta a mi lado, me ayuda a prepararlo todo y me pone al día sobre su experiencia viviendo en la ciudad.

—… pero echo de menos el rancho como un condenado. La rutina, los caballos, no tener tráfico ni vecinos que se creen DJs los jueves por la noche. Supongo que me acostumbraré.

—Lo del tráfico es un infierno al que te acostumbras —y luego, mirándolo a los ojos, añado—. Pero nunca se deja de echar de menos Cedar.

James asiente, con una media sonrisa.

—¿Piensas volver pronto?

—Si hay suerte… —Me encojo de hombros, mientras abro el

paquete de cartas—. Quizás me escape el fin de semana de la *bye week*.

TJ aparece con palomitas, frutos secos, nachos y algo que huele deliciosamente a guacamole, y lo deja en el centro de la mesa.

—¿Vuelves al rancho? —pregunta, sentándose con nosotros.

—Sí. Mi abuelo sigue dando guerra y necesita una mano. Además… —me callo un segundo, girando las cartas—. Siempre viene bien respirar aire que no huele a combustible.

—Dios, sí —dice James, y chocamos cervezas con ese gesto silencioso de «te entiendo»—. Habrá que cuadrar fechas —añade—. Chloe también quería organizar cosas de la boda por allí.

—Hecho —le digo, y empiezo a barajar.

—Tú, trae las cartas —interviene TJ, estirando la mano.

—¿Todavía con eso? —Me río—. Te di una paliza. Supéralo.

—Claro, claro… por eso mismo. Esta noche barajo yo.

James suelta una carcajada, ya más suelto.

—Haces bien. Este —dice señalándome— es más tramposo que un político en campaña.

—¡Eh! Yo no era el que robaba las cartas del Monopoly.

—No puedes demostrar nada.

—Tío, te pillamos con las cartas en la manga.

—Detalles —replica James, llevándose la cerveza a los labios.

—Si alguien hace trampa esta noche —dice T.J—, no sale de esta casa sin pagarme el doble. Y tengo cámaras, que lo sepáis.

James y yo nos reímos. La noche acaba de empezar y ya se siente como una de esas que te arreglan la semana. Con ellos, todo es fácil. Las primeras partidas vuelan entre bocados de lo que ha preparado TJ y bromas que van y vienen.

—¿Cómo vais con la preparación para el partido del domingo? —pregunta James, colocando sus nuevas fichas frente a él.

—Eh, eh, eh —salta TJ, alzando la mano en el aire—. Tema prohibido. Hoy no se habla de fútbol.

—¿Cómo qué no?

—Viernes por la noche es territorio libre de fútbol. Fue un requisito del señor Prescott —dice, señalándome con el pulgar—. Dijo que necesitaba al menos una noche sin pensar en trabajo.

—Lo dices como si fuese un castigo —digo, mirando las cartas que TJ me reparte. *Nada mal*.

—Pues casi.

—¿De qué habláis entonces?

TJ alza una ceja, divertido.

—Está claro. De…

—Como digas culos, te largas al sofá —le corto.

James se ríe, y TJ levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale. Pero que conste que hay censura.

—Censura, no. Respeto.

—Pero si yo tengo respeto. No hay nada que respete más que un par de glúteos bien levantados.

—Dios. Contigo no hay manera.

—A ver si lo entiendo… —dice James, jugando con una ficha entre los dedos—. ¿No habláis de fútbol, ni de trabajo, ni de culos? ¿Entonces qué os queda?

—¿Ves lo que tengo que sufrir? —responde TJ, lanzando dos fichas al centro como si eso sellara la afirmación.

James y yo igualamos la apuesta.

—Podemos centrarnos en lo que importa —añado, girando la siguiente carta del centro. Un As, justo lo que necesitaba—: el juego. Subo mi apuesta.

James frunce los labios al ver la carta y suelta un suspiro.

—Paso. No me fío de esa cara tuya.

—Cagado.

—Precavido, dirás. No quiero que me arruines.

—Vamos, no me jodas, James… que nos estamos apostando quinientos pavos. Eso para ti es lo equivalente a un paquete de chicles. —Lanzo mi atención a mi derecha—. ¿Tú qué dices?

TJ me lanza una mirada retadora desde el otro lado de la mesa.

—Va. Igualo —dice, arrastrando un buen puñado de fichas hasta el centro.

Giramos la última carta.

Una reina.

Yo tengo doble pareja: ases y reinas.

TJ la mira. Mira su mano. Vuelve a mirar el centro. Y entonces:

—Me cago en la puta.

—Vamos, enséñalas —le pincho, conteniendo la risa.

—Doble pareja. Damas y nueves.

—Una pena. —Recojo las fichas con la sonrisa ya bien instalada en la cara—. Has caído por una reina. Qué irónico.

—Eres un desgraciado.

—Y tú un perdedor —respondo, alzando las fichas en el aire como si acabara de ganar un torneo de Las Vegas.

TJ baraja de nuevo, mientras sigue metiéndose conmigo entre dientes. Yo no puedo parar de reír. Qué mal perdedor es.

Las cartas vuelan sobre la mesa y nos repartimos otra mano.

—¿Y cómo te van las cosas con tu prometida? —pregunta TJ

—Bien. Muy bien, de hecho —le responde James, sin pensarlo mucho—. No me creo la suerte que tengo con ella.

—Entonces, ¿lo tienes claro?

—Voy a casarme con ella, ¿qué más claro lo puedo tener?

—Yo me casé con mi ex, y no las tenía todas de mi parte.

—No compares. Destiny era una…

—Eh, calla —me corta, mirando hacia el pasillo. Luego susurra—: no quiero que Katie escuche nada malo de ella.

Me inclino hacia él, bajando la voz.

—¿Ha vuelto a verla?

—Nada desde verano.

—Pues lo dicho. Una mujer ejemplar, dulce y encantadora —digo, volviendo a hablar normal, por si a la pequeña le da por estar espiando. No sería la primera vez. Katie tiene el oído fino y la curiosidad aún más afilada. Y TJ tiene razón: aunque Destiny se largara y lo dejara tirado con una hija a la que apenas mira, la niña no tiene la culpa de que su madre sea una grandísima hija de puta.

Las fichas de todos ya están en la mesa, así que James levanta las tres primeras cartas. No tengo tan buena jugada en esta.

—Bueno, me alegro, James. Espero que os vaya bien.

—Gracias, TJ

Hacemos otra ronda más, todos igualamos las apuestas.

—¿Me invitarás a la boda, verdad?

—Te tendría que llegar la invitación en estos días.

—¡Genial! Me encantan las bodas. Se liga un huevo. ¿Chloe tiene alguna amiga… interesante? Ya sabes, desde que mi ex me dejó, estoy devastado —dice TJ, con un falso tono lastimero—. Necesito que alguien me devuelva la fe en el amor.

—Eso fue hace cuatro años —le suelto—. Y no estabas devastado. Estabas demasiado ocupado festejándolo.

—¿Quién no lo celebraría? —Suelta un resoplido, y yo me uno a él. Solo en pensar en esa mujer, en el daño que le hizo y en cómo gestionó todo el tema de Katie, la sangre me hierve. TJ sacude la cabeza y vuelve al tema—. Chloe tenía una hermana, ¿no?

Me quedo con la mano alargada hacia la mesa, paralizada. James me lanza una mirada rápida, directa. No hace falta decir nada.

—¿Qué? ¿Por qué os miráis así? —pregunta TJ, frunciendo el ceño —. ¿He dicho algo raro?

James se aclara la garganta.

—Nada. Es que… Harper, la hermana de Chloe, no es precisamente de tu estilo.

Yo me limito a levantar la siguiente carta.

—No voy.

Eso es suficiente distracción para TJ, que se lleva la mano. James reparte otra ronda y yo echo un vistazo al móvil por pura inercia. Nada nuevo desde hace casi una hora. Y lo peor es que lo noto. Me pica en las manos las ganas de escribirle.

TJ me pilla de lleno.

—Estás enganchado, tío —dice, lanzándome una ficha a la frente—. ¿Quién es ella?

—¿Qué? —me hago el tonto.

—El móvil —insiste—. Lo miras cada cinco minutos.

James levanta la vista desde su cerveza, curioso.

—¿Estás saliendo con alguien?

—No. No es nada.

Mentira. Claro que es algo.

Mi día empieza y acaba con ella.

Y ya no tengo ni idea de cómo volver atrás.

La sauna lo complicó todo. O tal vez lo dejó todo claro. No lo sé. Aún no he decidido cuál de las dos opciones me da más miedo.

Pero es que Harper... *joder*, Harper, empapada —de todas las formas posibles—, con el pelo pegado a la cara, la boca entreabierta y mi nombre saliéndole con esa voz temblorosa que todavía escucho por las noches… Fue demasiado.

Me corrí dentro del bañador como un crío. Y ni siquiera me importó. Porque fue uno de los mejores orgasmos que he tenido. Y aun así, tuve que parar. Lo jodido es que no fue porque no lo deseara más que a nada. Fue porque, justo en el segundo en que ella se aferró a mí como si yo también fuera su salvavidas, supe que lo que me estaba pasando no era solo por un calentón.

Era por Harper.

Era por todo lo que había arriesgado por estar ahí, a mi lado, después de uno de mis peores días desde que volví. Un partido pésimo, una rodilla destrozada, y la sensación constante de que todos esperan que vuelva a fallar. Yo solo quería que me tragara el puto suelo. Y entonces, apareció ella. Colándose en la zona de jugadores como si le diera igual todo. Solo para verme.

¿Y yo qué hice? Estuve a un segundo de fallarle. De arrastrarla conmigo y arruinarlo todo. A esas alturas, estaba dispuesto a asumir las malditas consecuencias. Pero si Harper perdía su sitio por mi culpa, si la apartaban de las RCC, no me lo perdonaría.

Desde entonces, todo está más revuelto. No he conseguido dormir bien ni una noche. Cada vez que cierro los ojos, la veo ahí, a mi lado, sonriéndome. No puedo quitármela de encima. Es como si desde esa vez algo se me hubiese quedado bajo la piel, algo pegajoso, algo que no sé cómo sacar.

Y sé… sé que esto ya no es solo físico. Lo fue al principio, claro. Pero ahora quiero más. Quiero escucharla reír cuando todo me pesa. Quiero esa forma suya de mirarme sin exigencias, sin pretensiones. Quiero saber qué le asusta, qué le ilusiona, qué la mantiene despierta por las noches cuando se le agotan las bromas.

Y eso es lo que lo complica todo.

—Joder, tío, claro que es algo. Es la primera vez que te veo sonreírle al móvil así. Pareces un puto crío.

—¿Y por qué no sabemos nada de esa misteriosa mujer?

—Porque el cabrón no suelta prenda.

—¿Celoso? —bromeo, intentando salir del paso—. Siempre quisiste tenerme para ti solito.

—Nah, ya supere mi enamoramiento —dice TJ, señalándome con una patata frita—. Así que venga, confiesa. ¿Tiene cuarenta y seis años? ¿Está casada? ¿Por qué no nos quieres hablar de ella?

—Déjalo de una vez, Taylor.

—Hostia, puta. ¿Me acabas de llamar por mi nombre? La cosa es seria, eh.

Me limito a seguir el juego y a subir mi apuesta. Pero noto la mirada de James. Ya no está riéndose. Es como si pudiera ver las palabras «culpable» escritas en mi frente con neones. Pero no me extraña. Nos conocemos desde críos, me ha visto mentirle al abuelo con cara de santo después de robarle la camioneta para colarnos en aquella fiesta de San Antonio. Sabe leerme mejor que nadie.

Y justo cuando vuelve a girar la mirada hacia su mano, su móvil vibra. Él lo coge. Mira la pantalla. Su expresión cambia.

—¿Todo bien? —pregunto, dejando las cartas.

—Es Chloe.

Contesta. Escucho solo su parte: palabras sueltas, murmullos, una frase que me congela.

—¿Qué ha hecho exactamente? Vale, tranquila. Estaré allí en quince minutos. No os mováis, ¿vale? Te quiero.

Se levanta sin decir más, y en cuanto cuelga, ya está cogiendo las llaves de la isla.

—¿Qué pasa? —pregunto.

La presión ya me ha subido al pecho.

—Harper. Está en la discoteca con Chloe. Se han cruzado con su ex borracho, y… parece que se ha puesto pesado. Muy pesado.

—Hostia, qué hijo de puta —dice TJ.

Se despide de nosotros, rápido. Yo lo sigo, ni siquiera lo pienso.

Me da igual la mesa, el juego, las fichas.

—Voy contigo.

James me pone una mano en el pecho.

—No.

TJ capta la tensión y se aleja hacia la cocina, dándonos espacio sin necesidad de que se lo pidamos.

—No pienso quedarme aquí.

—Si apareces por allí, lo vas a complicar todo —dice, bajando la voz —. Hay gente, cámaras. Tú sabes lo que eso significa.

Tiene razón. Sé que, en cuanto entre en una discoteca en mitad del centro de Dallas, alguien va a reconocerme. Y si me ven en medio de un lío, con el ex de Harper por ahí, con ella, la bomba mediática puede ser letal… Pero eso no cambia que lo único que quiero hacer ahora mismo es salir corriendo hasta ella. Comprobar que está bien. Y quitarle de encima a ese imbécil con mis propias manos.

James no aparta los ojos de los míos.

Y no me mira como quien sospecha.

Me mira como quien *ya lo sabe todo*.

—Tranquilo —baja la voz—. Yo me ocupo, tienes mi palabra. Te aviso en cuanto esté con ellas.

—James, yo…

—Lo sé. No tienes que explicarme nada. Si a mí me hubiesen prohibido estar con Chloe… no hubiese durado ni dos días, Liam.

Me aprieta el hombro, en un gesto silencioso que lo dice todo, y después se da la vuelta y se marcha.

Y yo tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad por no ir con él. Con ella.

Límites



HARPER

—No es para tanto, en serio. —Me apoyo en la pared mientras Chloe dobla una manta a los pies de la cama—. Podéis dejar de tratarme como si fuese una niña. Estoy perfectamente.

—Ya, claro —responde sin ni siquiera mirarme—. ¿Y por qué te has asustado cuando la puerta del parking se cerró?

Técnicamente fue una reacción involuntaria. No cuenta.

—Además —añade, acomodando la octava almohada—, así aprovecho para testear la habitación de invitados. ¿Quién mejor que tú para darme una reseña sincera? Quiero cinco estrellas, ¿eh?

James asoma por la puerta con un vaso de agua y me lo tiende.

—Gracias. Y perdón por todo —susurro, tragándome el nudo. No el del estómago. Ese ya no hay quien lo trague—. Sé que estabas de noche de póker con tus amigos.

—Tranquila. Iba perdiendo, así que me has librado de perder una buena pasta.

—Entonces, de nada.

Bebo despacio, dejando que el agua arrastre esa mezcla de asco, rabia, e impotencia que no he conseguido soltar desde que Jared apareció por segunda vez esta noche. Sí, segunda. Porque después del numerito en la primera discoteca, creímos que sería buena idea cambiar de sitio. Y el imbécil nos siguió.

Como si no hubiera sido suficiente con invadirme, tocarme, susurrarme idioteces al oído con su aliento a whisky barato y esa mirada de depredador que siempre me dio mal rollo, incluso cuando estábamos juntos. Si es que eso cuenta como «estar juntos». Yo lo llamaría *fase temporal de estupidez emocional*.

—No sabía que era un pervertido —murmura Chloe—. Que era un

idiota, sí. Pero esto… esto es otra cosa.

No contesto. Porque si abro la boca, me voy a quebrar. Y no estoy para lloros ahora. Estoy para fingir que estoy bien y que no me dan ganas de arrancarme la piel cada vez que recuerdo su mano bajando por mi brazo. Que no me sigue retumbando en la cabeza ese «nos veremos fuera», cuando el de seguridad se lo llevó.

Idiota.

Al menos aquí estoy segura. El edificio tiene seguridad veinticuatro horas, Chloe no piensa despegarse de su móvil y James ha hecho un escaneo digno del FBI de las afueras del edificio.

Me siento mal. Pero no por lo de Jared. Bueno, también por eso. Pero ahora, en este momento, me siento mal por haber sido una borde con James desde el principio. Por haber dudado de él tantas veces. Por no haberle dado el beneficio de la duda.

Porque esta noche, cuando Chloe lo llamó, él llegó en de diez minutos. Y no solo vino y se enfrentó al culpable, sino que nos acompañó, se aseguró de que estuviéramos bien, y ni una vez puso caras, ni hizo preguntas incómodas, ni dejó que me sintiera una carga. Se comportó como todo un hermano mayor.

Ya sé que es pronto. Que seis meses no dan para poner la mano en el fuego por nadie. Pero hay gestos que pesan más que el tiempo. Y James… hoy ha sumado unos cuantos puntos conmigo.

—Bueno —dice Chloe, acercándose—. Si necesitas cualquier cosa, estamos en la habitación de al lado. ¿Vale?

James también se acerca, me aprieta el hombro con suavidad.

—Buenas noches.

—Buenas noches, chicos. Y otra vez, gracias. Sois los mejores.

Chloe me dedica una mirada suave, como esas que daba mamá cuando nos íbamos a dormir con fiebre y me hacen replantearme seriamente si ella es la hermana pequeña, o yo.

Cierro la puerta con cuidado tras ellos. Y me quedo sola. En una habitación de invitados que parece sacada de Pinterest, con una cama perfectamente hecha y miles de cojines. En serio, mi hermana tiene un serio problema con eso…

Dejo el vaso de agua en la mesita y me siento en el colchón, sin deshacerlo todavía.

No tengo sueño. Ni cuerpo para descansar.

Apoyo los codos en las rodillas y me cubro la cara con las manos. Respiro. Una. Dos veces. Y cuando por fin me dejo caer hacia atrás y miro el techo, el móvil vibra con otra notificación.

Lo cojo y desbloqueo la pantalla. No es una nueva. Es una acumulación de las anteriores. Los últimos mensajes de Liam, preocupado. Me doy cuenta de que no le he vuelto a escribir más desde ese mensaje rápido que le envié mientras me metía en el coche de James. Solo para decirle que estaba con ellos y que estaba bien. Eso fue hace una hora.

Abro el chat rápido y le escribo:

Lo siento. No he podido escribirte antes.

Estoy en casa de mi hermana. Me quedo a dormir aquí.

La respuesta no tarda ni tres segundos.

Lo sé. James me lo ha dicho.

¿Puedo llamarte?

No espera que responda. La pantalla parpadea con su nombre. Bueno, con el emoji de tormenta que le tengo asignado.

—Hola —susurro, con el móvil pegado a la oreja.

—Hola —responde él, también en voz baja. Joder. Esa voz. Grave, templada, ligeramente ronca. Se me eriza la piel—. ¿Cómo estás?

Suelto todo el aire de golpe y respiro por primera vez en horas.

—Ahora bien. Perdona por no haberte respondido antes.

—No pasa nada. Solo necesitaba saber que estabas bien. Y ahora que te oigo… ya lo sé.

Me aprieto contra la almohada. Como si eso pudiera contener el vértigo que me provoca que me diga cosas así.

—Mi hermana me obligó a quedarme aquí esta noche. Dice que es más seguro, porque el apartamento tiene seguridad. Y también que tenía ganas de una pijamada. Aunque creo que eso último era solo para convencerme.

—Ha hecho bien.

—Le he dicho que Jared no estaría tan loco como para ir a mi casa, pero… —Me encojo de hombros, aun sabiendo que él no puede

verme—. Ya no estoy tan segura.

—¿Quieres contármelo o prefieres no hablar más del tema?

—No. Está bien.

Trago saliva. Y entonces le cuento todo lo que pasó en la discoteca. Y como nos siguió a la segunda . Cómo intentó meterme mano por la fuerza cuando fui al baño. Cómo me arrinconó, cómo me agarró de la muñeca, cómo me susurró cosas que no quiero volver a repetir. Le cuento que Beth y Julie llegaron justo a tiempo. Que el de seguridad lo sacó, y que antes de irse me soltó una amenaza que todavía me revuelve el estómago.

—Hijo de puta.

Cierro los ojos al escucharlo. Porque lo escupe con rabia.

—¿Por qué no llamaste a la policía?

—No quería… que se repitiese lo de Jessi.

—Joder, Harper.

—Es mi culpa. Tendríamos que habernos ido a casa. Pero no quería aguarle la noche a nadie, ni parecer paranoica.

—No. Claro que no es tu culpa. El único que debería haberse largado a su puta casa era él. O al calabozo. Maldito cabrón. Tienes que denunciarlo, Harper. No puede irse de rositas.

—Lo sé.

—Me cago en todo —resopla. Y sé perfectamente que está de pie, caminando por su casa o apretando los puños o haciendo lo que sea para no explotar—. Si hubiera estado ahí…

—Liam.

—Te juro que no me habría importado que me vieran, ni que me grabaran, ni que me echaran del puto equipo. Me habría dado igual. Solo con haber tenido cinco segundos delante a ese capullo…

—Liam, ya está.

—No. No está. —Hace una pausa. Su respiración es tensa, como si estuviera peleando contra sí mismo—. No sabes lo que me ha jodido tener que quedarme esperando. Sin saber si estabas bien. Con las manos cruzadas como un puto imbécil.

—Si hubieses ido, habría sido peor. Una discoteca llena de fans, cámaras… se habría liado.

—Joder. —Otra vez ese tono contenido. Resignado. Cansado—.

Estoy harto de esta mierda.

—Y yo.

Noto el escozor en los ojos. Pero no por lo que ha pasado esta anoche. Es por esto. Por no poder tenerlo cerca. Por esta línea absurda que nos separa y que no hace más que estirarse.

—Daría lo que fuese por verte ahora.

Silencio.

Uno de esos silencios que pesan y duelen.

—No sabía si decirte esto —empieza, y noto la duda en su voz—. Pero en realidad… solo tienes que abrir la puerta para hacerlo.

Me incorporo de golpe en la cama.

—¿Qué?

—Estoy aquí. Fuera.

—¿Estás loco? Si James se entera…

—¿Quién crees que me ha avisado de que estabas aquí para que pudiera venir?

No me lo pienso.

Ni medio segundo.

Me bajo de la cama descalza, cruzo la habitación en silencio, y abro la puerta con cuidado de no hacer ruido. El pasillo está completamente a oscuras, apenas una luz tenue se cuela desde la habitación de mi hermana. Camino de puntillas hasta la puerta principal, con el corazón en la garganta y las manos temblando.

Abro la puerta principal, y ahí está él, de pie en el descansillo, con la capucha cubriéndole la cabeza, el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante y los ojos fijos en mí. No dice nada. Ni siquiera se mueve. Pero su mirada… Dios, su mirada lo dice todo. La preocupación. El alivio. El cabreo contenido.

Me lanzo a sus brazos.

Me hundo en su pecho y dejo que todo lo que llevaba aguantando se me escape en forma de lágrimas. Liam me envuelve sin dudarlo. Entra, cierra la puerta, y me sujeta fuerte.

—Shhh… ya está. — Apoya la barbilla sobre mi cabeza y me acaricia la espalda—. Estoy aquí, Harper. Estoy aquí contigo.

Me balancea un poco, como si pudiera calmarme solo con el cuerpo. Y lo consigue. Poco a poco, lo consigue. Porque es él.

Porque es justo lo que necesitaba esta noche. Solo a él. Solo *esto*.

Aún abrazada a él, le doy un golpecito suave con los nudillos.

—¿Cómo se te ocurre venir? ¿Y si alguien te ha visto?

—Me da igual. No podía volver a casa sin saber que estabas bien.

Le doy otro golpecito, esta vez con un poco más de intención.

—Ya he tenido bastante esta noche con un acosador, gracias.

Él se separa un poco, lo justo para mirarme con una ceja alzada.

—¿Demasiado pronto para bromear?

Niega con la cabeza, sonriendo, y me vuelve a abrazar fuerte.

—Joder, Harper… cuánto necesitaba esto.

—Yo también —murmuro, cerrando los ojos mientras me hundo un poco más en su abrazo.

Podría quedarme así toda la noche, o toda la vida. Con su olor a ropa limpia y perfume. Con sus brazos fuertes alrededor de mí, firmes y cálidos, como si todo lo que ha pasado hace unas horas perteneciera a otra vida.

Me separo un poco, lo justo para mirarlo. Y me fijo bien en que va vestido todo de negro. Sudadera con capucha, pantalón, hasta las zapatillas son de un gris oscuro. Me lo imagino bajando del coche como si estuviera en misión encubierta y la risa que me sube por la garganta se me mezcla con algo muy distinto. Una punzada de gratitud que se me clava en la piel.

—Gracias por venir.

—No me des las gracias. ¿Estás mejor? ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Ya lo has hecho.

Él asiente, pero no parece convencido. Pasa el peso de un pie a otro y se mete la mano en el bolsillo de la chaqueta.

—Siento mucho que pasaras tu noche de cumpleaños así. Quizás esto pueda ayude a quitarte el mal sabor de boca.

Saca una cajita pequeña y me la tiende. La miro, sorprendida, sin saber si abrirla o abrazarlo.

—Feliz cumpleaños, Harper.

Mis dedos tiemblan un poco al levantar la tapa. Dentro hay un colgante dorado, pequeño, delicado. Una herradura mirando hacia arriba. Sin adornos, sin florituras. Solo eso. Simple. Y perfecto.

—Liam, yo… —Mi voz se rompe un poco—. No tenías que…

—Sé que no es gran cosa. —Se encoge de hombros, como si intentara quitarle importancia—. Quería comprarte algo mejor, ya sabes… esas cosas que os suelen gustar a vosotras. Me recorrí todas las tiendas de Filadelfia, te lo juro. Pero nada me parecía lo bastante tú. Así que pensé en esto. Suelo llevarlo antes de cada partido. Me lo dio mi abuela cuando me fui a la universidad… decía que traía suerte. Sé que es usado, y bastante simple, pero tú no sueles llevar muchas joyas y las que llevas son doradas, así que creí que te gustaría.

Mi corazón se estruja contra mi pecho.

Toco la herradura con la yema de los dedos.

—Es preciosa, Liam. Pero… no puedo aceptarla.

—Claro que puedes. Y lo harás.

Coge la cajita, saca el collar con cuidado y lo sostiene en el aire.

—¿Puedo?

Me doy la vuelta, sin decir nada, y aparto el pelo del cuello. Sus dedos rozan mi piel al cerrar el broche, y tengo que hacer un esfuerzo por no derretirme del todo. Me vuelvo hacia él. La cadena brilla bajo la luz tenue. Sus ojos, en cambio, están fijos en mí.

—Pero… tu abuela te lo dio a ti.

—Y ahora quiero que lo tengas tú. —Sus labios se curvan apenas—. No te preocupes, ya he tenido toda la suerte que necesitaba. Además, mi abuela era de las que regalaban cosas cada dos por tres. Tengo como una docena de cosas suyas guardadas.

Nos miramos. Pero no es solo eso. Nos sentimos. Como si cada emoción se estuviera desbordando, por fin, después de tantas semanas jugando a esquivar lo inevitable.

Liam niega apenas, frustrado.

—No sabes lo que me cuesta mantenerme lejos de ti. —Su mano acaricia el collar en mi pecho, despacio—. No tienes ni idea de lo difícil que es verte desde lejos y no poder acercarme. No poder abrazarte. No poder tocarte así. —Su dedo dibuja el contorno de mi brazo, subiendo por mi hombro—. No poder susurrarte algo al oído y ver cómo se te eriza la piel —sigue, inclinándose un poco más. Su voz me roza el cuello como un secreto.

—¿*Sí*…? —Es lo único que soy capaz de decir. Porque mi cerebro está apagado y mi cuerpo se ha convertido en gelatina.

—No poder hacer esto… —Acaricia mi mandíbula, su mano deslizándose suave por mi piel—… Ni esto. —Me da un beso en la mejilla, demasiado breve—. Ni… —susurra, quedándose en mi comisura, tan cerca que su respiración se mezcla con la mía, dudando entre decirlo… o *hacerlo*.

No lo duda más.

Su mano sube a la nuca, acunándome, mientras yo me estiro de puntillas, con los dedos enredados en su cuello y el corazón galopándome en el pecho. Cuando nuestras lenguas entran en contacto, aprieta mi cuerpo contra el suyo con las palmas abiertas sobre mi espalda.

Y algo debajo de mi piel —más profundo que los nervios, más caliente que la sangre— cobra vida de golpe, recorriéndome como un latido brutal, una corriente eléctrica que me atraviesa entera, desde el esternón hasta la punta de los dedos de los pies.

Se separa lo justo para tomar aire, pero sus dedos no me sueltan. Apoya la frente contra la mía, y durante unos segundos, ni siquiera el aire se atreve a colarse entre nosotros.

Sus ojos bajan a mi boca y tiemblan apenas. Como si no supiera si lanzarse otra vez… o quedarse ahí para siempre.

Suelta una pequeña carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De que me he pasado un año aprendiendo a caminar otra vez. Y ahora resulta que contigo, estoy volviendo a caer.

El corazón me da un vuelco tan brutal que tengo que cerrar los ojos para no dejarlo escapar por la garganta.

Esa frase, joder… esa frase no tiene nada que ver con la tensión, ni con el deseo, ni con el juego peligroso de lo prohibido.

Esto es otra cosa.

Vuelve a besarme, pero este beso se siente diferente. Porque no hay prisa. No hay desesperación. Solo hay verdad. Ese tipo de verdad que te nace del pecho cuando ya no puedes cargarla más. Que se abre paso entre las costillas y estalla por todo tu ser.

Cuando nos separamos esta vez, necesito aferrarme con fuerza de

su brazo, porque tengo la impresión de que es lo único que me separa del abismo. Que si lo suelto, me caigo.

—Harper… —empieza. Noto el cambio en su expresión, en cómo se tensa. En cómo deja de mirarme con hambre y empieza a mirarme con miedo—. Tenemos que parar de hacer esto.

—¿No te gusta besarme?

—Me gusta demasiado. Ese es el puñetero problema. Porque no puedo hacerlo cada vez que quiero. Porque me estoy volviendo loco intentando mantener la cabeza en su sitio, cuando lo único que quiero es perderla contigo.

—Podemos hacerlo —susurro—. Ser discretos, seguir manteniéndolo en secreto. Nadie tiene por qué saber…

—Harper —me corta—. No quiero hacerte daño. Si seguimos con esto… si no frenamos ahora…

—No me estás haciendo daño.

—Aún no. —Cierra los ojos, lucha consigo mismo—. Pero lo haré. Lo haré cuando esto se salga de control. Cuando alguien nos vea. Cuando tú pierdas todo solo por estar cerca de mí.

Apoya su frente en la mía, su respiración enredada en la mía. Intentando alargar un segundo más lo inevitable.

—Yo puedo asumir las consecuencias, pero me niego a que tú lo hagas. No pienso dejar que pierdas todo por mi culpa. Mira lo que he estado a punto de hacerte esta noche. Si hubiese aparecido en esa discoteca, si alguien me hubiese grabado contigo… lo habría arruinado todo. —Me estremezco, porque sé que esa imagen habría volado por internet en menos de un minuto—. Y no me lo habría perdonado nunca.

—Tiene que haber otra opción, una manera de que podamos…

—No la hay. —Su mirada se clava en la mía, dolida—. Es tu primer año, acabas de empezar, y tienes todo por delante. Esto apenas comienza para ti. Y yo… —cierra los ojos un segundo—, estoy tan orgulloso de ti que preferiría mil veces quedarme sin tocarte nunca más que verte perder lo que tanto te ha costado conseguir.

Mi corazón se encoge con esas palabras.

Nunca nadie me había dicho que estaba orgulloso de mí así, sin exigir nada, sin añadir un «pero» justo después.

Sienta bien oírlo en sus labios.

Yo también estoy orgullosa de él. ¿Cómo no voy a estarlo? Se deja la piel y el alma por dar lo mejor de sí, por no defraudar a todo un equipo, a toda una afición. La mayoría de las personas se hubiesen hundido con la mitad de cosas que él ha tenido que soportar a lo largo de este último año.

Joder, y aquí está, jugándose su carrera por venir a verme.

Todo este tiempo he estado midiendo los riesgos solo desde mi lado de la balanza, sin pararme a pensar en lo que puede suponer para él si esto se nos va de las manos. Podría perder su imagen, su reputación. Todo por lo que ha estado peleando desde que se lesionó. Y ahora que lo ha conseguido, ahora que por fin ha vuelto al campo, ¿de verdad sería justo ponerlo en peligro por algo que ni siquiera tenemos claro lo que es?

No. Claro que no.

Él tiene razón: hay que parar esto antes de que sea demasiado tarde. Antes de que pierda su carrera por mi culpa.

Asiento, al fin. Una sola vez. Y la mueca que hace al separarse de mí, me parte algo por dentro.

Me besa la frente con ternura antes de decir:

—Buenas noches, Harper.

—Buenas noches, Liam.

Se da la vuelta sin mirarme. Sé que no lo hace porque no quiera. Sino porque si lo hace, no se va. Y si yo le pido que se quede —como me muero de ganas por hacer—, no va a decir que no. Pero *ninguno* de los dos lo hace.

Cuando lo sabes, lo sabes



HARPER

—¿Y este qué? —pregunta Candace, hojeando la revista y señalando un modelo con más encaje que tela—. ¿Demasiado?

Vuelvo al presente y dejo de enredar los dedos en el colgante que Liam me regaló. Alzo la vista y me encuentro con Candace, una de las amigas de Chloe. Rubia, ojos color chocolate, y tan dulce y empalagosa como un *cupcake* con triple cobertura de vainilla.

—Depende —respondo—. ¿Queremos que sea solo un poco más sexy o que el tío Richard no despegue los ojos de sus tetas?

Suelta una risa, de esas que parecen ensayadas, pero que en ella suenan auténticas.

—Vale, tienes razón.

Estamos sentadas en una esquina de la boutique mientras mi hermana se prueba vestidos en el probador. La música instrumental de fondo suena tan cursi que tengo la sensación de estar atrapada en una película de domingo por la tarde. Pero al menos, aquí aún no han empezado con la música navideña, como el resto de tiendas. Agradezco no tener que escuchar *All I Want for Christmas* en pleno noviembre.

El móvil de Candace empieza a sonar con fuerza.

—Ay, perdón, perdón —balbucea, rebuscando en su bolso.

Lo encuentra, lo mira… y chilla.

—¡¡AUDREY!!

—Candace —me quejo, llevándome una mano al oído—. Casi me dejas sorda.

Pero ella ni me oye. Ya ha respondido la videollamada y su sonrisa se ha duplicado. Audrey tiene la cara ligeramente hinchada, el pelo suelto y una taza de café en las manos.

—¡Hola, chicas! —saluda.

—Hola, Audrey —le digo—. ¿Qué haces despierta a las…?

—Cinco de la mañana —responde ella, con un bostezo contenido—. No podía faltar a la prueba. ¿Qué me he perdido?

—Literalmente acabamos de llegar —dice Candace, girando el móvil para que pueda ver toda la tienda—. Está en el probador con su madre, ahora se va a probar el primer vestido.

—Enséñame el arsenal —pide Audrey.

Candace se levanta entusiasmada y empieza a caminar hacia las perchas, sosteniendo el móvil en alto. Me quedo sola unos segundos hasta que escucho pasos salir del probador. Levanto la mirada y veo a mamá acercándose, acomodándose el pañuelo en el cuello. Su mirada se desliza hasta Candace, que sigue hablando a toda voz con Audrey, mostrándole cada vestido.

—¿Cómo está Chloe? —le pregunto cuando llega a mi lado.

—Ha tenido un pequeño drama con el sujetador. Pero ya lo estamos solucionando. —«*Lo estamos solucionando*». Claro. Porque no importa cuántas manos haya en ese probador; si no están las suyas, la cosa no vale.

Aprieto un poco más la copa entre los dedos, por la incomodidad que se ha instalado de golpe. Nueve semanas, ese es el tiempo exacto que llevamos sin hablar en condiciones. Solo llamadas cortas para comprobar que sigo viva y dejarme claro que sigue sin tolerar mis decisiones.

Algo en sus ojos cambia, casi como si hubiese podido atisbar la dirección de mis pensamientos.

—Tu hermana me ha contado lo de Jared… —empieza, con el tono bajo. Porque, claro, las demás no se pueden enterar—. No puedo creer que no me lo contarás.

—¿Y cuándo se suponía que debía hacerlo?

Ella no se defiende. De hecho, por primera vez en mucho tiempo, no parece tener una respuesta inmediata. Tarda unos segundos en reaccionar. Y cuando lo hace, parece más joven. Más frágil. Se le arruga la frente, esa que siempre alisaba con cremas.

—Estoy horrorizada. ¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

—No llegó a más porque las chicas aparecieron a tiempo. Pero sí…

fue un mal rato.

—¿Lo has denunciado?

—Estoy bien. De verdad.

Ella se me queda mirando un segundo largo. Y entonces me rodea los hombros y me abraza.

—Si hubiera sabido que Jared era… así… Si lo hubiese sabido antes, no le habría vuelto a abrir la puerta de mi casa. Ni permitido que se sentara a nuestra mesa.

—No quería darle más bombo. Ya era bastante incómodo todo.

Se aparta un poco para mirarme, con los brazos aún en mis hombros.

—No vuelvas a callarte algo así, cariño. Dios mío, no soporto que hayas pasado por todo esto sola. Y sé… sé que es mi culpa. Lo siento mucho, cariño. —Me acaricia la mejilla despacio—. Pero no vuelvas a dudar en contarme nada. Soy tu madre. Y puede que me cueste entenderte. Puede que no siempre sepa cómo manejar… tus decisiones. Pero siempre voy a estar de tu parte. ¿Me oyes? Siempre. Aunque a veces no lo parezca.

Apoyo la cara en sus hombros y cierro los ojos. Porque eso que acaba de decir… lo necesitaba. Más de lo que pensaba.

—Tu padre lo echó de la empresa y le exigió que no volviera a pisar la iglesia. Le dijo que si se te acercaba otra vez, iba a ser él quien acabase detenido.

Me escapa una risa pequeña.

—No sabía que papá tenía esa vena violenta.

—Papá tiene muchas venas que no conoces. Aunque la mayoría solo las saca cuando alguien toca lo que es suyo.

Nos quedamos así, hasta que se le escapa otro suspiro.

—Siento mucho haber estado distante. No es excusa, pero… a veces me cuesta entender los cambios. Y tú eres adicta a ellos. Me… me cuesta verte tomar decisiones tan grandes sin que me lo cuentes.

—Porque me habrías matado.

—Probablemente sí. Pero luego lo habría entendido, y me habría sentido muy orgullosa de ti. Como lo estoy ahora.

—¿Lo estás?

—Claro que sí, hija. Es impresionante lo que has conseguido. —Luego sonríe, divertida—. Además, no todas las madres pueden presumir de que su hija sale por televisión.

Me río. Esta vez con ganas.

—Te quiero más que a nada.

—Lo sé, mamá. Y yo también.

Ella me acaricia el hombro con una ternura que no recordaba de su parte, y luego baja la mano hasta las puntas de mi pelo, que se han aclarado aún más con los lavados.

—Deberías retocarte las mechas.

—Lo sé. Tengo cita para la semana que viene.

—¿Y si vamos juntas? Me vendría bien arreglarme el corte. Podría invitarte después a comer. Ya sabes, un día de chicas.

—Vale.

Me abraza otra vez. Sus brazos cálidos huelen a vainilla y a algo que me recuerda a los domingos por la mañana, cuando horneaba bizcochos y yo me los comía de a poco, sentada en la encimera, con un vaso de leche y la tele sonando de fondo.

Y entonces, Chloe sale del probador.

Y se hace el silencio. Hasta Candace se queda sin palabras.

Porque, Dios santo, mi hermana está preciosa.

Lleva un vestido de tul, con el escote en forma de corazón y bordados de flores diminutas trepando por el corsé hasta los tirantes finos. La falda cae en capas suaves, como si flotara en lugar de pisar el suelo. Candace da un pequeño chillido, mamá ya está llorando, y yo solo me quedo quieta, sintiendo que algo se me aprieta en la garganta.

—¿Y? ¿Qué os parece? ¿Por qué estáis todas calladas?

—Estás hermosa, hija.

—Guapísima —logro decir entre la emoción—. Menos mal que solo vas a llevarlo un día, porque es cruel para las que tenemos que estar a tu lado de lo guapa que estás.

Chloe se ríe con esa risa nerviosa suya y se da una vuelta en la tarima. Las chicas de la boutique le colocan velo, tocado, ramo… el pack completo. Y ella se mira en el espejo como si no pudiera creérselo del todo.

—¿Cómo te ves? ¿Te gusta? —le pregunta Candace.

—Me… —Se lleva las manos al escote, los ojos brillándole—. Me encanta.

—¡¡Normal!! ¡Estás preciosa, Chloe!

—Te queda genial, cielo. Te favorece muchísimo —añade mi madre —. Parece hecho solo para ti.

—Pero no puede ser… —susurra—. No puede ser que me quede con el primero que me pruebo. ¿Verdad?

—Chloe, las cosas rápidas son las tuyas —digo, levantando la copa —. Pero como tú misma has dicho: cuando lo sabes…

—¡Lo sabes! —canturreamos todas a la vez, y luego estallamos en carcajadas.

Todo se desborda. Mamá es la primera en romper filas. Cruza la distancia en dos zancadas para abrazarla entre lágrimas, besándola y repitiéndole que está preciosa. Candace la graba desde todos los ángulos, y Audrey chilla desde la pantalla que James se va a morir cuando la vea entrar así.

Después del huracán de lágrimas y emoción, Chloe me dice:

—¿Me ayudas con esto? —Y me lanza una mirada que ya conozco. Esa que grita «necesito hablar contigo a solas».

Asiento y la sigo al probador. Dentro, la ayudo a soltar los corchetes mientras ella sigue mirándose en el espejo.

—¿De verdad te gusta?

—Te queda de infarto —respondo. La luz le acaricia la piel, y durante un segundo, no veo a mi hermana pequeña. Veo a una mujer: una que sabe lo que quiere, que ha encontrado algo sólido y bonito, y se la está jugando por ello sin miedo—. Pero, Clo, lo que yo piense no importa. Tienes que fiarte de tu intuición. Toda la vida he sido una mosca porculera, lo sé. Pero tú… tú siempre has sabido tomar decisiones mejores que las mías. Así que hazme caso: confía en ti.

Ella se gira, me sonríe con los ojos húmedos y me abraza con esa fuerza suya. Esa que me hacía sentir a salvo cuando éramos niñas y compartíamos cama después de una tormenta. Cuando yo le hacía bromas tontas para que no se asustara. Y ahora… ahora es ella quien me sostiene a mí.

—Eres la mejor hermana mayor del mundo.

—Tiene su trabajo, ¿eh? Me alegro de que lo valores.

Se separa un poco, lo justo para mirarme. Tiene esa expresión suave, esa mezcla de ternura y preocupación que sólo una hermana puede tener.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Cómo llevas… lo de Liam?

Me muerdo el labio, sabiendo que no puedo mentirle. Que no quiero hacerlo. Porque la última vez que lo vi fue en su apartamento, y ella tuvo la decencia de esperar cinco minutos después de que él se fuera para abordarme a preguntas.

Y yo se lo conté todo. Porque no podía guardármelo más. Porque necesitaba que alguien supiera lo que me estaba pasando, aunque yo misma aún no lo entienda del todo.

—No muy bien. Llevo una semana sin saber de él. Y sé que es lo que acordamos, que es lo mejor para no complicarlo más, por todo lo del equipo, y tal, pero… lo echo de menos. —Bajo los hombros al soltarlo al fin—. Es una locura. Joder, apenas lo conozco, no tengo ni idea de cuál es su película favorita o cómo toma el café… Ni siquiera sé por qué no puedo quitármelo de la cabeza.

—Ay, tonta… Claro que lo sabes.

La miro, desconcertada. Quiero preguntarle a qué se refiere, pero sus ojos ya me están dando la respuesta. Está tan claro que me incomoda. Me pilla tan en fuera de juego que lo primero que hago es intentar negarlo.

—No, esas cosas no pueden ser tan…

—¿Rápidas? —me corta, arqueando una ceja—. ¿En serio, Harper? ¿Me vas a decir eso a mí?

—Pero tú eres distinta. Siempre has tenido todo más claro.

—No. No hasta que conocí a James.

Me deja sin argumentos porque… ¿y si tiene razón? ¿Y si no es una locura? ¿Y si esto que siento por Liam ya es algo, incluso aunque no lo hayamos nombrado? Puede ser.

Lo que siento por él es completamente nuevo. Lo ha sido desde el principio. No solo por las miradas y la química evidente. Es más que eso. Es el primer hombre que conozco con el que no tengo que bajar el volumen de mi personalidad, ni medir mis bromas, ni hacerme

más pequeña. Puedo ser yo, con todo lo que eso implica.

Y a él... a él no solo le gusta, sino que me sigue el ritmo, me lanza pullas. Dios… es el primer tío que me hace reír hasta que se me saltan las lágrimas. También es el primero… el primero que me hace sentir que con él estoy a salvo, en casa.

Y tal vez… tal vez sí podría ser él. Tal vez, en otro momento o bajo otras circunstancias, habríamos tenido la oportunidad de comprobarlo. De construir algo, despacio, sin miedo. Tal vez podríamos habernos dado el tiempo de averiguar si valía la pena arriesgar.

Siento una presión en el pecho, hundiéndome más y más en ese pozo en el que llevo toda la semana. Porque me duele. Me duele tener que dejarlo ir antes de saber si de verdad podría haber sido algo. Antes de tener siquiera la oportunidad de intentarlo.

Aprieto con fuerza su collar contra mi piel.

—Cuando lo sabes… —susurra Chloe, y yo asiento despacio, con los ojos ya escociéndome.

Dinero y fama



LIAM

La música retumba como un martillo, golpeándome la base del cráneo. Las luces se mueven en ráfagas. Azul. Blanco. Rojo. Azul otra vez. TJ ya ha brindado al menos tres veces por la victoria del lunes y por el bendito descanso de la *bye week*. Y yo intento no mirar mi reloj por enésima vez.

—Vamos, hermano —dice, apoyando el antebrazo en mi hombro—. Te noto... apagado. ¿Dónde dejaste al Liam Prescott de hace un par de temporadas, eh?

—Probablemente en la sala de fisioterapia —respondo, dándole un trago al vaso. No sé ni qué estoy bebiendo.

TJ se ríe con esa carcajada suya que siempre consigue levantar al equipo, como si todo fuera una anécdota. Aunque la vida esté en llamas. Aunque el mundo se esté cayendo.

—Mira, te voy a arreglar la noche. ¿Ves a la rubia del fondo? —Señala hacia la barra, donde una mujer se pasa la lengua por el labio inferior mientras me mira como si ya supiera a qué sabría besarme—. No te ha quitado los ojos de encima desde que hemos llegado. Y sí, tiene pinta de romper récords.

Levanto la ceja.

—¿Récords?

—Por lo menos en flexibilidad.

Suelto una risa floja. No porque me haga gracia. Solo porque es TJ, y porque esto… esto es lo que se supone que debería estar haciendo. Celebrando. Disfrutando. No pensando en una chica que no está aquí.

Mi padre reaparece por detrás. Acaba de volver de fuera junto con unos cuantos más. Lleva una copa en la mano y la sonrisa de siempre: esa que no le nace en la boca, sino en el orgullo inflado

que lleva pegado al pecho.

—La prensa está fuera como un enjambre. —Pretende que suene a queja, pero no cuela. Todos sabemos que disfruta con esta combinación excesiva de dinero y fama. Es lo que viene buscando en estos sitios—. No he podido ni encenderme el piti.

—Mejor. El tabaco te acabará matando.

—De algo hay que morir —suelta con una carcajada áspera. Tiene los ojos vidriosos y un tono de voz más alto de lo normal. Está más borracho de la cuenta, y eso que solo llevamos una hora en la discoteca—. Todo el mundo habla de tu último partido. De lo bien que jugaste, hijo.

Da una palmada sobre mi hombro con fuerza.

—Sí, bueno. Por poco no lo arruino en el último cuarto.

—Pero no lo hiciste. Y eso es lo que cuenta. Es lo que hace la diferencia entre los grandes y los del montón.

—Ajá. —Asiento, sin mirarle directamente. Cuando empieza con esto, no hay quien lo pare.

—Con este nivel, seguro que te renuevan más temporadas. —Se pasa el dorso de la mano por la boca, satisfecho—. Serías un idiota si no aceptaras un buen contrato. Estás siendo el mejor corredor de esta temporada. El mejor, Liam. ¿Sabes lo que daría cualquiera por estar en tu lugar?

No sé si me está felicitando o metiéndome presión. Con él, siempre ha sido una mezcla extraña de ambas.

A su lado, el padre de Ryan asiente, brindando con su copa.

—Tu chico está recuperando el nivel, Tom. Nada mal.

—Nada mal no. —Mi padre sonríe, enseñando demasiado los dientes—. Extraordinario. Es lo que siempre le digo: si se mantiene centrado, nadie puede con él.

Asiento en automático, mientras mi mirada vuelve a la rubia de la barra. Sus labios son perfectos. Su escote es más que generoso. Está rodeada de un grupo de amigas, pero su atención sigue anclada en mí. A los veinte segundos ya está caminando hacia donde estamos.

—Hola. —Sonríe, inclinándose para que el vestido se le baje lo justo como para dejar ver lo que quiere enseñar—. ¿Prescott,

verdad?

Lucho por no poner los ojos en blanco.

—Sí.

—¡Lo sabía! —Tampoco era tan complicado, estoy rodeado por la mitad del puñetero equipo—. Elodie Duke. Estuve en el partido del lunes con mis hermanos. Impresionante cómo marcaste ese *touchdown*. —Sonríe otra vez, con todos los dientes. Está diciendo exactamente lo que piensa que quiero oír. Señala mi vaso con la mirada—. ¿Celebrándolo por todo lo alto, eh?

—Todavía no hay nada que celebrar.

TJ me lanza una mirada desde la barra, como diciendo: *Dale una oportunidad, tío*. Me encojo de hombros, haciendo un esfuerzo por no parecer tan borde. Por hacer lo que se supone que debería estar haciendo.

—¿Vas a quedarte toda la noche aquí, o hay un after secreto para los de tu nivel?

—¿Qué nivel crees que es ese?

Se ríe como si hubiera dicho algo brillante. No lo he hecho. Ni quiero hacerlo.

—Bueno, tú eres Liam Prescott. Estrella de los Cowboys. Seguro que no sueles perder el tiempo en sitios como este. Aunque… —susurra, acercándose un poco más— si lo haces, debe ser por una buena razón.

Ella sigue hablando sola, sin necesitar *feedback*. Seguro que piensa que es lo típico en un jugador de fútbol: distante, distraído, demasiado importante como para prestarle atención. Y, aun así, no se va. Porque eso también forma parte del juego. Mientras pueda contar que pasó la noche con uno de los Cowboys, ya tiene lo que vino a buscar.

Lo único que hago es mirar sus labios. Se da cuenta de lo que estoy haciendo y se los lame, deliberadamente. Son bonitos, voluptuosos. Y, por un segundo, me pregunto si podría besarla. Si eso ayudaría a quitarme esta sensación de mierda de encima.

No.

No son sus labios los que quiero.

Basta. Deja de pensar en Harper.

No puedo estar cerca de ella, no sin arrastrarla conmigo.

Me obligo a centrarme en las palabras de… ya ni me acuerdo de su nombre. Pero todo lo que me dice me resulta tan superficial como siempre. Me aburre. No hay una sola palabra suya que me interese. No hay sarcasmo. No hay fuego. No hay ninguna frase que me haga querer contestar con algo más que monosílabos.

Por más que quiera convencerme de que esto es lo que necesito —una distracción fácil, un momento de silencio mental—, no lo es. No me sirve.

—Perdona —murmuro, bajando el vaso a la barra—. Tengo que salir un momento.

Ella parpadea, confundida. Se aparta cuando paso por su lado. Me alejo del grupo sin decirle nada a nadie, ni siquiera a mi padre. Solo le hago un gesto a TJ que él entiende al instante.

—Llama si necesitas algo, veintiuno.

No le contesto. Solo levanto la mano en modo despedida. Salgo por la puerta trasera, por la que salimos siempre que hay prensa en la entrada principal. Me deslizo entre las cajas y las bolsas de basura, y bajo las escaleras que dan al callejón.

Pido un taxi desde la app. Los ocho minutos que tarda se me hacen eternos. Me dejo caer en el asiento trasero cuando llega. El conductor gira la cabeza con rapidez, parpadeando.

—Eh… ¿tú eres Liam Prescott?

Lo que me faltaba…

—¡Joder! Qué partido el del otro día. Pensaba que perdías el balón, pero salvaste la jugada en el último segundo. Qué puto crack. ¿Qué tal la rodilla? ¿Ya estás al cien por cien?

—Sí —respondo, con la cabeza apoyada en la ventanilla.

—Menos mal, porque vaya golpe te llevaste el año pasado, tío. No había visto nada igual.

El tipo sigue hablando. De mi caída, de esta temporada, del entrenador, de los rumores de traspasos, de estadísticas. Yo solo asiento de vez en cuando. Lo único que me calma un poco, lo único que me centra, es volver a mi lugar seguro.

Saco el móvil y abro la conversación con Harper.

No puedo saber las veces que he leído estos mensajes. Los tengo

memorizados. Las bromas, los *stickers* divertidos, sus frases absurdas. Siempre sonrío cuando los leo. Siempre.

Y sí.

Solo ha pasado una semana. Siete días.

Pero la echo de menos cada segundo de cada puñetero día.

Y ni siquiera puedo decírselo.

Decisiones



HARPER

Sabía que me estaba mintiendo. Desde el primer momento. Desde que le dije que no estaba convencida de venir y ella insistió porque dijo que «solo serían un par de cositas sueltas para la boda*».*

Ajá. Claro.

Un par de cositas.

Aquí estoy, atrapada entre catálogos de cubertería, comparando servilletas con textura de lino mientras Michel —el wedding, encantador, sí, pero insufrible— enumera las ventajas estéticas del dorado mate frente al dorado pulido. Toda la mañana del viernes ha sido una maratón de proveedores, pruebas de menú y discusiones sobre centros de mesa que no deben interrumpir la conexión visual entre los invitados.

Estoy agotada. Si alguien más me pregunta si prefiero el azul porcelana o el azul hielo, voy a lanzar ese plato a tomar por...

No es por ser perra. Por supuesto que me hace ilusión ayudar a mi hermana con su boda. Pero, joe, también es mi primer fin de semana libre en meses. El primero sin entrenamientos, sin madrugones, sin eventos, ni partidos. Este finde solo lo quería para dormir, comer sin pensar en macros, ponerme una mascarilla con una serie y no hablar con absolutamente nadie.

Pero Chloe se puso pesada con que necesitaba salir de la ciudad, respirar aire fresco y poner distancia. Que un fin de semana en Cedar con ellos me ayudaría a poner las cosas en orden en mi vida. Y, por alguna razón que ya ni recuerdo, le creí.

Intento agarrarme a eso mientras observo cómo Michel y mi hermana se mueven de un lado a otro del jardín, completamente entregados a los manteles de lino, los caminos de mesa y las

puñeteras vajillas de porcelana.

El rancho de los Beaumont está precioso. La última vez que estuve aquí fue en agosto, y hacía tanto calor que me derretía solo con respirar. Estaba demasiado ocupada intentando no morir asfixiada como para prestarle atención al paisaje. Pero ahora… no puedo dejar de mirar.

Estamos lo bastante lejos, entre caminos de tierra y colinas, como para que el pueblo nos quede completamente fuera de vista. Pero lo que sí veo son las montañas que lo rodean, esas que se alzan en el horizonte. La naturaleza se estira en todas direcciones: campos salpicados de hojas secas, árboles altos teñidos de naranja y dorado, hileras de álamos, y más allá, los pastos abiertos.

El aire huele a leña, a tierra húmeda, a calabaza horneada.

A lo que, ahora tengo claro, huele el otoño de verdad.

Aquí el tiempo parece moverse distinto. Y por un momento, me dejo llevar por la idea de que Chloe tenía razón. Que quizá estar aquí, tan lejos de todo, sí que me está haciendo bien.

Pero entonces una ráfaga de viento me sacude el pelo y se mete bajo la chaqueta. No llega a ser frío, pero me cala y me obliga a cruzarme de brazos. El viento vuelve, y esta vez se lleva las últimas hojas de algunos árboles, ya casi desnudos.

Miro las nubes que llevan horas reuniéndose sobre las montañas, pesadas, bajas. Tienen ese color gris azulado, metálico, que no es ni tormenta ni cielo limpio. Ese tono exacto...

El mismo tono de sus ojos.

Joder. *¿Por qué mi cabeza tiene que volver a él todo el rato?*

El objetivo de esta escapada era olvidarlo, no pensar más en él. Es la primera vez desde que lo conozco que paso tantos días sin verlo. Con esto de la *bye week*, no hemos coincidido. Y yo… yo me he esforzado. Me he obligado a no buscarlo en redes, a no releer nuestros mensajes. A no recrearme en los recuerdos, en la sensación de sus labios sobre mi piel…

Está siendo durísimo.

Tan duro que no lo estoy consiguiendo. *Ni un poquito*.

Aunque, pensándolo bien… no sé qué esperaba viniendo aquí. Todo —el olor a campo, el crujido de las hojas, incluso la forma en que el

viento me revuelve el pelo— me recuerda a Liam.

Lo echo de menos. Echo de menos hablar con él. Nuestras conversaciones diarias. Poder desahogarme con él de mi día, de lo mal que estoy llevando todo esto de ser profesional… Y poder escribirle las ganas, *las jodidas ganas* que tengo de volver a besarlo.

—Harper, ¿tú qué opinas? —me llama Chloe, señalando la combinación de copas que Michel ha montado.

Aterrizo en el presente de golpe.

—La de borde dorado es preciosa.

Ella asiente, pensativa.

—¿No es demasiado dorado? Con los cubiertos, y eso…

—Hace dos horas que es demasiado dorado, Clo.

—Vale, quizás podamos usar las copas simples, para equilibrar.

—Sí, mejor —responde Michel y se aleja para apuntar algo en su Tablet.

—Oye… ¿y tu futuro marido? —le pregunto, mirando alrededor. Se disculpó hace un rato para hacer no sé qué, pero lleva horas sin volver—. ¿No debería estar ayudándote?

—Ha ido a montar a caballo.

Pongo los ojos en blanco.

—Yo también debería estar haciéndolo. Fue lo que me prometiste, ¿recuerdas?

—Estamos a punto de acabar.

Ya… eso dijo hace dos cambios de manteles.

—Él se libra de los manteles y yo no —farfullo—. Qué conveniente.

Chloe suelta una risita.

—Tenía un buen motivo. Ha quedado con un amigo.

Espera un momento…

—¿Qué amigo…?

El rubor le sube tan rápido que ni siquiera puede disimularlo.

—No tiene importancia.

—Chloe.

—No me mires así. Se suponía que no iba a venir, ¿vale? Tenía cosas importantes con el equipo esta semana. Pero al final los liberaron. Y como me habías dicho que querías desconectar de todo… no quería que estuvieses pendiente de eso.

—¿De *eso*?

—De él.

No puede ser verdad.

Siento una punzada en el estómago. No solo porque me haya mentido otra vez. Sino porque Liam está aquí, a pocos kilómetros de mí. Respirando el mismo aire que yo, viendo las malditas mismas montañas. Y no me lo esperaba.

—Estupendo —respondo, conteniendo las ganas de gritar—. Pues si el novio puede librarse… yo también.

Y me giro, alejándome de ellos.

—¿Adónde vas?

—¡A dar una vuelta!

Me muevo entre las sillas, el jardín cubierto de hojas, los arcos de flores a medio montar. Todo está tan perfectamente colocado que me dan ganas de patearlo. Porque mi vida, en cambio, es un desastre. Un desastre que ahora mismo solo quiero dejar atrás.

El camino hacia los establos está cubierto de grava. Mis botas vaqueras contra las piedritas es lo único que suena en mi caminata. Menos mal que esta vez he venido más que preparada. Me cruzo con un par de trabajadores del rancho que me saludan con la cabeza. Sigo adelante, con las manos cerradas en puños y el pecho a punto de estallar.

Ayer, justo después de llegar, James me hizo un tour por todo esto. Me prometió que hoy saldríamos a dar una vuelta juntos. Y ahora, el muy traicionero, está por ahí con Liam…

Pues qué le den. No pienso esperarlo.

Entro en el establo. Cada caballo tiene su espacio. Una cuadra individual, con el nombre tallado sobre una pequeña placa de madera. Algunos están echados, otros asoman el hocico por encima de la puerta, curiosos por los ruidos.

Me detengo frente a Scout. Un alazán brillante, con el pelaje color cobre y las patas blancas como la nieve. Levanta la cabeza en cuanto me ve, y se queda observándome en silencio, como si ya supiera que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

—Hola, chico —Extiendo los dedos. Él se acerca y deja que lo acaricie, rozando mi palma con el morro—. ¿Damos una vuelta?

Hace años que no monto. Desde el instituto, probablemente. Pero me encantaba hacerlo, y supongo —y espero— que es como montar en bici. Algo que no se olvida del todo.

La silla está colgada en el gancho, limpia y encerada. No parece haber pasado ni un día sin cuidados. La levanto con esfuerzo, la apoyo sobre el lomo del caballo y empiezo a ajustarla.

Scout sacude la cabeza con un pequeño bufido, impaciente.

—Venga, vamos.

Empujo la puerta del establo, conduzco a Scout hacia el exterior y monto con algo de esfuerzo —y mucha menos gracia de la que me gustaría—, pero cuando me acomodo en la silla y dejo que mi cuerpo encuentre el equilibrio, siento cómo algo encaja.

Le doy un toque suave con los talones y avanzamos. Despacio al principio, por el sendero que bordea el rancho. El aire me despeina, se cuela por el cuello del jersey, me limpia un poco por dentro. Respiro hondo y siento ese cosquilleo familiar en el pecho.

Había olvidado lo mucho que me gustaba esto. La sensación de libertad. Solo yo, sobre un caballo, con la tierra bajo los cascos y el cielo gris estirándose encima.

A medida que nos alejamos de la casa, de Chloe, de Michel, del jodido dorado, todo empieza a pesar menos. Me dejo llevar, dejando que el trote se vuelva más firme. Y, claro, es entonces cuando mi cabeza vuelve a llenarse con lo único que no quiere irse del todo: Liam.

Está aquí, en Cedar. Tal vez montando como yo. Tal vez riéndose de algo tonto con James. Tal vez, quién sabe, pensando en mí. O tal vez no. Porque, al final, fue él quien decidió esto. Fue él quien dijo que lo mejor era cortar por lo sano. Que debía pensar en mi futuro, en mi puesto, en todo lo que yo podría perder si seguíamos. Que él podía asumir las consecuencias, pero yo no.

Que él… Espera. «Yo puedo asumir las consecuencias, pero me niego a que tú lo hagas». Eso fue lo que dijo. Lo que decidió por mí. Pero nunca me preguntó qué quiero yo.

Unas gotas me salpican la frente. Alzo la vista y ahí están. Las nubes que antes parecían lejanas, alzándose sobre mí, densas, tan oscuras que ya no hay duda de lo que viene.

Mierda.

Tendría que haberlo pensado mejor. Era evidente que no era el mejor día para volver a montar después de años sin hacerlo, en unos campos que no conozco, con el cielo a punto de romperse y con esta mezcla tan absurda de rabia, nostalgia y ganas de huir. Pero la verdad es que ya estoy harta. Harta de medir cada paso. De pensar primero en las consecuencias.

Ya no sé si de verdad tiene lógica obligarme a seguir al sentido común. Lo que sí sé es que es injusto que alguien más —un contrato, un equipo legal, o el maldito protagonista de mis sueños— decida por mí lo que puedo o no puedo hacer.

La lluvia empieza a caer cada vez con más ganas. Pero ni Scout ni yo aflojamos el ritmo. Galopamos en línea recta, campo abierto, con el viento golpeándonos la cara y el barro salpicando detrás de nosotros.

Porque en medio de la tormenta, todo parece al fin en calma.

El tipo de calma que anticipa un punto de no retorno.

Porque estoy a punto de hacer lo que prometí no hacer. A sabiendas de que, si existe una forma de estropearlo *todo*, probablemente la estoy eligiendo ahora mismo.

Pero si no es con él… ¿entonces con quién?

Espejismo



LIAM

La lluvia empieza a golpear con más fuerza justo cuando termino de cerrar la puerta de la cuadra. Mi caballo, Twix, resopla suave, sacudiéndose las gotas, como si también agradeciera que hubiéramos regresado a tiempo. Le acaricio el lomo antes de salir. Un gesto automático que aprendí del abuelo.

—De la que te has librado, ¿eh, chico?

Me quito el sombrero y lo sostengo en la mano mientras cruzo el pequeño establo. Me detengo junto a la verja de madera, dejo que las gotas empapen mi cara, mi camiseta, que me recorran la espalda. Siempre me ha gustado esta sensación: el sonido rítmico de la lluvia contra el tejado, el frescor del agua sobre la piel caliente. Ese silencio especial que precede a una buena tormenta.

Miro al horizonte. La niebla se arrastra entre los campos, los árboles se agitan con el viento. Cedar se extiende más allá, cubierto por esas nubes opacas que anuncia horas de lluvia. Y es justo así, cuando me doy cuenta de lo mucho que echo de menos este sitio.

Siempre me pasa igual, tardo en recordarlo porque me esfuerzo durante meses en olvidarlo; en fingir que no lo necesito. Lo aprendí el primer año de la universidad: si no pensaba en ello, era más fácil. Un mecanismo de defensa. Dejar de mirar hacia lo que no puedo tener.

Menos mal que el entrenador nos dio el fin de semana libre. No me lo esperaba. Ninguno lo esperábamos. Pero bastó con que lo anunciara para que todos sacáramos el móvil al mismo tiempo. Algunos reservaron vuelos, otros buscaron hoteles, fiestas. Yo... no lo pensé dos veces. Metí lo justo en una mochila, agarré las llaves y me subí al coche. No tenía tiempo que perder.

Esta mañana montando con James ha sido lo más parecido a volver

al pasado. Nos hemos puesto al día, hablando de todo y de nada a la vez, nos hemos picado con una carrera estúpida a mitad de la subida —como hacíamos de críos, cuando nos creíamos invencibles —, y después, hemos estado un rato en silencio, disfrutando de las vistas.

Cuando arrecia, me doy la vuelta con la intención de revisar bien todo antes de ir a casa a pegarme una buena ducha de agua caliente. Ha sido una mañana intensa. Tengo la rodilla adolorida y los hombros tensos por el esfuerzo. Pero algo me detiene: un caballo a lo lejos, viniendo a toda hostia hacia nuestro rancho.

Mi primer impulso es pensar en James. Puede que algo haya salido mal: que se haya desbocado o que esté en apuros. Ya estoy a medio camino de ir a buscar una montura cuando me doy cuenta. Ese no es el caballo de James. Él montaba a Raven, negro como la noche, crin oscura y larga. El que viene ahora es Scout. Un alazán marrón, con la frente clara y las patas blancas.

Y aunque todavía está lejos… aunque no alcanzo a ver más que una silueta empapada recortada contra la lluvia…

No. No puede ser. Estoy teniendo alucinaciones.

¿Cómo iba a estar Harper en Cedar? ¿Montando a caballo? Seguro que es un espejismo provocado por el mono que tengo de ella, por la semana y media que llevo echándola de menos.

Pero cuando se acerca más, ya no queda dudas.

—¡Imagino que no sabías que estaba en Cedar…! —grita desde el caballo—. Por la cara que tienes, digo.

Scout se detiene junto a la entrada del establo, resoplando con fuerza, y ella desmonta con una agilidad que me deja sorprendido.

Harper me mira desde debajo de su melena empapada, con la respiración agitada y los ojos brillando como si acabara de tomar la decisión más estúpida y más necesaria de su vida.

—¿Cómo…?

—He venido con Chloe —explica, quitándole importancia con un gesto rápido de la mano—. A ayudarla con cosas de la boda.

—James no me dijo que…

—Que estaba aquí, ya. Lo suponía. A mí tampoco. Oye, ¿podemos dejar esta conversación para después y meter a Scout dentro antes

de que se congele? Creo que me está maldiciendo.

Cojo las riendas de Scout. Lo dejo en una cuadra vacía y le echo una manta ligera encima mientras Harper le acaricia el cuello y murmura algo que no alcanzo a oír. Afuera, los rayos crujen en el cielo como si el mundo se fuera a partir en dos. Las gotas golpean el tejado con una fuerza que retumba las paredes.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunto, sin poder dejar de mirarla con cara de tonto.

—Una chica tiene sus recursos.

Empuja la puerta del establo, echa un vistazo hacia fuera y, sin pensárselo dos veces, da un paso al exterior.

—Venga, vamos. Nos estamos perdiendo lo mejor.

—Harper… —Niego con la cabeza, porque el aguacero es ya un muro de agua—. Vas a empaparte.

Ella se gira, ya bajo la lluvia, alzando los brazos como si esa fuera la idea.

—¿Y qué? —me grita, subiendo la voz por encima del retumbar del cielo—. ¡Deja de preocuparte por mí!

—Está cayendo la tormenta del siglo. Vas a ponerte mala, a…

—¡Sí! Lo sé. Voy a pillar un catarro. O una puta neumonía. ¡Me da igual! Seguro que en el contrato que firmé también hay una cláusula absurda sobre no mojarme bajo la lluvia, o no tener fiebre, o no tomar decisiones por mí misma. Pero ¿sabes qué? Estoy aquí porque quiero estarlo. Y si me resfrío, si la cago… será cosa mía. Asumo las consecuencias.

La miro con atención. Empapada de pies a cabeza. El pelo pegado a la frente, la chaqueta vaquera calada y los jeans ceñidos a cada curva de sus piernas. Las botas embarradas, con esas flores azules que me recuerdan demasiado a mi abuela.

Está ahí, bajo la lluvia, y tiene los ojos ardiendo, brillantes, fijos en mí como si no existiera nada más.

—Así que hazme un favor, Liam, amigo de James —continúa, la tormenta marcando cada sílaba—. Haz tú lo mismo. Decide lo que de verdad quieres. Y asume lo que venga con ello.

Da una vuelta sobre sí misma, bailando con la tormenta. Y cuando se detiene, me extiende la mano, ese brillo desafiante y brillante en

los ojos.

—¿Qué dices? ¿Te mojas conmigo?

Sé que no habla solo del agua.

Pero me da igual. La respuesta es la misma para todo.

Cruzo el umbral del establo. El agua cae en ráfagas heladas, resbalando por mi cuello, empapándome en segundos. Pero en medio del aguacero, veo todo más nítido que nunca.

La alcanzo en tres zancadas. Le tomo el rostro con ambas manos. Su piel está fría, los labios le tiemblan, pero sus ojos… sus ojos siguen ahí, ardiendo. Y no puedo más. No quiero más razones, ni excusas, ni normas dictadas por nadie que no seamos nosotros.

Me agarra de la camiseta, me pega a ella, y otro trueno cae a lo lejos, rompiendo el cielo en dos. Pero no es eso lo que provoca que ambos contengamos el aliento a la vez.

—A la mierda las consecuencias. —Y la beso.

A la mierda las consecuencias



HARPER

¿Existe una frase más bonita que esa en el mundo? No lo creo. Suena a música celestial. «A la mierda las consecuencias». A la mierda, a la… Su lengua entrando de lleno en mi boca me borra cualquier pensamiento que no sea «madre mía, qué bien besa». ¿Y el aire? ¿El oxígeno? Secundarios. Claramente prescindibles.

Este beso tiene una semana y media de abstinencia emocional, física y mental. Y se nota. En sus manos, en su boca, en la forma desesperada en que me sostiene.

—Estás como una puta cabra —murmura Liam, con la frente pegada a la mía y su aliento ardiendo contra mi piel.

—Escorpio de noviembre, ¿recuerdas?

Se echa a reír.

—No sabes lo que te he echado de menos.

—No me extraña. No soy fácil de olvidar.

Me mueve hacia atrás. El agua deja de empaparnos bajo el tejado pequeño que cubre la puerta del establo. Liam no me deja ni respirar. Su boca no se despega de la mía, como si besarme fuera lo único que importara, como si el fin del mundo ya hubiera empezado y estuviéramos tratando de ganarle unos segundos más de vida.

—¿Esto es por mí? —susurro, presionando mis caderas contra su erección.

—Llevo toda la maldita semana asi. Casi me vuelvo loco sin ti.

—Pues aquí me tienes —respondo, dejando que mis dedos se hundan en su nuca—. Soy toda tuya.

Sus labios se separan de mi boca un segundo.

Y es suficiente para que me atrapen sus ojos.

Fuego. Hambre. Tormenta.

—Dímelo otra vez.

—Soy. Toda. Tuya.

—Dios, Harper...

Me besa, los labios, el cuello, y otra vez los labios, dejando un rastro de fuego en la piel. Mis tetas se aprietan contra su torso mientras el aliento se nos descompone. Sus manos, grandes, firmes, se deslizan por mis muslos hasta mi culo, apretándome contra él con tanta fuerza que jadeo, gimo y grito. Todo a la vez.

Lo oigo gruñir. Un sonido grave, visceral, sucio, que me estremece entre las piernas.

—Joder —exhala—. No aguanto más.

—¿Vas a correrte de nuevo en los pantalones, vaquero?

Su respuesta es un empujón contra la pared que me saca todo el aire. Me tiene sujeta por la cadera, su erección late contra mí, dura.

—Sigue hablando así —gruñe, su boca rozando mi oído— y la que se va a correr en los pantalones eres tú, frotando ese coño empapado contra mi polla.

Dios.

—Palabras…

—¿Palabras? —Su pulgar baja despacio, hasta rozarme justo donde me late todo. Incluso a través del vaquero, su toque es electricidad pura.—. ¿Quieres que te diga lo que voy a hacerte? ¿Como pienso abrirte las piernas, y tocarte hasta que me supliques que te meta los dedos? ¿O prefieres que te lo demuestre?

No espera respuesta. Me abre un poco las piernas, presiona su mano contra mi centro, y mi cabeza cae contra su hombro, rendida. Aprieta con más fuerza. Un movimiento. Y otro. Y otro. Dejo de contarlos. Solo empiezo a girar las caderas, buscando más, buscando todo.

—Liam… por favor…

¿Existe algo más erótico que el sonido que sale de su boca?

No lo creo.

—Ni un minuto, nena. Así me gusta.

Abre la cremallera y me baja un poco los pantalones, con una intención tan clara que apenas me da tiempo a gemir antes de que sus dedos me encuentren sobre la tela de mis bragas.

—Estás tan caliente. Tan húmeda…

—Es por la lluvia.

—Ajá.

Aparta el encaje mojado a un lado y me acaricia con libertad, me explora, me abre los labios. Se mueve entre mis pliegues, y me arranca un gemido de placer cuando alcanza *ese* punto exacto.

—Me moría por tocarte. Esto es… *joder*.

Su boca vuelve a buscar la mía, y me devora entera. El ritmo de sus dedos sobre mi clítoris crece, la presión también y yo no puedo dejar de temblar. No puedo contener los gemidos.

Me estoy deshaciendo entre sus dedos.

—Liam… Oh, Dios…

El orgasmo me alcanza con fuerza, me abrasa con la misma facilidad con la que los rayos que caen a lo lejos podrían quemar un árbol. La oleada de placer me atraviesa en espasmos dulces y furiosos, mientras él sigue tocándome, bajando el ritmo solo un poco, alargando mi orgasmo hasta el borde de lo insoportable.

—Dentro —le pido cuando soy capaz de volver a tierra.

Liam se aparta un segundo. Me mira con los ojos encendidos, el pecho subiendo y bajando a un ritmo acelerado.

—Dentro. YA —repito con menos paciencia.

Es todo lo que necesita para actuar.

Tropezamos al cruzar la puerta del establo, empapados, resbalando sobre la madera mojada, sin dejar de besarnos ni un segundo. La ropa es un obstáculo que urge arrancar. Nos deshacemos de las botas a trompicones, ayudándonos el uno al otro. En cuanto recuperamos el equilibrio, vuelvo a lanzarme sobre él. O él sobre mí. Ya no distingo qué parte del deseo es suya y cuál es mía.

—Quítate esos malditos vaqueros —dice él, forcejeando con el botón.

—Estoy intentándolo, joder. —De un último tirón, el pantalón vuela hacia la esquina opuesta.

Mi chaqueta ya está tirada por ahí, mis dedos tiemblan al subirme el jersey por encima de la cabeza y luego engancharme con la camiseta. Me la quito a tirones, atrapándome un brazo en el proceso.

—Odio esta camiseta —farfullo, ciega por la tela—. Deja de reírte y ayúdame.

Liam se ríe más, pero me libera de un movimiento.

—Estás preciosa así, medio desnuda y maldiciendo.

—Tienes suerte de que hoy haya decidido ponerme la ropa interior a juego —intento bromear, porque no sé qué hacer con todo lo que está haciéndome sentir.

—Harper —murmura. Me encanta cómo suena mi nombre en su boca. Baja la vista a mi sujetador negro de encaje y se relame los labios—. Podrías llevar unas bragas navideñas de pelitos y seguirías siendo lo más sexy que he visto en mi vida.

—No sabía que te ponía el rollo navideño.

—No. La que me pones eres tú.

Me arrastra contra la pared más cercana y devorándome de nuevo la boca. Y esa energía que nos persigue desde la primera vez, vuelve a reactivarse entre nosotros. Esa electricidad densa y brutal, como si la tormenta no estuviera solo fuera del establo, sino dentro de nosotros. Esto no es simple química. Es más profundo, más crudo. Algo que no estoy lista para reconocer. No todavía.

Así que lo beso. Nuestras bocas ya se conocen, ya han aprendido a leerse. Y ahora se hablan en su propio idioma. Un idioma sin filtros: de lenguas que se buscan, saliva que se mezcla y dientes que muerden con esa urgencia que nace cuando no puedes contener las ganas.

Podría quedarme aquí para siempre. Renunciar a mi mini piso y mudarme a sus brazos sin pensármelo. Pagando el doble de alquiler si hiciera falta. Me da igual. Lo compensaría recortando en lo demás: comida, agua, electricidad… Total, ¿quién necesita comer, con él besándome así?

Pero entonces se detiene, separándose de mí apenas.

—No tengo condones.

—Tomo la píldora. Y no… no he estado con nadie desde… desde hace mucho. ¿Tú has…?

—No. Dios. —Apoya la frente en la mía—. Desde que te conocí no he hecho otra cosa que pensar en ti.

—Estoy limpia. Puedo enseñarte los resultado de mis últimas

pruebas. ¿Tienes las tuyas?

—Sí, de hace tres semanas. —Se aparta, rebusca en el bolsillo trasero de sus vaqueros—. Llevo un año haciéndome análisis de todo cada mes.

Me tiende el móvil. En la pantalla hay un PDF con su nombre y la fecha. Lo reviso rápido, todo bien. Cuando alzo la vista, él lo aparta y lo lanza sobre nuestras chaquetas.

—Voy a por… —empiezo.

—Confío en ti.

Su mano me roza la mejilla, despacio, y me vuelve a besar.

—¿Seguro? Porque, a ver… —empiezo a balbucear mientras me besa el cuello—. Hay un montón de cosas que podría tener…

—Asumo el riesgo.

—¿Sabías que la clamidia puede ser asintomática durante meses? Y luego te despiertas un día con fiebre y…

Liam se queda quieto un segundo, con cara de incredulidad absoluta. Me divierte su expresión.

—¿Estás hablando de enfermedades venéreas justo ahora?

—Es que cuando estoy nerviosa, no puedo callarme.

—Ya… —Pasa las manos por mi cintura—. Me he dado cuenta.

—Solo digo que la clamidia es muy traicionera.

—Harper. —Sus labios rozan el borde de mi pecho—. ¿Podrías dejar de enumerar ETS mientras te toco?

—Vale —murmuro, mordiéndome el labio mientras contengo la risa —. Creo que hay una forma de solucionarlo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Esta.

Intento quitarle la camiseta. La tela empapada se pega a su torso y se resiste a salir, pero yo lo consigo igual. Y cuando por fin lo tengo desnudo de cintura para arriba, me inclino hacia adelante y dejo que mi boca se calle, y haga lo que lleva semanas soñando.

Beso su pecho. Bajo por su esternón. Muero con sus abdominales. Cada músculo está tenso, firme, dibujado. Mi lengua sigue el camino de las gotas de agua que resbalan por su piel caliente, hasta que siento sus dedos enredarse en mi pelo.

—No sabes lo que me haces sentir —susurra.

Sí. Sí que lo sé. Porque yo estoy exactamente igual.

Ninguno de nuestros movimientos es preciso. Solo somos una maraña de manos impacientes, respiraciones rotas y cuerpos que no saben esperar. Le desabrocho los pantalones con torpeza, los empujo hacia abajo mientras su boca vuelve a la mía y sus dedos deshacen mi sujetador sin esfuerzo. Y cuando nuestras ropas por fin tocan el suelo, y él se queda en boxers y yo en bragas, la tensión se espesa tanto que apenas puedo respirar.

—Eres preciosa. Joder… esa palabra no te hace justicia. Pero no encuentro ninguna que esté a tu altura, Harper.

Me ruborizo. Lo cual es absurdo, considerando que estoy desnuda frente a él. Pero no es el cuerpo lo que me pone vulnerable. Son sus palabras. Lo que me hace sentir.

Bajo la vista, pero él no lo permite.

Me toma de la barbilla, firme pero suave, y me obliga a mirarlo.

—¿Tienes idea de cuántas veces me he corrido contigo en la cabeza?

Casi me desmayo.

—¿Cien?

—Casi. Y aun así no se acerca ni de lejos a lo que es tenerte delante.

—No me digas todo eso si no piensas hacer algo al respecto.

Y entonces, sus ojos se oscurecen.

Completamente.

Como si acabara de soltar a la bestia.

—Oh, créeme, amor —sisea, acercándose hasta que solo hay piel contra piel—. Voy a hacerlo *todo*.

Me acuna los pechos con las palmas. Y luego inclina la cabeza. Su boca roza mi piel. Un suspiro caliente sobre mi pezón, seguido de un lametón que me tensa entera. Mis dedos vuelan a su pelo sin pensar. Lo enredo, lo aprieto. Porque lo que está haciendo... lo que me está haciendo sentir... es *demasiado*.

—Liam…

Sus manos bajan, acariciando mis costados. Se detienen en el borde de mis bragas. Me observa con los labios entreabiertos y la respiración tan entrecortada como la mía. Espera. Me da la opción

de echarme atrás, aunque sabe la respuesta de antemano.

—¿Puedo?

Asiento sin vacilar, y por si acaso no le basta, lo hago de nuevo.

Luego otra vez. Y otra más. Que no le quede ni una duda.

La sonrisa que me devuelve es lo más obsceno que he visto nunca.

Sus dedos se aferran al encaje mojado y lo bajan. Siento cada roce, cada milímetro de piel expuesta, cada aliento contenido. Cuando quedo completamente desnuda frente a él, no dice una palabra. Solo me contempla. Sus ojos lo dicen todo.

—No me creo que seas de verdad.

Me rodea con los brazos y, de un solo movimiento, me alza del suelo. Ni lo pienso: enlazo las piernas a su cintura mientras mi corazón amenaza con salirse de su sitio.

La madera cruje a mi espalda, rugosa, pero ni la siento. Porque todo mi cuerpo está en otra parte. Está en él. Su brazo me rodea la espalda, su otra mano se aferra a mi muslo, mis dedos alrededor de su cuello. Me besa sin delicadeza. Con ese tipo de besos que te hacen olvidar el nombre, el mes, la razón.

Estoy al borde, de nuevo, y aún no ha empezado.

—Mírame —pide. No tardo ni un segundo en encontrar sus ojos grises—. ¿Lo sientes, Harper? Dime que tú también lo sientes.

Solo puedo asentir. Porque si hablo, me rompo.

Su mano se abre paso entre nuestros cuerpos y vuelve a tocarme. Esta vez sin barreras. Juega con mi clítoris con movimientos firmes y medidos, provocando descargas de placer que me hacen apretar los ojos y clavar las uñas en su espalda.

—Dímelo.

—Yo también… yo también —alcanzo a decir antes de que un gemido me corte las palabras cuando introduce un dedo en mi interior.

—¿Te gusta?

—Oh, sí. Joder, *joder*.

Un rayo nos ilumina justo cuando nuestras bocas vuelven a encontrarse. El trueno que le sigue parece explotar sobre nuestras cabezas, como si el universo también hubiera decidido rendirse y dejarse llevar por el caos. Y eso es exactamente lo que hacemos

nosotros.

—A la mierda…

—Las consecuencias —finalizo por él.

Entra en mí con un solo movimiento, y el mundo desaparece. Me llena por completo. El primer empuje me hace gemir, pero el segundo… el segundo me arranca un sonido irreconocible que retumba en las paredes. Es probable que me hayan escuchado en toda Texas.

Sus caderas golpean contra las mías, fuertes, implacables. Me mueve con cada embestida, profunda, precisa. Me aferro a su cuello para no caerme de sus brazos. Su frente cae sobre la mía. Estamos respirando el mismo aire, compartiendo el mismo temblor. No se detiene. Ni un segundo.

—Sí... así, Liam, no pares —suplico, y mi voz suena lejana, empapada de placer.

Mis piernas fallan, pero él me sujeta con más fuerza, ambas manos aferrándose a mi trasero. Es furia. Es necesidad. Es castigo por cada noche que pasamos negándonos esto.

Busco apoyo en su espalda, en su cuello, en el borde de la madera justo encima de mi cabeza, en cualquier parte que me mantenga entera. Pero no hay forma de mantenerme intacta cuando él me atraviesa así.

Mi cuerpo vuelve a escalar, otra vez.

No puede ser tan pronto.

No debería…

—Estás tan apretada… —gruñe en mi oído, mordiéndome el lóbulo entre jadeos—. Hecho a medida para mí. No hay otra forma de explicarlo.

Y entonces me dejo ir.

Me sostiene con más fuerza, me ancla con el cuerpo entero mientras alcanzo el orgasmo. Mi grito se ahoga en el estallido del último trueno. Me rompo de placer, me deshago sobre él. El temblor recorriéndome de arriba abajo.

Él no tarda en seguirme. Me embiste con más intensidad, gimiendo mi nombre hasta que se rinde también, derramándose dentro de mí.

Nos quedamos así, la pared del establo sujetándonos.

Unidos. Abrazados. Sudorosos.

—Eso ha sido… —empiezo.

—¿Demasiado rápido?

—No quería decirlo, pero… —intento bromear.

Me da una empujón suave, divertido.

—¿Decía algo tu artículo científico sobre qué hacer en este punto?

Sonrío, todavía con el pulso disparado, sin alejarme ni un milímetro.

—No. Todo lo que decía era para evitar que pasase esto.

Sus dedos dibujan círculos lentos sobre la piel de mi cintura.

—¿Nada sobre lo que pasa una vez que cruzas la línea?

—Nada.

Él clava los ojos en los míos, y hay algo ahí que me desarma. Algo entre promesa y peligro.

—Pues tendremos que descubrirlo.

Y vuelve a besarme.

Huracán



LIAM

Llueve menos. O tal vez ha parado. No lo sé. Llevo tanto rato aquí dentro que he perdido la cuenta del tiempo. De las veces. De todo.

Harper está de espaldas a mí, luchando por subirse los vaqueros con movimientos torpes mientras maldice y se ríe. Esa risa ronca, rasgada, todavía húmeda de placer.

—Scout va a necesitar terapia de por vida.

Me echo a reír, mientras recojo del suelo su chaqueta empapada. Se la paso, pero justo cuando va a ponérsela, la agarro por la parte de atrás del cuello y la arrastro hasta mí, atrapándola entre mis brazos.

—Luego te paso la factura del psicólogo.

Le beso la frente, y me quedo un segundo ahí. Aún huele a lluvia, a tierra mojada, a nosotros. Me cuesta soltarla.

Todavía no me creo lo que acabo de vivir. Ha sido una de los mejores experiencias de mi vida. No solo por el sexo. Aunque... joder. Eso también. He estado con otras antes. Las suficientes como para saber de qué va esto, cómo funciona, qué se supone que tiene que pasar. Y, sin embargo, me siento como si acabara de perder la virginidad otra vez.

Como si me hubiese convertido de nuevo en ese idiota de dieciséis que lo hizo por primera vez aquí mismo, en este puto establo. Con prisa. Con inseguridad. Con la sensación de estar haciendo algo importante.

La diferencia es que esta vez lo siento de verdad.

Porque Harper me revienta todos los putos esquemas.

Abro la puerta del establo sin soltarla del todo. Harper tiene los brazos flojos alrededor de mi cintura y los míos descansan sobre sus hombros. Como si lo único que nos mantuviera en pie fuese esta

cosa invisible que nos une y que, por más que intento ignorar, solo se hace más fuerte.

Caminamos en silencio hasta casa. El barro cubre el camino como una alfombra irregular. Las botas chapotean con cada paso, y aunque ya no llueve, la humedad sigue pegada al aire, espesa, como si el cielo aún no hubiera decidido si quiere más o no.

Cuando llegamos al porche, Harper se apoya en el marco y trata de sacarse las botas. Pero están empapadas, como toda su ropa y la mía, y ella se tambalea. Apoya una mano en mi pecho.

—Están atascadas.

—Déjame.

Me pongo de rodillas frente a ella y empiezo a quitarle las botas con cuidado, como si fueran algo frágil. Como si ella también lo fuera. Aunque sabemos que no lo es.

—Gracias, vaquero.

—Un placer.

Estoy agachado frente a ella cuando la puerta se abre de golpe.

—¿Pero se puede saber dónde coño...? —la voz de mi abuelo corta el silencio. Harper se queda helada. Yo también. Nos miramos. Y la tensión sexual da paso a una tensión muy distinta.

Mi abuelo nos observa desde la puerta. Con sus cejas pobladas de canas fruncidas. Con esa mirada que podría partir un árbol en dos. Yo sigo medio agachado, con las manos en las botas de Harper, empapado de lluvia, sudor y cosas que prefiero no verbalizar. Y tengo exactamente la cara de alguien que acaba de follar durante horas.

—Le habéis ofrecido un buen show a esos caballos, ¿eh?

Joder. Mi abuelo y su sutileza inexistente.

La cara de Harper se pone tan roja que por un momento creo que va a salir corriendo colina abajo con una sola bota. Pero no. Porque ella es Harper. Y Harper no se achica.

Se cruza de brazos. Empapada, despeinada, con el jersey torcido enseñando un hombro y una dignidad tan entera que me dan ganas de besarla otra vez.

—Bueno, con este tiempo de mierda, seguro que un poco de entretenimiento no les viene nada mal.

Tengo que morderme la lengua para no reírme.

Adoro ese descaro suyo. La adoro a ella. Enterita.

Mi abuelo entorna los ojos. Pero sus labios se tuercen muy leve. Casi imperceptible. El equivalente emocional a una carcajada en lenguaje de abuelo gruñón.

—Imagino que tú eres la animadora, ¿no?

Sí, ya sabe quién es. Anoche cuando llegué, me observó durante cinco segundos enteros y al sexto ya me estaba exigiendo que le explicase por qué tenía esa casa. Así que se lo conté todo. Desde la fiesta de compromiso hasta lo del contrato con el equipo. Y, sí, también lo de la sauna. Bueno, lo insinué. No soy tan estúpido como para darle los detalles.

—Abuelo, ella es Harper Blake. Harper, él es Bill Prescott, el único hombre en este pueblo más terco que una mula.

—¡¿Cómo me has llamado, niño?! —ruge, y la colleja que me suelta me baja el sombrero hasta las cejas—. Un poco de respeto a tus mayores, carajo.

Harper ahoga una carcajada y se cubre la boca con la mano. Lo está disfrutando. *Demasiado*.

—Encantada, señor Prescott.

—Bill —gruñe él, bajando un poco la guardia. Sus hombros ya no están tan tensos.

Termino de quitarle la otra bota a Harper. La sostengo entre las manos. Es una bota de cuero blanco, manchada de barro hasta la caña. Pero no puedo dejar de mirarla. De pasar los dedos por el lateral, por ese pequeño bordado azul que corre como una enredadera. Son las *bluebonnets*.

La piel se me eriza.

Cuando levanto la vista, mi abuelo también está mirando la bota. Y su expresión me desarma. Porque es la misma que siento en el pecho. Una tristeza densa, callada. Como si los dos estuviéramos recordando lo mismo sin necesidad de decirlo.

A la abuela le habrían encantado.

Estoy seguro de que le habría pedido a Harper que le dijera la tienda exacta donde las compró. Y si se podían conseguir en otros colores.

—¿Qué pasa? —pregunta Harper, mirando nuestras caras como si no entendiera por qué de pronto todo se ha quedado tan en silencio —. ¿Están rotas o algo?

—No. Es que… son preciosas —le digo, sin pensar. No tengo ni puta idea de cómo una bota puede tener tanta personalidad, pero estas la tienen. Como ella.

Mi abuelo suelta un sonido que apenas es un gruñido, o tal vez un asentimiento en forma de tos. Pero lo conozco lo suficiente como para saber que eso, viniendo de él, es casi un cumplido.

—Solo nos quedan las sobras de la cena de anoche —empieza él—. Pero si quieres, eres bienvenida a cenar con nosotros.

Parpadeo. ¿Mi abuelo, invitando a alguien que no sea yo o un empleado a cenar? Eso es nuevo.

—¿Seguro? —pregunta Harper, alzando una ceja, sorprendida—. No quisiera abusar de su hospitalidad.

—Con que no me montéis otro espectáculo en mitad del salón, me vale —responde él. Le lanzo una mirada que le dice «*me cago en la puta, abuelo, córtate un poco que la vas a espantar*». Él me ignora, se da la vuelta hacia el interior de la casa y nos suelta—: entrad ya, y ducharos antes de sentaros en la mesa. Que parecéis recién salidos de un videoclip country de mal gusto.

Harper se gira hacia mí mientras le abro la puerta.

—¿Videoclip country de mal gusto? —susurra—. ¿Esa es su forma sutil de decir que tengo unas pintas horribles?

—Yo diría que es su forma de decir que no le caes tan mal.

—Entonces vamos bien.

—Sí, pero no te confíes. Aún no ha sacado su whisky. Cuando lo haga, empieza el interrogatorio.

Su cara de pánico exagerado me arranca una carcajada.

—Vamos —le digo, dándole un leve empujón hacia las escaleras—. Te hace falta una ducha caliente.

Alza una ceja, divertida.

—¿Tú también?

—¿Qué quieres que te diga? Estás llena de barro.

—Mejor no entremos en detalles sobre de qué más estoy llena… —

susurra, ladeando la cabeza.

Dios.

La atrapo entre mis brazos sin avisar, arrancándole un gritito agudo. Apoyo la frente en su cuello y la muerdo, suave, justo donde sé que le tiembla la respiración. Mi lengua sigue el mismo camino. No hace ni diez minutos que he salido de ella. Y ya estoy deseando volver a entrar.

—¿Te recuerdo que tu abuelo nos ha pedido que no montásemos otro numerito en el salón?

—Sí —respondo contra su oreja, susurrando—, pero no ha dicho nada de la ducha.

Su reacción me deja fuera de juego: sus pezones endurecidos contra mi pecho, la manera en que me mira y la forma en la que se muerde el labio como si no estuviera pensando lo mismo que yo.

La agarro de la mano y tiro de ella escaleras arriba.

No sé cuánto tiempo tengo.

Pero sí sé una cosa: con Harper, nunca va a ser suficiente.

★★★★★

Afuera, la tormenta ha vuelto. Se escucha cómo golpea el tejado, lenta al principio, luego más fuerte. Pero ninguno de los tres le presta atención. Estamos sentados alrededor de la mesa del salón, compartiendo una cena sencilla que, por alguna razón, se siente importante.

—…y esa no fue la peor —dice mi abuelo, con la voz ronca y ese brillo cabrón en los ojos que ya anuncia que voy a salir escaldado—. Una vez se inventó que tenía apendicitis solo para no ir a clase. Se tiró al suelo, retorciéndose y gritando como si lo estuvieran degollando.

Harper deja el tenedor a medio camino.

—¿Cuántos años tenía?

—Diez —gruñe Bill—. Diez años de drama innecesario. Lo mejor es que convenció a su abuela para que lo llevara al hospital. Y cuando el médico le dijo que lo único que tenía era *cuentitis*, se puso a llorar. Pero de rabia, ¿eh? Ni siquiera de vergüenza.

—¡Eso no es cierto! —respondo sin poder evitar reírme, aunque

intento no darles más munición—. Me dolía de verdad.

—Claro. Te dolía el alma de vago —masculla él—. Si holgazanear fuera un deporte olímpico, tú ya tendrías tres oros y una calle con tu nombre.

—¿Cómo se te ocurrió algo así? —me pregunta ella.

—James había estado en el hospital por lo mismo la semana anterior y pensé… bueno, que funcionaría. Además, no fue por el colegio. Fue porque ese día me tocaba limpiar el gallinero. Y no había nada que odiara más que la mierda de las gallinas.

Mi abuelo suelta una carcajada seca, de esas que le salen del pecho y retumban en la mesa. Hace años que no lo escuchaba reír así. Tal vez desde 2020. Navidad, probablemente. Cuando la abuela aún estaba y lo chinchaba. Cuando las cosas eran diferentes.

Y aquí está, riéndose con Harper enfrente, como si todo eso no hubiera pasado. Como si ella hubiera entrado en esta casa y hubiera desatorado algo que llevaba mucho tiempo oxidado.

No lo culpo. Es difícil no contagiarse de Harper.

Después de la ducha —más larga de lo estrictamente necesario porque nos entretuvimos con el jabón y con... todo lo demás—, nos vestimos, bajamos, y descubrí que el interrogatorio no iba a empezar por parte de mi abuelo, sino de ella.

Mientras él calentaba la cena en la olla y yo ponía los cubiertos, Harper se dedicó a lanzarle preguntas como si estuviera en una ronda relámpago de un concurso de la tele. Preguntas sobre el rancho. Sobre la maquinaria. Sobre el tipo de pienso para el ganado, sobre las cosechas y hasta sobre la frecuencia con la que se desparasita a los caballos.

Ni siquiera le importaba lo hosco que podía ser mi abuelo, ni sus respuestas en monosílabos. Y cuando no recibía ni una, porque mi abuelo tardaba demasiado en asimilar sus palabras, soltaba una historia de las suyas, o un dato *random* de internet que hacía que mi abuelo pusiese cara de estar a punto de cortocircuitar.

Lo peor fue cuando lo aconsejó renovar la maquinaria por modelos híbridos con menos gasto de combustible. Creo que en ese momento mi abuelo estuvo a punto de rogarme que me la llevar lejos, a otro estado, a poder ser.

Pensé que la mandaría al carajo. Pero no. Para cuando nos sentamos a cenar, ya estaba hablando con ella sin parar. Discutiendo con ella sobre tractores y cosechadoras. Sigo impactado. No es nada propio de él hablar tanto, y menos con desconocidos.

Algo me dice que, si mi abuela estuviera viva, estaría ahora mismo suplicándole a Harper que no se marchara nunca de esta casa. O que se casara conmigo de una puñetera vez.

Ella vuelve a reírse. Doblada sobre la mesa. Los ojos llorosos por algo que ha dicho mi abuelo, seguramente siguiendo con su cruzada para dejarme en ridículo. Llevan así toda la cena. Pero apenas presto atención, porque estoy demasiado ocupado mirándola. Está preciosa con mi camiseta, el pelo todavía algo húmedo, cayéndole en ondas sobre los hombros y las mejillas rojas por el calor de la chimenea, por la risa, por... por mí.

Después de lo del establo estaba seguro de que no podía haber nada mejor en el mundo. Pero me equivocaba, sí que lo hay: ella en mi casa, devorando uno de mis platos favoritos, cocinado por el abuelo, sentada en la misma mesa en la que yo he comido millones de veces. No… esto es muchísimo mejor.

Lo sé, abuela, lo sé. Yo tampoco quiero que se vaya.

Harper se limpia las manos con la servilleta y deja los cubiertos sobre el plato vacío.

—Gracias por la cena, Bill. Estaba todo riquísimo. En serio. No sé cuánto hace que no repetía tres veces —dice, dándose golpecitos en el estómago, exagerada.

—A ver si se te pega algo de ella, niño —me salta él—. Comes tu peso en proteínas en cada comida. Me vas a llevar a la ruina.

—Para estar tan fuerte como yo, hay que alimentarse bien, abuelo. Y ya sabes que me encanta tu estofado de ternera.

Mi abuelo gruñe, como si el cumplido le provocara urticaria.

—¿Tú cocinas, Harper?

—No es mi punto fuerte, pero me sale un brownie de chocolate con avellanas que haría llorar a cualquier nutricionista.

—Suena bien —responde él—. A mi Evie también le salía bien.

—Bien para tus arterias —añado yo, cruzándome de brazos mientras le lanzo una mirada divertida.

—¡Eh! —Mi abuelo me señala con su dedo acusador—. ¡Ya estoy harto de que me trates como si fuera un vejestorio! Desde que le pediste a Steissy que me cuide, no como otra cosa que brócoli hervido y pechuga de pavo sin sal. ¡Ni sal! ¿Tú sabes lo que es eso? Un castigo.

Tiene razón. Hace un par de meses le pedí a Steissy —la hermana de Maggie, que vive a cinco minutos de aquí— que pasara por el rancho de vez en cuando. Solo para asegurarse de que el abuelo no decidía subirse al tejado a limpiar canaletas como si tuviera cuarenta. Por supuesto, él se negó rotundamente cuando se lo propuse. Así que, en vez de contratar a una enfermera, hice lo que cualquiera en mi lugar: mentí. Le dije que era por un favor a Maggie. Que era solo temporal. Que Steissy necesitaba un ingreso extra.

—Así tiene que ser. A tu edad, un brownie equivale a una bomba atómica.

—¿A mi edad? Escúchame, mocoso, a ver cómo llegas tú…

—Por cierto —lo corto, acomodándome en la silla—, hablando de Steissy… ¿Es suyo el secador que había en el baño?

El silencio que sigue vale oro. Mi abuelo se queda quieto. Muy quieto. Luego parpadea. Una vez. Dos. Y se rasca la nuca, incómodo, como si acabara de tragarse una mosca.

—Ah, sí. Es que... el otro día... se le mojó el pelo... y quería secárselo, pero no teníamos. Así que… eh… yo le compré uno.

Harper y yo intercambiamos una mirada rápida. Una sonrisa lenta me nace en los labios. Ella levanta una ceja. Claramente, los dos hemos captado el subtexto. *No somos los únicos que estamos entreteniendo a los animales en el rancho*.

—Espero que no le moleste que lo haya usado —dice Harper, echándole un cable al abuelo que ya está morado.

—Claro que no. Puedes usarlo las veces que quieras.

—Mañana puedo hacer el brownie —añade, como quien no quiere la cosa—. Si queréis, claro. Y si encuentro los ingredientes.

—No hace falta, niña.

—¡Claro que sí! No creo que me salga tan bueno como al de su mujer, pero puedo hacer un intento.

Los ojos de mi abuelo por un segundo vibran de emoción.

—Bueno, como quieras. Mañana tengo que ir a comprar, dime lo que necesitas y te lo traigo.

—Genial.

—¿Cuánto piensas quedarte con nosotros?

La pregunta flota un segundo en el aire.

Harper se gira hacia mí, como si yo tuviera la respuesta. Luego se encoge de hombros y contesta:

—Lo que pueda quedarme. Hasta el domingo no vuelvo a Dallas.

Hasta el domingo.

La tengo para mí hasta el domingo.

De golpe, me sube un calor por las manos. Un hormigueo que me recorre los dedos y se instala en la boca del estómago. Es esa mezcla entre deseo, vértigo y urgencia. Todo lo que quiero hacer con ella se apila dentro de mi cabeza a una velocidad ridícula. Enseñarle mi casa. Montar a caballo con ella. Escucharla reír en la ducha. Sentir su cuerpo debajo del mío, una y otra vez, como si el tiempo nos sobrara, aunque sepamos que no es así.

Me aclaro la garganta antes de decirle:

—Hasta el domingo, entonces.

Mi abuelo carraspea y se levanta de la mesa, fingiendo que no ha visto la mirada cargada de intención que le he echado a Harper por encima del vaso. Empieza a recoger los platos para llevarlos al fregadero. Y antes de dejarnos el espacio que sabe que necesitamos, me lanza una mirada con demasiada intención.

Porque él también lo sabe.

Este rancho ya no va a ser el mismo después de hoy.

Porque ella ha llegado como un puto huracán, agitándolo todo.

Y ninguno de los *tres* quiere que se vaya.

Somos historia



HARPER

La habitación de Liam huele a él. Y no me refiero solo a su perfume. Huele a madera antigua, a ese olor del rancho que se pega a la piel después de un día largo. Y a él. A ese *él* indefinible.

Estoy descalza, envuelta en una de sus camisetas, que me llega hasta la mitad de muslo. Él está tumbado boca arriba en la cama medio desnudo y con una expresión que deja bastante claro en qué parte de mi cuerpo tiene los ojos. Lo sé porque lo he pillado tres veces ya mirándome el culo, y no ha hecho el más mínimo esfuerzo por disimular.

—¿Eres consciente de que tienes la habitación más cliché de jugador de fútbol que he visto en mi vida? —le pregunto mientras abro un cajón de la cómoda.

—¿Has visto muchas o qué?

—Alguna que otra…

En el interior hay entradas arrugadas, carnets, bolígrafos y apuntes. Lo cierro y me acerco a una estantería repleta de fotos. En una de ellas, Liam y James aparecen abrazados, con menos músculo, más cara de niños y demasiadas cervezas encima.

—¡Qué pequeños estabais aquí! ¿Es de la universidad? Dios, parecéis sacados de una promo de fraternidad.

—Es de segundo. Ese fue el verano en que James rompió con su chica y yo descubrí el whisky irlandés. Una mala combinación.

Me centro en otra imagen. Una mujer mayor, con el pelo blanco recogido en un moño desordenado, aparece en el centro. Tiene una sonrisa inmensa, tan luminosa que parece capaz de atravesar el cristal. Está abrazando a un Liam más joven, con las mejillas sonrosadas y una de esas sonrisas que ya no se ven tanto en él.

Abierta, llena de dientes. Una que todavía no había aprendido a esconderse detrás de su muro.

—Mi abuela —me aclara, incorporándose un poco sobre los codos —. Es de mi primer partido con el instituto.

—Era preciosa.

Liam asiente, pero su mirada ya no está aquí. Una parte suya se queda atrapada en ese recuerdo. Me dan ganas de cruzar la habitación y abrazarlo. Pero no lo hago todavía, porque no tengo muchas oportunidades para conocerlo así, en su espacio, en su mundo. Así que sigo explorando.

Siempre he pensado que nuestras habitaciones cuentan la historia de quiénes somos. Porque al final somos eso: una colección desordenada de primeras veces, de cosas que guardamos sin saber muy bien por qué, de objetos que se convierten en un resumen de lo que fuimos y lo que todavía estamos intentando ser.

Y esta habitación… esta habitación me lo cuenta todo sobre él.

Es ordenado, pero no de forma maniática. Simplemente no vive en un caos constante como yo. Le gustan los chicles de menta, los perfumes frescos —me acerco a uno de los tarros y respiro su olor, que es exactamente a lo que huele él—, y los libros de misterio. Aunque solo hay uno en la habitación, y tiene la página marcada en la 123, como si nunca hubiese podido acabárselo.

En su escritorio hay entradas de partidos, pulseras de tela, chapas viejas, llaveros... Tonterías para cualquiera. Pero para él deben de ser reliquias. Me encanta que las guarde, que aún conserve pedazos del chaval de diecisiete años que fue.

Me acerco al espejo. Justo en una esquina, hay una foto polaroid con las iniciales «L&B» y un corazón garabateado.

—¿Y ella? —pregunto, girándome hacia él.

Liam levanta la mirada desde la cama, donde sigue tumbado con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Su cuerpo relajado contrasta con la tensión que se me está enredando en el estómago.

—Blair —responde, sin darle demasiada importancia—. Mi ex. Nos la hicimos el fin de semana que vino a conocer a mis abuelos. No me acordaba que seguía ahí.

Ya, claro que no.

—¿Qué fue de ella? —pregunto, fingiendo que no me escuece saber que otra mujer estuvo en este cuarto. En su cama. En su vida. Una mujer guapísima, de rasgos marcados, ojos claros y melena rubia. Tipo portada de revista. Tipo imposible de olvidar. Y la forma en que él achina los ojos, rodeándola por el cuello…

Los segundos que tarda en responder me escuecen en los ojos.

—Lo último que supe es que se mudó a Austin.

—¿Qué os pasó?

Toco la foto con los dedos, como si pudiera descifrar más cosas por el trazo torpe del corazón dibujado. Como si el ángulo o la tinta me dieran alguna pista de si ella… todavía significa algo.

—Se largó después de que me lesionara. Hace ocho meses.

Parpadeo.

Guau. Me sorprende todo lo que me queda por conocer de él.

—¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Casi dos años y medio.

Dos años no se borran así como así.

Lo miro esperando que me cuente su historia.

—Era la hermana de la novia de un compañero. Salimos una noche, nos enrollamos, seguimos viéndonos. A los dos años se mudó conmigo. —Se encoge de hombros—. Y supongo que los analgésicos, el hielo y la presión mediática acabó con su ilusión. Cuando se fue me dejó con una nota pegada a la nevera con el imán de Nueva York que compramos juntos. Me alegro de que me lo dejara. Me gusta ese imán.

—¿La echas de menos?

Liam me mira.

No hay bromas, ni evasivas. Solo sus ojos, fijos en los míos.

—No.

—¿Y…? —No me atrevo a terminar, pero él sabe cuál es la pregunta que se me queda atascada, la puede leer en mi cara.

—Ya no forma parte de mi vida, Harper. Estuve enamorado de ella, sí, pero no… no la amé. No como tú crees.

Yo también sonrío, al recordar aquella conversación sobre el amor que tuvimos en la caseta de casa de James la tarde que nos conocimos.

—¿Les cayó bien? —le suelto sin pensarlo.

—¿Qué?

—A tus abuelos. Blair, ¿les cayó bien?

Él se ríe y creo que disfruta mucho con mis evidentes celos.

—¿Por qué no se lo preguntas tú?

Pongo los ojos en blanco.

—Idiota.

Voy a seguir con mi cotilleo, cuando él me dice:

—Solo te diré una cosa. A Blair no le sirvieron triple ración de estofado de ternera.

Mi sonrisa se dispara.

Blair 0 – Harper 3.

—Qué se joda —murmuro, saboreando la victoria.

Liam se echa a reír con ganas.

Y yo sigo inspeccionando por mi supervivencia, fingiendo que no me afecta esa mirada suya, que no me remueve nada; que no me derrite cuando me sonríe. Y lo que siento cada vez que estoy cerca de él… lo que sentí, aún más fuerte, cuando lo oí reírse con su abuelo durante la cena, o cuando le dio un beso de buenas noches. De verdad que lo intento. Pero sé —estoy segurísima— de que incluso él puede oír lo rápido que me va el corazón.

Vuelvo a las fotos. Algunas de fútbol. Otras con lo que supongo que son sus amigos. Otras con su familia, con Bill, con su abuela. Hay una en especial que llama mi atención: con sus abuelos, pero también está con un hombre de mandíbula cuadrada, expresión dura y los mismos ojos grises de Liam. La miro un segundo, y luego lo miro a él.

—¿Tu padre?

—Sí —responde, escueto.

—¿No te llevas bien con él?

Liam se pasa una mano por la nuca y resopla.

—Digamos que no compartimos muchos puntos de vista.

—¿Nunca lo habéis hecho?

—Hubo un tiempo que sí. Cuando entré en el equipo y empecé a conseguir buenas estadísticas. Pero luego vino la lesión y… bueno, volvimos a la misma mierda de siempre. Para mi padre solo importas

cuando puedes sumarle puntos en una conversación de sobremesa con sus amigos.

—Vaya.

—Sí. Vaya.

Ojalá pudiese hacer algo por él, por borrarle esa expresión ceñuda y oscura que se le ha instalado en la cara. No puedo arreglar su relación con su padre, pero lo que sí puedo hacer es…

Dejo el marco y camino hacia él. Y cuando me tumbo a su lado, con la cabeza sobre su pecho, su brazo me rodea automáticamente, como si su cuerpo supiera lo que necesita antes que su mente.

—Él se lo pierde —le digo, bajito.

—Sí.

Empiezo a acariciarle el tatuaje del brazo izquierdo con las yemas de los dedos. El diseño cubre casi todo el bíceps. Un paisaje entero, grabado en líneas negras y sombras suaves. Sigo despacio el trazo de los árboles, altos y delgados, que crecen al pie de un perfil de colinas que reconozco enseguida. El contorno limpio de las montañas de Cedar Hollow. Me pierdo un segundo en la forma de esas cumbres. Me encanta que esté tan orgulloso de dónde viene que necesitara llevarlo tatuado en la piel.

—Es precioso… —murmuro, apenas consciente de que lo digo en voz alta.

—¿Sí?

—Mucho. —Paso el dedo con cuidado por el cielo lleno de estrellas —. ¿Lo hiciste todo a la vez?

—No. El paisaje fue lo primero. Lo demás vino después.

Me encanta que no sea el típico tatuaje que llevan todos los jugadores, con el campo de fútbol, logo del equipo, o algo parecido. Lo único que tiene relacionado con su trabajo, es un balón en el lateral. Tiene una frase en su interior, en una línea fina.

—«Ad finem, fratres» —leo en voz alta—. ¿Qué significa?

—Hasta el final, hermanos. James y yo nos lo hicimos en nuestra primera semana de universidad. Estábamos acojonados, aunque ninguno lo admitía. Así que decidimos solucionarlo con tatuajes y una botella entera de tequila.

—Ajá… lo típico. Tatuajes impulsivos bajo el efecto del tequila. Todo

muy en la línea de futbolistas.

—Nuestra especialidad: tomar malas decisiones con absoluta convicción —murmura, medio riéndose.

—Y sin una pizca de originalidad.

—Eh —protesta, dándome varios toques en el lado, haciéndome reír—. Fue un momento muy significativo.

Al lado del balón, bordeando la parte inferior, están las flores. Alargadas, azules como el cielo en primavera.

—Eran las favoritas de mi abuela —dice antes de que le pregunte —. Me las hice el año que murió para llevarla siempre conmigo.

—¿Por eso antes… cuando miraste mis botas…?

Asiente y sus ojos se oscurecen un poco. Un gesto leve, pero lo noto. Porque estoy encima suyo, pero también porque ya empiezo a entender sus silencios.

—¿Y esto? —pregunto, al tocar la pequeña luciérnaga en el costado —. ¿Por qué una luciérnaga?

Lo escucho tragar saliva.

—Es uno de los últimos recuerdos que tengo de mi madre — murmura—. Cuando era niño, salíamos al jardín por las noches a cazarlas. Ella me decía que cada una era un deseo; que si lograbas atrapar una y la dejabas volar, ese deseo se cumplía.

—¿Dónde está ahora?

—Se fue. Cuando tenía cinco.

—¿Sabes por qué?

—Apenas recuerdo aquellos años. Solo sé que mis padres discutían todo el tiempo. Mi padre... bueno, él tenía una forma muy suya de ver el fracaso. Y de cargarlo sobre los demás. —Liam enreda un mechón de mi pelo entre sus dedos mientras habla—. Mi madre se quedó embarazada justo después de que mi padre volviera de la universidad. Y todo lo que no pudo hacer con su carrera, intentó imponerlo en casa. Empezó a beber. Mucho. Mi madre aguantó un tiempo. Incluso se mudó al rancho. Pero… —se detiene, su voz se apaga—. Pero no bastó.

Se queda callado, con los dedos aún enredados en mi pelo.

—¿Has sabido algo de ella desde entonces?

Niega despacio, sin cambiar la expresión.

—Nada. No ha llamado ni escrito. Ni siquiera cuando empecé a jugar en los Redstone. A veces pienso que quizá no quería que la encontrara. O que pensó que yo... estaría mejor sin ella.

Me aprieto más contra su pecho.

—¿La echas de menos?

—No sé si la echo de menos o si echo de menos la idea que tengo de ella. La real apenas la recuerdo.

Me arde la garganta. Siento el nudo de él como si fuera mío.

—Lo siento. Muchísimo.

Sus ojos grises me miran por fin. Están brillantes. Pero no rotos. Liam no se rompe. Se resquebraja en silencio.

—Está bien, no es un drama. Tuve una infancia más feliz de lo que parece. Nunca me faltó de nada. Tenía todo lo que necesitaba con mis abuelos. Mi abuelo puede ser un gruñón de mierda, pero me dio lo que mi padre nunca supo darme: un hogar seguro.

—Es algo bruto. Pero se nota que te quiere muchísimo.

—Lo sé. Soy afortunado por haber crecido aquí con ellos.

—Aquí pareces otro.

—¿Otro?

—No sé. Más cómodo. Como si… sonreír te costara menos.

Él se queda pensativo unos segundos. Acaricia mi hombro con la yema de los dedos. Luego asiente.

—Porque aquí puedo ser yo mismo. No tengo que demostrar nada. En Dallas todo gira en torno a eso: números, estadísticas, contratos, imagen. Una puta fachada constante.

Me quedo mirándolo, y la pregunta se me escapa antes de pensarla.

—¿Eres feliz jugando?

Su dedo se detiene un segundo.

—Supongo.

Frunzo el ceño.

—¿Supones?

Liam suelta una exhalación, ladeando la cabeza hacia mí.

—Hay días que sí. Días que no. A veces tengo la sensación de que he exprimido tanto el fútbol que ya no me queda nada por disfrutar. Como cuando te comes un caramelo demasiado rápido y solo queda

el palito, ¿sabes a lo que me refiero?

—Eh. —Alzo una ceja, fingiendo ofensa—. El palito puede tener su encanto. Depende de qué hagas con él.

Él suelta una risa pequeña y sacude la cabeza.

—No, ya en serio —le doy un empujón con la cabeza—. ¿Antes lo disfrutabas?

—No sé si alguna vez lo hice de verdad. Siempre fue: entrar en el equipo del insti, conseguir beca, firmar contrato con los Redstone... No había espacio para plantearme si me gustaba o no. Solo había que hacerlo y punto. Pero no me quejo. No soy idiota. Sé que me gano la vida haciendo algo que muchos matarían por hacer. Y me pagan muy bien por ello.

—Liam. —Lo miro más seria—. Puedes decir que no te gusta. Que te paguen una millonada no te obliga a tragar con todo.

—¿No?

—Claro que no. Puedes quejarte. Escupir. Patalear. Hacer pucheros. Odiarlo. Mandarlo todo a la mierda si ya no te sirve. Lo que te dé la gana. Que seas bueno en algo no significa que tengas que amarlo. Ni que tengas que hacerlo para siempre. Ni que tenga que ser lo *único* para lo que eres bueno.

Liam se ríe, bajito, como si le costara soltar el aire del todo.

Y como siempre que no quiere seguir hablando de algo, desvía el tema con una broma. En eso nos parecemos bastante.

—¿Eso te lo enseñaron en los entrenamientos de animadoras?

—No. Me lo enseñó la vida... y también Julie, después de mi tercer colapso existencial. —Sonrío, dejando un beso en su clavícula—. Así que ya sabes, escupe. Te doy permiso.

—Qué generosa.

—No hay de qué.

Nos quedamos en silencio, abrazado. La tormenta fuera se ha apagado del todo. Solo quedan nuestras respiraciones entrelazadas y la calma rara de hablar de lo que duele sin sentirte juzgado.

—Me gusta tenerte aquí conmigo, cielo.

Y antes de que pueda pensar en la palabra que ha usado, se incorpora, gira sobre el colchón y me coloca bajo él con un

movimiento rápido. Su cuerpo caliente y pesado se apoya sobre el mío. Me besa despacio, primero los labios, luego la comisura, y cuando le rodeo la cintura con las piernas, deja escapar un gemido ronco que se me mete bajo la piel.

Sus manos se deslizan por debajo de la camiseta que llevo puesta —la suya— y me acaricia los costados. Noto que se queda observándome con una ceja alzada.

—Estás flipando con mis abdominales, ¿verdad?

—Tampoco son para tanto.

Meto tripa.

—Anda que no. Mira esto.

—Ya veo que Terry os tiene bien entrenadas.

—¿Tú qué te crees? ¿Que eres el único deportista en esta habitación? Me gustaría verte aguantar la coreo de *Thunder* sin sudar la gota.

—Puedo hacerlo perfectamente.

—¿Ah, sí? —Alzo una ceja, cruzando los brazos.

Y sin decir más, Liam se pone de pie sobre la alfombra, con esa seguridad suya tan absurda como sexy. Lo hace sin camiseta, en calzoncillos, con tanta concentración que me echo a reír.

—*Thunder, feel the thunder… lightning and the thunder…* —empieza a cantar, marcando los pasos básicos con los pies.

Casi me caigo de la cama de la risa.

—¡No! Así no. ¡Es doble pisada, cambio de peso y luego patada! —Doy palmadas como si fuera Terry en modo entrenamiento intensivo —. Si vas a hacerlo, hazlo bien.

Me deslizo hasta su lado y coloco los pies a la par de los suyos, hundiéndolos en la alfombra mullida. Él me saca al menos una cabeza y tiene más músculo que sentido del ritmo, pero eso no va a detenerme.

—Mira —le digo, y hago la demostración con energía—: uno, dos, patada. ¿Ves? Fácil.

La pierna me sube hasta el pecho. La lanzo una, dos, tres veces. Después de meses de entrenamiento y de partidos, ya casi no me duele. O sí. Pero mi cerebro ha aprendido a ignorarlo. Porque no hay otra que joderse.

Él me observa como si acabara de desafiar las leyes de la física.

—Eso es imposible.

—¿Imposible? —Arqueo una ceja, divertida—. Hace un segundo has dicho que podías hacerlo. Así que venga. Demuestra que ese culo no es solo decorativo.

Entrecierra los ojos, medio retándome, y yo empiezo a canturrear.

—*Yeah, yeah, yeah, thunderstruck, thunderstruck.*

Intenta seguir el ritmo con cara de concentración absoluta, imitando mis movimientos.

—¡Eso! Y ahora con actitud. Mueve más la cadera.

—¿Cadera? —Me mira como si le hubiera pedido que se disloque—. Yo no tengo de eso.

—Pues finge que sí. Vamos, Liam. Las Redstone Cowboys Cheerleaders no aceptan excusas.

Suspira, resignado, y vuelve a intentarlo. Doble pisada, cambio de peso… y llega la patada. Solo que no es una patada, es un intento torpe de subir la pierna en ángulo recto mientras su cuerpo protesta en todos los idiomas posibles.

—¡Más arriba! —le ordeno, entre carcajadas, y me agacho para agarrarle la pantorrilla con ambas manos. Le empujo la pierna hacia arriba—. ¡Venga, que ya casi tocas la nariz!

—¿Estás loca? ¡Voy a desintegrarme!

—Bienvenido a mi mundo. —Le sonrío.

Pero entonces lo oigo gruñir.

—Mierda. —Se lleva una mano al muslo.

Mi risa se congela en seco.

—¡Ey! ¿Estás bien? ¿Te he hecho daño? ¡Tu rodilla!

—No ha sido precisamente en la rodilla —masculla, dolorido.

—¿Qué...? —lo miro, confundida, hasta que su mano baja instintivamente a su entrepierna y suelta un suspiro de pura agonía.

Ah.

Me muerdo el labio para no reírme. Pero no lo consigo.

Rompo en carcajadas.

—No te rías —gruñe, aunque él también está a punto de hacerlo—. Esto es grave. Casi me cuesta la descendencia.

Pero yo ya me estoy doblando sobre la alfombra, riéndome tan

fuerte que apenas puedo mantenerme en pie. Él aprovecha el momento para agarrarme por la cintura sin previo aviso, con esa fuerza suya, y me levanta en el aire.

—¡Liam! ¡No, para! ¡Vas a empeorar tu herida de guerra!

—Ah, ¿ahora te preocupas?

Me lanza de espaldas a la cama. Reboto sobre el colchón, soltando un grito ahogado y otra risotada entrecortada.

—¡Liam! No. No empieces… —le advierto, entre risas nerviosas.

Pero ya es tarde.

Sus manos empiezan a recorrer mis costados, buscando con una precisión insoportable los puntos exactos donde las carcajadas me sacuden como espasmos.

—¡No! ¡No, no, no! —grito entre risas, revolviéndome debajo de él —. ¡¡Para!! ¡Me voy a mear en tu cama!

Trato de zafarme. Juro que lo intento. Pero él es todo músculo y estrategia, y yo estoy riéndome tan fuerte que ya no veo nada. Me agito, le empujo el pecho, intento girarme, pero cada movimiento suyo es más rápido que el mío. Y más eficiente.

—¡Liam, por favor! ¡Te lo suplico! ¡PARA!

—Solo si me das lo que quiero.

—¿Qué quieres?

Él atrapa mis muñecas al vuelo y las empuja suavemente contra el colchón, justo a los lados de mi cabeza. Su cuerpo sobre el mío. Su respiración en mi cara. Su mirada prendida en la mía.

—Que me digas —susurra, con su voz rasgada, esa que usa cuando quiere dejarme temblando— cómo piensas compensarme.

—¿Por qué, exactamente? ¿Por casi dejarte sin el huevo derecho?

—Exactamente por eso. ¿Cómo piensas hacerlo?

—¿Quieres una lista de opciones o prefieres una demostración?

—Sorpréndeme, *Rookie*.

Y antes de que pueda soltar la réplica que tengo en la punta de la lengua, se inclina sobre mí y me la roba con un beso.

Y qué beso.

Me encanta esto. Me encanta besarlo. Me encanta poder enredar mis piernas a su cintura y atraerlo más, fundirme con él y quedarme así para siempre. No pienso en lo mal que está. Ni en lo que puede

costarnos. Aquí dentro solo estamos nosotros. Una burbuja que nadie puede pinchar.

Todo mi mundo



LIAM

El martillo le queda grande. Y su destreza no coopera.

—Esto estaba más roto de lo que parecía —masculla, dándole otro golpe al listón.

El martillo ni siquiera roza el clavo.

—No tienes que hacer esto, ¿sabes?

—Claro que sí —responde girándose hacia mí, con esa cara suya que mezcla orgullo, terquedad y un poco de barro en la mejilla—. Lo mínimo que puedo hacer es ganarme el desayuno.

—¿Y tu plan para ello es romperla del todo?

—Es culpa tuya, ¿quién no refuerza una valla antes de que caiga el diluvio universal?

Me muerdo la lengua. No porque no tenga respuesta, sino porque el barro le ha salpicado el escote y ese maldito top marrón lleva todo el día poniéndome al límite. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces he desviado la vista como un baboso. Pero es que, *joder*... cuando está cerca, no puedo mirar a otra parte.

Después de desayunar, Harper y yo fuimos al rancho de James. Ella iba decidida a recoger sus cosas y a darle una charla a su hermana que probablemente hiciese resonar los cimientos de la casa. Pero el que se llevó el escarmiento fui yo. James me abrió la puerta como si quisiera darme un puñetazo en lugar del café que me ofreció. Y Chloe… bueno. Digamos que si las miradas mataran, no estaría vivo para contar esto.

Me agarró del brazo y me echó una bronca sobre por qué demonios no la llamé en cuanto Harper apareció por mi rancho. No pude explicarle que no lo hice porque estaba demasiado ocupado provocándole orgasmos.

El estruendo del golpe contra la madera me regresa al presente.

—Me dijiste que sabías usar un martillo.

—Y tú que sabías bailar *Thunder*. —Me lanza una sonrisa divertida. Toco instintivamente mi entrepierna. Aún siento el eco del dolor de ayer. Aunque, para ser justos... me lo compensó. Con creces—. Asi que cállate y aguanta el tablón.

Me río, y me dispongo a ayudarla antes de que se cargue la estructura o, peor, se parta un dedo *o dos*. Me coloco a su lado y le sujeto la madera. Lo hace con una concentración absoluta, el labio inferior atrapado entre los dientes, y esa forma suya de mover la boca cuando se esfuerza que me tiene completamente ido.

—Listo —suelta al fin, satisfecha, con una gota de sudor bajándole por la sien—. Ha quedado como nuevo.

—Te estás ganando el puesto de Cowboy oficial.

—¿Incluye seguro médico? ¿O solo cenas caseras y miradas de tu abuelo que dan miedo?

Levanto la vista y lo localizo, apoyado en la barandilla del porche. Tiene los brazos cruzados y la mirada afilada, casi puedo escuchar sus bufidos resignados desde donde estoy.

Ahora parece más él, no como está mañana. Todavía estoy recuperándome de verlo así. Porque, mientras desayunábamos, no paraba de sonreír. Sobre todo cuando Harper le contó, muy seria, que había tenido una pesadilla con un Scout parlante y que necesitaba tres cucharadas de azúcar en el café para superarlo.

—Depende de si sobrevives a la siguiente tarea.

Avanzamos por el terreno embarrado en dirección al gallinero. El sol se cuela entre nubes perezosas, y no paramos de hablar ni un segundo. Llevamos horas hablando, riendo, recuperando el tiempo, los meses perdidos. Es diferente hacerlo así que por teléfono. Porque sus palabras conllevan su risa, y su risa es lo más exquisito que he escuchado en mi vida.

Me cuenta que su desayuno favorito son las tostadas con mermelada y yo le digo que habría suspirado de placer con las que hacía mi abuela. Que si pudiera, viviría a base de chocolate con sal y yo no puedo estar más de acuerdo con ella. Que su película favorita es *Chicas Malas* porque le recuerda al instituto y a cuando compartía clase con Julie y se quedaban hasta las tantas viendo pelis.

Luego me habla de unas chaquetas que empezó a vender en la universidad con una amiga. Que les iba bien. Que se entendían... hasta que dejaron de hacerlo. Por diferencias creativas, dice. Aunque por el tono que usa —y por cómo aprieta la mandíbula al mencionar a Ali—, tengo claro que fue más zorra que socia.

Después de eso, lo intentó de modelo, pero nunca encajó. Probó en musicales, en compañías de teatro, incluso en uno de esos espectáculos conceptuales que duran tres horas y no tienen sentido ni aunque vayas fumado. Lo cuenta entre risas, riéndose de sí misma, y yo me río con ella. Siempre me río con ella.

—Estaba en mi peor momento cuando acepté trabajar para mi padre —sigue, con la voz un poco más baja de lo habitual mientras me lanza otro saco de pienso para las gallinas. Aún le cuelga una brizna de heno del pelo, pero no se da cuenta. O no le importa. Probablemente lo segundo—. Pensé que iba a ser una tortura. Pero en realidad no está tan mal. Me gusta.

—¿Te gusta de verdad o es solo que te sorprende no odiarlo?

—Ambas. No pensé que fuera a sentirme así. Pero… me gusta tener ideas, crear cosas, pelearme con los diseñadores, pelearme con mi padre, volver a empezar… No sé. Es raro, pero siento que sirve de algo. Y creo que se me da bien.

—Puede que eso sea lo tuyo. El marketing digital y la publicidad.

Ella arquea una ceja, como si fuese la primera vez que se lo cuestiona.

—¿Quién sabe? Puede ser.

—¿Y con tu padre? ¿Las cosas van mejor?

—Sí. Desde lo de Jared parece que intenta… compensar.

Mi cuerpo se tensa. Me detengo por completo y la miro.

—¿Lo has denunciado?

—No. Pero mi padre lo echó en cuanto se enteró. Lo apartó del grupo. Y créeme, en su mundo… eso es más fuerte que cualquier denuncia.

—Harper…

—Está bien así, de verdad.

—Si vuelve a acercarse a ti…

—Sí, lo sé. Le partirás la cara. Relaja esos músculos, vaquero.

Puedo cuidar de mí misma.

Doy un paso hacia ella. Solo uno.

—Sé que puedes. Joder, seguro que tienes ideas más creativas que yo para dejarlo KO.

—Te sorprenderías de lo que soy…

—Pero que puedas sola no significa que yo no quiera cuidarte —la interrumpo, antes de que pille carrerilla—, que no necesite hacerlo.

Luego, sin decir nada, se estira y me da un beso. Lento. Sincero. Con los dedos aún manchados de tierra y los labios con sabor a sol y polvo y algo más. Algo que no quiero perder. No ahora que ya es tarde para fingir que esto no es *más*.

Pasamos la mañana limpiando bebederos, reorganizando sacos, y revisando bisagras oxidadas. Harper se queja a cada rato —aunque, sospecho que solo lo hace para incordiarme— pero no se detiene.

—Estás impresionado con mis habilidades —comenta, cerrando la puerta—. Admítelo.

—Estoy aterrado, que es distinto.

Se detiene a mi lado, suspira y apoya la cabeza en mi hombro. Miramos juntos las vistas, los campos extendiéndose hasta el horizonte. Es un momento tan sencillo que emociona de lo bien que se siente.

—Esto es precioso —murmura.

—Lo sé.

Luego se sacude la tierra de los jeans, avanza unos pasos y se sienta en la valla que acabamos de arreglar. Desde ahí me observa mientras termino de guardar las herramientas.

—Me gusta el Liam ranchero.

—¿Por el glorioso olor a gallinero?

—Sí. Y por esos jeans apretados. Te hacen un culo… —Se muerde el labio y es suficiente para que deje lo que estoy haciendo y me acerque a ella.

—Vaya. Nadie me lo había dicho antes.

—¿No? Pues deberían. Es casi un delito no reconocerlo.

Sus piernas se enroscan a mi cintura cuando llego a su altura.

—Esto sí que es un delito.

Le agarro el trasero con las dos manos y ella suelta un chillido

ahogado antes de esconder la cara en mi cuello.

No sé por qué se sigue sorprendiendo cada vez que la toco, si llevo horas sin despegar las manos de su cuerpo.

—Tu abuelo nos está mirando —musita, en voz baja.

—No te importó anoche, cuando gritabas que…

—¡Liam! —Me empuja en el pecho, roja como un tomate—. ¿Quieres que me muera de la vergüenza? Bastante tuve con bajar a desayunar.

—Culpa tuya. Te dije que bajarás el volumen.

—Fácil decirlo cuando no te están…

—¿Dando placer con la lengu…?

No termino la frase porque me cubre los labios con ambas manos. Paso una lengua por su palma, solo para recordarle a lo que me refiero… pero entonces saboreo la tierra, el heno y… bueno, no quiero saber qué más.

—¡Puaj! —protesto, escupiendo a un lado—. Qué puto asco.

Su carcajada explota, alta, libre.

¿Cómo es posible que todas, cada una de las veces que se ríe, siento un tirón en el centro del pecho?

Me doy la vuelta y dejo que me abrace con las piernas y apoye su barbilla en mi coronilla.

—¿Tienes pensado volver cuando lo del fútbol termine?

—Ese es el plan, sí. Llevo años ahorrando para eso.

—Criar vaquillas y vender huevos, ¿ese es tu plan de futuro?

—Lo sería, pero no creo que eso tenga futuro ya. El rancho hace años que no da los mismos beneficios que antes. Pero he estado pensando bastante en cómo poder sacarle rentabilidad.

—¿Por dónde empezarías?

—Renovar los establos, abrir nuevas zonas de pasto. Algunos vecinos están montando clases de equitación, o rutas para turistas. Creo que podríamos hacer algo así aquí también.

Ella sonríe, y juro que el aire se vuelve más ligero.

—Podríais montar un campamento de verano. Bodas rurales, que ahora están muy de moda. O retiros de fin de semana para desconectar. Seguro que los *influs* se mueren por subir contenido aquí —dice tan entusiasmada que puedo imaginarla ya diseñando

carteles promocionales en su cabeza—. Me encanta la idea.

Me doy la vuelta para mirarla, todavía entre sus piernas. La luz filtrándose entre las nubes le acaricia la cara, y está tan, tan, tan arrebatadoramente guapa que no puedo evitar pensar en ese futuro que llevo años imaginando… Y por primera vez, no me veo solo en él. Es como si mi futuro ya tuviese nombre. Y está justo enfrente de mí, montada en una valla vieja que ahora parece el lugar más firme del mundo.

—A mí me encantas tú.

La cojo entre los brazos, y ella se agarra de mi cuello, buscando apoyo y rodeándome con sus piernas.

—¿Damos una vuelta?

—Le prometí a tu abuelo que haría un brownie.

—Eso puede esperar. Primero tenemos una deuda pendiente con los caballos por el espectáculo de ayer…

Me mira entornando los ojos, con las mejillas encendidas.

—No me gusta nada ese tonito.

—¿Qué? Solo quiero hacerte el tour completo. —Mi mano sube despacio por la curva de su cintura—. Enseñarte todo lo que este ranchero puede ofrecer.

Es verdad. Hay cientos de cosas que quiero enseñarle. Quiero que conozca cada centímetro de este lugar, de mi hogar, cada recuerdo que guardo aquí. Porque todo lo que es mío… hace tiempo que quiero que también sea suyo. Pero también es cierto que ese no es el único motivo. Y por la forma en que me mira, sé que ella lo sabe.

Sus pupilas se dilatan un poco cuando aprieto su cadera con más intención.

—Liam… —advierte, aunque su voz tiembla un poco.

—Tranquila —murmuro, inclinándome hasta que mi boca roza la suya—. Prometo dejar las manos quietas. A menos —añado, bajando aún más la voz— que tú me pidas lo contrario.

Antes de irnos, Harper y yo nos quitamos el polvo y el barro que llevábamos encima. Bueno, la mayor parte. Ella se recoge el pelo en una trenza mientras yo preparo un par de sándwiches y algo de fruta y lo meto todo en la vieja cesta de picnic de mi abuela, esa que llevaba años esperando a que alguien la sacara del armario.

Nos despedimos del abuelo y vamos directos al establo. Twix y yo nos conocemos mejor que nadie. Lo tengo desde que era un potrillo y yo un adolescente idiota que se creía Rango.

—¿Por qué Twix? —me pregunta ella.

—Mi chocolatina favorita.

Se gira hacia él, muy seria, y le acaricia el cuello.

—Siento que tu dueño tengo la originalidad en el culo.

Y él, el muy cabrón, parpadea como si le diera la razón.

La ayudo a subirse y hago lo mismo detrás de ella. Sostengo las riendas mientras salimos despacio hacia los pastos. Me gusta la forma en que se agarra a mí cuando Twix avanza al paso, marcando un ritmo lento sobre la tierra. Me gusta su risa cada vez que acelero un poco, la manera en que me busca con los ojos para asegurarse de que todo va bien… Porque hace que esto, que he hecho cientos de veces, se sienta distinto. Más real. Único y especial.

—¿Seguro que sabes por dónde vamos?

—Este camino podría hacerlo con los ojos cerrados.

—Genial. Pero, por si acaso, mantenlos abiertos. No pienso morir estampada contra caca de caballo.

Cuando llegamos al lago, Twix se detiene solo, como si supiera que ese es nuestro sitio. Harper se queda inmóvil, con la mirada clavada en el reflejo naranja del cielo sobre el agua.

—Joder… qué pasada. Esto no me salió en internet cuando busqué información del pueblo.

—No todo sale en Google.

Le paso una mano por la cintura para ayudarla a bajar. Sus botas se hunden un poco en la hierba blanda. Extiendo la manta sobre una zona que está más seca, y ella se sienta primero, recogiendo las piernas bajo el cuerpo, con cuidado de no mancharlo todo de barro. Yo saco la comida mientras ella observa el lago.

—¿Qué? —pregunto al ver su expresión cuando le paso un sándwich envuelto.

—Nada. Solo que… nadie había hecho algo así por mí.

—¿Prepararte un sándwich? —Arqueo una ceja—. Tienes estándares muy bajos, *Rookie*.

—Idiota. —Se ríe, pero sus ojos siguen clavados en mí—. Sabes a

lo que me refiero.

Comemos hablando de cosas pequeñas: que su madre es la mejor cocinera del mundo y que sus tartaletas de beicon y queso deberían estar en un restaurante Michelin. Que yo mataría por volver a comer la lasaña de mi abuela. Que su hermana Chloe solía escribirle notas en el estuche cuando discutían y quería disculparse; que yo era tan orgulloso que, cuando mis abuelos me castigaban, me pasaba dos días enteros sin dirigirles la palabra. Y para compensarlo, les preparaba un desayuno sorpresa. Que una de esas veces, incendié la tostadora y las cortinas de la cocina.

Y mientras hablamos de esas tonterías, mientras ella se ríe de mis ocurrencias como si fuesen el mejor chiste, y me mira como si yo fuera todo su mundo, pienso que quizás sí lo soy. Porque ahora mismo, ella es todo mi maldito universo.

—¿Siempre eres así cuando traes a chicas aquí?

—¿Así cómo?

—¿Así de…? —Se muerde el labio, buscando la palabra—. ¿Prota de peli de los noventa?

Me sale una risa corta, y niego con la cabeza.

—No he traído a nadie aquí.

—¿A nadie?

—A nadie.

Me acerco a ella. Diez minutos es lo máximo que mi sistema soporta estar lejos. Le aparto un mechón que el viento le ha pegado al labio y la beso. Sus manos me buscan el cuello. Las mías, su cintura. Su piel está tibia bajo la tela fina de su blusa. Esa blusa que llevo todo el día queriendo arrancarle.

—Liam… —murmura, un temblor en cada sílaba.

—Dime.

—Mañana volvemos a Dallas.

Suelto un gruñido, apoyando la frente en la suya.

—¿Podemos dejar esa conversación para cuando pueda concentrarme en algo más que no sea tu cuerpo?

—Lo de hacer dos cosas a la vez no es lo tuyo, ¿eh?

—¿Quieres comprobarlo?

La tumbo despacio sobre la manta. Su pelo se extiende como un

abanico oscuro que contrasta con el azul gastado de la tela. La beso en la garganta, en el hueco de la clavícula, en cada centímetro de piel cálida que encuentro con la boca, con la lengua.

Sus dedos se aferran a mi antebrazo cuando desabrocho el primer botón de su blusa. Siento cómo se le acelera la respiración, cómo su pecho sube y baja.

—Dijiste que mantendrías las manos quietas.

Sonrío contra su piel.

—Mentí.

Nuestras reglas



HARPER

Todavía no es de noche, pero el cielo ya empieza a oscurecerse. El invierno tiene esa forma de apagar la luz antes de tiempo, de obligarte a reconocer que el día se ha terminado aunque tu cuerpo aún no quiera.

Aquí, lejos de todo, las estrellas aparecen sin dificultad. Sin la contaminación de Dallas, sin los edificios que las tapan, sin el ruido de nada. Apenas un rato después de la puesta de sol ya se ven más que en cualquier lugar que haya conocido. Me parece tan injusto que algo tan sencillo sea tan extraordinario, tan escaso de ver.

Estamos tumbados sobre la manta, con la cesta a un lado y el resto de nuestra ropa revuelta sobre la hierba. Yo tengo la cabeza apoyada en su pecho, su brazo rodeándome la cintura. Sus dedos me acarician con un ritmo lento, distraído.

No puedo dejar de pensar en que esto parece demasiado bueno para ser verdad. Que no quiero irme nunca de aquí. Podría limitar mi mundo entero a esas montañas que se ven a lo lejos. Podría quedarme así, con Liam bajo mí y su boca haciéndome olvidar que existe algo más. Y sería feliz. Ridícula e inmensamente feliz.

—¿En qué piensas?

Suspiro y me incorporo un poco para mirarlo. La luz que queda le da un color que no sé describir, pero que resalta sus facciones y duele de lo guapo que está.

—En que podría quedarme en Cedar para siempre.

Su sonrisa se ensancha.

—¿Y qué pasa con los bichos?

—Al final haríamos migas. —Le sonrío—. Pero aquí… tengo todo lo que necesito.

Su mano se queda quieta un segundo en mi pelo. Luego la desliza por mi cuello hasta apoyarla sobre mi corazón, como si necesitara comprobar que late tan fuerte como el suyo. Debe notarlo. Porque siento que va a salirse de mi pecho.

—Yo también —susurra.

Desde mi ángulo, su expresión es tan clara que me da miedo. Miedo de lo que significa. Miedo de lo mucho que lo necesito.

—¿No te hartarías de mí?

Liam respira hondo.

—Cielo, si crees que me hartaría de ti, es que no has entendido nada. Esto… No sé qué es esto —admite al final, su voz tan baja que apenas la oigo—. Solo sé que nunca he sentido nada que se le parezca. Y que cuando no te tengo cerca… —Acaricia con el pulgar mi labio inferior—. Todo me sienta mal. Todo. Y lo único que hago es pensar en tus labios. En tu risa. En tu voz. Todo el maldito día.

No debería gustarme tanto que me diga eso. No debería sentir este alivio absurdo por saber que no soy la única que se siente así.

Pero me encanta.

—¿Sabes qué es lo peor? Que no vamos a poder averiguarlo. Estos días no he podido dejar de pensar en eso. En que, si no fuera por el maldito contrato, habríamos tenido la oportunidad de comprobarlo. Quién sabe, quizá ya nos habríamos cansado el uno del otro. Quizá… habríamos descubierto cosas que no nos gustan. Y que no encajamos tanto como parece. O…

—O —me interrumpe. Se inclina hasta poder ver como mis piernas se entrelazan con las suyas—. O puede que hubiésemos descubierto que encajamos jodidamente bien.

—Quizá —murmuro—. O quizá habrías descubierto que soy un desastre monumental. Que dejo la pasta de dientes destapada, que me olvido de sacar la basura y que vivo a base de café y comida basura… —Hago una pausa, porque su sonrisa siempre me distrae —. Y que no sé cerrar un cajón. Nunca.

Una risa baja y ronca le sacude el pecho.

—¿Eso es todo?

—No. Yo… Soy complicada. Testaruda. Siempre tengo razón, aunque no la tenga. Y cuando algo me importa demasiado… lo

acabo estropeando. No sé gestionar bien lo que siento. A veces es como si todo fuera demasiado grande por dentro, ¿sabes? Y lo único que sé hacer es soltarlo a lo bruto. O esconderlo hasta que revienta. Soy buena huyendo. Muy buena. Cuando algo me asusta… me cierro en banda. O me pongo a la defensiva. Y termino diciendo cosas que no quiero decir. O haciendo daño a la gente que más quiero. —Suelto una risa baja, que suena más triste que divertida—. Me paso la vida intentando demostrar que soy fuerte e independiente. Que nada me afecta. Pero en realidad… En realidad, soy un puto desastre emocional.

—Harper… —Niega despacio, sin dejar de sonreírme—. Si eso es lo peor que puedes ofrecerme… —Su mano sube a mi cara y me acaricia la mejilla—. Estoy jodido. Porque cada uno de esos defectos solo hace que me gustes más. Si es que eso es posible.

Mierda.

Sabía que sus ojos grises eran un problema. Lo sabía.

Me inclino y lo beso. Su mano se enreda en mi pelo y su lengua encuentra la mía con ese ritmo que ya hemos hecho nuestro.

Nos despegamos tras una eternidad de saborearnos, y nos quedamos mirándonos un rato sin decir nada. Yo, intentando memorizar cada línea de su cara, tratando de distraer el nudo en el pecho. Porque sé lo que viene mañana.

Volver a casa.

Volver a fingir.

Y no puedo. No puedo volver a estar lejos de él. No puedo.

Me aparto solo un poco para mirarlo mejor.

—¿Sabes qué creo? —Muevo un dedo en su pecho, dibujando un círculo sobre su piel caliente—. Que deberíamos hacer nuestras propias reglas. Ya que las de los demás se nos dan como el culo.

—¿Nuestras propias reglas? —Alza una ceja, divertido—. ¿Y cómo serían esas reglas?

—Fácil. —Me encojo de hombros—. Términos y condiciones de Harper Blake y Liam Prescott. Artículo número uno: no puedes decirme nunca que no.

Su sonrisa se convierte en una risa ronca.

—No pienso firmar eso.

—Demasiado tarde. Ya está en vigor desde hace cinco minutos. Y hay testigos. —Señalo vagamente las estrellas sobre nuestras cabezas—. Todas esas.

—Creo que necesito un abogado…

—Te jodes. Artículo número dos: los mensajes nocturnos seguirán, pero no como sustituto de vernos. Solo como complemento.

—Suena… Razonable.

—Pero —añado, porque todavía queda un atisbo de sensatez en mí —. No podemos ser imprudentes. Si se entera el equipo…

—Lo sé. Haré lo posible por… —Me mira, muy serio—. Por no meterte en más problemas de los que ya te estoy metiendo.

—Eso es mentira. Vas a meterme en todos los problemas.

—Sí, pero prometo que compensaré cada uno. —Se inclina hasta rozar mi boca—. Con mucho interés.

—Y número tres… —Le digo, volviendo al tema central. Con él siempre me distraigo—. Si vamos a seguir incumpliendo normas, al menos que sea con estilo. Nada de polvos rápidos en moteles de mala muerte.

—¿Nada de polvos rápidos? ¿Así de drástica?

—Bueno —finjo pensar—. Acepto uno por semana. Soy generosa. El resto tienen que durar mínimo media hora. Con banda sonora. Y luz tenue.

—Estás negociando demasiado alto, ¿no crees?

—Soy una chica de muchas exigencias. Lo pone en las cláusulas especiales.

—¿Cláusulas especiales?

—Por supuesto. Incluyen café en la cama, mimos ilimitados y derecho a robarte la última patata frita.

—¿Seguro que no te has inventado eso ahora mismo?

—Lo pone en letra pequeña. Si no lo has leído, no es mi problema.

—Estás fatal. —Suelta una carcajada y niega con la cabeza—. No sé qué coño voy a hacer contigo.

—Firmar el contrato, vaquero. —Le planto un beso rápido—. Es eso o me veré obligada a incluir un anexo que te obligue a aprenderte la coreografía de *Thunderstruck*.

—Ni se te ocurra.

—Oye, no te veo nada decidido. Igual me paso por el bar y veo si hay otro vaquero buenorro dispuesto a cumplir...

Suelta un gruñido bajo, agarrándome con más fuerza de los costados.

—Añadamos la cláusula de exclusividad a ese contrato. —Me muerde el mentón con suavidad y su voz se vuelve un susurro—. Me niego a compartirte con nadie. Eres solo mía.

El corazón me estalla un poco con esa frase.

—¿Entonces… trato hecho? —pregunto, tragando saliva.

—Trato hecho. —Asiente, con los ojos fijos en los míos.

—Perfecto. Ya decía yo que no ibas a decirme que no.

Su risa se funde con la mía mientras nuestras bocas vuelven a encontrarse. Y por un segundo, solo un segundo, me creo que este desastre precioso puede durar para siempre.

Una RCC lo es para siempre



HARPER

El equipo organiza todo los años un show para el encendido de luces del Astro Center. Y esta noche, la explanada exterior está a reventar. Un árbol gigantesco preside el escenario, a su alrededor, la estructura simula un enorme regalo rojo con lazos dorados. El público está pegado a las vallas, móvil en mano, grabando cada segundo, esperando el momento de que se haga la luz. Niños con gorros de Papá Noel y caras pintadas con la estrella del equipo se suben a hombros de sus padres para no perder detalle.

Nuestra mascota —un cowboy con la cabeza gigante y una sonrisa que me da un poco de miedo si la miro demasiado— sube a la tarima con Terry, y algunas de las RCC veteranas, como McKency y Kylie. Agitan los pompones mientras Gerry Jameson, presidente del club, cuenta los segundos en voz alta.

—Tres… dos… uno…

El árbol se ilumina de golpe, un estallido blanco y rojo que convierte la noche en un mundo mágico. La gente rompe en vítores, y no me sorprende. Todo está increíble. Hay que reconocerlo: los Redstone son expertos en muchas cosas, pero si hay algo que saben hacer mejor que cualquier otro equipo de la NFL es montar un espectáculo.

Me permito un segundo para admirarlo todo, respirar y… sentir la emoción del momento. Llevo meses dejándome la piel. Levantándome antes de que salga el sol, ensayando hasta que las piernas me tiemblan, aguantando normas absurdas y expectativas imposibles. Estos meses han sido los más intensos y, a ratos, los más complicados de mi vida. Pero también… los más felices.

Nada se parece a esta euforia compartida. A esa sensación de ser

parte de algo enorme. A mis compañeras —las que ahora puedo llamar hermanas— rodeándome. A algo que, aunque mañana se acabe, nadie me va a poder quitar. Ya forma parte de mí. Una RCC lo es para toda la vida.

Miro de reojo a Beth, al resto de chicas, y todas llevan la misma cara que debo de llevar yo: esa mezcla de cansancio, emoción y orgullo. Esa cara de «no me puedo creer que hayan pasado tres meses desde que entramos». Me dan ganas de alargar la mano y abrazarlas a todas. De decirles que, aunque hace un año ni siquiera sabía que existían, ahora no sabría quién soy sin ellas.

Pero me contengo. Porque estamos delante de miles de personas, con las cámaras apuntándonos, y tenemos que seguir fingiendo que somos profesionales.

Cuando Kylie y las demás bajan, nosotras nos unimos a ellas en nuestro lugar en la pista, listas para bailar. El uniforme navideño —top rojo con ribetes blancos y short de terciopelo— me parece menos ridículo con toda esta puesta en escena. El aire helado me muerde las piernas, y me duelen los pies, debido a las dos horas que llevamos bailando sin parar. Pero no me importa. Hoy todo eso no puede importarme menos.

El primer acorde de *All I Want for Christmas Is You* retumba en la megafonía, y yo ya tengo la sonrisa del tamaño del sol, los brazos en alto y la sensación de euforia recargándome por dentro. He repetido tantas veces la coreografía esta última semana, que puedo hacerla sin pensar.

Un, dos, tres… Me desplazo hacia la derecha con pasos cortos, sacudiendo los pompones como si fueran fuegos artificiales. La melodía sube de volumen justo cuando volvemos al centro y hacemos la secuencia de caderas que, si no te sale natural, parece de todo menos elegante. Pero hoy fluye sola, igual que el resto de pasos. La gente canta con nosotras, palmea el ritmo y grita tan fuerte que casi no escucho la música.

Cuando la canción termina, levantamos los pompones al unísono, un murmullo de aplausos se expande por todo el recinto. A estas alturas debería estar acostumbrada a la energía del público, pero todavía me pone la piel de gallina como el primer día.

Entonces los veo. Entre la multitud, en la segunda fila, están mamá, papá, Chloe y James. Mi madre agitando unos pompones con un entusiasmo que jamás habría imaginado en ella; mi padre, con una sonrisa tímida pero genuina; mi hermana, sujetando un cartel con mi nombre pintado a mano y rodeado de purpurina. James aplaude, divertido, como si llevara años en este papel.

La emoción me golpea con tanta fuerza que casi me cuesta seguir sonriendo. Siempre me había dado envidia ver cómo mis compañeras contaban con el apoyo incondicional de sus familias en la grada, mientras yo tenía que fingir que no me importaba. Pero ahora, al verlos ahí, animándome como si nunca hubieran dudado de mí… siento que todo es perfecto. Tan perfecto que me arden los ojos y tengo que pestañear muy rápido para no echarme a llorar en medio del campo.

Una chico entre la multitud capta mi atención. Lleva la camiseta del equipo con el 21. El de Liam. Ojalá pudiera estar aquí para verlo. Para ver las cientos de personas con su número entre el público. Para sentir el apoyo que le dan. Pero ahora mismo debe de estar subiendo al jet privado del equipo, rumbo a Carolina del Norte. Mañana jugamos contra los Panteras.

Han pasado dos semanas desde que volvimos de Cedar. Dos semanas de mensajes y llamadas nocturnas que no llenan el hueco.

Pero estos días han sido una locura. No solo por la presión de los partidos, sino porque se nota que estamos al final de la temporada regular. Todo el mundo está cansado, nervioso, con ese punto de ansiedad que se respira en cada pasillo del centro.

Sus mensajes últimamente se han reducido a lo mínimo: un resumen breve del día y un «ojalá estuvieras aquí». Y aunque intento que no me afecte esta distancia, hay noches que me cuesta dormir porque yo también desearía que él estuviese conmigo.

Siempre he sido independiente hasta la médula. De las que no necesitan a nadie para hacer planes o pasárselo bien. Ni siquiera a mis amigas. Pero estos días… Dios, no tenía ni idea de que se podía echar de menos *algo* con tanta intensidad. Esos dos días con él en Cedar han sido, sin exagerar, los mejores de mi vida. Y ahora lo extraño tanto que a veces pienso que me voy a volver loca.

Terry da un paso al frente, con el micrófono en la mano.

—¡Gracias a todos por venir! —grita, con esa voz suya que no necesita altavoz—. ¡Ha sido un año increíble y todo es gracias a vuestro apoyo! ¡Felices fiestas!

La música navideña vuelve a sonar, un poco más baja, anunciando el fin del show. Nosotras agitamos los pompones y vamos saliendo hacia el lateral del escenario. Lanzamos besos al aire y saludamos a los niños que se agolpan contra las vallas.

Alguien grita mi nombre. Bueno… *gritar* es quedarse corto.

—¡HARPER! ¡DIOS MÍO, HARPER!

Mi mirada se cruza con la de una chica que no debe tener más de dieciséis años. Lleva un pompón en la mano, un cartel con mi nombre y los ojos tan abiertos que parece que va a hiperventilar. A su lado, otras tres chicas empiezan a chillar también.

—¡Por favor, firma mi foto! ¡Eres la mejor!

—¡Eres increíble! ¡Te sigo en TikTok!

Toda esa fila de adolescentes empieza a corear mi nombre. Una, dos, tres veces. Y la gente que está alrededor se gira a mirar qué demonios pasa.

Me quedo congelada, sin saber cómo reaccionar.

Ya sabía que mis vídeos estaban llegando a mucha gente, pero… hasta ahora no me había dado cuenta de que esos números se traducen en personas reales.

Kylie me roza un brazo mientras paso un rotulador de mano en mano, firmando todo lo que me ponen por delante.

—Madre mía —murmura bajo—. Ya eres la *Rookie* del año.

—No digas tonterías —digo rápido, intentando disimular que estoy temblando un poco. Bastante, en realidad.

—Tonterías ninguna —añade, alejándose para firmar una foto.

Me giro y me doy cuenta de que Beth está mirándome, medio en trance. Después de un segundo, sacude la cabeza y me sonríe.

—¡Todo el mundo te adora, Harper!

—Estoy flipando.

La siguiente chica de la fila se acerca con el móvil en la mano, visiblemente nerviosa. Me hago una foto con ella y con su amiga.

—Me llamo Hannah. ¿Podrías firmarme esto? Y… ¿puedo decirte

una cosa?

—Claro, Hannah. —Sonrío, cogiendo el rotulador.

—Solo… quería darte las gracias. Veo todos tus vídeos en TikTok. Eres súper divertida y natural. Y… no sé, me hace sentir que no hace falta ser perfecta para poder ser una RCC algún día.

Me quedo sin palabras.

La verdad es que empecé a subir esos vídeos con la intención de rascar algo de dinero, igual que hacen muchas de mis compañeras. Al principio intenté hacerlo perfecto: buena edición, voz neutra, esa imagen impecable que nos enseñan a proyectar como RCC. Pero después de un par de vídeos donde me sentía antinatural, un día encendí la cámara en el coche y me puse a contar mi vida tal cual: maquillaje a contrarreloj, carreras de un sitio a otro, cenas de supervivencia con cereales a medianoche.

Lo hice por reírme un poco de mí misma y por si alguien terminaba siguiéndome por la fama que da este uniforme, al menos que me conociera de verdad. Y ahora, con esa chica mirándome con tanta ilusión, algo se me afloja por dentro.

Me esfuerzo en salir del shock.

—Gracias. De verdad. No sabes cuánto significa. Y, entre nosotras, lo de ser perfecta es un mito. Ninguna tenemos ni idea de lo que hacemos la mitad del tiempo. Así que, si tú quieres estar aquí algún día… sé tú misma y seguro que llegas lejos.

—¡Eres la mejor!

Le devuelvo la foto firmada y ella se va, sonriendo.

Cuando Terry nos hace un gesto para que volvamos al edificio, mi corazón sigue a mil. Nos escabullimos entre las vallas, todavía con los pompones en la mano.

—Ha sido una locura —murmuro, mientras caminamos hacia la puerta lateral.

Beth me observa un segundo de reojo antes de soltarme:

—Tendré que empezar a grabarme yo también poniéndome mal el rímel. A ver si así alguien me grita el nombre. Venga —añade enseguida—. No pongas esa cara. Te lo digo en serio: me alegro por ti.

—Gracias. Supongo.

Entramos en el vestuario, donde nos espera la calefacción, toallitas desmaquillantes y el cambio de zapatos. Aleluya.

JO, JO, JO



HARPER

Si hay algo que define una Navidad en casa de los Blake, es el caos. Bueno, el caos y mi padre dando órdenes sobre el pavo, como si fuera una especie de dictador culinario con un único propósito vital: que la piel quede crujiente y el interior jugoso.

—¡Chloe, te he dicho que no abras el horno cada cinco minutos! —grita desde la encimera.

—Pero huele a quemado y… creo que se está quedando negro —le dice mi hermana, haciendo que mi padre corra directo al horno y lo abra. Después la fulmina con la mirada y ambas estallamos en risas —. ¡No me mires a mí! ¡Ha sido idea de *Harpies*!

—¿Yo? —Alzo las manos, con una manzana medio pelada—. No he tenido nada que ver. Estoy demasiado ocupada con la salsa.

—¡Un día de estos vais a matarme de un infarto!

—Ajá, claro —salta mi madre, que aparece por la cocina—, porque tener el colesterol por las nubes no tiene nada que ver, ¿no?

—Solo está un poco por encima de la media…

—¡El médico te ha dejado claro que nada de grasa! —Levanta la brocha de mi padre, que parece más un instrumento quirúrgico que de cocina—. Y tú venga a meterle mantequilla al pavo.

—¿Dónde se ha visto un pavo sin mantequilla, cielo?

Mi madre lo mira fijamente con la misma expresión con la que me regañaba cuando me saltaba el toque de queda o me escapaba de casa para ir a una fiesta con Julie y me la encontraba a las tres de la mañana esperándome en mi cama.

—Hicimos un trato, Walter Blake. Tú esta noche cenas el light.

—¡Es navidad!

—¡¡No se hable más!! —Y tal como ha entrado, se marcha.

Mi padre gruñe algo entre dientes y vuelve a concentrarse en los platos como si le fuera la vida en ello.

Sonrío, contenta de que, algunas cosas permanezcan inmutables en el tiempo.

Chloe decide que ha tenido suficiente cocina por hoy y abandona el rodillo, dejando un reguero de harina sobre el suelo que seguro que hace que mi madre hiperventile.

James está en el sofá, viendo la previa del partido.

—¡¿Ya ha empezado?! —le grito.

—Me has preguntado hace cinco minutos, cuñada —dice, sin apartar la vista del televisor—. Y vuelvo a decirte lo mismo: cuando empiece el partido, te aviso.

Nos ha tocado el famoso partido de Navidad, el que todo el mundo ve porque no hay nada mejor que hacer mientras digieres un pavo de seis kilos. Las chicas estarán allí animando, pero a mí no me han seleccionado para viajar esta vez. Mala suerte.

Veo a Chloe sentarse junto a James, apoyando la cabeza en su hombro. Él le limpia con el pulgar un resto de masa de la comisura de la boca y le susurra algo que no alcanzo a oír. No puedo evitar pensar en lo mucho que me alegro por ella. James es un diez. Sé que la va a hacer feliz. Tenía mis dudas, pero son la pareja perfecta.

Ojalá… Ojalá yo pudiera tener algo así con Liam. Poder invitarlo a casa para que conozca a mis padres. Que se ria del apodo con el que me llama mi hermana y comparta bromas internas con mi madre. Repartirnos las fiestas entre las familias. Quedarnos dormidos en un sofá con una peli navideña de fondo mientras discutimos por quién se ha comido el último bombón.

Pero supongo que para tener eso, primero tendríamos que ser algo. Una pareja. Un concepto que suena tan simple y tan imposible al mismo tiempo que me da ganas de llorar.

Liam no va a tener una Navidad demasiado acogedora este año. Probablemente, en cuanto acabe el partido, cogerá un vuelo y pasará el día entero metido en un avión. No tiene tiempo de ir a Cedar, como otros años en los que se escapaba a pasar un par de días con su abuelo.

Sé que eso le pesa, pero no he querido insistir. Como tampoco he

insistido en por qué no lo pasa con su padre. La única vez que le pregunté, me contestó que preferiría cualquier tortura china antes que una cena a solas con él, así que… tema zanjado.

—¿Cómo vas con eso? —pregunta mi padre, acercándose.

—Pelando manzanas a la velocidad de la luz. —Levanto las manos, con una manzana en una y el pelador en la otra—. ¿No irás a cenarte ese pavo light que mamá compró en el súper, verdad?

—Por supuesto que no.

—Si me sirves ración doble de la tarta de arándanos, prometo hacerle el cambiazo sin que se entere.

—Trato hecho.

Él suelta una risa ronca y baja la mirada, pero cuando la vuelve a alzar, hay algo extraño en su expresión. Algo tenso, como si quisiera decir algo importante y no supiera por dónde empezar.

—Harper —empieza, limpiándose las manos en un trapo con demasiada atención—. Quiero… pedirte disculpas. Por cómo me he comportado contigo estos meses en la oficina. Sé que he estado… difícil. O más imbécil de lo habitual.

—No hace falta que hablemos de eso ahora…

—No, déjame terminar. —Suelta un suspiro y se apoya en la encimera—. Estos últimos años han sido complicados. El negocio no ha ido fácil. La pandemia nos dejó muy tocados, y… —Mueve la cabeza, con esa torpeza para expresar que siempre ha tenido—. No es excusa. Pero quiero que sepas que… siento mucho haber descargado toda esa presión contigo.

—Papá… —Suspiro y me encojo de hombros—. Sé que no te gustan mis «técnicas modernas». No pasa nada. He estado enviando currículums a empresas de marketing. Seguro que…

—Ni hablar —me interrumpe, con un gesto tan tajante que casi me echo a reír—. Sé que no te lo digo, pero desde que empezaste con… —frunce el ceño—…con eso de *Insta…talam*…

—Instagram —corrijo, mordiéndome el labio para no reír.

—Eso. —Se le escapa una sonrisa—. Desde que empezaste con eso, todo ha ido mejor. Has traído clientes nuevos, ideas nuevas. Has hecho mucho más de lo que yo fui capaz en tu lugar.

Siento un nudo en la garganta. Y encima va y remata:

—De hecho… tu madre y yo hemos estado hablando de mi futuro en la empresa. —Se aclara la voz—. El médico me ha repetido que tengo que bajar el ritmo si quiero… bueno, seguir estando por aquí un tiempo. Tengo que empezar a mirar por mi bien.

—¿Te has aprendido el discurso de mamá, eh?

Él se ríe, negando con la cabeza.

—Tu madre tiene razón. Siempre la tiene.

—¿Vas a jubilarte?

—No aún —responde con un bufido—. Pero voy a empezar a delegar mis funciones. —Me mira de frente, muy serio—. Y si te apetece, claro, me gustaría enseñarte cómo funciona todo. Para que cuando yo me retire, seas tú quien esté al mando.

Me río un poco, con un nudo raro en la garganta.

—Papá… tú sabes que eso no es para mí.

Su expresión se suaviza.

—Está bien, lo entiendo. Sé que no es el futuro que te imaginas…

—No creo que pudiese lidiar con ese estrés y esa responsabilidad. Acabaría conmigo.

Él sonríe con algo que se parece un poco al orgullo.

—Sabia decisión. Entonces… ¿nos dejas?

—¿Y darte el disgusto de aprender a manejar Instagram tú solo? Ni de coña. No pienso ser la causante de tu infarto, papá. Prefiero que sea la mantequilla.

Su risa salta escandalosa, esa risa suya que siempre me ha dado la sensación de que podría derrumbar las paredes de casa. Me pasa el brazo alrededor del cuello y me estruja contra su cuerpo grande.

—Te quiero, mi pequeña terremoto —dice bajito.

El corazón se me encoje. Hacía años que no me llamaba así.

—Yo también, papá.

—¡Harper! —La voz de James retumba desde el salón—. ¡Ya empieza!

Mi padre me mira de lo más divertido y me arrebata el pelador de las manos antes de decirme:

—Tira, anda. Yo me ocupo de la salsa.

Salgo corriendo hacia el salón. Ni siquiera disimulo la expectación. Pero es que este partido contra los *Dolphins* lo es todo, porque

decidirá si pasamos a playoffs o si todo este año se va a la mierda. Vamos 9-7 y los *Packers* han perdido, así que si ganamos, nos aseguraríamos el pase.

Me acomodo junto a mi hermana, con las piernas recogidas en el sofá, justo cuando ponen ambos escudos enfrentados en pantalla. Un rugido sacude el estadio cuando los equipos se preparan para el *kickoff*. El comentarista empieza a enumerar estadísticas, pero yo apenas oigo nada.

Solo puedo fijarme en cómo Liam ajusta los guantes con ese gesto metódico que tiene antes de cada jugada. Cómo sacude los brazos para soltar tensión y luego flexiona los hombros, preparándose para salir corriendo en cuanto le toque entrar.

—¿Te traigo un babero, hermana? —bromea Chloe.

—Cállate —contesto, sin apartar los ojos de la pantalla.

Pero sí, un babero no me vendría nada mal.

Porque estoy completamente hechizada por ese hombre.

Hipnotizada. Desbordada. Perdidamente enamorada.

Y, aunque lo he estado trescientas veces antes que él… se siente como si esta fuese mi primera vez.



PLAYOFF

Vida a color



LIAM

Odio los aviones. Y el jet privado del equipo no es la excepción. Da igual que tenga sillones acolchados, comida de chef y camareros pendientes de cada capricho. Nada de eso ayuda a que soporte las alturas, ni la presión en los oídos, ni esa constante sensación de que un muro de metal es lo único que me separa de la muerte.

Estoy agotado. Cuatro horas de vuelo, un partido intenso, una victoria ajustada y un placaje que me ha dejado la rodilla en sangre viva es más de lo que mi cuerpo tolera. Pero ha merecido la pena, supongo. Hemos ganado contra los *Dolphins*, lo que significa que los Redstone pasamos a los *playoff*.

El equipo ha salido a celebrarlo. Todos están eufóricos. Esta victoria les ha recargado las pilas después de una temporada larga, dura y agotadora. Todos insistían en que me uniera, que mis dos *touchdowns* se merecían una noche de fiesta por todo lo alto. Pero lo único que quiero esta noche es llegar a casa, pegarme una ducha y, con suerte, cenar algo rápido que el Liam previsor del pasado haya dejado en el congelador.

Bueno, en realidad no es lo único que quiero. Ni de coña.

Llevo todo el día contando los minutos que faltan para poder hablar con ella. Las últimas semanas han sido una puta locura. Navidad, el final de temporada… apenas hemos podido hablar nada más que un par de palabras rápidas. Pero es que todas las noches termino en la cama y caigo rendido, exhausto.

Salgo del taxi tras pagar con el móvil. Y como si me leyera la mente, me llega un mensaje suyo:

¿Ya estás en casa?

Saludo a Thomson, el conserje del edificio, mientras camino hacia el

ascensor. Pulso el botón y le escribo antes de subirme:

Acabo de llegar

El pitido avisa de que he llegado a mi planta. Arrastro la maleta por la moqueta hasta mi apartamento, al fondo del pasillo. Jugueteo con las llaves mientras camino, aguantando la mueca de dolor en la rodilla, ya pensando en los analgésicos que me esperan dentro. Pero algo me hace detenerme.

Hay una persona apoyada en la puerta. Frunzo el ceño. No la reconozco: lleva un abrigo largo y el pelo negro hasta las clavículas. Entonces se gira y me mira a través de unas gafas de sol.

Conozco demasiado bien esa boca. Son los labios que me han perseguido cada noche en mi cabeza durante estos cuatro meses.

—Buenas noches —me saluda, quitándose las gafas de sol y dejándome ver sus ojos—. ¿Ha pedido comida a domicilio, señor? —Levanta una bolsa de papel que ni había visto que llevaba.

Recorro el pasillo con la mirada, rápido, asegurándome de que ninguno de mis vecinos cotillas esté por alrededor. Pero son las once de la noche y no hay nadie. Nadie excepto Harper, claro.

Tardo un segundo demasiado largo en reaccionar. Pero cuando lo hago, me muevo sin pensarlo. Meto la llave en la cerradura, abro la puerta de un tirón. No le doy ni tiempo a respirar antes de agarrarla por la cintura y arrastrarla dentro conmigo.

Cierro la puerta con tanta fuerza que retumba en el marco.

—¿Qué haces aquí?

Harper me mira con esa sonrisa suya que siempre consigue que me olvide de todo lo demás.

—Dijiste que ibas a morirte por no poder verme —dice, alzando un poco la barbilla—. No podía permitir que eso pasara. Habría sido homicidio involuntario, ¿sabes?

Bajo la mirada por su cuerpo envuelto en el abrigo tan negro como ese pelo que, ahora que me acerco, noto que es de mentira.

—Estás loca.

—Completamente. —Da un paso más hasta quedar a un palmo. Su mirada clavada en mi boca—. Y tú tienes la culpa.

Niego con la cabeza.

—De eso nada. Ya estabas de la puta olla cuando te conocí.

Sus labios se curvan justo antes de que incline la cara y los míos encuentren los suyos. No es un beso suave. Ni dulce. No es un beso de *te he echado de menos* de película. Es un beso crudo, un *no puedo respirar sin esto*, un *pierdo la cabeza cuando no te tengo cerca*.

Harper rompe el contacto apenas un centímetro. Sus labios se quedan sobre los míos, rozándolos.

—Espera… Tengo una regalo para ti.

Frunzo el ceño, sin soltar su cintura.

—¿Un regalo?

Se separa un paso, y entonces su atención se desvía a su alrededor.

—¿Te has mudado hace poco?

—No. Llevo viviendo aquí cuatro años.

Frunce el ceño.

—¿En serio? Pues parece que acabes de entrar con lo puesto.

—Harper…

—Solo digo que hay cárceles con más personalidad. ¿Sabes que existen las tiendas de decoración, verdad? Son unos sitios mágicos donde venden cosas que no dan ganas de morirse al entrar en un salón.

—Harper…

—¿Qué?

—¿Mi regalo?

—Ah, sí. Se me olvidaba.

Despacio, se lleva las manos al cinturón del abrigo que le cubre todo el cuerpo. Lo suelta con un movimiento que parece ensayado y lo abre despacio, dejando que la tela resbale por sus hombros.

Y casi me caigo de espaldas.

Debajo no lleva nada salvo un conjunto diminuto, rojo oscuro.

El escote pronunciado deja caer, justo en el centro, el colgante de la herradura que le regalé.

—Feliz navidad. Creo que te quedaste con ganas de ver este conjunto.

Dios. Esta mujer.

La recorro despacio con la mirada, sin ninguna prisa. Desde los tirantes finos que apenas sostienen nada, hasta el encaje semi transparente que no cubre ni la mitad de sus pechos, pasando por esa tela minúscula que le dibuja las caderas.

No sé cómo cojones ha llegado hasta aquí, ni cómo se las ha apañado para saber dónde vivo y conseguir que Thomson, el conserje más meticuloso del puto mundo, la dejara subir.

Pero sí sé algo. Sé que todo esto lo ha hecho por mí.

Porque sabe que he tenido un día de mierda. Semanas de mierda. Porque el partido de ayer me dejó reventado. Porque ese placaje casi me deja noqueado. Y ella ha puesto en riesgo todo… solo por venir hasta aquí. Para que este día no termine conmigo en la cama mordiéndome el dolor y la frustración. Para que no… no lo termine solo. Y eso…

Joder.

Eso es lo más especial que nadie ha hecho por mí en toda mi vida.

La miro a los ojos mientras suelto una respiración que no sabía que llevaba conteniendo. Y me atraviesa esa sensación de vértigo que solo ella puede provocar. Porque desde el minuto uno que la conocí, Harper entró y sacudió todo mi mundo. Como si lo cogiera entre sus manos y lo zarandease hasta ponerlo patas arriba.

Todo lo que creía saber, todo lo que creía que me bastaba… todo lo que creía que era una vida, ahora me parece ridículo. Insignificante. Conocerla fue como descubrir una película en color después de haberte pasado años viéndolas en blanco y negro.

¿Y quién en su sano juicio volvería a conformarse con el gris pudiendo tener esta explosión de vida?

Yo, desde luego, no pienso hacerlo.

—No te quedes ahí mirándome. Dime algo. ¿Te gusta?

—No tienes ni idea de lo que acabas de hacerme. Ni putísima idea.

Le quito la peluca de un tirón. Después le quito la pinza que le sujeta su pelo color caramelo. Sus mechones ondulados caen sueltos por los hombros en una cascada que me dan ganas de enredar entre los dedos. Y eso es justo lo que hago mientras ella contiene la respiración.

Mi lengua explora el interior de su boca. Gime cuando mis dientes muerden su labio inferior. Ese que siempre está un poco más hinchado que el superior y que es, sin discusión, mi debilidad.

—He traído la cena... No son costillas, pero dijiste que las hamburguesas eran una de tus comidas favoritas.

—Lo son.

—Se van a enfriar…

—Ahora mismo estoy más concentrado en disfrutar de mi comida favorita número uno, amor.

La tomo por la cintura y la llevo hasta el sofá. La siento en el borde, disfrutando de la forma en que sus muslos se hunden en la superficie mullida. Sus dedos se enredan en mi pelo cuando deslizo la boca por su cuello, lento, hasta su pecho, que se eleva con cada respiración acelerada.

Le desabrocho el sujetador y dejo sus tetas al aire. Sus pezones son pequeños, rosados, tan sensibles que tiemblan bajo mi lengua cuando los rodeo. Los beso, los succiono hasta sentir su respiración cortarse, hasta que su espalda se arquea pidiéndome más.

Me hierve la sangre. El pulso me retumba en los oídos.

Me quema la necesidad de ella en cada músculo.

Me agacho, de rodillas a ella, dejando un camino de besos, saliva y dientes por toda su piel. Muerdo con cuidado el interior de su muslo y sonrío contra su piel cuando su gemido se quiebra. Me encanta verla así, totalmente rendida, escucharla perder el control con mi nombre entre sus labios.

Me encanta saber que puedo hacerla sentir así.

Esas bragas apenas cubren nada, y hacen que su coño se vea exquisito. Es el mejor regalo de navidad que he recibido nunca.

—Estás empapada, nena.

—Mmm…

Siento el pulso latiéndole en la parte más blanda del muslo cuando deslizo el pulgar por la tela.

—Joder… —Su gemido me hace sonreír contra su piel caliente.

—¿Te gusta, cielo?

—Sí…

—No cierres los ojos. Mírame —gruño, tirando de sus bragas hasta

apartarlas del todo. Ella abre los ojos y cumple lo que le pido. Y cuando veo lo hinchada y mojada que está para mí, me recorre un temblor que me sacude hasta la base de la columna—. Quiero que no dejes de mirarme. Que recuerdes esto cada día de tu vida. Quiero que entiendas que cada vez que te miro, cada vez que me sonríes… —Mi pulgar roza su clítoris— …esto es lo que pienso. En lo que me muero por hacerte. En lo mucho que necesito estar aquí, entre tus piernas. A todas horas.

Bajo la cabeza y empiezo a lamerla sin compasión. Me inclino y le paso la lengua de abajo a arriba, recogiendo cada gota. La saboreo como un hijo de puta que lleva semanas hambriento, empujando con la lengua hasta que su gemido suena tan alto y sucio que se me clava directo en la polla.

Su cadera empieza a arquearse, a moverse por su cuenta, buscando más. Sus dedos ya no solo se aferran a mi pelo; tiran de él con desesperación.

—¿Sabes? Podría morirme ahora mismo y sería el imbécil más afortunado del planeta.

Mis dedos se hunden en su interior mientras sigo lamiendo su clítoris. Está tan estrecha, tan caliente que me muerdo la lengua para no perder el control, para controlar las ganas de bajarme los pantalones y metérsela de una vez. Pero quiero tomármelo con calma esta vez. Porque las últimas veces me pudo la urgencia. Las ganas, el hambre de ella. Supongo que cuando te tiras meses aguardando el momento, lo de ir despacio resulta casi imposible.

Cuando su aliento se convierte en un jadeo frenético, sé que está cerca. Muy cerca.

—Liam… Oh… —Tiene la respiración tan acelerada que apenas puede pronunciar las palabras—. Dios. Voy a co…

Ni siquiera llega a terminar la frase. El orgasmo la sacude con tanta fuerza que veo como pone los ojos en blanco. Grita mi nombre mientras sus caderas se tensan. Siento el punto exacto donde palpita su placer, justo donde jugueteo con mis dedos.

Despacio, sin apartar mis ojos de los suyos, me llevo los dedos a la boca. Los limpio con la lengua, saboreándola sin prisa. Su sabor es, sin ninguna duda, mi comida favorita en este maldito mundo.

Pero quiero más. Con ella siempre quiero más.

—Liam… joder… Liam, por favor…

—¿Por favor qué? —mi voz es apenas un gruñido entre sus muslos —. ¿Quieres que siga aquí abajo? —Le doy otro lametón y ella se retuerce, pero niega con la cabeza—. Entonces, ¿qué?

—Métemela de una vez.

A la mierda lo de ir despacio.

—¿Sabes qué es lo peor? —le digo mientras me bajo los pantalones de chándal a toda prisa—. Que ni siquiera así me va a bastar. Ni siquiera metiéndotela hasta el fondo voy a saciar las putas ganas que tengo de ti.

—Entonces… —su voz es un susurro, temblorosa y jodidamente sexy—. Déjate de perder el tiempo.

Dios.

Mi polla entra de lleno en ella de un solo golpe, un movimiento que le arranca un gruñido alto y descontrolado. Mis muslos se tensan cuando vuelvo a hacerlo, más firme, más fuerte. Y justo en el momento en que su cuerpo me aprieta, un latigazo agudo me atraviesa.

Me muerdo el interior de la mejilla, con fuerza, para no soltar el grito de dolor.

Me arde la rodilla. Pero da igual. No pienso parar. Ya me ha jodido bastante este año, no pienso dejar que también me joda esto.

Aprieto la mandíbula y echo todo mi peso sobre la pierna buena, buscando un ángulo que no me haga ver estrellas por el dolor. Pero entonces Harper se incorpora un poco. Sus manos me rodean el cuello y sus ojos me buscan. Y sé que ha visto la mueca que me esfuerzo por disimular.

No me pregunta si estoy bien. No me hace sentir un maldito inútil. Solo me acaricia despacio el pecho, como si entendiera que, aunque me duela, nada me duele tanto como la idea de parar.

—Me toca.

Me obliga a retroceder hasta que mi espalda choca contra la mesa baja. Sus dedos se enredan en el borde de mi camiseta y me la quita de un tirón. Su boca caliente recorre cada uno de mis músculos, tensándome y acelerándome la respiración. Después me

acerca a ella, tirando de mi cuerpo hasta que caigo en el sofá a su lado. Se sube a horcajadas sobre mí. Y estoy seguro de que podría correrme así. Solo con ella. Encima de mí. Desnuda. Con esos pezones tensos a la altura de mi boca y esa sonrisa traviesa que amenaza con destrozarme.

No sé qué me pone más: lo sexy que está tomando las riendas o que lo haga justo por eso. Para que no me sienta un fracaso. Para recordarme que, con ella, no tengo que demostrar nada.

Coge mi erección con una mano y se acomoda encima. Cuando baja de golpe, tragándome entero, mi cabeza cae hacia atrás y un gruñido profundo me desgarra la garganta.

—Hostia.

Mis manos se aferran a su trasero. Pero no marco el ritmo. Solo la sostengo mientras sube y baja, con movimientos empapados, ruidosos, absolutamente perfectos.

No aparto los ojos de ella ni un segundo. Quiero grabar en la memoria cada detalle: cómo su respiración se quiebra, cómo su boca se entreabre, cómo me mira como si fuera su postre favorito.

—Te necesito así —jadea sin aliento—. Cada día. Cada noche. —Sus labios encuentran mi clavícula y su aliento me quema la piel—. No quiero estar sin ti nunca más.

No sé si lo que dice es fruto del éxtasis, pero me da igual. Porque yo lo siento igual. Esa necesidad que no se parece a nada que haya sentido antes. Esa certeza de que esto es más que sexo. Más que deseo. Es… es todo.

—Yo tampoco, amor. Yo tampoco.

Sus manos me aprietan los hombros como si necesitara sujetarme, o sujetarse. Como si el mundo pudiera romperse si dejara de tocarme.

Y entonces, mientras se mueve sobre mí, cada vez más rápido, más profundo, noto cómo su cuerpo tiembla, cómo se tensa.

—Te… Liam, yo… Te…

Pero no lo dice. No puede.

Y no tiene nada que ver con el placer, ni con el orgasmo que ya se acerca. Tiene que ver con eso que se rompe cuando decides dejar de esconderte. Con ese instante en el que te atreves a abrirte

sabiendo que te pueden destrozar.

Conozco muy bien ese miedo. Llevo años aferrándome a él con uñas y dientes. Encerrándome, desconfiando, mirando a todos desde la distancia. Convenciéndome de que era más fácil no sentir, no abrir, no mostrar nada. Más fácil no necesitar a nadie.

Hasta ahora.

Hasta ella.

—Te quiero, Harper.

Y se lo digo sin miedo.

Porque por primera vez, no lo tengo.

—Y yo a ti.

Todo mi cuerpo se tensa, su espalda se arquea y su grito se mezcla con el mío cuando el orgasmo nos sacude a la vez.

Mientras me corro dentro de ella, mientras su boca se abre en un grito que suena a alivio y a necesidad… pienso que hasta ahora he vivido a medias. Que todo lo anterior era un borrador y que esto —Dios, *esto*— es la vida de verdad. Y juro que no pienso volver a vivir a medias nunca más.

Futuro incierto



HARPER

El agua está caliente, y el vapor empaña el baño hasta difuminarlo todo. Estoy recostada contra su pecho, encajada en el hueco perfecto de su cuerpo, y Liam me pasa la esponja por el brazo con movimientos perezosos. Hace un rato que ninguno de los dos habla. Solo se escucha el chapoteo del agua y su respiración tranquila junto a mi oído.

Podría quedarme así toda la noche.

El baño es moderno, amplio, con azulejos grises y líneas rectas. Todo está en orden: las toallas blancas dobladas, los frascos alineados, el espejo reluciente. Es un espacio bonito, amplio, cuidado… pero, igual que el resto del apartamento, frío.

Después de cenar las hamburguesas no pude resistir la curiosidad y di un pequeño paseo por el apartamento. La habitación principal es enorme: la cama impecable, mantas azules y un armario ordenado al milímetro. Me quedé mirando la ropa clasificada por colores hasta que Liam, al ver mi cara, aclaró rápido que tenía servicio de limpieza. Lo dijo rápido, como si no quisiera apropiarse del trabajo de alguien más.

Otra habitación está montada como gimnasio: mancuernas, cinta de correr, bicicleta estática y hasta una camilla plegable con material de fisioterapia en una esquina —se nota que aquí pasó un año entero de recuperación—. La tercera sirve de cuarto de invitados. Me explicó que la usa a veces su abuelo cuando viene a Dallas o Katie, la hija de TJ, su compañero y amigo en el equipo, cuando se queda con él. Dos baños completos y un aseo.

Todo espacioso, luminoso, de lujo. Como corresponde a alguien en su posición. Y, sin embargo, poco que me hable de quién es. No

encontré fotos, ni recuerdos, ni papeles arrugados en un cajón, ni objetos con historia. Aquí podría vivir aquí cualquier otra persona y no notaría la diferencia. Es un sitio correcto, funcional, pero sin más. Después de la habitación de Cedar Hollow —esa que olía a madera y recuerdos, llena de reliquias y fotos que contaban su vida— la diferencia me parece abismal. Allí había vida. Aquí, en cambio, no queda nada.

Quizá nunca se ha sentido en casa entre estas paredes.

Y eso me parece… demasiado triste. ¿Quién vive así durante tantos años?

Desliza la esponja desde mi hombro izquierdo hasta mi muñeca y regresa despacio, un vaivén constante que me adormece.

—Llevas demasiado en silencio —murmura con la voz ronca, pegada a mi oído—. Empiezo a preocuparme.

Le doy un empujón suave con el codo y él suelta una risa baja.

—Estaba pensando en que tu apartamento no termina de gustarme.

—Vaya, qué bien. Pagué una buena suma de dinero a un equipo de diseño para que me digas eso.

—A ver, no me malinterpretes. Es precioso, tienes unas vistas increíbles y todo eso… pero no tiene tu esencia. Tu habitación en Cedar es mucho más bonita.

—Nunca le di importancia —responde encogiéndose de hombros—. Hasta este año apenas pasaba tiempo aquí. Con la lesión me vi obligado a quedarme, antes solo venía a dormir entre viajes y entrenamientos. Todo el tiempo que tenía para mí lo usaba en casa.

Asiento despacio.

—Y estás deseando que termine la temporada para volver, ¿verdad?

—Sí. No solo por Cedar. Ha sido un año largo; necesito una pausa.

—¿Cómo tienes la rodilla? El placaje en el tercer cuarto fue muy feo.

Deja de enjabonarme. Solo un segundo antes de seguir, pero yo me doy cuenta de la tensión.

—Está bien. Ya me he tomado unos analgésicos.

Me giro despacio en la bañera para encararlo, el agua desbordándose por el borde en un chapoteo suave. Lo miro seria,

sin apartar los ojos de los suyos.

—No me gusta que hagas eso conmigo, Liam. —Frunce el ceño. Y aunque sabe muy bien a qué me refiero, se lo dejo bien claro—: Fingir. Hacer como que no pasa nada. Sé que con los demás prefieres poner buena cara, disimular, no preocuparlos. Pero no quiero que lo hagas conmigo. Quiero que me digas cómo estás de verdad. Sin filtros.

Se queda en silencio unos segundos, sosteniéndome la mirada; sus ojos grises se ablandan. Al fin suspira, y la fachada se quiebra.

—Me duele a rabiar —admite—. No está bien. He mejorado, sí, y las pruebas salen bien. Greg dice que todo está correcto. Pero el dolor… no consigo que desaparezca del todo.

Siento un nudo en el pecho.

—¿Se lo has dicho a alguien más?

—¿Para qué? Ya sé la respuesta. Si no estoy a la altura, estoy fuera.

Apoyo mi frente en la suya, acariciándole la mandíbula húmeda con el pulgar.

—No tienes por qué ser así. Has hecho un año perfecto. Podrías hablar con el entrenador —propongo, en voz baja—. Pedir que te sustituyan un partido o dos, que te den descanso real. O mirar otra pauta con Greg, más reposo, menos contacto. No tienes que aguantarlo todo. Puedes…

Él ladea la cabeza, y antes de que pueda seguir, me palmea la mano y me mira con esa mezcla de ternura y decisión que siempre me roba la respiración. Luego pone una mano en mi mejilla.

—No —dice, y la negativa no es dura, es firme—. No puedo. Ahora no. Estamos en playoffs, amor. No es momento de rendirse. No después de todo lo que hemos peleado. Si me siento fuera ahora, si me siento débil… todo lo que he hecho hasta aquí pierde valor.

—Pero también puedes perder más si sigues forzando.

—No es tan fácil —dice—. Llevo años persiguiendo esto. Toda mi vida ha girado en torno a llegar hasta aquí. Si juego ahora y ayudo al equipo a llegar a la Super Bowl, eso cambia mi carrera. No es solo un partido; me garantizaría seguir aquí unos cuantos años más. Los running backs no tenemos la misma longevidad que un quarterback

o un pateador. Cada temporada es oro.

Se ciñe a mis ojos con tal fuerza que me duele el corazón. Hay una sinceridad en su voz que no admite negociaciones. No es un capricho; es la suma de sus días, de sus renuncias y de la presión que lleva pegada a la piel.

—Prometo que cuando esto acabe —añade, más suave—, me tomo el descanso que haga falta. Pero ahora… ahora no puedo permitírmelo.

Dejo de insistir, porque puede que él tenga razón: ¿que sé yo de lo que es perseguir toda la vida un mismo objetivo?

—¿De verdad crees que tenemos opciones?

Él cambia de registro. Esa voz analítica, tan seria, la misma que usa cuando responde a la prensa.

—El equipo ha mejorado mucho desde la mitad de la temporada. La defensa se ha estabilizado, la línea ofensiva aguanta y el entrenador cree que los Cowboys están fuertes. Si se mantiene el control del balón y se reducen errores, hay posibilidades.

Lo observo un segundo, intentando ordenar lo que me remueve por dentro, hasta que las palabras salen solas.

—A veces me da la sensación de que, cuando hablas de fútbol, lo haces como si te refirieras a otro. Como si no tuvieras nada que ver en lo que está pasando. Pero eres tú, Liam. Has marcado un touchdown en el partido que nos lleva a la final. Estás en los playoff. Lo has conseguido. El resto del equipo está ahora mismo celebrándolo, y yo pensé que tú también querrías estar allí. Pero cuando me dijiste que no, supe que en realidad estarías aquí, solo… y no pude evitar venir. Porque sabía que estarías mal. Y no sé… —me encojo de hombros, con un nudo en la garganta— …a veces parece que ni siquiera terminas de ser feliz con todo lo que logras.

Él deja escapar una risa corta, sin alegría.

—No sé… puede que, cuando consiga el anillo, entonces sí lo sentiré. La emoción de verdad.

—¿Y qué gracia tiene eso? Llegar hasta aquí ya es increíble. Los playoff no son cualquier cosa. Deberías disfrutarlo. Vivirlo. No todo tiene que ser «cuando lo consiga, entonces…».

Su mirada se suaviza, y una sonrisa lenta le curva la boca.

—¿Sabes lo que estoy disfrutando de verdad? Tenerte aquí conmigo.

Sé que es su forma de pedirme que deje el tema, y aunque esa parte testaruda de mí quiere seguir insistiendo, en hacerle reflexionar sobre lo que hay detrás de tantos años cumpliendo objetivos sin disfrutarlos, tomo aire y me dejo caer a su lado. Él me rodea con los brazos.

—Ojalá pudiéramos hacer esto todas las noches —susurro.

—¿Baños toda la noche? No sería muy *ecofriendly* por nuestra parte.

—No. Hacer cosas normales. Salir a cenar, ver una película en un cine, pasear sin miedo a que alguien nos haga una foto. Estoy cansada de sentir que vivimos a medias.

—Siento que sea así… Me encantaría poder darte todas esas cosas, Harper. Pero ahora…

—Ahora, ya —mi voz tiembla apenas—. Pero, ¿y el futuro? ¿Vamos a seguir así siempre? No podemos seguir con mensajes y escapadas para vernos. No es vida.

Él se queda en silencio. Yo, en cambio, no puedo callarme. Llevo días pensando en ello.

—He pensado que… que quizás podría no presentarme a las pruebas el año que viene. Y….

Su reacción es inmediata. Se aparta un poco para mirarme directamente, con los ojos oscuros.

—Ni se te ocurra volver a pensar en eso.

—Liam…

—No, Harper. —Su tono es tajante, pero en sus ojos no hay solo enfado, hay un miedo tan real que me encoge el pecho—. Lo último que voy a permitir es que salgas mal parada por mi culpa. No después de todo lo que te ha costado llegar hasta aquí. Si pierdes a las RCC por mí… jamás me lo perdonaría.

El silencio entre nosotros pesa, roto solo por el chapoteo suave del agua. Me muerdo el labio.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Esperar indefinidamente a que nos pillen?

Él respira hondo, como si buscara ordenarse por dentro.

—Quizás, cuando ganemos la Super Bowl, podamos hablar con el equipo. Plantearlo de frente. Poner las cartas sobre la mesa.

Lo miro incrédula.

—¿En serio? ¿No quieres que yo lo deje, pero quieres que nos echen a los dos a la calle?

—No tiene por qué ser así. No ha pasado antes, pero tendrán que entenderlo. Que esto no es un rollo cualquiera. Que vamos en serio.

Mis dedos se quedan flotando en el agua. La pregunta me arde en la lengua antes de escapar:

—¿Vamos en serio?

Me acaricia la mejilla mojada, inclinándose hasta que nuestras frentes casi se rozan.

—Amor… ¿tú qué crees?

Mis labios se curvan sin que pueda evitarlo.

—Creo que a veces eres insoportable. Mandón, cabezota y con un concepto muy raro de lo que significa «cuidarse».

Deja escapar una risa ronca, esa que siento vibrar contra mi piel.

—Y aun así estás aquí.

—Sí. —Le rodeo el cuello con los brazos, acercándolo más—. Porque resulta que también eres el hombre más fuerte, más leal y más increíble que he conocido. Y, para mi desgracia, estoy enamorada hasta las trancas.

—Para tu desgracia, ¿eh? —Me atrapa la barbilla con suavidad, fingiendo molestia.

—Totalmente. —Sonrío contra su boca—. Porque ahora no pienso conformarme con menos que esto. Quiero más noches así. Quiero...

Él ya no me deja seguir. Su boca encuentra la mía en un beso húmedo, profundo, cargado de esa necesidad que nunca se agota. El agua salpica a nuestro alrededor cuando me acomodo sobre él, con las piernas enredadas a su cintura. Sus manos me sujetan fuerte, como si pudiera anclarme para siempre.

Entre besos, apenas un respiro, susurra contra mis labios:

—Entonces, quédate. Quédate para siempre.

Y aunque el contrato, el equipo y todo lo que nos rodea pese como una sombra, en este instante, en esta bañera, con su corazón latiendo bajo mi mano, sé que no necesito prometer nada más.

Porque ya lo he hecho. Porque ya me he quedado.

Capturados



LIAM

El vestuario está vacío cuando salgo de la ducha. Me tomo mi tiempo para vestirme, recogiendo la toalla y metiendo todo en la bolsa de deporte. Soy el último en irme. Como casi siempre. La mayoría ya se ha largado hace horas. Yo me he quedado nadando un rato. A estas alturas, nadar es lo único que no hace que mi rodilla se sienta como si fuera a reventar.

Y, si soy honesto, también necesitaba unos minutos de silencio. De no pensar en que el sábado jugamos contra los *Packers*. De no pensar que ese partido es el primero de la ronda de los *playoffs*. Y que, si lo ganamos, estaremos un paso más cerca de la *Super Bowl*. Más cerca de la meta que persigo desde que soy un puto crío.

Pienso en anoche, en cómo Harper se reía mientras me obligaba a ver uno de los capítulos de *Love is Blind* en mi cama; en cómo me fue contando, con esa voz suya llena de sarcasmo y vida, qué pareja era más tóxica y quién diría que sí en la boda final. Yo apenas escuchaba. Solo podía mirarla, con la cara iluminada por esa sonrisa suya.

Joder. Estoy hecho mierda. Porque soy adicto a ella. A sus besos. A su boca —todavía sigo recuperándome por la mamada que me hizo en la ducha esta mañana—. A cómo se siente su risa contra mi pecho cuando la abrazo por la espalda. A dormir a su lado, rodeándola por todas par-tes. Y a su olor, que me hace sentir en casa estando a kilómetros de distancia.

Camino hacia la salida con la bolsa colgando del hombro. Busco las llaves en el bolsillo delan-tero mientras el eco de mis pasos retumba en el pasillo vacío. Empujo la puerta y salgo al parking exterior del Astro Center. El aire me golpea de lleno. Enero en Dallas no es un invierno extre-mo, pero a estas horas —casi las diez de la noche— la

temperatura roza los cuatro o cinco gra-dos. Suficiente para que el aliento se me vea en cada exhalación y el frío me cale.

Es tarde. Muy tarde. A estas horas no queda nadie. O eso creía.

Un murmullo me hace alzar la vista. Es un sonido raro. Una voz. Luego otra. Más aguda. Más tensa.

Frunzo el ceño y camino despacio entre los coches. Al principio solo distingo siluetas. Dos figuras junto a un coche grande. La más alta tiene un gesto agresivo, los hombros echados hacia delante. La más baja está pegada al lateral del coche, el cuerpo rígido.

Doy otro paso.

Y entonces la reconozco.

La sudadera de entrenamiento. Las mallas rojas que le marcan las curvas que llevo horas sin sacarme de la cabeza.

No pienso. Mi bolsa de deporte cae al suelo. Echo a correr hacia su lado. Cuando me acerco, oigo su voz.

—… vete o llamo a la policía.

—¡Por tu culpa me he quedado sin nada, zorra!

El tipo —ese hijo de puta— la está agarrando del brazo. Me basta con ver cómo la aprieta para que me estalle algo por dentro.

—¡Suéltala!

El cabrón levanta la cabeza. Sus ojos se clavan en mí con un brillo que no me gusta. Un brillo que me hace desear reventarle la cara antes siquiera de que abra la boca.

—Qué la sueltes —lo empujó, apartándolo de ella.

—Mira quién ha venido —escupe, ladeando la cabeza—. El puto héroe. ¿Vas a salvarla? Qué conmovedor. —Se gira hacia Harper, que está pegada al coche, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Ves? Sabía que eras una putita que se arrastra detrás de cualquiera que le prometa un poco de atención.

—Basta. Jared. Vete. Por favor.

—Sigues siendo la misma zorra de siempre.

Siento que algo en mi cabeza se desconecta.

—Te voy a dar dos segundos. Dos. Para que desaparezcas.

—¿O qué? —Su sonrisa es patética—. ¿Vas a pegarme con esa rodilla hecha mierda? ¿Vas a…?

El puñetazo sale solo. Ni siquiera lo pienso. Mi puño conecta con su

mandíbula con un sonido seco que resuena en todo el parking. Jared se tambalea y se lleva una mano a la cara, con la expresión retorcida por la rabia y algo que parece miedo.

—Te voy a decir esto una vez más —siseo, acercándome tanto que noto su respiración entrecortada—. Si vuelves a acercarte a ella, si vuelves a pronunciar su nombre, te juro por lo que más quieras que te dejo sin dientes. ¿Me has entendido?

Se limita a escupir sangre en el suelo. Me mira con los ojos llenos de odio y algo más pequeño. Cobarde. Luego se gira, tambaleándose, y se aleja sin atreverse a volver la vista atrás.

Me quedo respirando tan fuerte que me cuesta enfocar. Me centro en Harper, poniéndole una mano en la mejilla.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

—Estoy bien.

—¿Qué hacía aquí?

—Apareció de la nada. Me estaba esperando aquí. Empezó a decir que… —Se frota la cara con la mano, la voz hecha pedazos—. Que todo es culpa mía. Que por mi culpa se quedó sin trabajo y que… que sus amigos le han dado de lado.

Sus ojos están brillantes, el pecho sube y baja rápido, como si no consiguiera suficiente aire. Y a mí me quema algo en la garganta. Porque si hubiera salido cinco minutos antes, si no me hubiera entretenido…

Miro hacia donde Jared se perdió entre los coches. Mis nudillos siguen ardiendo, y ni eso me parece suficiente. Debería perseguirlo y rematar lo que he empezado.

—No, Liam. —Lleva su mano a mi pecho, deteniéndome—. Déjalo. Ya se ha ido.

—Ven aquí, cielo. —Mi voz sale más baja, más rota. Solo quiero tocarla. Asegurarme de que está entera. Llevarla a casa, meterla en mi cama y prometerle que nada de esto volverá a pasar mientras yo respire.

Pero ella no se mueve.

Y lo entiendo en cuanto oigo pasos.

Beth, su compañera de equipo, aparece corriendo.

—¿Harper? Dios, ¿qué ha pasado? ¿Estás bien? —Pone la mano en

su brazo, mirándome con recelo. Como si no supiera si soy parte del problema. Sus ojos se quedan en los míos un segundo más largo del normal.

Harper parpadea, aterrizando de golpe. Da un paso atrás. Y en su cara veo cómo se enciende esa máscara suya: la profesional.

—Jared estaba esperándome junto al coche. Se ha puesto pesado. No me dejaba marcharme…

—¿Te ha tocado? —Beth le mira el brazo como si buscara alguna marca.

—No. —Harper sacude la cabeza—. Prescott llegó justo a tiempo.

Prescott. Esa palabra me duele más que si me hubiera estampado un puño en la mandíbula. Porque sé que no lo dice porque quiera. Lo dice porque tiene que hacerlo. Porque en este puto circo, ni siquiera puede permitirse decir mi nombre.

Me obligo a respirar, a tragarme todo lo que me quema por dentro.

La pelirroja vuelve a mirarme, y hay algo de incomodidad en su expresión, en su lenguaje corporal. Supongo que está así porque, aunque me importa una mierda, ella también tiene prohibido hablarme. Mirarme, tan siquiera.

La ignoro, centrándome de vuelta en Harper y sus ojos me gritan: *«Vete. No puedes estar aquí. No puedes ser tú el que me cuide*».

Y es lo peor que he sentido nunca.

—Gracias, Prescott.

Asiento, tragándome todo lo que querría hacer.

Todo lo que no puedo.

—¿Estás segura de que estarás bien?

—Sí. —Sus ojos apenas me sostienen la mirada—. ¿Me acompañas a comisaría, Beth?

—Por supuesto. —Beth le pasa el brazo por los hombros—. Yo conduzco.

Se giran. Y Harper me lanza una última mirada de reojo.

Asiento, porque no tengo fuerzas para hacer otra cosa. Camino hasta mi coche con la respiración descontrolada. Cuando cierro la puerta, retumba como un disparo. Me quedo con las manos en el volante, intentando no perder la cabeza.

Pero la pierdo igual.

Golpeo el volante con el puño. Una vez. Dos. Tres.

La rabia, la impotencia, la puta frustración de no poder ni abrazarla me llenan la garganta hasta que creo que voy a vomitar.

—Joder… —susurro—. Joder.

Saco el móvil y le escribo un mensaje:

Os sigo con el coche.

Estoy aquí, ¿vale?

Salgo del parking detrás de ellas. Las sigo despacio, a una distancia prudente, con los dedos tensos sobre el volante. El asfalto mojado brilla bajo las farolas y las luces de freno de Beth se reflejan en mi parabrisas. Cuando aparcan frente a la comisaría, apago las luces y me quedo quieto. No cruzo la calle, aunque todo en mí quiera hacerlo. Veo cómo Beth sale, cómo Harper se deja guiar hasta la puerta de cristal con los hombros hundidos, y siento que me quema el pecho.

Dos horas. Dos jodidas horas sentado en este maldito coche, viendo cómo las luces rojas y verdes de los semáforos parpadean. Dos horas de morderme el labio hasta saborear sangre, de tamborilear el volante con los dedos. Cada vez que la puerta se abre, levanto la cabeza, esperando verla salir, aunque sé que no será ella todavía. Y lo odio. Odio esta espera que parece tragarse el mundo. Odio que ella esté ahí dentro, y que yo esté aquí, atrapado, sin poder hacer nada. Me siento inútil. Peor que inútil: siento que le estoy fallando.

Cuando al fin salen, el aire vuelve a entrar en mis pulmones. Beth la sujeta del brazo mientras bajan los escalones; Harper tiene la cara exhausta, pero hay algo en su expresión que me dice que está un poco más tranquila. Las sigo despacio hasta que el coche aparca delante de la casa de su hermana. Miro desde la distancia cómo la puerta se abre, cómo Harper entra y la puerta se cierra tras ella. Solo entonces me obligo a apartar la vista.

Pasaré la noche con mi hermana.

Estoy bien, vuelve a casa.

Hablamos cuando llegues.

Al leer esa última frase, me doy prisa. Conduzco de vuelta sin pensar, con esa sensación amarga que deja la impotencia pegada a la garganta. Tardo unos treinta minutos en aparcar en el parking de mi edificio. Cierro el coche y busco el móvil para llamarla, pero la pantalla me detiene: está encendida, llena de notificaciones. Decenas. Cientos. Todas explotando a la vez. Y ese nudo en el estómago, el que apenas había aflojado, vuelve a apretarse.

¿Pero qué cojones...?

Abro una al azar. Y cuando veo de qué se trata, casi reviento el móvil contra la pared.

Es un vídeo.

Un puto vídeo grabado desde algún coche aparcado en el Astro Center. Se ve todo: a Jared gritándole. A mí empujándolo. Al final, mi puño impactando en su cara. El audio no es muy claro, pero se escuchan los gritos, mi voz rota diciéndole que si vuelve a acercarse a ella lo reviento. Y, sobre todo, la forma en que la miro cuando él desaparece. La forma en que pongo mi mano en su mejilla.

El silencio del garaje se hace tan denso que me aplasta.

O puede que sea esta sensación ácida que se está abriendo paso entre mis entrañas y que me está atascando el aire en la garganta.

Odio este puto mundo donde todo el mundo tiene una cámara en el bolsillo. Donde a la gente le da igual lo que cueste un minuto de su entretenimiento. Pero, por encima de todo, me odio a mí mismo. Porque la culpa no es del imbécil que grabó. Ni de los gilipollas que comentan y lo comparten como si fuera una broma.

La culpa es mía.

Solo mía.

Llevo demasiado tiempo en este mundo como para no haberlo previsto. Debería haber pensado que estábamos en una zona pública, haber recorrido el puto parking de esquina a esquina, deshacerme de todos los teléfonos a un kilómetro a la redonda si hacía falta.

No.

Debería haberme mantenido lejos de ella desde el principio.

Sabía que iba a arruinarle la vida.
Pero no lo hice. No fui capaz.
Ojalá pudiera retroceder el tiempo para poder cambiarlo.
Pero ya es tarde. Lo he jodido todo.

Los puntos sobre las ies



HARPER

La mesa de reuniones parece enorme. O soy yo, que me siento diminuta aquí sentada, con las manos hundidas en el regazo, intentando que no se note que me tiemblan tanto que podrían sacudir la mesa entera.

El portátil de Terry está abierto, con el vídeo pausado en la escena exacta en que Liam… Prescott… le lanza el puñetazo a Jared. El silencio de la sala es tan denso que me retumba en las sienes. Y aun así, preferiría que siguiera en silencio antes que tener que abrir la boca y responder a sus preguntas.

Molly está sentada a su derecha, con las manos entrelazadas sobre la mesa. Su expresión es tan neutra que no sé si está enfadada, decepcionada o simplemente agotada de tener que lidiar con las mierdas de las animadoras.

Terry, en cambio, no disimula nada. Me está mirando como si fuera un problema que no sabe por dónde empezar a desarmar.

Me cuesta un par de segundos —o quizá son minutos; el tiempo aquí dentro es raro— darme cuenta de que esperan que conteste.

—Ya os lo he dicho. Yo… —Trago saliva. Siento la garganta tan seca que me cuesta formar la frase—. Mi ex… Jared… me estaba esperando junto al coche. Me dijo cosas. Amenazas. Prescott lo vio. E… intervino. Eso es todo.

La palabra «Prescott» se me atraganta. Se me hace tan extraña en la lengua que me sorprende que no suene falsa en cuanto la pronuncio.

—¿Así que… —Terry se aclara la garganta, su voz un poco más áspera que de costumbre— el señor Prescott solo pasaba por allí?

—Así es.

—¿Eso es todo?

—Sí. —Asiento con fuerza, obligándome a mantener la voz firme—. Eso es todo.

Terry suelta un resoplido. Mira a Molly. Ambas intercambian una de esas miradas largas y silenciosas que me provocan un sudor frío en la nuca. Siento que cada segundo que pasa me encojo un poco más en la silla.

Odio ese maldito vídeo. Odio que todos hayan visto algo que ya fue suficientemente horrible. Bastante tuve con aguantar que Jared me llamara zorra mientras me agarraba del brazo como si fuera su propiedad. Bastante tuve con quedarme paralizada como una estúpida, incapaz de decir una palabra, hasta que apareció Liam y todo pasó tan rápido que ni recuerdo cómo conseguí respirar.

Bastante tuve con pasarme dos horas en comisaría explicando una y otra vez lo que había pasado, mientras un policía con cara de sueño me preguntaba si estaba segura, si no sería que había malinterpretado la situación. Como si me lo hubiera inventado. Como si fuera una loca dramática denunciando por despecho.

Y ahora esto.

—¿Estás segura —insiste Terry, su voz más dura ahora— de que no hay nada más que quieras contar? ¿Nada que involucre al equipo? ¿Ninguna… relación que pueda explicar por qué un jugador de la plantilla aparece en el parking a medianoche para defenderte de tu exnovio?

—No. —Sacudo la cabeza, casi en un reflejo. Estoy harta de repetir una y otra vez lo mismo—. No hay nada más.

Lo que más me revienta de todo esto es que es verdad. Que no pasó nada más. Liam… Prescott solo me defendió. ¿Qué querían? ¿Qué se quedara allí parado mientras Jared me gritaba que le había arruinado la vida? ¿Qué le dejara pegarme? ¿Es eso lo que habría sido más profesional? Qué maravilla.

Actúan como si me hubiesen pillado restregándome contra él. Vale, es lo que llevo haciendo estas semanas, pero, joder, el equipo no lo sabe. Solo tienen lo que sale en el vídeo, y eso no es motivo para echarme… ¿no? Todo esto es una exageración innecesaria.

Terry se inclina hacia delante, con un movimiento tan lento que me

da tiempo a anticipar que nada bueno viene después. Apoya los antebrazos en la mesa. La luz blanca del techo le marca unas sombras duras en la cara. Parece mayor. Más cansada. O quizá simplemente más cabreada.

—¿Y qué nos puedes decir… —hace una pausa, como si saboreara cada palabra— del beso que te diste con él hace unos meses?

Mi corazón se detiene. Tardo unos segundos largos en volver a sentirlo golpearme el pecho.

—¿Qué…? ¿Qué beso?

Pero no hace falta que responda. Porque la forma en que Terry me observa, tan directa, tan segura, me lo dice todo. Lo saben.

Y mientras intento asimilarlo, mientras trato de obligar a mi cerebro a encenderse y encontrar, *por Dios*, alguna forma de explicar esto que suene mínimamente creíble, mientras noto que el corazón me late en la garganta y el suelo parece inclinarse bajo mis pies, solo puedo pensar en una cosa:

Estamos jodidos.



El salón de Chloe está casi en penumbra. La única luz encendida es la de la lámpara de pie. Ni siquiera me he quitado la chaqueta. Sigo sentada en el borde del sofá, con las piernas encogidas contra el pecho y los brazos alrededor de las rodillas.

El teléfono vibra en la mesita. Lleva horas sonando sin parar. Llamadas, mensajes, notificaciones de gente que no conozco y que, de pronto, cree tener derecho a opinar sobre mi vida, como si fuera un maldito *reality show*.

No sé cuántas veces he llorado ya. Ni cuántas más me quedan por llorar. Solo sé que tengo la cara tan hinchada que me escuecen los ojos. Y aun así no consigo parar.

—Harper… —Chloe está arrodillada frente a mí, su mano cubriéndome la espinilla—. ¿Por qué no apagas el teléfono?

—No. —Mi voz me sale rota. Trago saliva, pero se me queda atascada en la garganta—. Estoy esperando su mensaje.

Julie y mi hermana intercambian una mirada que me pone nerviosa.

—Cuéntanos qué ha pasado —dice Julie, a mi lado en el sofá. En cuanto se ha enterado de todo, ha venido corriendo—. ¿En qué ha quedado todo al final? ¿Qué te ha dicho la dirección?

Cierro los ojos. No quiero decirlo en voz alta. Porque si lo digo, es real. Porque si lo digo, se convierte en otra cosa que no puedo negar. Pero ellas me miran esperando, y yo ya no tengo fuerzas para fingir que todo está bien.

—Me… me han… —Mi voz se corta. Me llevo una mano a la boca y respiro hondo, intentando no derrumbarme otra vez—. Me han suspendido. Me han dejado fuera. Ni siquiera… ni siquiera me han dado opción de explicar nada. Solo dijeron que esto… que esto es intolerable. Que daña la imagen de la organización.

—¿Todo por ese vídeo? ¡Pero si solo se ve cómo te defiende del cerdo de Jared! —suelta Chloe atropellada—. ¿Quién en su sano juicio te suspendería por eso? ¡No fue tu culpa!

—Pon una denuncia. Reclámalo. Tienes derechos, no pueden echarte por algo así. —Julie empieza a hablar rápido, casi sin respirar—. Deberíamos buscar un abogado. ¿Tu prometido no tiene contactos que puedan ayudarnos, Chloe? Seguro que hay una forma de pararlo. O de sacar un comunicado oficial…

—Claro. Está en Europa de viaje, pero puedo llamarlo. —dice Chloe, sin parar de moverse—. Él tiene un asesor de prensa.

—No sirve de nada —murmuro—. No hay nada que hacer.

—¿Cómo que no hay nada que hacer? ¡No puedes dejarlo así!

—Lo saben. —Me cuesta pronunciarlo. Me rasga la garganta como si fuera vidrio. Mi hermana me mira con los ojos muy abiertos—. Saben… lo de Liam. Que me besé con él en la fiesta de tu compromiso.

—¿Pero cómo lo saben? —inquiere Julie.

—No… no lo sé. —Niego con la cabeza, mientras un temblor me sube por los brazos—. Solo sé que lo saben. Seguro que se filtró alguna foto de la fiesta. Que alguno de los invitados nos vio y…

—¿Y han tardado casi cuatro meses en hacerlo público? —me interrumpe Julie, con un filo en la voz que me hace encogerme.

Su mirada me atraviesa.

—¿Quién más lo sabía? —pregunta después de unos segundos, con

un tono que me asusta—. ¿Quién más sabía lo de ese beso?

—Nadie. —Me froto la cara con la manga de la chaqueta—. Solo vosotras… James y…

Julie asiente despacio, mirándome con esos ojos encendidos de algo que no sé si es ira o certeza.

No. No puede ser. No puede ser una opción.

—Dijiste que fuiste a denunciar a Jared con Beth, ¿no?

No puedo responder.

No me sale ni un sonido.

—Sí —contesta Chloe por mí—. La trajo de noche a casa.

Julie se pasa la lengua por los labios, respirando hondo. Luego suelta una carcajada sin humor.

—Qué casualidad que la única persona, además de nosotras, que sabía lo de Liam… también sea la que estaba en ese parking contigo, ¿no crees?

Y mientras la escucho, mientras mi corazón late tan fuerte que casi me retumba en la cabeza, solo puedo pensar en una cosa:

Dios, por favor. No. No, no, no.

—No. —Niego con la cabeza, una y otra vez, como si así pudiera detener lo que está a punto de derrumbarse—. No… no puede ser.

Julie no aparta la mirada. Sus ojos, oscuros y encendidos, parecen saberlo todo.

—¿Qué no puede ser? —insiste Chloe, mirando de una a otra, cada vez más nerviosa—. ¿Qué pasa? ¿De qué habláis?

—De que la única persona, Chloe, que sabía lo de Liam y Harper, aparte de nosotras… fue Beth. La misma que casualmente estaba con ella en el parking cuando apareció Jared. La misma que, por obra de magia, estaba allí justo cuando grabaron ese vídeo.

—No… —balbuceo—. No digas eso… Julie, por favor…

—¿Beth? —Chloe parpadea, aturdida—. ¿Beth la del equipo?

—No hay otra Beth, Clo —le dice ella.

Es la gota. La maldita gota que colma el vaso.

Siento que algo me revienta en la cabeza. Como si todas las piezas de estas horrible veinticuatro horas se juntaran para aplastarme. La imagen de Jared gritándome. El vídeo viral. Las caras de Terry y Molly. El uniforme que no voy a volver a ponerme. Y ahora… esto.

El corazón me late tan rápido que ni siquiera es un latido: es un puñal. Intento tragar saliva, pero no me entra el aire. La vista se me llena de puntitos negros.

—Harper. —Julie se mueve rápido. Me sujeta por los antebrazos y me obliga a mirarla—. Eh, estás hiperventilando. Inhala más despacio, Harper.

Pero no puedo. No puedo. Me llevo las manos al cuello, buscando oxígeno. Siento un mareo tan brutal que tengo que cerrar los ojos.

—¿Qué le pasa?

—Está teniendo un ataque de pánico —dice Julie—. Harper, cariño, mírame. Tienes que respirar hondo, ¿vale? Hazlo conmigo. Uno… dos… uno… dos… Bien, así. Muy bien.

Aspiro aire a trompicones. Me arde la garganta de tanto llorar. Cada bocanada es un esfuerzo sobrehumano. Pero la voz de Julie es un ancla. Y poco a poco, el mareo empieza a ceder.

Cuando consigo abrir los ojos, me doy cuenta de que estoy en el suelo, en la alfombra carísima de Chloe, y las dos se han arrodillado conmigo. Mi hermana me sostiene una mano. Julie me acaricia la frente con los dedos. Y aunque sigo temblando, al menos ya puedo hablar.

—No… —insisto, negando despacio, mientras siento que las lágrimas vuelven a subir—. No puede… Beth no haría algo así. Es mi amiga. ¿Por qué iba a hacerme esto? ¿Por qué…?

—No lo sé —dice Julie con suavidad, pero sin apartar su mirada seria de mí—. No lo sé.

—Tiene que haber… Tiene que haber una explicación. Un malentendido. No puede… No puede ser que haya sido ella.

—Ya lo averiguaremos —murmura Julie, su voz tensa, con esa calma peligrosa que le sale cuando está tan cabreada que necesita controlarse—. Ahora intenta no pensar más en ello, ¿vale? Son demasiadas emociones para un solo día.

Dejo que me ayuden a tumbarme en el sofá. Ni siquiera me quito los zapatos. Solo me tumbo de lado, con las piernas encogidas y la cabeza apoyada en el cojín.

—Pidamos algo de cenar, *Harpies*. ¿Sushi? Al sitio ese que te encanta. Yo invito. —Asiento despacio—. Genial. Voy a preparar la

habitación de invitados. Y te voy a traer algo para cambiarte. Julie, ¿puedes venir un segundo a ayudarme…?

Oigo a Chloe y a Julie alejarse hacia el pasillo. Intentan hablar bajo, pero ni en un millón de años serían capaces de hacerlo.

—…no puedo creerlo —susurra Chloe, y su voz suena rota, como si estuviera a punto de llorar—. No me entra en la cabeza que Beth… Es su amiga, no puede haberle hecho eso.

—Chloe, baja la voz. No la pongamos peor.

—Pero ¿de verdad crees que ha sido ella?

—Sí. Y te juro que en cuanto la tenga delante, le voy a meter todos sus malditos cristales energéticos por el culo.

Me aprieto más contra el cojín del sofá, y mis dedos se mueven automáticos a su collar. Busco el móvil y abro el chat con Liam. Una lista interminable de mensajes azules sin respuesta. Ni una. Desde esta mañana, no ha vuelto a escribirme. Lo último que me dijo fue que todo estaba bien y que lo solucionaríamos. Un mensaje con un corazón al final. Y después… nada más.

Debe de estar lidiando con todo el caos que ha estallado desde que salió el vídeo. Probablemente siga encerrado en alguna sala de reuniones, intentando salvar su carrera mientras su agente hace malabares para que no lo sancionen. Porque, al menos a mí, solo me han echado, pero a los jugadores les pueden caer penalizaciones millonarias por saltarse el contrato.

Le escribo el que debe de ser el mensaje número quinientos de hoy:

Llámame en cuanto leas esto, por favor.

Creo que Beth ha tenido algo que ver con el vídeo.

Escribirlo suena horrible, pero por más que intento buscarle justificación a lo que ha pasado, una parte de mí —una parte que se va haciendo cada vez más grande— sabe que no hay otra opción. Solo ella sabía lo de Cedar. Solo ella estaba en el aparcamiento anoche. Fuimos las últimas en salir porque estábamos grabando un baile de mierda para TikTok.

La comida llega en algún momento. Cenamos las tres en el sofá. Intento no pensar en que ahora mismo hay paparazzi apostados

frente a mi apartamento, o en que mi padre tuvo que cerrar la oficina porque esta mañana había una maraña de gente con cámaras preguntando a todos sus empleados por mí.

El resto de la noche pasa como en una neblina. Chloe y Julie me convencen de que me duche. De que me ponga un pijama de color rosa. De que me acueste con ella en la habitación principal, así Julie puede dormir en la de invitados.

Chloe se tumba a mi lado, igual que hacíamos cuando éramos pequeñas y creíamos que todos los monstruos desaparecían si dormíamos juntas. Pero yo no puedo dormir.

Saco el móvil de debajo de la almohada y compruebo, por enésima vez, que no tengo ninguna respuesta suya.

—¿James te ha dicho algo de Liam? —le pregunto.

—Harper… —Noto cómo su respiración se vuelve más pesada—. ¿Por qué no duermes un poco? Mañana ya tendrás tiempo de… de todo eso.

—¿Qué pasa, Clo?

—Nada. Que es tarde y mañana madrugamos. Venga, duerme.

Me muevo en la cama para enfrentarla.

—Dímelo de una vez.

Duda unos segundos antes de responderme al fin:

—James lo ha llamado hace un rato. Le ha preguntado por lo que ha pasado. Ha estado reunido todo el día con el equipo. Le han puesto los puntos sobre las ies. Le dejaron bien claro que si quería seguir en el equipo, se deje de juegos y se centrara en su puta carrera.

Por primera vez en horas, consigo que los pulmones se llenen de aire.

Bien. Eso significa que no lo han sancionado. Llevo todo el día pensando en ello, en lo que implicaría para Liam que le aplicaran una penalización por incumplir el contrato. Multas millonarias, su nombre en todos los titulares, su carrera reducida a un escándalo.

—¿Y…?

—Ha preguntado por ti y James le ha contado que estabas conmigo porque tu casa estaba llena de prensa y que papá ha tenido que cerrar la oficina por lo mismo. Le ha dicho que querías que lo

llamarás. Y él solo ha dicho que…

—¿Qué?

—Que lo siente muchísimo y que espera que estés bien.

—¿Y qué más, Chloe? Déjate de misterios.

—No hay nada más.

Frunzo el ceño.

—¿Nada?

Ella niega despacio.

La cara de pena con la que me mira hace que me cueste respirar.

—Harper… lo siento. Lo siento muchísimo.

Me doy la vuelta y miro fijamente la pared, impidiendo que vea cómo dos lagrimones me resbalan por la mejilla.

Mi hermana me da las buenas noches, poniéndome un brazo encima del hombro como apoyo. Me quedo con la vista fija en la penumbra. Siento el corazón tan roto que me cuesta recordar cómo se suponía que latía antes.

Es increíble como un solo día, un puñado de horas, te lo pueda arrebatar todo.

Todo.

Lo peor es que él me lo advirtió. Me dijo que en este mundo no podía confiar en nadie. Y por mi culpa… por mi culpa casi pierde su carrera. El rancho que lleva años intentando mantener a flote. Su futuro soñado en él. Su vida entera.

Supongo que no puedo culparlo por no querer seguir con esto.

Al final, el juego siempre deja de ser divertido cuando empieza a poner en riesgo lo que de verdad importa.

Una carrera. Una vida



LIAM

El estadio está a reventar. Casi ochenta mil personas coreando «cowboys, cowboys» tan alto que no se oye nada más. El marcador final brilla, gigantesco. Treinta y siete a treinta y cuatro. Un pase a la *Super Bowl* que llevábamos desde el noventa y cinco sin oler.

Y ahora, por fin, es nuestro.

La gente salta, se abraza, se agarra las caras como si no se creyeran que este momento es real. Mis compañeros gritan, se dan palmadas fuertes, y alguno se sube a la valla para chocar las manos con los aficionados. Yo camino despacio hacia la banda con el casco colgando de los dedos. Mi respiración sigue acelerada, aunque el partido haya terminado.

Las RCC están celebrándolo junto a la línea, moviendo los pompones al ritmo de la canción que suena en los altavoces.

Y lo único que puedo pensar es que ella… no está aquí.

Hace semanas tuve la reunión más incómoda que recuerdo con los directivos. Ni siquiera todo el año que pasé en rehabilitación me resultó tan humillante. Me sentaron en una mesa larga, como si fuera un crío que acaba de meter la pata en clase, y me soltaron que no querían volver a tener otro «espectáculo» de mi parte.

No les importaba saber qué había pasado. Ni los detalles. Solo querían que, a partir de ahora, me guardara la polla en los pantalones y me centrara en mi puta carrera.

Desde entonces, es lo que me esfuerzo en hacer.

Centrarme en mi puta carrera.

El estadio ruge y me centro en las pancartas del público, tratando de distraerme de ese recuerdo. Muchas llevan mi número pintado del rojo. Pero otras, demasiadas, llevan el nombre de Harper rodeado de corazones y mensajes pidiendo que vuelva.

Me jode que sea ella la que haya cargado con todo. Que la imagen que se está proyectando sea la de una animadora problemática que arruinó su propia carrera mientras yo sigo aquí, celebrando una victoria. Pero no tengo otra opción. Intervenir solo empeoraría las cosas. Y más después de los últimos días.

El equipo pensó que bastaría con echarla de las RCC para que el escándalo se apagara. Lo que no esperaban, ni ellos ni yo, era que las redes se les echaran encima. Llevan desde el partido contra los *Packers* reclamando que la readmitan, diciendo que nadie debería perder su trabajo porque el cabrón de su ex se le echara encima. Incluso han creado un hashtag que se repite en cada publicación.

Están jodidos. La gente solo sabe lo que salió en el vídeo, y el equipo está metido en un marrón monumental porque tampoco puede contar la verdad sin quedar aún peor.

Sonrío. Por primera vez, adoro las redes sociales.

Me muero de ganas por ver cómo el equipo sale de esta.

Pero la sonrisa me dura un suspiro porque veo a la pelirroja.

Sacude los pompones con sus compañeras. Me detengo cerca, y la observo unos segundos, buscando algún gesto que me permita pensar que no es verdad. Que Harper estaba equivocada. Porque si es cierto… Si Harper tenía razón y Beth la traicionó…

La pelirroja no puede ni sostenerme la mirada y es todo lo que necesito.

Menuda hija de puta.

Harper y yo no hemos vuelto a tener contacto.

Le escribí a la mañana siguiente de que todo explotara. Después de pasarme la noche entera intentando calmar el puto dolor de cabeza que me dejó mi padre con sus gritos. Me esperó en casa, como si no hubiera tenido suficiente mierda encima, solo para recordarme todo lo que estaba a punto de perder. Todo lo que todavía podía joder más.

Pensé mucho en qué decirle. Le di vueltas durante horas, alargando el momento porque no quería. Joder, claro que no quería. Porque una parte de mí seguía deseando agarrarme a lo único que me hacía sentir bien en medio de todo este desastre. Pero supongo que siempre supe que esto tenía fecha de caducidad. Que tarde o

temprano íbamos a llegar a este punto.

Cada noche, cuando cierro los ojos, intento acordarme de las razones que me impiden hacer una estupidez. Como plantarme en su puerta y suplicarle que me deje quedarme con ella. Y siempre son las mismas: que llevo toda la vida trabajando para esto; que pasé un año entero rehabilitándome solo para volver a jugar, para ganarme la renovación del contrato; que el rancho y mi abuelo dependen de mí.

Pero luego están las que más me calan. Las que me joden de verdad. No puedo seguir haciéndole esto a Harper. No puedo convertirla en un puto espectáculo, en el entretenimiento favorito de todos esos que no tienen nada mejor que hacer que analizar cada foto suya, cada rumor, cada mierda inventada sobre nosotros.

Ella no merece eso. Nunca lo mereció.

Todos esos motivos fueron los que me llevaron a escribirle ese último mensaje.

Nunca quise que esto te costara tu lugar en el equipo. Si pudiera volver atrás, haría todo de otra manera. Ojalá pudiera.

Ojalá yo no fuera quién soy.

Ojalá.

Lo siento muchísimo, Harper.

TJ me agarra por el cuello y me zarandea, eufórico.

—¡Lo hemos hecho, cabrón! —grita—. ¡Este año es nuestro! ¡Vamos a por esa *Super Bowl*!

Sí. Este podría ser nuestro año.

Ganar una *Super Bowl* me pondría en lo más alto, cerraría todas las bocas, borraría cada duda.

Es la jodida meta que llevo persiguiendo desde que fui capaz de correr con un balón de futbol en las manos y papá me empezó a entrenar.

Toda mi vida.

Por esto.

Y aun así, mientras el vestuario es un caos y mis compañeros gritan y se abrazan, solo puedo pensar en que, si Harper no está para vivirlo conmigo, nada de esto me sabe bien.

La dulce realidad



HARPER

Esta tarde ganamos el partido, un pase directo a la final. Y la RCC que siempre habrá dentro de mí… rompió a llorar.

No he dejado de hacerlo desde entonces.

Estar en mi habitación de infancia se siente raro. Como si de pronto tuviera otra vez quince años, el pelo cortado a capas, un póster de Harry Styles en la pared y el corazón roto por el chico que no me miraba en clase de Historia. Pero no. Ya no soy esa niña. Y los problemas de ahora no se curan con una *playlist* de Taylor Swift y un chocolate caliente.

Los problemas de adultos son infinitamente más demoledores que los problemas de adolescente. Aunque la Harper de entonces no estaría de acuerdo conmigo.

No era mi plan volver a casa de mis padres, pero cuando regresé del super de la esquina de mi apartamento, con la compra en las manos, me encontré con un par de fotógrafos esperándome en la puerta. *Perfect timing*. Ojeras del tamaño de Neptuno, cero maquillaje, ojos hinchados y un moño que gritaba «crisis existencial en curso». Ellos obtuvieron la imagen perfecta para seguir alimentando el cotilleo del momento.

Yo cogí algunas de mis cosas y volví aquí.

—¿Puedo pasar? —pregunta mi madre desde el marco de la puerta.

Es gracioso como sigue tocando antes de entrar. Como si estas paredes siguiesen siendo de mi propiedad, cuando hace más de seis años que me fui. Pero supongo que hay cosas que nos pertenecen de por vida.

Me limpio las lágrimas con el cojín —porque todavía hay una parte de la Harper de quince años que se avergüenza de llorar delante de

su madre— y asiento con un gesto pequeño.

Ella entra y se acerca a mi lado. Me aparta un mechón de la cara. La miro un segundo y las lágrimas vuelen a caer sin piedad —porque todavía queda un aparte de la Harper de ocho años que necesita a su madre—. Ella me abraza con fuerza.

No decimos nada durante unos minutos.

—Come algo —susurra, acariciándome el pelo—. Hoy solo te has alimentado a base de cereales.

—Son mi comida favorita.

Siento una punzada en el pecho al decir esas palabras y recordar a Liam. En nuestra última mañana en su apartamento. En el tazón que compartimos y en cómo me miraba como si fuera mucho más que una chica con un gusto discutible en desayunos. En su «te quiero» mientras ambos nos dejábamos caer al abismo juntos.

En su silencio.

—¿Ah, sí? Y yo que pensaba que eran las tartaletas de beicon con queso. Tendré que llevárselas a tu padre, entonces…

Me doy cuenta de lo que ha traído con ella, el plato repleto de tartaletas que ha dejado a mi lado.

Un nudo se me forma en la garganta. Uno distinto.

—Gracias, mamá.

Cojo una y me la llevo a la boca. Masa crujiente, queso fundido, beicon en su punto. Mi madre se sienta a mi lado, agarra la tartaleta más tostada de todas y le da un bocado.

—Pensaba que no se podía comer en las habitaciones —susurro, con la boca llena.

—Hoy haremos una excepción.

Comemos juntas en silencio, sin prisa.

Sé que no va a presionarme a hablar. Mi madre me conoce mejor que nadie. Sabe que soy escandalosa y ruidosa, pero que cuando algo me rompe de verdad, no hago ni un ruido. No grito. No exploto. Me encierro. Me escondo dentro de mí misma como una tortuga asustada, metiendo la cabeza, las patas y hasta el alma en su caparazón. Hasta que todo pase.

Por eso es ella quien guarda silencio.

Y soy yo la que rompe el aire primero.

—Terry me ha llamado.

Mi madre levanta una ceja, sorprendida.

—¿Tu entrenadora? —Asiento—. ¿Y qué te ha dicho?

—Quiere que vaya el viernes al Astro Center. A hablar.

—¿Crees que va a pedirte que vuelvas? ¿Por todo el apoyo que estás recibiendo en redes?

—Puede.

Frunce el ceño.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú?

Esa pregunta me descoloca. Mi madre no es de preguntar, es de ordenar. De dictar sentencia. De darte una lista enumerada con lo que tienes que hacer, decir y hasta pensar. Siempre ha sido así. Todas y cada una de las veces anteriores que probaba un camino y acababa saliéndome mal, ella aparecía con un manual de instrucciones bajo el brazo. Y eso siempre acarreaba una discusión, una distancia y un escozor que tardaba semanas en desaparecer del todo.

Es curioso que justo hoy —la única vez que realmente esperaba que me dijera qué demonios hacer con mi vida— decide callarse.

¿Ironías del destino o su manera de intentar hacer bien las cosas? Ni idea.

Me encojo de hombros.

—No lo sé.

—¿Quieres seguir en el equipo? ¿Eso es lo que te hace feliz?

Siento la garganta seca, como si las palabras quisieran salir, pero se hubieran enredado entre pensamientos que no paran de dar vueltas desde hace días.

Pienso en los días buenos, cuando salía del ensayo sudando, pero sonriendo, cuando Beth me leía el horóscopo y ambas sacábamos teorías divertidas; cuando todas cantábamos en el autobús rumbo a algún evento y yo pensaba *esto sí*. Cuando sentía que por fin había encontrado un sitio en el que encajaba.

Pero ahora… Después de todo lo que ha pasado, de lo rápido que han sido capaces de borrarme… Ya no estoy tan segura.

No hubo mensajes ni llamadas. Solo una exclusión inmediata del grupo, de los chats, de los turnos. Como si nunca hubiera estado

ahí. Basura que se saca por la puerta de atrás. Prescindible. Reemplazable.

Supongo que en la NFL funciona así. No te abrazan cuando te caes. Te cambian. Te tapan. Te olvidan.

¿Cómo volver a un sitio que ahora me parece de mentira?

¿A una familia impostada que no dudó en darme la espalda?

—Lo hacía, pero…

—Pero ya no.

No soy capaz de mirarla a los ojos.

Sé lo que debe de pensar. Otra vez su hija ha vuelto a decepcionarla. A dejar algo a medias, para variar. Seguro que en su cabeza ya ha empezado a hacer el recuento. Todas y cada una de las veces que discutimos. Cada vez que ella me suplicaba en gritos que terminase la carrera, que madurase de una vez, que dejase de jugar a las *Barbies* en la vida real.

Debería estar acostumbrada a esta sensación de fracaso. Pero no. Sigue doliendo como la primera vez que me apunté a clases de canto. Cuando recité de memoria todos los beneficios del método vocal que había leído en Google solo para convencerla de que me inscribiera. «Esta vez sí, mamá. Te lo juro».

Duré cinco meses.

Cinco.

Justo hasta que dejó de hacerme feliz. Hasta que la chispa se apagó y yo, como siempre, salí por la puerta sin mirar atrás, arrastrando otra decepción más en mi historial.

Y aquí estoy, otra vez, en la casilla de salida.

—Cuando eras pequeña me sacabas de quicio todo el tiempo. —Me encojo un poco, sabiendo lo que está por llegar. Casi podría recitar sus próximas palabras de memoria—. Nada era sencillo contigo. Eras tan inquieta, revoltosa e indecisa. Dios, hasta para pedir una pizza a domicilio nos volvías locos. ¿Te acuerdas? Nunca podías decidirte por cuál elegir. Extendías el folleto frente a ti en la mesa del comedor y te quedabas así, minutos, saltando de una opción a otra tan rápido que era imposible seguirte el ritmo. Todas tenían algo que te llamaba la atención, algo que querías probar. No te bastaba con una, querías…

—Probarlas todas —concluyo por ella, al acordarme perfectamente de ese recuerdo.

—¡Exacto! Era de lo más… frustrante. Yo siempre esperé que con la edad dejaras de ser tan intensa, tan insaciablemente curiosa. Porque tenía miedo, Harper. Miedo de que nunca encontrarás algo que te anclara. Miedo de lo que el mundo podía hacerte si vivías todo con esas ganas. Del daño que podía provocarte la vida al no cumplir con tus expectativas. Pero, aunque me ha costado, he comprendido que…

Hace una pausa. Y yo lleno el hueco con lo de siempre.

—Lo sé, mamá. Sé que soy una fracasada.

Ella suelta una risa suave. Sincera.

—No. No lo eres. Ni de lejos. Eres valiente. Y exigente. Contigo misma, sobre todo. Siempre has tenido que probarlo todo porque no te conformas con lo fácil. Si algo no te llenaba, lo dejabas ir. Y eso… eso es más valiente que seguir en algo que no es para ti solo por cumplir. —Me acaricia la cara, despacio. Sus ojos están húmedos. Los míos, hechos un charco—. No vayas a cambiar eso ahora, ¿quieres? Sé fiel a ti misma por encima de todo lo demás.

—Pero… ¿y si nunca encuentro lo que sí es para mí?

Ella sonríe, una sonrisa de esas que ocultan un chiste privado que nadie más alcanza a comprender.

—La pizza de tres quesos con salchichas y esa salsa dulce con…

—Cebolla caramelizada.

—Esa. Probaste todas las del menú, todas. Y cuando encontraste la tuya, lo supiste. Después de ese día, siempre pedías la misma. Nunca te hartaste de ella, cielo.

Cierro los ojos un segundo y casi puedo saborearla. Esa mezcla de salado, dulce, y distinta a las demás. Perfecta.

—Algún día encontrarás tu pizza. Y cuando lo hagas, solo espero que esté a tu altura.

Me lanzo a sus brazos sin pensarlo. La abrazo con tanta fuerza que siento cómo, por fin, me quito el peso de semanas enteras de encima.

—¿Podemos pedirla para cenar? Me ha entrado hambre.

—¡Me he pasado una hora haciéndote las tartaletas!

Las dos estallamos en una risa tonta, esa que suena a casa.

Dejo que me arrastre hacia el salón, donde mi padre finge que lleva toda la tarde viendo la tele, aunque ni siquiera sabe en qué canal está. Disimula fatal. La forma en que se recoloca en el sofá, el leve carraspeo, el mando sostenido al revés… todo grita *he estado espiando desde el pasillo de arriba con la oreja pegada a la puerta.*

Nos sentamos juntos a ver una peli de acción cualquiera, una de esas que hemos visto mil veces porque a él le encantan. Y mientras muerdo mi porción de pizza recién pedida, solo puedo pensar en una cosa:

La primera vez que probé esta combinación de sabores, lo supe.

Y cuando besé a Liam… fue exactamente igual.

Ser fiel a uno mismo



HARPER

Pensé que nunca volvería a entrar aquí.

Camino despacio hacia delante, con el corazón latiéndome en la garganta. Ahí está mi foto, coronando mi rincón. La misma foto en la que aparezco con el uniforme perfecto, una mano apoyada en la cadera, la otra alzada por encima de la cabeza, sujetando el pompón en alto. Y una sonrisa tan radiante en mi rostro que parece que de verdad me creía que ser una RCC iba a ser sencillo.

Todo parece igual, pero, al mismo tiempo, nada lo es. Como si hubiesen cambiado la intensidad de las bombillas, el olor de los ambientadores… Ya no parece tan deslumbrante e inalcanzable. Ya no parece un templo sangrado. Aunque quizás todo siga exactamente igual y sea yo la que he cambiado del todo.

Me apoyo un segundo en el banco. Aquí me he preparado miles de veces. Aquí me he maquillado con prisas y practicado coreografías hasta que las piernas me dolían tanto que apenas podía mantenerme en pie. Aquí me he hecho cientos de fotos con… Ni siquiera soy capaz de pensar en ella.

Cierro los ojos. El último recuerdo es un puñetazo en el estómago: nosotras dos bailando el último *trend* de TikTok. El vídeo que sigue guardado en mis borradores.

Oigo un murmullo en el pasillo. Un segundo después, entra un grupo de chicas: cinco, seis compañeras que conozco de sobra. Callie, Vanessa, Brooke, Serena, Jessica y Lauren. Todas se quedan quietas en el umbral, como si no supieran si saludar o fingir que no existo.

Una de ellas, Callie, me sostiene la mirada un par de segundos y asiente con la barbilla en un gesto incómodo, casi con lástima.

Brooke se gira enseguida hacia su rincón, fingiendo que rebusca algo. Jessica se muerde el labio y baja los ojos, mientras Lauren y Serena cruzan una mirada rápida antes de marcharse a sus sitios.

Increíble. Hace semanas consideraba a estas mujeres mis hermanas. Y ahora ni siquiera son capaces de dirigirme la palabra.

Pero, claro, me olvidaba de que ahora soy la apestada. La mancha que nadie quiere cerca. Acercarse a mí es peligroso. Puedo contagiarles un poco de mi mala reputación y sus puestos podrían peligrar también.

Ninguna de ellas me llamó para saber cómo estaba. Ni siquiera Jessica, a la que apoyé un montón cuando a ella le pasó algo similar hace meses. Lo único que recibí fue una notificación escueta en el móvil: «Has sido expulsada del grupo». Y punto. Fin de la historia.

Qué les den por culo.

Si supieran lo que acaba de suplicarme Terry…

En fin, da igual. Ya no tengo ningún interés en seguir aquí.

Me levanto despacio, sintiendo sus miradas taladrarme la nuca. Me hago una coleta alta con toda la calma del mundo, notando cómo algunas fruncen el ceño. Disfruto de cada maldito segundo. Aquí, llevar el pelo recogido es casi un sacrilegio. En serio, es una de las cláusulas de su maldito contrato.

Cuando termino, me giro hacia ellas. Les sostengo la mirada una a una y les dedico mi mejor sonrisa, antes de dar media vuelta y salir por la puerta.

Todavía estoy sonriendo de par en par cuando…

—¿Qué haces aquí?

Esa voz me congela en el sitio.

Beth está en medio del pasillo, mirándome con esos ojos grandes que siempre parecían tan inocentes. Es curioso lo bien que finge.

—¿Qué? ¿Te sorprende que todavía me dejen entrar?

—Yo… No —balbucea—. Solo… no sabía que ibas a volver.

Le suelto la pregunta que me he hecho cada noche, la que me taladraba mientras repasaba una y otra vez ese maldito vídeo.

—¿Cómo pudiste hacerlo?

Beth traga saliva. Sus manos juguetean con sus mechones sueltos. La conozco lo bastante para saber que está buscando una excusa.

Una forma de justificarse.

—Harper… Yo… Lo hice por el bien del equipo. —La voz se le quiebra, pero me niego a compadecerla—. Estabas poniendo en riesgo todo lo que hemos trabajado. La imagen del club, nuestra reputación… Mi madre… —Su voz se apaga un poco.

—¿Nuestra reputación? —repito, sintiendo la rabia subir, caliente, hasta la garganta—. ¿Eso pensabas mientras me veías llorar en comisaría, contando entre sollozos que mi ex casi me rompe el brazo? ¿Mientras mi hermana me limpiaba la cara porque no podía ni sostener un puto clínex? ¡¿Cómo pudiste traicionarme así?! ¡¡Eras todo para mí aquí!!

Beth alza la vista, los ojos vidriosos, pero ni eso me hace dudar.

—No quería hacerte daño…

—¿Entonces qué querías, Beth? ¿Qué pretendías grabando ese vídeo y corriendo a enseñárselo a todo el puto mundo? ¿Qué querías al contarles a Terry y a Molly lo de Cedar? ¿Sabes qué? —Sacudo la cabeza, con un nudo en la garganta—. Déjalo. No me interesa saberlo.

Me coloco bien el bolso sobre el hombro. No puedo mirarla más. Porque si lo hago, si le permito seguir hablando, sé que acabaré llorando otra vez. Y ya me he hartado de llorar por gente que no me quiere.

—Harper… —susurra—. Yo… Siento que pienses que te traicioné.

—No lo pienso, Beth. Lo sé.

Camino hacia la puerta, intentando que no se note que me tiemblan las piernas. Antes de salir, me giro un segundo. La miro a los ojos.

—Suerte con tu karma, bruja.

Cierro la puerta detrás de mí.

Busco las llaves del coche en el bolso, avanzando por el pasillo largo que conecta con la salida principal. A mi alrededor, noto cómo las miradas se clavan en mí. Entrenadores, fisios, médicos, el equipo de servicio, hasta el conserje de la puerta. Ni se molestan en disimular que me observan con ese brillo de curiosidad morbosa en los ojos. No me sorprende. Llevo siendo la comidilla del equipo desde hace semanas.

Los rumores que han ido circulando a raíz de ese puto vídeo son de lo más creativos. Que si yo estaba detrás de todo lo de Jared, que si quería chantajear a Liam, que si buscaba aprovecharme para ser famosa… Podría hacer una lista entera.

Pero me da igual. Porque por cada persona que cree esas estupideces, hay otras cien que me han apoyado. Que me han escrito, que me han parado en la calle, que me han dicho que es horrible lo que me ha pasado con Jared. Y son esas personas las que hoy me han traído de vuelta aquí con la frente en alto.

Y entonces, claro, tropiezo con los malditos tacones.

Es solo un segundo. Un medio paso en falso que me hace perder el equilibrio y soltar un pequeño «mierda» entre dientes.

Me enderezo enseguida. Escucho unas risitas detrás de mí. Me giro despacio, con la mandíbula tan tensa que me duele, dispuesta a fulminar con la mirada al gracioso de turno. No encuentro al culpable, pero sí me encuentro de lleno con unos ojos grises que me están mirando.

Verlo me destroza. Me quita el aire.

No. No. *No*.

Con esto sí que no puedo.

Acelero el paso hacia el parking. Ni me planteo pararme. Ni de coña pienso darles el espectáculo de verme llorar. Ni de coña pienso preguntarle por qué. Por qué no me ha llamado, por qué no ha intentado arreglar nada, por qué todo lo que fuimos se quedó reducido a un mensaje cobarde en mi móvil.

Durante las dos primeras semanas que no hablamos, me pasé las noches llorando. Pero ahora… ahora me he cansado.

El ruido de mis tacones contra el asfalto resuena. Estoy a punto de abrir mi coche cuando escucho sus pisadas detrás de mí.

—Harper. ¡Espera!

Me giro. Liam se queda quieto a un par de pasos. Sostiene su bolsa de deporte en su hombros. Lleva puesta la sudadera roja con el logo del equipo, el pelo más largo, algo revuelto, y la barba sin afeitar. Me sorprende que haya salido detrás de mí.

—¿Qué haces aquí? —pregunta.

—El equipo me ha llamado esta mañana. —Respiro hondo—.

Quieren que vuelva. Que esté en la *Super Bowl*.

Veo cómo sus hombros se relajan, cómo los ojos le brillan. Una sonrisa lenta, genuina, se le dibuja en la cara.

—Eso es… joder, Harper, eso es genial. Tenía la corazonada de que te llamarían. Si todo se calmaba, si yo me alejaba de ti, si me mantenía al margen, si todo volvía a la calma, ellos te pedirían que vuelvas y...

—Les he dicho que no.

La sonrisa se congela. Su ceja se arquea, confundido.

Da un paso hacia mí.

—¿Por qué?

—Ya no me interesa formar parte del equipo.

Él frunce el ceño, y da otro paso.

Me pone la mano en el brazo y la electricidad de siempre nos sacude a ambos.

Estoy segura de que va a inclinarse y besarme. Dios, llevo semanas echándolo de menos. Sus besos. Su risa, la que solo le sale cuando está conmigo o con su abuelo. Sus caricias. La forma en la que siempre me hace sentir en casa.

Pero entonces mira a su alrededor. Y yo hago lo mismo, sigo la dirección de sus ojos. El asfalto brillante bajo el sol de Dallas, la hilera de farolas, la pared de cristal con los ojos curiosos que se clavan en nosotros. Los móviles que apenas disimulan mientras graban, ansiosos por tener algo nuevo por hacerse viral.

Las palabras que Terry me ha dicho hace unos minutos vuelven a mí: «somos una familia. Cuidamos los unos de los otros».

Ya, seguro que sí. Ninguno de esos va a dudar en subir otro vídeo.

Liam aparta la mano, un movimiento suave que me resulta más insoportable y doloroso que un puñetazo en la boca del estómago.

Niego con la cabeza. Y recuerdo mi conversación con mi madre de hace unos días.

—¿Sabes? Siempre me he sentido un poco… fuera de lugar. Como si todo el mundo tuviera claro a dónde iba, y yo solo estuviera dando vueltas en círculos. Nunca encajé en ese molde, ya sabes: estudia una carrera, elige un camino y quédate ahí para siempre. —Suelto una risa baja—. ¿Cómo se supone que debía elegir un solo camino si

nunca me dejaron probar los demás? Tal vez por eso he ido de un lado a otro. Saltando, explorando, equivocándome. Porque yo… necesito estar segura. Necesito sentir que estoy donde quiero, no donde me dijeron que debía estar. Donde me siento feliz y valorada.

Él me mira, me mira y *me mira*… Igual que hizo aquella primera vez en Cedar, como si quisiera descubrir cada pieza de mi puzle.

—Nunca me he conformado con menos. Y esta no va a ser la primera vez que lo haga, Liam. Voy a seguir siendo fiel a mí misma.

Abro la puerta del coche y antes de subirme, le suelto:

—Te recomiendo que lo pruebes algún día.

Enciendo el motor y me alejo sin esperar respuesta.

Todos tenemos sueños, ¿no?



LIAM

Llevo un rato recogiendo platos y vasos mientras TJ enjuaga los cubiertos en el fregadero. Katie acaba de irse, arrastrando los pies hacia el baño, como si su padre le hubiese pedido que recogiera su habitación en vez de que se lavara los dientes.

—Tío —murmura él, asegurándose de que la pequeña no lo escucha—: Destiny me ha escrito. Dice que quiere que le de otra oportunidad. Que… que ha cambiado, que quiere estar presente para ella.

No me contengo. Pongo los ojos en blanco y me apoyo en la encimera.

—¿Ahora? ¿Después de meses sin nada? Llegamos a la final y de repente se acuerda de que tiene una hija. Vaya, qué casualidad.

—Ya. —Se frota la nuca con la mano—. No sé qué coño hacer. Nos dejó sin importarle una mierda lo que pasaba con Katie. Pero… es su madre. Y crecer sin una madre es una mierda. Tú y yo lo sabemos mejor que nadie.

Miro sus hombros caídos y su ceño fruncido. Y por un segundo, me acuerdo de todas las veces que deseé que mi madre volviese a por mí para llevarme con ella. Pero luego pienso en mis abuelos. En todo lo que hicieron por mí. En cómo se inventaron la historia de que mamá tenía que marcharse por trabajo, porque querían ahorrarme un dolor que igual me alcanzó de todas formas.

Cuando eres crío, crees que tener un padre o una madre es algo que solo depende de la sangre. Que significan algo inquebrantable. Pero luego creces, te caes, te levantas… y aprendes que no tiene nada que ver con eso. Que un padre y una madre no son quienes te hicieron. Son quienes se quedan. Quienes te enseñan a montar en bici, a no tener miedo, a hacerte responsable de tus errores.

Quienes te recogen cuando te caes.

TJ nunca tuvo esa red. Lo suyo fueron casas de acogida, puertas que se cerraban y mudanzas constantes. Y aun así, aquí está: con una hija que lo adora, dándole justo lo que a él le faltó. Y lo ha hecho genial.

—No está creciendo sin una madre. Tiene a la mejor del mundo. Te tiene a ti.

TJ parpadea, con los ojos un poco más brillantes de lo normal.

—Joder, tío, no me digas esas cosas que lloro.

Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—Lo digo en serio, joder. Eres un padrazo.

Me empuja con el codo y sonríe.

—Gracias.

Terminamos de recoger en silencio hasta que, de pronto, me suelta:

—Sé que tenemos prohibido hablar del curro, pero… ¿cómo ha ido la reunión?

—Van a renovarme. —Me escucho decirlo como si hablara de otro —. Cuatro años de contrato. Pero con salida fácil para el equipo después del segundo.

—Joder. Eso es bueno, ¿no?

—Sí —respondo, mientras añade un par de vasos al lavavajillas—. Supongo.

—Tío, parece que vayas a firmar una sentencia de muerte en vez de un contrato millonario. —Me observa, ladeando un poco la cabeza —. Es por lo que llevas todo el puto año partiéndote la rodilla.

Abro la nevera y guardo el resto de salsas que hemos usado para las hamburguesas.

—¿Tiene algo que ver con la animadora?

Alzo la mirada en su dirección.

—Vamos, tío, que nos conocemos desde hace más de cinco años. Somos hermanos de equipo. Hemos sangrado juntos, nos hemos partido la cara por el otro. Joder, te he visto enrollarte con unas cuantas delante de mí, y nunca te he visto mirar a una mujer como la miras a ella en ese vídeo. Ni siquiera a Blair.

Aprieto la mandíbula.

—¿Has visto el vídeo?

—Pues claro. Si lleváis semanas por todas partes. Todo el mundo os *shippea* a muerte con ese rollo de amor prohibido. No paran de salirme *edits* con cancioncitas moñas en TikTok. Y lo de hoy… —Alza las ceja varias veces—. Ha echado más leña al fuego. Vaya manera de comértela con los ojos.

No he visto el vídeo que nos grabaron también esta mañana, pero me llegaron las notificaciones de las menciones. Aunque no hace falta verlo para saber que debo de tener una cara de enamorado idiota de manual.

Me hago una idea de lo que saldrá a raíz de nuestro encuentro de apenas dos minutos. Pero bueno, teniendo en cuenta que hasta ahora han montado los vídeos con trozos de partidos o de los eventos, donde apenas nos miramos, esto es contenido de calidad.

Me encantaría poder gritarles que se vayan a la mierda. Que no tienen ni puta idea de quiénes somos en realidad. Ni de lo que ha pasado entre nosotros.

Joder, si pudiera… Si pudiera contarles que cualquier historia de amor que se inventen a partir de ese vídeo no le llega ni a la suela de los zapatos a lo que hemos vivido. A nuestra historia de verdad.

Me revuelvo el pelo, inquieto.

Y empiezo a contarle todo. Todo. Las palabras me salen apresuradas, las frases se amontan unas con otras. Es complicado resumir todo lo que ha pasado en un par de minutos. Él me mira atento. Nunca lo he visto tan concentrado. Ni tan descolocado. Y hay algo más ahí… algo que me recuerda a esos limones amargos que te dejan un sabor de boca asqueroso.

—¿Por qué no me lo contaste?

Me encojo un poco por la rudeza de sus palabras. De su mirada.

De la verdad que me aprieta el pecho —No…

—¿No confiabas en mí? Joder, macho, que eres el puto padrino de mi hija.

—Taylor, yo…. lo siento. Tienes razón. Supongo que no quería meterte en problemas. Ni que te vieras obligado a guardarme el secreto. El equipo lo es todo para ti.

—¿Todo? Todo es esa niña que ¡no se está lavando los dientes

como le dije porque es una cotilla! ¡Venga, Katie! —Lanza una mirada al pasillo, donde Katie sale corriendo por patas. Me echo a reír. Él no se ríe, solo me mira fijamente—. Tienes razón, adoro mi trabajo. Todavía no me creo la suerte que tengo de poder vivir de mi sueño de niño. Pero es solo eso, mi trabajo. Tú… Joder, Liam, tú eres mi familia. Mi hermano.

La emoción nos sacude a los dos. *Liam*… no me llama así casi nunca. Porque sabe que me saca de quicio que me llamen por mi apellido y a él le encanta hacerme rabiar. Este hombre de cien kilos de músculo, enorme, pero no tan enorme como el puto corazón que tiene, me acaba de dejar sin palabras.

Me acerco a él y lo abrazo. Se sorprende un segundo, al siguiente suelta una risotada alta y me aprieta más a él.

—Te quiero, Taylor Jackson.

Su risa se vuelve más ruidosa.

—Yo también te quiero, imbécil.

Se separa de mí y ambos volvemos a reírnos. Una tercera risita se une a nosotros y TJ manda a su hija por décima vez a lavarse los dientes. Después, centra su atención en mí.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no sales con ella? No está en el equipo. No quiere seguir. Ya no tienes un contrato de por medio. ¿A qué esperas?

—Es… complicado. Con todo eso del vídeo, de internet. Si nos llegan a ver juntos ahora…. —Resoplo, echando fuera todo el aire que puedo—. No quiero… no quiero que por mi culpa su vida se resuma a ser la chica que echaron de las RCC porque se enrolló con un futbolista. Joder, hasta ahora solo tienen especulaciones, pero si nosotros… No la dejarían en paz. No puedo hacerle eso.

Él no pestañea durante unos largos segundos.

—Hostia, vas en serio. Te has enamorado de ella.

—¿¡Enamorado de quién!? —interrumpe una vocecita aguda detrás de nosotros.

—De nadie, princesa —responde TJ, dándole una palmadita en el hombro—. Venga, a la cama. Hora de dormir.

—¡No! Quiero que me acueste el tío Liam —proclama, cruzando los brazos con toda la dignidad de sus seis años.

TJ suspira, y me ruega con la mirada.

—Mientras me llames tío Liam, puedes pedirme lo que quieras, pequeña. —Le tiendo la mano y ella se agarra sin dudarlo.

La acompaño hasta su habitación. Tiene las paredes pintadas de azul suave y un vinilo de estrellas que brilla en la oscuridad. La cama es de esas que van pegadas al suelo, estilo Montessori —o como coño se llame—, pensadas para que los críos entren y salgan solos. Una trampa mortal para cualquier espalda adulta.

Me agacho y la ayudo a meterse dentro. La arropo hasta el cuello mientras ella abraza su unicornio rosa.

—Tío Liam… —susurra, con ese tonito conspirador que ya me conozco—. ¿Te puedo contar un secreto?

—Ya hemos hablado de eso, pequeña —le digo de inmediato, recordando la charla que me dio su padre sobre el peligro de que los niños aprendan a guardar secretos y las pesadillas que me provocó descubrir la maldad del mundo—. Nada de secretos.

—Pero este no es de los malos.

—Todos los secretos son malos.

—*Valeeeeeeee*. Te lo diré igual.

—¿Qué tienes que contarme, pequeño monstruito?

—Cuando sea mayor… —Su voz baja todavía más, como si hubiera periodistas en la ventana—. Voy a ser jugadora de fútbol.

Me echo a reír.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Porque así puedo estar siempre con vosotros.

—¿Echas de menos a tu padre, verdad?

—Sí. —Asiente con un gesto tímido—. Cuando hay partidos lo veo menos.

—¿Sabes que me dijo que siempre piensa en ti antes de salir al campo? Todas las veces.

—¡Lo sé! Dice que soy su amuleto de la suerte. ¿Tú sabes que lleva mi nombre tatuado en el brazo?

—Sí, vi cómo se lo hicieron en directo.

—Así todas las mujeres que lo conozcan sabrán a que… *a… ta… tanerse.*

—Atenerse, peque. Así se dice.

—Lo he dicho igual.

Adoro a esta niña.

—Entonces, ¿solo quieres ser jugadora de fútbol para estar con nosotros?

Asiente con toda la convicción del mundo.

—Sí.

—Pero ese no es un motivo de peso para soñar algo, Katie. —Le aparto un mechón y le rozo la punta de la nariz—. Tienes que quererlo tú.

—Pero papá también lo es.

—¿Y qué? A tu padre le gusta la cebolla y tú la odias.

Pone una mueca de asco que me hace reír.

—Es asquerosa.

—¿Lo ves? No tiene por qué gustarte lo mismo.

Se queda callada un segundo, mirándome muy seria.

—¿Y tú cómo supiste que tu sueño era ser jugador de fútbol?

Su pregunta me deja un silencio en la cabeza que no esperaba.

Sueños.

No recuerdo haber soñado con *qué* quería ser. Nunca.

Tengo pocos recuerdos de cuando el fútbol no era el centro de todo. De antes de que se convirtiera en mi plan, en mi identidad, en la única forma que conocía de existir. Mi padre siempre hablaba de los partidos, de su época de oro, de lo que *podría haber sido*. Y yo lo escuchaba con atención. Porque esos ratos —cuando se encendía hablando de *touchdowns* y de victorias que solo existían en su cabeza— eran los únicos donde me miraba de verdad.

Y cuando empecé a jugar… Cuando salía de un partido cubierto de barro y sudor, y él me esperaba en la puerta con esa sonrisa orgullosa… Joder. Eso era todo para ti. Me compraba un batido, o una camiseta nueva. Me decía lo orgulloso que estaba de mí. Y yo me aferraba a esa sensación como un perro hambriento a su único pedazo de carne. Adicto a esa satisfacción. A sentir que, por un segundo, hacía algo bien.

Me pasé tantos años buscando esa dosis que, supongo, un día dejó de surtir efecto.

Para cuando entré en la universidad, ya ni me planteaba por qué

seguía haciéndolo. Ni por qué el premio había perdido la capacidad de llenarme como cuando era crío. Solo seguía. Porque no sabía qué otra cosa era. Y deje que mi vida siguiese girando en torno al fútbol, mis días, mis meses. Todo se medía en temporadas. En victorias. En yardas recorridas con el balón en el brazo.

Cierro un segundo los ojos y me viene a la cabeza su voz.

Me dijo que probase a ser fiel a mí mismo.

Pero si te pasas la vida entera siendo lo que otros esperan de ti, sin pararte un maldito segundo a preguntarte qué quieres de verdad… ¿cómo coño se empieza? ¿Cómo se puede ser fiel a alguien que nunca te has molestado en conocer?

Katie me mira con sus ojos oscuros muy abiertos, esperando que le dé una respuesta que no tengo.

Me inclino y le acomodo un mechón detrás de la oreja antes de besarle la frente.

—No me acuerdo, enana. Pero te prometo que si un día lo descubro… te lo contaré. Buenas noches.

—Buenas noches, tío Liam.

Ella asiente, conforme, y se acurruca en su manta con su peluche apretado contra el pecho.

Apago la luz y cierro la puerta despacio. Y en cuanto me quedo solo en el pasillo, el nudo en la garganta se deshace. Un par de lágrimas calientes me escuecen en la piel.

Descubrir a los veintiocho años que no tienes ni puta idea de quién eres… no es una sensación agradable.

Te deja hueco.

Trato de recordar, de acumular todas las cosas que sé de mí.

Me gusta el café fuerte.

Los thrillers que te dejan confuso.

Las noches de verano.

La mermelada de fresa.

Mi habitación en Cedar, con las ventanas abiertas y el colchón que cruje.

Las primeras horas del día allí, cuando el mundo aún no ha arrancado.

Las ferias de otoño del pueblo, con sus luces, su olor a algodón de

azúcar y sus tradiciones inamovibles.

El caramelo salado que se queda pegado a los dientes.

Las costillas de Maggie, con las manos llenas de salsa.

Los chistes malos de T.J, que no tienen gracia pero me hacen reír igual.

Los abrazos pegajosos de Katie después de un chocolate caliente con demasiada azúcar.

Los piques infantiles con James, que aún me hacen sentir como un niño.

La risa del abuelo cuando ve el rodeo por la tele y grita insultos al aire.

Los labios de Harper.

Su sonrisa.

Su voz cargada de vida.

El sonidillo agudo que le sale cuando no puede parar de reír.

Ese gemido entrecortado cuando se corre.

Lo que me hace sentir cuando estoy con ella.

Y en medio de este enjambre de pensamientos que zumban sin descanso, hay uno al que me aferro con más fuerza que al resto.

Si algo sé de mí mismo —de verdad, sin dudarlo— es esto: nunca rompo las promesas que hago.

Y me prometí no volver a vivir a medias.



LA VIDA REAL

Crecer y madurar no siempre van de la mano



LIAM

El apartamento está en silencio cuando entro. Me quito las llaves del bolsillo y las dejo caer en la encimera. Ni siquiera pienso en el partido. Ni en el puto trofeo que hemos dejado escapar.

Por primera vez en mi vida, dejo de fingir que me importa.

Por primera vez, no tengo ninguna intención de darle más espacio en mi cabeza al fútbol.

Pero parece que el destino tiene otros planes.

—Dime que es mentira.

Me giro despacio. Está sentado en el sofá, con los codos apoyados en las rodillas y la mirada encendida de rabia.

—Dime que no has hecho esa estupidez, Liam.

Suelto un suspiro largo, cansado.

¿En qué momento me pareció buena idea darle las llaves?

—No pienso justificarme contigo.

—¿¡¡Qué no piensas justificarte!!? —Se pone de pie de un salto—. ¿¡¡Te has parado a pensar en lo que has hecho?!! ¡¿Qué cojones piensas hacer sin el equipo?!

Sus gritos rebotan en las paredes del salón.

—Lo he pensado perfectamente.

—¡¿Cómo has podido retirarte?! ¡¡Solo tienes veintiocho años!! ¡Te queda una carrera entera por delante!

—Una carrera que ya no me interesa.

Chasquea la lengua.

—Tienes que estar de puta broma.

—¿Querías algo más? Además de venir a gritarme a mi puta casa por una decisión que no te incumbe, digo.

Suelta aire por la boca, dando vueltas de un lado para otro.

—Todavía estás a tiempo de cambiar tu declaración. Puedes decirle al equipo que fue un calentón por perder la *Super Bowl*, que no estabas en tus cabales.

—Ya le dejé claras mis intenciones al equipo la semana pasada.

—¿Cómo? ¿La semana… pasada?

No me molesto en repetirlo. Me limito a sostenerle la mirada.

La entrevista que me hicieron al final del partido solo sirvió para hacer público lo que el equipo ya sabía: ni con los Redstone ni con ningún otro puto equipo de la NFL. Se acabó.

Mi padre siempre ha sabido qué botones pulsar para hacerme ceder. Para que acabe pensando que su razón era la única que importaba. Y eso es justo lo que hace:

—¿Y el rancho, hijo? —suelta, midiendo cada palabra—. ¿Piensas dejar que se hunda? ¿Vas a permitir que tu abuelo pierda la única cosa que le queda por tu culpa? ¿Qué diría tu abuela si…?

—Cierra la puta boca —escupo, avanzando hasta quedar a un metro de él.

—No me hables así. Soy tu padre.

—Y yo soy un adulto que está harto de escuchar tus mierdas.

—¿¡Mierdas!? ¡Te he dado todo! ¡Ese contrato, esta vida, esta casa…! ¡Te he preparado para esto desde que eras un niño!

Lo observo con atención. El temblor de su mano cuando la baja. El color rojo subiéndole por el cuello. El brillo de rabia en su mirada. Y de repente, solo veo a un niño atrapado en un cuerpo que hace tiempo que le quedó grande. Un niño frustrado que nunca pudo dejar de soñar con un estadio coreando su nombre, con un trofeo entre las manos. Y me da pena. Pena de verdad.

Pero luego abre la boca y lo manda todo a la mierda.

—¡¿Es por la animadora esa, verdad?! ¡No me creo que vayas a tirarlo todo a la borda por un puto calentón! ¡Por una zorra de…!

Mi puño impacta contra su mandíbula con un crujido seco. Su cuerpo se tambalea antes de que se lleve una mano a la cara. El hilo de sangre bajándole por el labio es la confirmación de que esta vez no he dejado nada sin decir.

—Lárgate de mi casa. Ahora mismo.

Mientras camina hacia la puerta, me asalta una imagen que no sé por qué vuelve justo ahora: el perro de los Jefferson. Aquel chucho enorme que me aterraba, ladrando como si quisiera arrancarme un brazo. Me hacía temblar de miedo, convencido de que algún día saltaría y me destrozaría. Hasta que una tarde me cansé. Me quedé quieto, le grité con todas mis fuerzas y lo vi dar un paso atrás. Bajó la cabeza, derrotado, y entendí que todo ese furor no era más que fachada.

Mi padre me recuerda a ese perro.

Se da la vuelta, con la mano manchada de su propia sangre.

—Te vas a arrepentir de esto. Estás echando a perder el sueño de tu vida.

Camino hacia la puerta. La abro con una mano y lo miro con la calma de alguien que por fin ha entendido algo importante.

—No, papá. —Le sostengo la mirada. Hace tanto que no pronuncio esa palabra que me sabe rara—. Nunca fue mi sueño.

Me mira sin reconocerme. Como si el hijo que moldeó durante años —a base de órdenes, reproches y expectativas— se le hubiera escurrido entre los dedos sin darse cuenta. Como si hubiera crecido sin pedirle permiso. No hacia arriba. Hacia dentro.

Supongo que eso es madurar.

Pasé media vida creyendo que venía con la edad, con los centímetros ganados o con el número de pesas en el gimnasio. Pero no. Madurar no tiene nada que ver con lo que cargas sobre los hombros. Con lo que aguantas. Tiene más que ver con lo que sueltas. Con lo que dejas atrás. Y sí, quizá me haya llevado más tiempo del que debería. Pero al fin lo he hecho

¿Crees en el amor a primera vista?



HARPER

Suena música de fondo —una de esas canciones lentas y románticas de Ed Sheeran— y desde mi sitio, tengo la vista perfecta del espectáculo. Chloe y James cuchichean en la mesa presidencial con esa complicidad que da el acabar de convertirte en marido y mujer. James le dice algo y ella se ríe como una niña.

Me los quedo mirando. Me cuesta no hacerlo. No porque quiera eso. Bueno, vale… sí. Pero no pienso volver a abrir ese melón ahora mismo. Lo que de verdad me emociona es verlos así de juntos y felices. Verla a ella así. Serena, segura, riéndose sin parar por lo que él le está diciendo. Y me alegro mucho por ellos. Porque se hayan encontrado el uno al otro.

El rancho de los Beaumont está precioso. Chloe y James lo han transformado en algo sacado de un cuento. Sobre la estructura acristalada que cubre el jardín cuelgan cientos de lucecitas doradas, titilando como estrellas atrapadas bajo un cielo de invierno. Las cortinas de lino crema se mueven con la brisa de febrero, suaves y elegantes. Dentro, la temperatura es perfecta. Cálida y acogedora.

Todo está decorado con tonos dorados suaves y melocotón en todas sus variantes —el color que le dije que era el suyo, y que al final puso en todas partes, incluso en los vestidos de damas de honor—. Los centros de mesa combinan rosas blancas con flores silvestres más rústicas, uniendo sus dos mundos: la delicadeza de Chloe con la sencillez de James. Y en el aire flota un aroma leve a rosas frescas que parece envolver cada rincón.

Todo como se lo imaginaba.

Todo como se merece.

—Dios, vaya dolor de cabeza —murmura Julie, frotándose las sienes a mi lado.

—Ya te dije que no bebieras tanto anoche —le dice Monica, lanzándole una mirada seria.

Estoy sentada con ellas en una de las mesas laterales. El plan era que me sentara en la mesa principal, pero... bueno, no tenía muchas ganas de tener ese protagonismo. Ni de sentarme cerca de mamá. Si ya es intensa un día normal, hoy desborda.

—No deberías haberme dejado pedir la ronda de chupitos —me suelta Julie.

—Y tú no deberías haberle dicho al camarero que «nada podía contigo» —le respondo—. Estamos en la Texas profunda, tonta. Aquí no se andan con tonterías.

—Vale, ya pillo el mensaje. No más tequila en Cedar.

—Ni más ron. Ni más bourbon. Ni más Chris.

—¿Chris?

—El dueño de *The Rusty*.

Sus cejas se elevan en cámara lenta.

—¿Qué hice con Chris?

—Le pediste «Single Ladies» y te subiste a la barra para hacerle un baile privado a mi hermana.

Julie se cubre la cara con ambas manos, gimiendo como si el recuerdo fuera más doloroso que la resaca.

—Me quiero morir.

Mónica se levanta, negando con la cabeza mientras trata de no reírse.

—Voy a por otra botella de agua. Me estás dando lástima.

Julie resopla.

—Te adoro —murmura sin levantar la frente.

—Ya lo sé.

Cuando se aleja, me giro hacia Julie y veo esa sonrisa suya.

—Se te ve feliz con ella —le digo, apoyando la barbilla en la mano.

Ella me mira, un poco sorprendida. Luego asiente, más despacio.

—Lo estoy. Es una locura con los turnos, las guardias, el no saber qué día de la semana es… pero cuando estoy con ella, Harper, todo

encaja. De verdad.

Noto el pellizco en el pecho, pero lo ignoro.

—Es perfecta.

—Lo es.

Silencio. Uno cómodo, de esos que solo tienes con las personas que te sientes tú misma.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Julie...

—Lo sé, lo sé. No quieres hablar del tema. Pero hay una cosa que no has visto y que...

—No quiero saberlo. Te dije que estaba desintoxicándome de redes. Y lo digo en serio.

—Pero es sobre...

—Julie. En serio.

—¡*Vaaaaale*!

En ese momento Mónica vuelve con dos botellas de agua fresquita.

—Hidrátate, anda —dice, tendiéndole una a Julie—. Ah, y un tío ha intentado ligar conmigo en la barra.

Julie arquea una ceja y Mónica señala sutilmente hacia la barra. Instintivamente, sigo la dirección.

—Pues como vuelva a acercarse a mi chica, lo mato —dice Juls.

Es TJ. El mejor amigo de Liam. El linebacker estrella de los Cowboys.

Su mirada me atrapa al instante. Primero hay sorpresa, después reconocimiento. Y entonces sonríe. No una sonrisa cualquiera, no. Una de esas que iluminan toda su cara, que arrasan con todo alrededor. Le devuelvo el gesto. Pero la magia dura apenas un segundo.

Su expresión cambia. El ceño se le frunce, la boca se curva hacia abajo y lo que queda en su cara es un gesto lastimero que me atraviesa directo al estómago. Así que aparto la mirada.

Me centro en los recién casados. James le está diciendo algo en el oído y ella sonríe, y entonces cruza la mirada conmigo. Me guiña un ojo. Y me doy cuenta de que es el momento. Mi momento.

Saco el papel de mi bolso y lo repaso una vez más antes de levantarme. Julie me toca el brazo y me desea suerte con un gesto.

Camino entre las mesas, los tacones hundiéndose apenas un poco en el césped. Subo al escenario donde está el micrófono, justo al lado de la banda. El violinista me sonríe más de la cuenta. Es guapo, dientes perfectos, el tipo de hombre que siempre me ha gustado. Pero no… no me llama la atención. No como antes.

Me aclaro la garganta y noto cómo todas las miradas se giran hacia mí.

—Hola a todos —empiezo, con esa voz aguda que siempre se me escapa cuando estoy nerviosa—. Para quienes no me conozcan, soy Harper, la hermana mayor de la novia. Y sí, antes de que me lo preguntéis... la del escándalo.

Las risas estallan entre las mesas. Sabía que lo mejor era coger al toro por los cuernos; tomar el control antes de que el murmullo volviera a crecer por su cuenta. Porque sí, todos saben lo que está pasando. Bueno, todo el mundo menos yo. La prensa había dejado de seguirme hace semanas. Todo se había calmado. Pero en los últimos días han vuelto con más insistencia. Y esta vez han llegado demasiado lejos. Me han seguido hasta Cedar Hollow.

No entiendo cómo han sabido lo de la boda. Menos mal que la familia de James ha sabido intervenir rápido y ha logrado que la boda no sufra ningún altercado por esos buitres sin escrúpulos.

Mis dedos aprietan el papel.

—Mi hermana me ha suplicado que no hablara mucho —sigo, girándome levemente hacia ella—. Así que haré todo lo posible por no soltar ningún secreto familiar... Como esa vez que se tragó un cascabel en navidad y tuvimos que pasar horas esperando a que saliese por su propia… voluntad. O cuando robamos dinero a mamá y papá para comprarnos entradas para los *Jonas Brothers*. O aquella tarde en la que nos reímos durante dos horas en la iglesia porque íbamos… ligeramente *alteradas*.

Las carcajadas se mezclan con alguna exclamación desde el fondo. Chloe se tapa la cara con una mano, negando con la cabeza, mientras me lanza una mirada de advertencia. Una de esas que grita: «como cuentes algo más, te mato».

—Lo que pasa es que… ser hermana mayor viene con un manual no escrito que te obliga a dar discursos largos. Un manual que dice

que tienes que enseñar. Guiar. Preparar el camino para que ella no se tropiece con las mismas piedras que tú. Ese es mi trabajo. Y como mi trabajo, me he esforzado en hacerlo lo mejor que pude. Así que sí, soy oficialmente responsable de haberle enseñado a Chloe a pintarse las uñas, a decir «mierda», a probar la María, y a salir sin permiso para ir de fiesta. Lo siento, mamá.

Risas de fondo. Incluso mi madre, con una que es mezcla de horror y emoción. Mi padre tiene los ojos vidriosos y me anima a seguir, asintiendo con la cabeza.

—Pero si os soy sincera, aunque yo era la mayor, siempre sentí que era ella quien me cuidaba a mí. Porque, como ya habéis podido comprobar, lo de ser la hermana responsable no se me da demasiado bien. —Más risas.— Chloe siempre ha sido mi brújula. La que ordenaba lo que yo no sabía ni cómo empezar. La que hacía listas de listas. La que, mientras yo trataba de entender cómo funcionaba el mundo… ella ya tenía un plan de acción y una carpeta con etiquetas de colores.

Hago una pausa. La miro. Está preciosa. Con esa cara de contener la emoción, esa que pone justo antes de llorar.

—Chloe, todo el que te conoce sabe que brillas tanto que podrías iluminar el mundo entero. Pero más allá de lo obvia que es tu inteligencia, tu belleza, tu bondad, tu tenacidad... hay algo que siempre he admirado de ti: tu forma de ilusionarte por las pequeñas cosas. Contigo he aprendido lo divertido de preparar brownies en mitad de la noche, cantar las canciones de *Miley Cyrus* como si nos fuera la vida en ello; poner la mesa con servilletas bonitas aunque solo seamos dos. Y sobre todo, lo que significa el amor.

Dejo el papel. Lo coloco con cuidado sobre el atril. Inspiro.

—¿Te acuerdas de cuando, después de ver *La Bella y la Bestia* por novena vez, me preguntaste si existía el amor a primera vista? Tenías siete años. Yo once. Y, como buena hermana mayor, te dije que no. Que esas cosas no existían. Que el amor necesitaba tiempo, paciencia… y probablemente diez años de terapia. —Se ríen. Chloe también, aunque sus ojos están empañados—. Pero aquí estás, demostrándome, una vez más, que sabes más de la vida que yo. Porque a veces sí pasa. A veces conoces a alguien y todo hace *clic*. Y

no hace falta entenderlo, solo sentirlo. Ese amor que te atraviesa, te cambia los esquemas, te descoloca y te reconstruye en formas que no sabías que necesitabas.

»Así que gracias, Chloe, por enseñarme todo lo que sé. Por ser la mejor hermana que podía tener. Por ser tú. Y gracias, James… por quererla con ese amor que hace suspirar hasta a los cínicos como yo. —Le sonrío—. Eres el hermano mayor que siempre quise. Espero que estés a la altura. Ya sabes… consejos, favores, arreglar cosas, amenazas nada sutiles. Lo típico.

—Lo intentaré —dice él, con voz entrecortada.

Me limpio las lágrimas con los dedos, tratando de no arruinar mi maquillaje, consciente de que medio jardín está llorando conmigo.

—Gracias a los dos por recordarnos que el amor no necesita décadas para saber que es para siempre. Solo hace falta encontrar a la persona adecuada. —Levanto la copa—. Por Chloe y James, y por el tipo de amor que lo cambia todo.

Los invitados se levantan entre aplausos. Me acerco a mi hermana y la abrazo con fuerza. Ambas lloramos. James se suma enseguida, me rodea con los brazos, y no para de darme las gracias en voz baja, una y otra vez.

Cuando logro separarme, con los dedos aún enlazados a los de Chloe, les sonrío una última vez y me alejo. Paso entre mesas, flores, y sillas doradas. Cojo mi bolso de mi sitio y le hago una señal a Julie diciéndole que voy al baño. Quiere venir conmigo, pero le dejo claro que necesito estar sola un segundo. Sigo caminando, sonriendo a los que me miran, hasta la salida de la carpa. Y no me detengo hasta cruzar el jardín, entrar en la casa y empujar la puerta del baño.

Agradezco el silencio que me espera al otro lado. No hay música, ni brindis, ni risas escandalosas. Solo el eco suave del agua en la tubería y mi reflejo mirándome desde el espejo. El vestido de satén melocotón me sigue quedando bien, el moño sigue en su sitio. Pero los ojos… los ojos ya no son los mismos.

Tengo el rímel corrido y el pecho apretado. Me limpio la cara con un poco de papel. Pero no sirve de nada. Porque en cuanto me miro de verdad, cuando dejo de fingir que estoy bien, algo se rompe.

Algo pequeño, escondido. Y me encuentro llorando otra vez.

No por Chloe. Ella está radiante. Ella está en casa.

Lloro por él.

Por lo que fue y ya no es.

Por lo que no llegamos a ser.

Porque, aunque intento no pensarlo, lo cierto es que esperaba que estuviera aquí. Sé que no debería haberme hecho ilusiones, con todo lo que ha pasado. Pero lo hice igual. Porque así soy yo: ingenua y estúpida. Pensé que, sin el contrato de por medio, sin reglas que nos ataran, él daría un paso. O haría algo.

Pero no lo hizo.

Y no lo culpo. De verdad que no. Seguro que el equipo ha dejado claro que no quiere volver a verlo cerca de mí. Un escándalo como el que tuvimos no le viene bien a nadie. Mucho menos a un jugador estrella que acaba de recuperar su trono.

No ganamos… Ganaron la *Super Bowl* —aunque no vi el partido, era imposible no enterarse—, pero después de la temporada que ha hecho, sería una locura que los Redstone no le ofrecieran un nuevo contrato. Así que ha conseguido todo lo que estaba buscando: recuperar su lugar, borrar lo de la caída, hacer que todos vuelvan a hablar de él por lo que hace en el campo y no por lo que pasó fuera.

Y me alegro por él.

Solo que… joder, me hubiese gustado que peleara un poco por mí. Por nosotros. Aunque fuese solo un poco.

Me limpio las mejillas una vez más, respiro hondo y me esfuerzo en recomponerme. Es la boda de mi hermana. No voy a permitir que esto me la arruine. Saco el pintalabios del bolso, retoco el color, recoloco el recogido con las manos y me obligo a sonreír.

Abro la puerta del baño, salgo de nuevo a la carpa y me doy cuenta de que muchos invitados están ya en la pista de baile. Chloe y James están en el centro, bailando con la frente apoyada, como si no existiera nadie más. Julie y Mónica también giran, despacio. Las luces titilan sobre ellos. Parecen pequeñas luciérnagas colgando de un cielo falso, casi mágico.

Me acerco a la barra. No porque tenga sed, sino porque necesito hacer algo con las manos. Algo que me ancle, que me distraiga.

Dejo el bolso sobre la madera y suspiro. Vuelvo la cabeza hacia la pista de baile, como si mirar a los felices me contagiara algo.

Algo capta mi atención. Alguien entre las mesas, girando sobre los talones, como si buscara algo.

Mi corazón se detiene.

No puede ser.

Reconozco la espalda ancha que hay bajo ese traje negro.

Algo en mi pecho se contrae. O se expande. No lo tengo claro.

Entonces él se da la vuelta y me ve.

Y el mundo, por un instante, deja de girar.

Sonríe de par en par, esa sonrisa con dientes que siempre ha acarreado una reacción de mi parte. Mariposas, las llaman.

Doy un paso hacia delante, apenas un movimiento, pero no hace falta más. En el tiempo que yo he tardado en atreverme, él ya ha cruzado la distancia.

—¿Qué...? —balbuceo, sin creérmelo del todo—. ¿Qué haces aquí?

Sus labios se curvan. Su sonrisa es tan suya, tan familiar, tan hogar, que algo dentro de mí se ablanda de golpe.

—¿Pensabas que iba a perdérmelo?

Mi cuerpo entero se tambalea con esa frase. Pero mi boca, por supuesto, va más rápido que mi cerebro.

—El equipo… Dios, ¿te han visto llegar? Porque la prensa me ha seguido hasta aquí y hay paparazzi en todo el pueblo. No nos han dejado tranquilos desde que llegamos y…

—Hey. —Me interrumpe, conteniéndose la risa con una expresión de ternura—. Lo siento. Es culpa mía. Pensaba que retirándome todo se calmaría, pero está claro que no pensé bien en todo.

—Es una locura. No sé cómo se han enterado de la boda. Me siento fatal por… Espera. ¿Te has retirado?

Sus cejas se arquean, divertido.

—¿No te has enterado?

—Llevo semanas con el móvil apagado.

—Eso explica por qué no respondes a mis mensajes. Si lo hubieras hecho, sabrías que anuncié mi retirada justo después del partido. Y que he llegado tarde porque mi vuelo se retrasó. Debería haber venido en coche. —Chasquea la lengua—. Siento haberme perdido la

ceremonia. Espero que tu hermana no me odie por eso.

—¿En serio has dejado el fútbol?

—Definitivamente.

—Pero… tu carrera era...

—Lo que todos esperaban. —Sus ojos grises están más claros que nunca—. Lo que mi padre soñaba. Lo que los titulares decían que yo quería. Pero nunca fue lo mío. No del todo. Yo solo estaba intentando encajar en una vida que no elegí. Y me cansé, Harper. Me cansé de vivir en automático. De quedarme en sitios donde ya no soy feliz. De posponer lo que de verdad quiero.

Y entonces me mira como si «lo que de verdad quiero» fuese justo esto. Justo aquí. Justo yo.

Me sale una risa tonta.

—No me creo que estés aquí.

—¿Dónde si no? —responde él, bajando apenas la voz—. Allá donde tú vayas, quiero ir contigo. —Da otro paso, quedándose a un centímetro de mí—. Te estaba buscando —sigue, ignorando el hecho de que he dejado de respirar—. Después del brindis has desaparecido.

—¿Has escuchado mi discurso?

—Claro que lo he escuchado. —Sus ojos me sostienen, intensos, vulnerables, brillando de una forma que no había visto antes—. Y tengo una teoría al respecto.

—¿Una teoría?

—Sí. —Asiente—. Nunca he creído en eso. En el amor a primera vista, digo. Siempre me ha parecido algo superficial. Fachada. No me gusta la idea de reducirlo todo a algo físico. Las personas somos mucho más que eso, ¿no crees? Pero... sí creo en otra cosa: en el amor a primera risa. Cuando escuchas la risa de esa persona por primera vez y sientes... sientes que todo dentro de ti se recoloca al fin en orden. Como si llevases toda la vida luchando por hacer un puzle y ese sonido fuese la pieza que faltaba.

Mis piernas dejan de sostenerme. Mis pulmones olvidan cómo respirar. El corazón, directamente, se olvida de latir.

—Liam….

Él levanta la mano y la posa con suavidad en mi mejilla. Yo me dejo

hacer. Inclino la cabeza hacia su palma como si me aferrara a un recuerdo. Pero no es un recuerdo. Es real. Está aquí. Conmigo. Es todo lo que llevaba semanas deseando que ocurriera y al mismo tiempo, algo que jamás pensé que sucedería.

—Eso fue lo que me pasó contigo, Harper. Ni siquiera te vi, solo escuché tu risa… y lo sentí. No sabía qué era, no podía ponerle nombre, pero algo dentro de mí se encendió y se quedó ahí, esperando a que yo tuviera el valor de mirarlo de frente. Ahora lo sé. Ahora entiendo que, desde ese primer segundo, ya eras tú. Siempre fuiste tú.

Su dedo atrapa la lágrima que acaba de escaparse sin permiso de mi ojo izquierdo. La limpia con una ternura que me desarma. Y cuando vuelve a hablar, su voz ya no lleva armadura. Esa que lleva encima desde la primera vez que lo conocí. Solo lleva… *amor*.

—Te amo, Harper. Te amo con todo lo que soy. Con mis miedos, mis fracasos, con cada una de las veces que no supe hacerlo bien. Pero tú… tú me enseñaste que amar no es tenerlo todo claro, es elegir. Y yo te elijo a ti. Porque tú… tú volviste mi vida del revés, y al mismo tiempo, la convertiste en un lugar donde quiero *quedarme*. Con tu caos, tus bromas, tus bailes ridículos y esa forma de vivir con el corazón expuesto. Nunca he querido nada con tantas ganas como te quiero a ti. Tus luces, tus sombras, incluso las que aún no conoces. Y si me dejas, quiero estar contigo mientras las descubres. Mientras lo descubrimos todo juntos. Recuperar cada hora perdida. Cada noche sin ti. Y quedarme contigo… hasta que se nos acaben los días.

Estoy tan abrumada que solo me sale llorar y reír al mismo tiempo. Las palabras se me atascan porque quiero decirle todo a la vez. Que lo he echado de menos. Que lo amo. Que he soñado con esto desde que lo besé por primera vez. Pero no me da tiempo.

—Sé que estás enfadada. Que he tardado. Que he sido un puto imbécil. —Hace una pausa, respira—. Me he pasado la vida cegado por un objetivo: la Super Bowl, el siguiente contrato, la próxima marca. Era mi brújula y también mi cárcel. Y cuando por fin tuve algo real frente a mí, me quedé paralizado porque no sabía quién era sin esa meta. Me daba pavor admitir que quizá había malgastado años persiguiendo algo que me dejaba vacío. Tenía miedo de

reconocerlo, miedo de perder incluso eso. Pero eso es culpa mía, no tuya. Y lo siento. De verdad. —Se acerca, la voz rota—. Te prometo que no volveré a alejarme. Te prometo que…

Lo callo con un beso.

Uno que no necesita traducción. Uno que grita lo que mi boca no alcanza a decir: que también lo elijo. Que también quiero quedarme.

Mis manos se aferran a su cuello. Las suyas se clavan en mi cintura. Y cuando nos separamos, respirando como si hubiéramos salido de una tormenta, él me sonríe. De esa forma que ya no es solo suya. Es nuestra.

—Yo también te amo, Liam.

Volvemos a besarnos. Esta vez con calma. Con todo el tiempo del mundo que tenemos por delante.

Me acaricia la mejilla una vez más. Luego entrelaza sus manos con las mías, baja un poco la cabeza y me mira tan serio que me obliga a contener la respiración.

—Ahora, Harper Rose Blake, me gustaría hacerte una pregunta.

Mis ojos vuelan hacia los lados, hacia la pista, hacia la carpa.

—Liam… no serás capaz de...

Él parpadea despacio, y asiente.

—¿Me harías el hombre más feliz de la tierra…?

Mi corazón se acelera, mi cuerpo se tensa.

¿Es real? ¿Va a hacerlo?

—Yo…

No puedo creerme lo dispuesta que estoy a decirle que...

—¿…bailando conmigo la siguiente canción?

Me ahogo. Una carcajada se me escapa por la garganta al mismo tiempo que un sollozo.

Le doy un empujón en el pecho, medio escandalizada, medio rendida a su juego.

—¡Eres lo peor!

—¿Qué? —pregunta con fingida inocencia, torciendo la boca hacia esa sonrisa sexy que me encanta—. ¿A qué viene esa cara? ¿Qué pensabas que te iba a preguntar?

—¡Nada! —respondo, entre risas—. Casi me provocas un mini infarto.

—Lo sé. He visto cómo te temblaban las pestañas.

—Cállate.

—Estabas blanca.

—Cállate ya.

—Y preciosa.

Está disfrutando a mi costa y a mí me encanta que lo haga.

Me encanta.

Me encanta.

Me encanta.

—¿Entonces…? —me pregunta, ofreciéndome su mano.

Me acerco, enlazo mis dedos con los suyos y me subo a las puntas de los pies para susurrarle:

—Contigo bailo hasta que se acabe el mundo.

Y esta vez, cuando lo beso, no lo hago solo por mí.

Lo hago por la Harper que vio a las RCC animando el año pasado y pensó que su destino era estar con ellas, cuando era conocerlo a él.

Por la que pensaba que el amor necesitaba tiempo, y aprendió que a veces solo necesita un *clic*.

Y por la que, desde hoy, ya no se imagina la vida sin él.

Porque cuando es amor de verdad… *lo sabes*.

Epílogo

Termino de cerrar la puerta del establo y le doy una última palmadita a Blue, el caballo más veterano del grupo. Detrás quedan los niños aun riendo, los padres agradeciendo mi paciencia, y el equipo guardando sillas de montar y riendas con la rutina ya aprendida. Todo en orden.

Este era el sueño.

No solo enseñar a montar, sino crear algo más grande: rutas a caballo entre los senderos, actividades de granja, barbacoas bajo las estrellas… y al fondo del terreno, las primeras cabañas rurales que construimos el verano pasado. Son solo tres —y serían cuatro si Harper no hubiese insistido en «que sean rusticas no significa que sean aburridas», haciéndonos gastar el doble en muebles y decoración—, pero si todo sigue yendo bien, espero poder levantar dos más antes de que acabe el año.

No quiero un resort, ni algo turístico. Quiero un lugar que se sienta real. Auténtico. Un lugar que no sea solo un rancho, sino una experiencia. Un refugio. *Nuestro refugio*. Ha pasado más de un año desde que decidí dejar el fútbol y apostarlo todo por esto. Invertí dinero, tiempo, días sin dormir, gran parte de mí. Y ahora, viéndolo crecer, respirando este aire cargado de tierra y cielo limpio… solo puedo pensar que valió la pena. Cada piedra en el camino.

Avanzo despacio con las botas llenas de polvo y me permito un segundo para respirar después de un día sin parar. Es marzo en Cedar Hollow y, por fin, se empieza a notar. El invierno ha empezado a aflojar los dedos. Las mañanas ya no duelen tanto y los días se alargan, poco a poco, acercándonos cada vez más a la ansiada primavera. A lo lejos, las colinas empiezan a teñirse de verde. Y justo al borde del camino que lleva a la casa principal, los tallos de las *bluebonnets* ya asoman sobre la tierra. Las plantamos Harper y yo hace unos meses, en el terreno más soleado del rancho, en honor a mi abuela.

Todavía no han florecido, pero pronto lo harán. Pronto cubrirán toda esa ladera con un azul que te deja sin aliento. Y solo de

pensarlo, algo se me aprieta por dentro. Orgullo. Nostalgia. Amor. No sabría ponerle nombre. Solo sé que es eso que sientes cuando sabes que estás justo donde deberías estar.

El rancho está más vivo que nunca. Y yo también.

Subo los peldaños del porche. El aire huele a café, mantequilla derretida y un toque dulce que reconozco al instante: brownie. Nada más abrir la puerta, las voces me reciben.

—¡Te digo que las pepitas de chocolate blanco se derriten mejor! —protesta Harper.

—Eso es una tontería moderna. Las de toda la vida son las negras, y punto —la voz rasposa de mi abuelo suena ofendida.

No los veo todavía, pero ya me imagino la cara de mi abuelo. Ese intento constante de resistirse a Harper y mantener el tipo, aunque hace meses que perdió la batalla. Ella lo tiene en la palma de la mano. Aunque él no lo admitiría ni en su lecho de muerte.

Me quedo en el marco de la puerta de la cocina, observando la escena. Harper con el delantal torcido, el pelo recogido en un moño desordenado, la cara manchada de masa. El abuelo con los brazos cruzados y las cejas fruncidas como si discutieran sobre algo de vida o muerte. La cocina parece un campo de batalla. Harina en la encimera, bandejas listas, cucharas por todas partes.

Hasta que ella levanta la vista y me ve.

—No es de buena educación espiar conversaciones ajenas desde la puerta. ¿No te lo ha dicho nadie? —dice, con esa sonrisa suya que nunca dejará de volverme loco.

Me acerco y le doy un beso en los labios, rodeándola con los brazos por la cintura.

—La que tenéis liada aquí.

—No todos los días se cumplen treinta años.

—No hacía falta todo esto. Yo con una cena en Maggie’s me habría quedado contento.

—¿Quieres volver a tener esa conversación? Te recuerdo que si quieres que esto siga aquí —señala su dedo—, tienes que cumplir mis exigencias del contrato.

El diamante redondo sobre el anillo de oro brilla con la luz de la cocina. Se lo di hace unos meses, el mismo día que hicimos un año.

Porque según ella, había que esperar exactamente doce meses para pedírselo. Y eso hice. Ni un día más, ni uno menos.

—¿Reunir a cincuenta personas para un cumpleaños es una de tus exigencias?

—Exacto. Y una piñata en forma de unicornio. Y globos. Muchos globos.

El abuelo resopla por detrás, una mezcla entre fastidio fingido y resignación genuina.

No tengo ni idea de cómo acabó cediendo a organizar esta fiesta de cumpleaños en casa. Hace años que no viene tanta gente al rancho. Supongo que no pudo decirle que no a Harper cuando se lo pidió… igual que yo. Pero tengo la sensación de que no fue solo por ella. Algo me dice que Steissy —la hermana de Maggie y la mujer con la que lleva tonteando más de un año— tuvo bastante que ver. Todos lo vemos, todos esperamos que den el paso de una vez, pero seguimos fingiendo demencia. Nos hacemos los locos cada vez que se miran como si tuvieran quince años. Dos adolescentes salidos que no se atreven a hacer público lo obvio.

Y aunque al principio no estaba muy convencido, ahora la idea de la fiesta me hace ilusión. No solo por las costillas a la barbacoa de Maggie y George, ni porque vaya a venir medio pueblo, sino porque TJ prometió venir. Y traerá a Katie. No veo la hora de tener a esa niña en el rancho. De enseñarle a montar a caballo, de verla correr con los perros y gritarle a las gallinas. De verla feliz.

Abrazo a Harper con más fuerza, apoyando la nariz en su cuello. Su olor, su risa, su presencia… Todo eso que me hace sentir en casa.

—No sé qué haría sin ti —susurro.

—¿Podéis llevaros el achuchamiento a otra parte? —protesta mi abuelo desde la encimera, sin ni siquiera girarse—. No puedo concentrarme en el pan de maíz con vosotros sobeteándoos aquí delante.

Harper se ríe, me toma de la mano y, sin soltarme, me arrastra fuera de la cocina.

Salimos al porche. La luz empieza a dorar los bordes del día, tiñendo de cobre el campo que se extiende ante nosotros. Harper se apoya en la barandilla, con los brazos cruzados y los ojos fijos en el

horizonte. Yo me acomodo detrás de ella y paso los brazos por su cintura, como hago cada vez que quiero recordarme que esto es real.

A veces aún me sorprende lo rápido que cambió todo.

Los primeros meses después de que todo saliera a la luz fueron una auténtica locura: llamadas, cámaras, titulares, preguntas que ninguno de los dos quería responder. Intentaron comprarnos con entrevistas exclusivas, con portadas que prometían «la verdad sobre el romance prohibido de la NFL». Pero no dijimos nada. Nunca. Ni una declaración a los paparazzi.

Al principio fue difícil. Vivíamos con la sensación de que en cualquier esquina habría un objetivo apuntándonos, y más de una vez nos encontramos fotos robadas en las redes al día siguiente de algo tan simple como comprar café. Pero poco a poco… el ruido bajó. Y aunque todavía nos paran de vez en cuando por la calle, aunque siguen saliendo imágenes nuestras cada tanto, el morbo pasó. El hype de «la pareja prohibida» ya no da tantos clics.

Ahora todo es más tranquilo. Seguimos siendo el Running back de los Cowboys y la Rookie de las RCC para quien quiera reconocernos, pero aquí, en este rancho, somos solo Liam y Harper. Y eso basta.

Aún me cuesta creer que este sea nuestro lugar. Bueno, nuestro segundo hogar. Hace tres meses compramos un apartamento en Dallas. Uno más pequeño que el anterior, luminoso, con paredes que pintamos nosotros y una cafetera que ella insistió en llamar «nuestra primera inversión seria». Desde entonces, vamos y venimos. Ella estudia un máster de marketing digital, sigue ayudando a su padre con la empresa familiar, y se encarga del marketing de todo esto. El rancho. Las cabañas. Las clases. Las rutas. Las reservas. Todo lo que pasa aquí, lleva algo de ella.

Harper siempre está a tope. Pero está feliz. De verdad. Al fin ha encontrado lo suyo. Y yo… yo encontré lo mío cuando la encontré a ella.

El sol está empezando a caer, extendiendo la tarde un poco más. Ella suspira al verlo.

—Mi parte favorita del día —murmura.

La abrazo más fuerte y le doy un beso en la cabeza.

—¿Lista para el rodeo, vaquera?

—Solo si me dejas gritar «yeah haw».

—¿Desde cuándo te hace falta permiso?

Se ríe, se gira y se sube de un salto a mi espalda. Sus piernas rodean mi cintura, su risa me golpea en el pecho, y de repente todo pesa menos. La llevo así, en volandas, cruzando el patio en dirección al granero, donde casi siempre vemos caer el día. Hablamos de nuestra jornada, de los cambio que queremos hacer, soñamos en voz alta y nos besamos —y muchas veces más que eso— hasta que se encienden las primeras estrellas. O hasta que el abuelo grita desde casa que ya está la cena.

Cuando estamos casi llegando, su voz se alza en el aire:

—¡YEEEEE-HAAAAAW!!

Me echo a reír. Porque solo ella consigue esto: que todo lo demás deje de importar. Que el mundo se reduzca a nosotros dos.

La ajusto mejor a mi espalda, asegurándome de que no se caiga, aunque sé que Harper jamás se soltaría. No de mí.

—Estás fatal —murmuro, todavía riendo.

—Y tú me quieres igual.

Apoya la barbilla en mi hombro, y puedo sentir su sonrisa contra mi piel.

—Error. —Giro la cabeza lo justo para rozarle la boca con la mía—. Te quiero más por eso.

Y mientras hablamos sobre nuestro día, mientras el rancho respira tranquilo y la noche empieza a cubrirlo todo, pienso que este —Harper en mis brazos, Harper en mi vida— es, por fin, mi lugar en el mundo.



FIN

Agradecimientos

¿Sabéis ese momento en que alguien te pregunta si cambiarías algo del pasado? Durante mucho tiempo pensé que sí. Que ojalá hubiera confiado más en mí, que debería haber seguido mi instinto en lugar de escuchar tantas voces externas, que no me debería haber dejado hundir por críticas que hoy ya no importan.

Pero ahora, mientras escribo este punto y final a la historia de Liam y Harper, me descubro agradeciendo cada uno de esos «errores». Porque sin ellos, sin todos esos caminos torcidos y sin haberme perdido un millón de veces, no estaría aquí. No tendría la certeza ni la determinación con la que hoy puedo decirlo: soy escritora. Y voy a luchar hasta el final por cumplir mis sueños.

Hoy me despido de Liam y Harper. Su historia ha venido a recordarme lo importante que es confiar en esa vocecita interior y perseguir los sueños propios. Me ha encantado sumergirme en Cedar Hollow y confieso que despedirme de ese pueblo ficticio me está resultando tan duro que… ejem, ejem… puede que aún no sea el momento de hacerlo. Porque a veces el final de una historia puede ser el principio de otra.

Hasta aquí puedo escribir.

Gracias a Alejandro, ahora oficialmente mi marido, por ser el primero en confiar en mí. Por darme alas cuando yo no me atrevía a desplegarlas, por creer en mi trabajo incluso en los días en que yo misma dudaba de él. Por ser el mejor editor improvisado, el más sabio a la hora de elegir títulos y, sobre todo, la mejor persona con la que podría compartir este viaje.

Gracias a mi hermana, Milena (o mi lectora alfa, como me gusta llamarla). Por leer cada borrador, cada cambio y cada versión diferente de esta historia. Por darme tu mirada sincera y ayudarme a darle forma cuando parecía que todo se me desbordaba. Este libro también es tuyo.

Gracias a mis queridísimas lectoras betas, por cada mensaje, cada nota de voz eterna y por querer a esta historia casi tanto como yo. Sois magia.

Gracias también a cada bookstagramer y booktoker que mantiene viva esta pasión y la comparte con el mundo. Gracias por el cariño, la creatividad y el amor con el que habláis de los libros: porque el entusiasmo que ponéis vosotros al leerlos es lo que da sentido a los que escribimos nosotros.

Y, por encima de todo, gracias a vosotros. Porque sin lectoras y lectores que crean en las historias, nada de esto tendría sentido. Gracias por ser siempre el empujón que necesito para seguir adelante. Cada mensaje, cada reseña y cada impresión que compartís conmigo es pura gasolina: me recarga de energía y me abriga el corazón. No os imagináis lo que significa para mí que regaléis vuestro tiempo y vuestro cariño a esta historia.

Y ya sabéis… si queréis hacerme infinitamente feliz: ¡corred a contarme qué os ha parecido! Me muero de ganas de leeros.

Como siempre digo: nos leemos siempre.

Con cariño,

Naty.

Gracias por leer

Si quieres saber más sobre la autora
y estar al tanto sobre cualquier novedad,
puedes seguirla en Instagram:
@NatashaCorreaEscritora
En sus redes sociales podrás encontrar más
información acerca de sus próximas novelas.

Contenido

Sinopsis
Descubre más de la novela
Prólogo
Rookie & Roll
El horóscopo no siempre se equivoca
Ultimátum
Fiesta de compromiso
Hogar
El principio de toda historia
Nunca olvidas tu primer rodeo
Piezas de un puzle
Es pronto para decir adiós
Experiencia texana de verdad
¿Quién dice que no a un Honky Tonk?
Cinco estrellas
Terremoto
Thunderstruck
Ofensiva
Castigo divino
Emboscada
Pura estrategia
Parte del trabajo
Jugada perfecta
Desde la línea
Zona de contacto
Tormenta
Rozando lo prohibido
Adultas funcionales
Fuera de juego
Malas ideas
Noche de chicas
La familia que se escoge
Límites
Cuando lo sabes, lo sabes
Dinero y fama
Decisiones
Espejismo
A la mierda las consecuencias
Huracán

Somos historia
Todo mi mundo
Nuestras reglas
Una RCC lo es para siempre
JO, JO, JO
Vida a color
Futuro incierto
Capturados
Los puntos sobre las ies
Una carrera. Una vida
La dulce realidad
Ser fiel a uno mismo
Todos tenemos sueños, ¿no?
Crecer y madurar no siempre van de la mano
¿Crees en el amor a primera vista?
Epílogo
Agradecimientos